EL DÍA A DÍA

EVA MONZÓN

EDITORIAL
SARGANTANA

EL DÍA A DÍA

EVA MONZÓN JEREZ

EDITORIAL
SARGANTANA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra”.
© Del texto: Eva Monzón Jerez
© De la foto de portada: Thinkstock.com
© De esta edición: Editorial Sargantana 2016
Email: info@editorialsargantana.com
www.editorialsarganatana.com
Primera edición: Marzo 2016
Segunda edición: Mayo 2016
Impreso en España
ISBN: 978-84-944461-8-4
Depósito legal: V-549-2016

Para Mamen, por tu magia
Para Guillermo, siempre.

El dormitorio de los niños, clausurado hace once meses, se había vuelto a airear esa misma mañana. No sin prevención. No sin lágrimas. No sin esperanzas.

-¿Estás arriba, cariño?

-Sí.

La mujer había tardado unos segundos en responder, los justos para alarmar a un marido sin ganas de discutir de nuevo ni atascarse en los mismos argumentos eternos. Los nervios no los tenía para eso.

-¿Subo?

Sin esperar respuesta, lo hizo. El crujido del último peldaño avisó que había llegado, le impresionó ver la puerta de la habitación abierta; la luz de la lamparilla se escapaba por ella junto con la sombra deformada de Lina.

-Cielo.

Posó las manos sobre los hombros de su mujer, que inmóvil, miraba el cuarto, la cama vestida con sábanas nuevas, las cortinas renovadas, la mesa pintada, la silla enfrente, la cesta de los juguetes donde no estaban todos, muchos se regalaron como una purificación, una ofrenda a destiempo, otros los guardó en un altillo; no estaba preparada para verlos en otras manos todavía.

El cuarto olía ligeramente a cerrado, a pesar de haber sido ventilado y aseado a conciencia. La mujer que venía a ayudarla se pasó la semana en él. “María, límpialo bien, que brille”, “Sí, señora”, con la intuición de las personas llanas, supo que evitaba entrar por si se abrían los recuerdos. “¿Qué le parece si cambio la mesa de sitio? La cama estaría mejor en su lugar”. Era su modo ingenuo de renovar la habitación lo más posible evitando fantasmas: no sería justo ni para el que se fue ni para el que venía. “Lo que veas, María, haz lo que quieras”. Eso era mucho logro. Hace meses, cuando sucedió, se pasaba las horas allá dentro, encerrada; nadie tenía derecho a tocar nada. Un museo, eso era: un museo siniestro. Ahora, aunque pasiva, había dado el paso, el que el médico recomendó que diese si no quería apagarse, huyendo del tiempo para encerrarse en lo pasado.

Lina, obligándose, traspasó el umbral, debía hacerlo. Llegaba esa misma tarde. No podía postergarlo más.

-Cielo.

Su marido no sabía qué más decir, quedó pegado a esa palabra. Ahí estaban los dos, en un cuarto vacío, esperando que un extraño lo ocupase.

-¿Hemos hecho bien? -Apenas levantó un susurro la mujer al decirlo; la voz le temblaba, las manos heladas como el cuerpo, los ojos extrañamente iluminados por una luz vítrea, sin brillo, vacía; la mirada que urgió que la llevasen a ese médico, la que intentaban revivir con quien vendría esa tarde, a la hora de una merienda preparada por María con la ilusión de que le gustase al nuevo miembro de la familia.

-Sí, seguro. Ya verás.

Agradeció que ella no le estuviera mirando porque su expresión no acompañaba en absoluto a lo que decía. Él tampoco estaba muy convencido del paso, pero no había marcha atrás; los papeles firmados hace un mes les concedían esa segunda oportunidad.

-Anda, bajemos.

Y uno detrás del otro hicieron gemir el peldaño de nuevo.

-Esta noche es la última que pasas aquí.

El ocupante de la cama de al lado fingió dormir.

-Sé que estás despierto, se nota en la respiración.

Le dio igual haber sido descubierto, no iba a hablar. Tenía demasiadas cosas en las que pensar. ¿Y si salía mal otra vez? Un escalofrío le sacudió como un latigazo. Le habían devuelto dos veces. Si esta fracasaba, no lo lograría jamás. Fue un milagro que lo eligieran a él; ya no era tan pequeño, su sonrisa no dejaba al descubierto la falta de ese diente que despertaba ternura; el cuerpo se obstinaba en crecer, la lengua de trapo quedó atrás, sus gestos no encandilaban, le quedaban pocos años de infancia, en menos de tres, habría de cambiar de lugar. Ni aquí le admitirían. “Qué salga bien, que me quieran, que no me devuelvan”.

-Podrías hablarme, estúpido, ¿quién te crees que eres? Ya verás, regresarás-, la rabia, los celos, la impotencia del compañero de su misma edad que estaba acostado a su lado, le atravesaron las palabras envenenadas, prohibidas entre ellos, le zaherían con toda la fuerza de quién las había soltado; le acertaron en la herida, en los temores profundos. Las lágrimas de ambos mojaron las almohadas. Los dos con miedo, cada uno parecía sufrirlo por causas distintas, pero en el fondo era por lo mismo: el futuro sin

futuro de niños sin presente.

La primera noche que pasó en el orfanato aún le mancha los sueños con pesadillas; a pesar de estar en una cama blanda, blanca, con sábanas recién cambiadas y crujientes, no se situaba. Abría esos ojos verdes, tan raros en un niño moreno, sin reconocerse en el sótano donde vivió desde que tenía memoria; buscaba a la madre y a la hermana, también morena pero de ojos negros, profundamente tristes, testigos tempranos de miserias adultas. Era la mayor, le cuidaba cuando mamá salía a trabajar, cosía en casas ajenas por lo que le dieran.

Él, tan chico, desconocía que hubiese algo más allá de su vivienda, aparte de una calle larga que terminaba en un parque donde la hermana lo llevaba a pasear; “Qué pálido está el niño, este no es sitio, tendremos que irnos, buscar algo mejor”. La madre le acariciaba, mirándole sin ver. “Y tú también, hija mía, tú también estás blanca. Hay que tomar el sol”. Lo decía con nostalgia; en el caos donde se movía, esos momentos con sus hijos le alegraban, recordaba a su madre mientras la peinaba para salir a la calle, orgullosa de sus trenzas y vestidos bordados. Eso le repetía mientras alisaba con el cepillo, una y otra vez, su cabello rebelde, negro; “sin sol, no hay vida, hija”, y allá que se iban las dos, felices, a jugar. La mujer sonreía recordando ese sol tan lejano de sí misma, apartado de ese sótano prestado. “Al sol, tenéis que buscar el sol”.

Andrés desacostumbrado a las sábanas almidonadas, no pudo dormir esa primera noche. El sol estaba en su habitación sin necesidad de ir a buscarlo; eso también le extrañó. Fueron tantas las novedades, lo incomprensible, que abrumado, se instaló en ese nuevo mundo con esa docilidad infantil que ignora lo imposible por falta de experiencia; desconoce la norma que lo rige todo. Para los niños es posible lo irrealizable porque viven instaurados en la vorágine de aprehenderlo todo.

Ayer su vida transcurría en un cuarto oscuro, húmedo, conocido, junto a su hermana y madre. Hoy, sin más, había de acostumbrarse a una habitación luminosa, repleta de camas y chavales como él; lo hizo con naturalidad, y aunque se preguntaba dónde estaría su casa, su mamá, se moldeaba a la novedad de ese nuevo entorno. Su asombro fue limitado, aceptando lo que como adulto habría

rechazado. Le faltaban años para dominar la rebeldía.

Al principio se pasaba los ratos muertos recordando el sótano, la calle larga. En cada niña que atisbaba por la calle, desde el patio, quería reconocer a la hermana; a las mujeres que entraban y salían del edificio, las miraba desde su pequeña altura, con la cabeza hacia atrás, para encontrar a la madre. Nunca cesó la búsqueda, lo que le fue fallando, era el recuerdo de los rostros de ambas, se desdibujaba a un ritmo alarmante, torturándole en su vacío. Optó por inventárselos para seguir siendo hermano, hijo y él mismo. Comprendía, con una intuición clarividente y precoz, que si las olvidaba por completo, su identidad desaparecería junto a los rasgos difuminados, así que las reinventaba cada noche, imaginándoles ojos, bocas y narices que ya no correspondían al reino de la memoria sino al del miedo, la obstinación y la supervivencia.

Esa primera noche, como todas las primeras noches que pasó en camas distintas, se despertó gritando, atrapado en una pesadilla, siempre la misma. Igual que ahora, en el nuevo cuarto, donde antes que él vivió otro niño que ya no está.

-¿Lo oyes?

-Sí.

El matrimonio, que apenas acababa de dormirse, se despertó sobresaltado al oír los gritos del nuevo ocupante de la casa. Un búho ululó convocando a las criaturas nocturnas, inquietando la noche.

Hacía tanto que Lina creía oír lo que solo era un eco fantasma, que cuando la despertó un llanto real, con el instinto adelantado, sin plantearse nada que no fuera ver qué le pasaba al niño, le reaccionó todo el cuerpo a la vez haciéndola saltar de la cama, subir por las ruidosas escaleras, hasta pararse en seco ante la puerta; había recordado: quien gemía no era su hijo.

Tras el ímpetu anterior, cayó en una inmovilidad descentrada, sin saber qué hacer. El marido, más lento, fue tras ella. Verla quieta, indefensa, asustada, le hizo recordar la de veces que la siguió ahí mismo para devolverla con suavidad a la cama, al olvido, mientras le susurraba que nadie lloraba, que ya no estaba, que descansase, que mañana sería mejor. Le invadió una ternura que le desbordó, fue su brazo, su voz, la que esta vez le dijo que sí había alguien a

quién consolar. “No puedo entrar, olvidé cómo”. Una palidez extrema, el movimiento incesante de las manos de dedos entrelazados como gusanos atrapados, la mirada de angustia dominaba el ánimo. “Ve tú, yo me quedo aquí”. Él asintió levemente. Sin darse tiempo para dudar, entró en el cuarto de su hijo, sin su hijo.

Joaquín fue quien mantuvo la serenidad, sobreponiéndose al hundimiento de su mujer. Tomó las riendas; dio la cara, se ocupó de los trámites engorrosos, explicando lo sucedido a los que tuvieron que implicarse en el accidente: médicos, policía, familiares, funeraria. La muerte conlleva mucha formalidad aunque solo para los vivos. Se mantuvo entero, contenido, intentó ser apoyo sin buscarlo a su vez.

Ahora debía traspasar esa habitación a la que iba a escondidas cuando su mujer dormía, para encontrar consuelo en la presencia del hijo desparramada por los rincones: ese dibujo inacabado, la ropa que aún olía a él, el cajón que tuvo que cerrar cuando las lágrimas le impidieron distinguir los lápices de colores que tanto le gustaban.

Durante el día su mujer era quien se encerraba, impidiendo con la prohibición de compañía, la contaminación de su dolor, cosa que el marido agradeció al principio, saturado por la pena y la carga de la rutina. Como mucho se quedaba afuera mirando desde la escalera esa puerta cerrada, intuyendo el desgarro de ella, atascada con la resonancia de la personalidad del niño ausente, sofocados por ese cuarto vacío.

Pasaron las semanas, los meses. Conscientemente se dio a olvidar la habitación, como si ni existiera; subía y bajaba sin reparar en su puerta clausurada. Hasta que tocó acondicionarla; procuró tratarla como a una desconocida, sin buscar en ella el espacio familiar, querido, desgarrado.

Ahora había un niño agitado, llorando en esa cama que fueron a comprar juntos, “porque ya eres mayor y tienes que tener tu propio cuarto. Elige”. Luís, ilusionado, probó todas las de la tienda: una era para él. “Esta, papá, quiero esta”; “¿Por qué esta, cariño?”. “Porque al tumbarme me abraza”.

Ese niño que pedía consuelo, no era él.

El reflejo de entrar no duró, los recuerdos lo anularon: estaba sin

estar. Incapaz de romper la barrera, de actuar: ese niño lloraba, y él, tan cerca, sentía la distancia infinita entre los dos. Jamás saldría de ese instante para acercarse al pequeño. Las lágrimas que creía secas, le humedecieron. Todo él se paralizó dos pasos más allá del umbral.

El matrimonio inerte, cada uno atado por su dolor, aterrorizado por la situación que se agravaba por el deber de sobreponerse. La intensidad de los gemidos, disminuía, el niño sin ayuda, iba calmándose. La crisis remitía. Lina y Joaquín se miraron entre sus miedos, y cogiéndose la mano, obviando la excusa del silencio del pequeño, lo hicieron: se acercaron juntos.

-No llores, no pasa nada- Lina se sentó en el borde de la cama y con mucha rapidez, como si quemara, le tocó ligeramente el pelo tan negro-. Estás aquí, con nosotros. Ya pasó.

Joaquín, fiel a sus gestos, colocó su mano sobre el hombro de ella; ahí estuvieron hasta que el niño respiró acompasadamente de nuevo, hasta que el búho regresó a su rama con un ajetreo de alas que les despertó de la escena en la que voluntariamente se habían metido. “Ya duerme”. “Sí, vámonos”. Descendieron la escalera como hacía meses que no bajaban, abrazados. Esperanzados.

Cuando abrió los ojos esa primera noche blanca, de sábanas crujientes por el almidón, el pequeño desconcertado buscó lo familiar. En realidad no se despertó por sí mismo, fue una voz femenina, ligeramente ronca, que gritaba “arriba, perezosos” al ritmo de unas palmadas estridentes mientras apartaba sábanas calientes que dejaban al descubierto pijamas iguales con niños diferentes de ojos llenos de sueño.

-Arriba, arriba.

Sintió frío cuando su sábana salió volando.

-Anda, tú.

La mujer se le quedó mirando y le preguntó si era Andrés, el nuevo. Asintió con la cabeza y ella le exigió que se lo dijera de viva voz. “Dímelo tú, no tu cabeza; ¿eres el nuevo?”; “Sí”; “Se dice: Sí, señora”; “Sí, señora”; “Bien, pues como ignorarás cómo van las cosas aquí, tendrás que aprenderlas”. Miró a su alrededor fijándose en uno de los más mayores. “A ver, Mauro, tú te encargas de enseñarle. Te hago responsable”.

Andrés incorporado sobre la almohada, se giró para atisbar al tal

Mauro, un chico desgarbado, pecoso y pelirrojo, al que se le leía en el rostro lo mal que le sentaba el encargo, aunque supo disimularlo muy bien en la voz. “Sí, señora”; “Pues todo arreglado. Arriba, arriba, perezosos”, siguió levantando sábanas y descubriendo niños aún en otro mundo.

Andrés sentado en la cama, confuso, esperaba que Mauro acabara de vestirse, con ademanes impacientes, le gritó que lo hiciera él también. “No sé”; “¿No sabes qué?”; “No sé ponerme la ropa solo”. El niño lo dijo tan bajito que el otro se lo hubo de hacer repetir dos veces, incluso cuando se acercó para entenderle. Jamás antes había tenido que vestirse solo, es verdad que la hermana, medio en broma medio en serio, mientras le iba poniendo las diferentes prendas, le reprendía porque un niño tan grande aún no sabía colocarse los pantalones. Donde más problemas tenía era con los calcetines; un verdadero suplicio, nunca entraban, y el bulto del talón se empeñaba en acabar por el lado opuesto del que tocaba. Lo de atarse los cordones ni se lo planteaba. Y allí estaba, sentado en una cama, delante de una ropa que no reconocía, y con un chico de pelo color raro, enfadado por su torpeza. “Pues empezamos bien, chaval”. Le ayudó mal que bien, repitiéndole cuando le ajustaba la ropa, que era la primera y la última vez, que tendría que aprender, que cada uno se valía por sí mismo. “¿Cuántos años tienes y cómo te llamas?”; “Andrés, y no sé: estos”. La mano derecha, ayudada por la izquierda a bajar un dedo, dejó cuatro a la vista. “Pues eso es que tienes cuatro años, ¿no?”; “Sí”. Al niño le sonaba ese número. Su hermana le había enseñado a colocar así los dedos, “pronto, la mano abierta dirá tus años”. Andrés desconocía si había llegado ese “pronto”. Isabel, la hermana, le anticipaba lo bien que se lo pasarían ese día, “el de tu cumpleaños, ya verás, te tengo una sorpresa, y comeremos algo muy especial. No se cumplen años todos los días. No, señor”, y él se imaginaba una sorpresa en forma de tren eléctrico, como el que veían juntos tras el escaparate de la tienda de juguetes camino del parque, donde se embobaban con los objetos inalcanzables que mostraba. El tren era rojo, y no paraba de dar vueltas sobre sus raíles dispuestos para verse desde fuera, su ruta atravesaba muñecas, balones, patines y tambores en un circuito sin fin. Los hermanos soñaban hipnotizados. “Qué muñeca tan bonita, ¿la ves?

Al lado del arbolito de la curva". Andrés dirigía los ojos donde le indicaba Isabel para enfocarlos en una muñeca de ojos negros, brillantes como los de la hermana, vestida con un traje sorprendente de falda con volantes y puntillas, de labios muy rojos. "¿A qué es una preciosidad?"; "Sí", decía el niño por cortesía, desinteresándose al instante para regresar a las evoluciones del tren hasta que la hermana rompía el encanto, "que se va el sol, volvamos a casa", el regreso se lo tomaban con más o menos prisa, dependiendo de la hora. Él se lo pasaba trotando a su lado, preguntándose qué poder misterioso no tendría el sol, que les marcaba cuando ir a buscarle y cuando abandonarle.

Ahora, ese niño pecoso de gesto adusto que le ataba los cordones, le guiará, minuto a minuto, por ese primer día del universo de las habitaciones blancas soleadas, enseñándole cómo moverse, qué hacer para evitar castigos y pasar desapercibido.

Lina y Joaquín prolongaron el abrazo silencioso después de descender las escaleras. Agitados por los fantasmas de la habitación, veían sin ver su cama en desorden, fría. La quietud la rompió ella con un lloro quedo, balsámico distinto al desgarrador de otros días. Él, hecho al hábito de tratarla como a una muñeca dócil, la acostó, consolándola con palabras suaves, la cubrió con la sábana acariciándole la frente, "todo irá bien", la mujer cerró los ojos húmedos. Un Joaquín confundido interrumpió los susurros para meterse en la cama al lado de quien compartía, sin compartir, unas emociones, que en vez de unirlos, les aislaba, huyendo de las palabras ocultas en lo más profundo de ellos mismos, abismados en una negrura común a la que se empeñaban en individualizar. "Procura dormir", como siempre, lo trivial fue lo único que imperó.

-Buenos días.

Andrés se despertó embotado, abrió los ojos para encontrarse en otra habitación de nuevo. La costumbre ayudaba a que se adaptase con rapidez.

-Buenos días.

Reconoció en la mujer que le sonreía, a esa señora tan simpática y alegre que le sirvió la merienda ayer. Buscó su nombre entre el barullo de novedades. "Buenos días, María".

-¡Arriba!, que te espera un desayuno delicioso.

El niño, disciplinado, se visitó a la velocidad propia de un cuartel,

y antes de que María pudiera evitarlo, hizo la cama.

-Oh, no es necesario, yo la haré, para eso estoy.

-Si yo sé- dijo el niño orgulloso de su eficacia; qué lejos estaba de ese pequeño torpe de ojos grandes y asustados que empezó a recorrer, hace años, ese primer día en el orfanato al que le llevaron.

-Fíjate, Andrés -dijo Jorge-, la cama se hace así, el pijama se coloca debajo de la almohada. Ahora coge la toalla, el jabón, el peine y vamos al cuarto de baño.

Era una habitación larga, donde había un montón de puertecitas por un lado y unas pilas de piedra enormes con grifos al otro. La pared era brillante debido a los azulejos blancos, al pequeño le gustó su tacto; suave, como si estuvieran mojados, frío; iguales que los de la cocina de la Señora, de quien ignoraba el nombre, pero así la llamaba la madre; “Vamos a casa de la Señora, niños, comportaos”. Fue pocas veces. Era una casa muy grande, llena de muebles de olor raro y suelo de madera. Los recibía una chica muy delgada y antipática vestida siempre igual, que les hacía esperar de pie al lado de la puerta. Al rato regresaba, sin mirarles siquiera, les escupía las palabras con las que les daba permiso para pasar al salón, una estancia enorme decorada con un lujo ostentoso y de mal gusto. Sentada en un sillón, la Señora, con su bastón cerca por si quería levantarse, se le antojaba al niño un rey en su trono junto con su báculo: el mango representaba una cabeza de león con la melena dispuesta para acoger la mano, las fauces abiertas mostraban unos colmillos donde los dedos jugueteaban impacientes cuando se apoyaban al lado de esos ojos fieros que te seguían implacables. Le entusiasmaba esa mirada hipnótica; solo para enfrentarse a esos ojos rojos, ir a ver a esa mujer a quien temía sin razón, le valía la pena, incluso antes de haber visitado la cocina con sus azulejos blancos y azules.

Mauro le aupó para que alcanzase a lavarse en la pila, dando un codazo a uno que quería apartarlo por la fuerza. “¡Eh!, que yo estaba aquí antes”; “Pues mira, ahora no”. Izó al crío que abrió el grifo con dificultad. Este incidente sin trascendencia aparente, marcaba, de hecho, un precedente que los testigos comprendieron: Andrés, el nuevo, tenía un protector, no estaba solo; lo que de base no era bueno ni malo, en la práctica significaba que si eras amigo de alguien, también serías enemigo de otro. Los niños se movían en

una sociedad bien estructurada, definida y organizada en jerarquías, con sus castigos, rencores, favores y privilegios.

En el baño, esa mañana, parte de los chavales vieron quién defendía a quién contra quién. Fue casualidad que el codazo se lo propinara a Vicente, el hermano de Tono. Cuando se dio cuenta era tarde; Mauro rechazó disculparse por miedo; “este sitio estaba libre cuando entramos, no pasará más”, se mintió, uno de los testigos, Rodrigo, era imposible callarlo; la noticia se expandiría antes del almuerzo.

-Este es Andrés, tiene cuatro años- intentó rebajar la tensión. Los demás, que hasta no tener más datos no tomarían partido, ayudaron a relajar el ambiente acercándose a saludar al pequeño. Nadie se engañaba aunque aparentemente la sangre no llegó al río, llegaría; algo quedó latente.

-Hola- el niño, aturdido por la cantidad de manos que se le aproximaban, no atinaba a decir más.

-Date aire, Andrés, haz pis, hemos de ir al comedor.

El niño movió los labios más que habló, su protector tuvo que agacharse para entenderle; “No sé yo solo”. Mauro que en otra ocasión aún maldiciendo, le habría ayudado, se negó, consciente de ser el centro de atención; imposible dar más carnaza, los compañeros, entre ellos el ofendido, estaban a la espera del mínimo desliz para echársele al cuello. Si cedía, las burlas hirientes serían infinitas. No tenía ganas de afrontarlas. “No soy tu niñera”, procuró suavizar la brusquedad de la respuesta con un tono amable, sin resultado. Los ojos verdes del niño, atónitos ante el cambio de actitud del amigo, y muy abiertos, supieron reaccionar, cogió fuerzas para encararse a esa pila blanca, salir airoso, y casi sin mojar el pantalón. Se sintió mayor, importante, inmediatamente buscó a Isabel, que le ayudaba en estos menesteres, para decirle orgulloso; “Hermanita, mira, sé solo, apenas me he manchado; unas gotitas”. Le dolió tanto no verla, que se atascó con los botones, y por unos momentos, no supo ni dónde estaba ni qué hacía allí.

Los “date prisa” a gritos, le trajeron de nuevo a ese primer día de orfanato.

“Ya está”, la satisfacción de haberlo conseguido sin ayuda, se había esfumado; en su lugar quedó la sensación de que a partir de ahora nada iba a ser igual.

“Cuéntamelo otra vez”, Andrés cerraba los ojos para disfrutar mejor de cómo la hermana le narraba su nacimiento. La joven variaba el asunto con frecuencia, que era lo que les gustaba: un niño de diferentes orígenes y destinos enfrentados. Isabel, incansable, inventaba ese y mil cuentos; sus historias se enredaban con la realidad creciendo junto a ella, frondosas y fuertes. Las tenía terroríficas, tanto, que le paraban la respiración; de aventuras, donde se perdía libre, más allá de lo que le contaba; y sus preferidas: cuando los protagonistas eran ellos mismos y el escenario su día a día; revivían lo vivido, pero mejor porque ahora tenía significado. En sus fábulas, las personas anónimas resaltaban, sacudiéndose la normalidad de encima para dar paso a lo inquietante, lo fantástico; apartaban lo real para trasladarlo al mundo de las posibilidades, de la inmortalidad, de lo destinado al recuerdo. Como la anciana sempiterna del parque, la que de día, con su mirada reconcentrada, desmigaba un pan maquinalmente que los pájaros picoteaban, rodeándola hasta cubrirla como a una estatua, y de noche, entraba en sus leyendas, trocada en hada, a veces buena, a veces mala, con el don de comunicarse con las aves, a quienes les encomendaba misiones espías. Cuando regresaban, revoloteaban a su lado y entre aleteos y murmullos, compartían los secretos robados desde alféizares, árboles y alamedas.

O el hombre serio de traje elegante y sombrero pasado de moda, que invariablemente se paseaba arriba y abajo del bulevar, consultando el reloj a cada poco porque, en realidad, era el dueño del tiempo y debía cronometrarlo todo; por eso andaba de aquí para allá sin ir a ningún sitio, como las horas; si se parase, sería un caos: los minutos no sabrían qué ritmo seguir desajustando la vida.

Isabel siempre tenía uno a punto, nunca igual, pero había días en los que los cuentos eran oscuros, Andrés intuía rencores y miedos que la niña camuflaba entre ellos: esos sí le daban miedo, no como los otros, los de terror, que eran de un susto fácil de conjurar tapándose con la manta; estos no se iban ni debajo de ella, ni con la luz ni la mano que le pedía a la hermana que le diera: estos persistían atascándose en la conciencia.

Son, los que entreverados de realidades no domesticadas, se convertirán en las pesadillas que le hacen gritar por las noches.

Cuando abandone ese sótano, creará sus propios cuentos con personajes reales, gente hostil, recordando cómo lo hacía Isabel y entendiendo el porqué.

Aún le quedaban horas a ese primer día en el orfanato y ya tenía, sin saberlo, varios cuentos que contarse.

-¿Está bueno?

-Sí, María -le dedicó una gran sonrisa que salió con facilidad porque era cierto-. ¿Lo has hecho tú, hasta la mermelada?-intuía que le agradaría su interés, dedujo fácilmente que era quien cocinaba; la veía por el rabillo del ojo, atenta a su reacción, a cada nuevo plato de la cena. Había adquirido una tendencia al halago por mera supervivencia. Fue uno de los consejos que le dio Mauro ese primer día: “No dejes pasar ninguna ocasión para hacer amigos. Nunca se sabe”. Es a causa de ese final inquietante, rayano en lo amenazador, por lo que se fuerza a sonreír, a hacer aliados: Nunca se sabe.

-Sí, jovencito, todo yo, desde la masa hasta el relleno -se sonrojó ligeramente a su pesar, lo que no le impedía, más bien complementaba, sonreír con orgullo y satisfacción; le complacía que le reconociesen su talento. Y hacía mucho que ahí nadie atendía a lo que se comía; daba igual que se esmerase o que por las prisas, sirviera guisos menos elaborados; comían por comer, sin alegría ni conversaciones ni gusto. Que el pequeño llenase el hueco de la gratitud, le alegró. Puso más mermelada sobre el bollo de canela. Andrés supo que eran amigos. Lo devoró. “Nunca es inútil sonreír, ni jamás se malgasta una palabra amable. Los enemigos salen solos pero los amigos tienden a esconderse”. Andrés, manchado de confitura, tanteó con preguntas triviales, como quien no quiere la cosa, sobre la rutina de una casa que se suponía habría de ser la suya, siguiendo fielmente el segundo consejo de aquel primer día; “atento a todo, infórmate con disimulo, sobre cómo actuar, mimetízate, no destaques si es posible. Intégrate, en una palabra”. Sin comprender las palabras, entendió el mensaje.

-¿Ves ese niño alto de la mesa del centro? -Comentó bajito el pelirrojo mientras tomaban la leche del desayuno en el comedor. -Sí.

-Pues con ese mucho cuidado, no te cruces en su camino. Si es él quien lo hace, ni le mires y mucho menos, le desafíes.

—Vale- contestó el pequeño al muchacho. Como solía sucederle, entendía por el tono de lo que le hablaban, el significado de las palabras se le escapaba, a la hermana la freía a preguntas, aquí, intuía que mejor no hacer demasiadas, aún. Disimulando dirigió sus ojos ocultos tras el vaso de leche aguada, al chico. Le decepcionó su vulgaridad, no destacaba en nada. Continúo el acecho, empeñado en encontrar lo terrible en ese niño anodino que al final del desayuno, se trasformó en una bestia, cuando no le acercaron de inmediato el pan que había pedido, quitándoselo al de al lado. Nadie protestó. —-Vale- repitió.

El desayuno le maravilló esa mañana, acostumbrado a una infusión recolada manchada con leche, cuando la madre conseguía traerla a casa, un vaso de leche turbia con pan duro era un cambio. Con el tiempo, dejará de gustarle.

Mauro le vigilaba casi con ternura; evitaba confesarse que el crío le caía bien, trasgrediendo sus propias normas, ese niño le despertaba algo más que el interés. Su “nunca se sabe” cobró un nuevo significado.

Le agradaban los paseos con la hermana por esa avenida siempre igual en sus diferencias, de árboles con hojas desiguales y gentes asiduas que la recorrían como programadas con un ligero defecto de ajuste que les evitaba repetirse en ropas, compañías y gestos.

Les encantaba ir de caza. Sus presas eran personas, que por lo que fuese, les llamaban la atención. Desde ese momento la seguían a través del tiempo, como su sombra, sin esfuerzo; una vez descubierta, no cesaban de encontrársela por todas partes.

Una de sus preferidas, antes de que montara el revuelo que montó, era la mujer que se balanceaba al caminar. “Andrés, mira cómo anda esa señora”. Y le daba un suave estirón para que se fijara, ligeramente agachada, para que el niño la escuchase bien. Solían ver lo mismo a un tiempo, pendientes de lo que les ofrecía el paseo diario, poco se les escapaba; lo necesitaban para llevárselo a casa donde todo era demasiado oscuro sin ese sol, con la madre siempre cansada, la comida escasa, y esos suspiros continuos, peores que el llanto de angustia al que se abandonaba por las noches cuando creía que no la escuchaban.

Por las mañanas solo existía esa avenida viva ofreciéndoles su

representación, para que siendo espectadores, se permitiesen olvidar su propia función, un privilegio infantil, a pesar de que la hermana rozaba el final de la niñez: sus ojos hacía mucho que eran adultos.

Les apasionaba la señora de andares oscilantes que iba contoneándose al ritmo de un bastón recio que marcaba el tiempo. Era ya muy mayor, muy arrugada, de pelo muy blanco. Siempre ensimismada. No hablaba mucho. Ladeaba la cabeza o sonreía apenas para contestar a los pocos que le dirigían la palabra.

La anciana, protagonista involuntaria de muchos cuentos nocturnos, se escapó de la fantasía para ser noticia real durante semanas.

Lo que le hizo estar en boca de todos estaba más cercano a una de las invenciones de Isabel que a la realidad: no se entendió, ni pudo aclararse en lo más mínimo, por qué esa señora, un buen día reunió en su casa a siete ancianas para convidarlas por su cumpleaños, rellenando el pastel de nata y fresas con matarratas y envenenándolas a todas, aunque ninguna llegó a morir. Ingresaban en el hospital una tras otra con síntomas de gastritis aguda, hasta que un interno, sospechando de tantos casos similares, preguntó a las pacientes, entre vómito y vómito, si se conocían, si habían ido juntas a comer o solían hacerlo en un mismo sitio. Así se supo de la celebración, dando con un remedio más eficaz tras analizar la causa de tanta anciana afectada, que no cesaban de llegar acompañadas por hijos, nietos, o amigas no invitadas a la merienda asesina. Un buen lavado de estómago y nada de alimentos en veinticuatro horas, remedió la crisis; todas salieron adelante. También ayudó que los polvos matarratas no fueron tan efectivos, no por la cantidad encontrada en los análisis, que eran suficientes para acabar con un ejército entero, sino porque estaban caducados y su poder mortal muy disminuido.

La policía se presentó en casa de la anciana, pero había huido; el único que los vino a recibir fue un gato enorme, lustroso y bien cuidado que maulló largo rato como si estuviera contándoles lo sucedido en venganza por haber sido abandonado por su dueña. O quizá, simplemente, estaba dándoles información falsa para despistarles y concederle un tiempo extra para que se alejara aún más y estuviera más segura. Fuese cual fuera la intención del gato,

acabó en la protectora de animales donde esperó dos meses, justo el límite del tiempo estipulado para las ejecuciones, hasta que una familia lo acogió: un matrimonio con dos niñitos, dando al traste con la remota esperanza que mantuvo la policía de que la anciana viniese a por él. No lo hizo, y eso les pareció más desalmado aún que invitar a pastel envenenado a sus amigas.

Varios meses después nadie, a excepción de las muertas fallidas, recordaba el asunto, desinteresados por completo en entender el porqué de un acto, a todas luces demente, que justificado por esa misma locura, se borró de la curiosidad colectiva, donde todo hay que decirlo, pocas cosas perduran más allá del revuelo inicial.

Solo ellos, Isabel y Andrés, que entendían las cosas sin comprenderlas, intuyeron que ese pastel no había sido algo excepcional ni repentino, sino que había estado siendo amasando a la sombra de los pasos, actos y palabras de la anciana; no fue independiente de su vida: era la consecuencia de la suma de cada día, cada paso, cada acto.

Ellos, que sabían mirar sin que los vieran, lo supieron. Y la anciana fugada se refugió en sus cuentos, donde se reconstruía lo que pudo haber sido: en unos, ese pastel era por venganza, para resarcirse de años y años de humillaciones por parte de esas malas amigas, que la vejez no es ningún descargo. En otros, no era ella quién lo horneaba; había sido sustituido por una de las otras, que aprovechó la ocasión para matarlas a todas y cargarle la culpa a ella. Los había que simplemente, al no ver bien, confundía la harina con el veneno mientras tatareando feliz adornaba la nata con fresas.

Cualquiera de ellos pudo haber sido, o no.

-Después del desayuno, hay que ir a clase. Tú irás con los más pequeños.

Le acompañó al tercer piso dejándole en una habitación con el número mayor de sillas, mesas y niños que jamás había visto reunidos en un mismo espacio.

-¿Tú eres Andrés?-Una mujer de cara redonda y mirada eternamente asombrada le sentó a una mesa diciéndole que “este será tu sitio y a ver cómo te vas a portar”. La mañana se la pasaron dando palmas, cantando y escuchando cosas incomprensibles para

él, aunque no para los más mayores que copiaban en libretas delgadas y blandas lo que ella pintaba en un tablero negro con una barrita blanca.

Andrés echó de menos la voz de Isabel, la única que le había contado cómo eran las cosas hasta entonces; prestaba atención a las explicaciones sobre flores, animales, gentes importantes y números, sin acabar de entenderlas, pero con ganas de seguir oyendo más. Paulatinamente fue olvidando la melodía de la hermana para acostumbrarse a las cadencias aburridas y monótonas de la profesora, cuyo asombro solo se reflejaba en sus ojos saltones, no en lo que impartía; mataba la curiosidad de raíz dando la información como un deber fastidioso, evitando eficazmente el descubrimiento íntimo para cada uno de esos niños agrupados ahí, por un azar que ninguno entendía demasiado bien.

-¿Por qué estás aquí?

El niño del pupitre más cercano, de unos seis años y pelo rebelde, se lo preguntó bajito, mientras rayaba la hoja con un lápiz. "¿Tus papás también son malos?" Andrés dijo que no con la cabeza y el otro, saciada su curiosidad, puso toda la atención en los garabatos.

La mañana se le hizo eterna, añoraba al sol, a pesar de que iluminaba todo el aula. No era lo mismo; ese sol no era libre, estaba encerrado junto con él.

-Hora del patio-, aliviada, abrió la puerta. -Que no escuche ni una mosca -, salieron callados, formados en una fila perfecta, hasta un cuadradito de tierra acotada por hierros altos donde podían jugar sin hacer ruido. Ese sol aún le gustó menos.

El niño observaba la cocina con disimulo mientras bebía de la taza manchándose el bigote con la crema. Era amplia, despejada, limpia, los cacharros en perfecto orden, colgados en clavos a la pared por tamaños, o colocados sobre unas repisas revestidas de tapetes blancos. Olía bien, a mañana fresca y leche hervida. La mesa a la que estaba sentado era grande y ocupaba el centro, las sillas se arrimaban a ella; un tazón rodeado de migas delataba que se habían sentado antes que él.

-María, ¿no desayunas?

-Ya lo hice. Es lo primero que hago; sin café, no soy persona.

-¿Ellos también han desayunado?- El niño vaciló antes de decir

“ellos”, ignoraba cómo llamarles, no los conocía lo bastante; los términos “papá y mamá” se le resistían. Palabras peligrosas donde las haya; imposible olvidar el fracaso cuando las usó en su primera familia de adopción.

-Andrés -dijo la profesora- hoy vienen a buscarte.

-¿Quiénes, señora?- Hacía semanas que vivía ahí pero no las suficientes para comprender el funcionamiento del orfanato- ¿Quiénes van a ser?, pues tus papás.

El niño había observado que a la hora del patio de la tarde, se acercaban personas desconocidas, mayormente mujeres, entre las que al principio buscaba a una madre cada vez más desdibujada, y ante quienes le conducían, si se lo indicaban a la hermana; le interrumpieron el juego más de una vez para que varias señoras nerviosas y señores aburridos le preguntasen cosas absurdas como si le gustaría vivir en una casa grande, si sabía cantar o se portaba bien. Él, mudo, se les quedaba mirando con esos ojos verdes, imaginando cómo sería esa casa de grande, si tanto como para perderse en ella y abarrotada de muebles como en la de la Señora, o cantaba silencioso las pocas canciones que le enseñó la hermana, y que de no entonarlas se le iban olvidando, viniéndole a los labios las nuevas que le enseñaban allí.

La hermana que lo acercaba hasta la pareja, terminaba la entrevista, nerviosa, deshaciéndose en disculpas mientras le mandaba regresar a jugar dándole un pellizco que siempre le pillaba por sorpresa, al igual que su “mira que eres tonto, ¿no sabes comportarte o qué?, con la suerte que tienes de que se hayan fijado en ti. ¡Anda!”, y lo soltaba entre los demás, eligiendo otro para mostrar a esos padres ansiosos de encontrar un hijo lo menos problemático posible. Sin asimilar por qué era tonto, retomaba el juego interrumpido.

Mauro le explicó lo que se esperaba de él y por qué.

-Sí, ellos ya han desayunado.

María entendió el dilema del chico, suspiró suavecito, abrió el grifo para fregar las tazas y platos. El niño le inspiraba lástima y ternura; debía ocupar un lugar que no le correspondía; era más difícil que simplemente instalarse y hacerse de querer: tenía que borrar una presencia aún latente y viva; la señora no lo había dejado ir. Volvió a suspirar olvidando la discreción.

-Ellos tampoco me querrán, ¿verdad?

Andrés se había pasado la cena sorteando esa falta de espontaneidad entre desconocidos que han de intimar, pero además la intuyó contaminada por una trama invisible, hecha de reservas, miedo, pena y desconfianza que se le adhería como una telaraña, envolviéndolo con su tacto viscoso. Le faltaba la clave, ignorante de que ahí hubo otro niño, estaba en desventaja, aunque ganar a un muerto no es difícil, lo imposible es luchar contra sus recuerdos. En ese terreno son imbatibles porque los vivos los alimentan, ayudándoles a no morir del todo.

-¡Claro que te querrán! Qué cosas dices -le salió espontáneamente, desde el convencimiento, con calidez-, pero dales tiempo. Han sufrido mucho -se sentó a su lado sin terminar de fregar. Le cogió la mano, la acarició-. Dales tiempo, cielo-. En ese instante cesó de buscar en ese niño la sombra del anterior. Sin querer confesárselo, también tenía escrúpulos; entendió su presencia como un remedio, un suplente. Ahora advertía lo equivocada de la postura: esa personita era independiente de cualquier ausencia, con mucho que contar, ganas de escuchar, y sobre todo, derecho a ser él mismo, libre de la condena del sustituto que jamás alcanza a llenar un vacío impuesto-.Ven aquí, mi muchacho- lo abrazó con una libertad que se negó con el otro-. Yo te querré.

Ella, que recordaba nítidamente su niñez, la desesperación por huir de un destino cerrado antes de nacer, de donde habría transcurrido sus días interminables, grises, como hizo su madre y la madre de su madre, entendía a ese chiquillo en su mirada atenta sobre todo lo que le rodeaba, como si no le bastara, exigiendo más.

-Hija mía, ¿estás segura? -los ojos rojos, el pañuelo arrugadísimo, reducido a un guiñapo mojado, sucio, que las manos torpes, impotentes y nerviosas, martirizaban. Solo atinaban a pasarse el lamentable trozo de tela entre ellas, para de vez en cuando, acercárselo a los ojos, a pesar de que no salieran ya lágrimas ni éste pudiera secarlas.

-¿Estás segura?

Ella, harta de escuchar una y otra vez la misma pregunta, no contestaba, y a pesar de sentirse al borde de sus fuerzas, se mantenía firme, sin claudicar. Ya no. Había decidido irse y eso

haría. Miraba a la madre por el rabillo del ojo; ahí estaba: quieta, como petrificada, a excepción del manoseo continuo del sufrido pañuelo que reconoció como el que bordó de niña para regalárselo en el Día de la Madre. La profesora les puso a todas a coser pañuelitos; salieron de un gran trozo de tela blanca, "de batista", les comentó mientras lo cortaba, "que queda muy elegante". Midiendo, sacó de la pieza un cuadradito para cada alumna. Recuerda cómo lo tensó en su bastidor, y con que ilusión se acercó a la mesa a elegir el diseño junto con los hilos de colores que dibujarían en la tela esa flor, esa cesta o quizá ese gatito; le costó mucho decidirse. Qué mágico. Qué lejano ahora, a punto de marcharse definitivamente de esa vida que se le había hecho odiosa, limitada, asfixiante. Observaba a la madre que nunca se planteó cambiar sus días que vivió sin queja, con esa resignación ancestral, sin cuestionarse si ella dependía de ella. Incapaz de comprender a la hija, no alcanzaba a ver más que desolación en ese acto insensato de intentar modificar lo inmutable.

Hubo de hacer un esfuerzo para evitar el llanto y correr a abrazarla, a prometerle que se quedaría para siempre, que nunca la abandonaría, jamás, que sacrificaba sus ganas de vivir por ella. Que se quedaba.

Y apretó todavía con más fuerza al niño.

-Mauro, ¿por qué vienen tantas señoras a vernos?

-¿Tú por qué crees?

Tardó un ratito, se tomó su tiempo. "Pensé que eran madres que perdieron a sus hijos y venían aquí a ver si estaban- negó con la cabeza-, yo me he perdido, antes no vivía aquí, ¿sabes?, mi casa es otra, con Isabel y mamá, ahora no sé por qué ya no están. Creí que vendrían a por mí, como hacen esas señoras, aunque no vienen a encontrarles, ¿verdad?, ¿qué quieren?"

-A nosotros. Es decir, a alguno de nosotros. Desean unos hijos que ya no tienen o nunca tuvieron y aquí pueden elegir.

-Ya.

-Y tú deberías, cuando te llamen, intentar agradarles, que se entusiasmen contigo. Es la única manera de salir de aquí. Ahora eres más fácil de llevar a casa, no siempre vas a ser un niño bonito; crecerás -y lo dijo más como una maldición que como una realidad-, te harás grande y los niños no somos como las niñas que se hacen

preciosas, más bien al contrario- y se rió sin alegría-. Así que la próxima vez que una señora te pida ver de más cerca, véndete bien.

-Ya.

-No lo entiendes del todo, ¿verdad?

-Algo sí.

Tuvieron que interrumpir la conversación porque llamaban; era hora de la charla. Andrés no solía entender muy bien qué les contaban; había gente muy mala y otra muy buena, por lo visto tenían suerte de estar entre los buenos ahora. El niño escuchaba lo que le decían sin prestar mucha atención; echaba de menos las historias de la hermana; en esos ratos intentaba recordarlas y cuando no podía, en vez de parar el cuento como hacía antes, lo continuaba inventándose él mismo lo que faltaba.

"¿Tú sabes cuentos, María?" Ella se sorprendió de la pregunta. "Sí, sí que sé". Lentamente deshizo el abrazo y le miró. "¿Te gustan?" "Sí, me los contaban". Andrés solo hablaba de la hermana con Mauro, no compartía sus recuerdos con nadie más. Si había de empezar de cero, no convenía demostrar que su pasado le pertenecía, que era ajeno a esa casa, a ellos.

María guardó ese instante clarividente: él era, como todos somos, más de lo que mostramos. Sin querer, había cometido el mismo error que le desesperaba de joven; esa ceguera selectiva para ver solo lo que hay delante, obviando lo que hubo detrás. Cómo le irritaba cuando se conformaban con verla en el hoy, sin indagar en el ayer, perdiéndose su orgullo por haber dado esquinazo al destino, con una indiferencia apática hacia quien fue. Su triunfo invisible mostraba a una joven que buscaba trabajo como cocinera; el coraje para llegar hasta ahí, nadie lo quería saber: para qué; era quien era para ellos. No importaba su lucha, su pasado. No importaba ella.

"Sé un buen cuento que trata de una maleta, ¿quieres que te lo cuente?"; "Sí, por favor"; "Pues siéntate mientras termino de fregar y recoger la cocina y estate atento". Andrés no podía estarlo más: una historia nueva. Sus ojos escuchaban cada gesto de María, que al fin pudo compartir parte de quién había sido antes de ser lo que se ve.

-Buenos días, Andrés.

El niño después de acabar el desayuno había subido a la

habitación; no sabía muy bien qué había de hacer. En la primera casa le mandaban tareas, en la segunda se aburría mortalmente recibiendo unas lecciones que no le interesaban nada y practicando en un piano unas escalas que le torturaban hasta por la noche; habían de sonar perfectas y sus dedos nunca recorrían esas teclas blancas y negras al gusto de la señora que lo acogió; una mujer grande, siempre de punta en blanco, que le vestía de igual manera para llevarlo de visita a casas igualmente aburridas con señoras tan parecidas entre sí que le era difícil distinguirlas. Se quedaba callado, sentado en el lugar que le asignaban y comiendo lo que fuera que le hubiesen ofrecido esa vez; pastas, leche con galletas, membrillo; todo sabía igual: a tedio. Aprendió que debía comportarse y contestar con educación a base de quedarse sin cenar más de una noche.

Se sentó en la cama de esa nueva habitación, a la que no se atrevía a pensarla suya y con la que no quería encariñarse todavía; veía sus posibilidades; seguro que se pintaba bien sobre esa mesa al lado de la ventana por donde pasarse horas mirando las plantas del jardín; qué vivas estaban, no como en el de su anterior casa donde cada una estaba amaestrada, controlada.

El armario tenía un altillo al que seguro alcanzaba aupado sobre la silla aunque fuese de puntillas; la de cosas que habría encerradas, eso sin contar con el baúl y la cajonera. Sin abrirlos, se conformaba con idear qué encontraría: su vida se había reducido a eso, a pensar qué haría si pudiera vivir.

Tumbando, imaginaba colocar en posición de combate los soldaditos de plomo que pensó estarían en el altillo, cuando se abrió la puerta; el niño se sentó de un salto del susto, culpable por haber sido pillado en falta por jugar con lo que no era suyo. Aún le costaba entender que su mente estaba fuera del alcance de los demás, que lo que ahí viviese solo le pertenecía a él. Esa certeza la dominaban mejor Isabel y Mauro.

-Perdona, te he asustado- Joaquín azorado, balbuceaba, no se esperaba que el niño estuviera allí, es decir, sabía que podría estar, pero no quería que estuviera. No él-. Perdona, la próxima vez llamaré a la puerta, es que hace tanto que…

El niño callaba. Ambos estaban donde no querrían estar, entre esa tensión de dos personas que no se conocen y que han de hacer

el esfuerzo para llegar a saber el uno del otro.

-No se preocupe, señor. No me asusté tanto- y casi le sonrió como recordaba que hacía de más niño, con la certeza intuitiva del seductor. Pero reaccionó a tiempo: le vino a la mente el reflejo que el espejo le devolvió hacía poco; una burla de lo que fue una risa atrayente, un gesto sin gracia de alguien muy crecido para mostrar dientes mellados o expresión ingenua. Los ojos ya no la acompañaban. No encandilaba, más bien al contrario. Rompió la sonrisa antes de terminarla.

-Ya, bueno -Joaquín se debatía entre decirle que no le llamase señor, que le llamase padre y las pocas ganas que tenía de oírlo de otro niño-. Aún así, llamaré la próxima vez.

-Vale.

La tensión no se había aflojado, era quizá más patente.

-¿Quiere que haga algo? Algún recado, limpiar… No sé, lo que me diga.

-No, no hace falta, descansa que aún estarás mareado del viaje.

-Vale.

Joaquín turbado, consciente del fracaso de ese patético simulacro de acercamiento, sin fuerzas para intentarlo más, se despidió torpemente mascullando palabras absurdas para salir de la habitación huyendo, sin lograr disimular su desconcierto ni cobardía. Cuando llegó al final de las escaleras, se sintió agitado y triste; había sido incapaz de mirarle a los ojos, se negaba a comprobar que no eran los de su niño. Se maldecía por haber subido, incapaz de confesarse que fue para buscar irracionalmente al otro.

Miró el reloj buscando una excusa, tuvo suerte, era tarde. Se apresuró a alejarse de la escalera, de la habitación, de la casa entera.

"¿Estás listo?"; "Sí, cuéntamelo, anda". María le relató su propia historia, la de una niña que se pegaba a un escaparate cada mañana desde que vio en él una maleta. Era grande, de cuero, muy gastada y forrada con etiquetas de aduanas. Se esforzaba por leer los nombres de los países de los que ninguno le sonaban. Eran palabras extrañas, vacías de recuerdos: París, Estambul, Londres, El Cairo, Ámsterdam. No había imágenes detrás. Pero la niña memorizaba uno de los nombres y se lo llevaba repitiéndolo para no

olvidarlo hasta la biblioteca donde se lanzaba a coger la única enciclopedia que había y buscaba las letras hasta dar con él; ahí perdía el anonimato; París dejaba de ser cinco letras para convertirse en luz, paseos, río, monumentos, torres de hierro, restaurantes, lujos imposibles. La niña recorría entre las páginas esas calles parisinas, entraba en el Louvre y se maravillaba de su contenido, recorría el Sena en bote, paseaba soñando por los Campos Elíseos.

Cada día capturaba un nombre para soltarlo en ese libro. De esos viajes nació el sueño de realizarlos.

"¿Y fue así, la niña visitó esos lugares?" María le miró desde lejos, desde esas hojas satinadas y ajadas, desde esa ilusión de ver más mundo que su calle, su casa, su trabajo, su presente. "Ya lo sabrás, no me seas impaciente"; "Vale", le devolvió la mirada sereno; a paciente no le ganaba nadie.

Esas horas que iba estrenando en el orfanato fueron las que guiaron a las demás: cada día transcurrido ahí no fue sino la repetición casi exacta del primero: mismas normas, usos, costumbres, castigos y consejos, todo se parecían tanto que los minutos estaban sobados antes de salir del reloj, uno enorme situado en el comedor que hacía ruido al liberarlos, un sonido seco, tic, como si supiera que lo que enviaba ya estaba muerto, tac, sin alegría ni ritmo, igual que el chasquido de ramas muertas.

Andrés, muy niño, tardó semanas en darse cuenta de que esa vida monótona era la que tendría que asumir: Isabel no venía para sacarle al parque y la madre no se acercaba cansada para darle el beso con el que se acababa el día. Supo que iba a quedarse una tarde cualquiera en la que no había sucedido nada especial, quizá fue que simplemente entendió. Estaba en la cola de la merienda para que le dieran su rebanada de pan, cuando algo por dentro se le rompió del todo; sin más, comprendió que ya no regresarían a por él, que ese edificio grande de piedra gris con pasillos y escaleras complicadas, era donde tenía que vivir. Se sobrecogió, un escalofrío le recorrió entero, alzó la mano para recibir el pan que comió mecánicamente sin saborearlo ni recordar que merendó.

Estaba donde debía estar.

Entendió lo incomprensible sin indagar en el porqué ni dónde estaba su familia. Las brumas de su memoria infantil nublaron esa

tarde, en la que viviendo en el sótano, dejó de hacerlo y llegó aquí, como si nunca hubiera sucedido.

El descubrimiento no fue especialmente doloroso, casi le alivió; libre de la esperanza de un reencuentro, debía integrarse en ese mundo al que había estado observando, conocía sus jerarquías: por un lado mandaban ellas: las monjas y profesoras, por el otro ellos: los chicos más fuertes organizados como una copia de la sociedad adulta, con los mismos juegos de poder: los que mandaban, los que obedecían, los serviles, los independientes, los colaboracionistas. Todos representados.

Y él, casi un bebé, debía crecer, ser parte en esa frágil estructura de castillo de naipes, tan débil, que una corriente de aire la haría venirse abajo porque, en el fondo, eran niños.

María no se hizo mucho de rogar y continúo con su relato; la ternura de ver al pobre Andrés esperando paciente el final del cuento, inmóvil a excepción de la pierna que no paraba bajo la mesa, aparentando tranquilidad, le invadió. “Pues mira, la niña se atrevió a entrar en la tienda donde vendían la maleta y pedirle a don Julián, el dueño, que le permitiese tocarla. “¿Para qué quieres que te la acerque? No es un juguete”; “No, señor. Lo sé”. “¿Y sabes qué, Andrés?”; “No”; “Pues que en ese momento, al ofenderse porque la trataban como una niña chica, lo decidió. Se encaró con quien la tomó en broma para pedirle que no la vendiese a nadie más, que si alguien estaba interesado, le respondiera que ya tenía dueña. Que ella la compraba. Y le dio el pañuelo con el que envolvía las monedas ahorradas desde el día en que la vio en el escaparate, y que antes de salir, guardaba en su bolsillo por si se sentía con fuerzas para realizar lo que ahora estaba haciendo”. María sonrió cuando Andrés aprobó la decisión de la pequeña; “muy bien, yo habría hecho lo mismo”; “Conque”, siguió María, “como señal, y para sellar la transacción, le alcanzó esa cantidad irrisoria comparada con lo que costaba”. “Cada semana le daré lo mismo hasta que la pague entera.” Le miró para ver si esa sonrisa condescendiente se le había ido, y aunque no del todo, le aceptó el dinero y le abrió una cuenta, “Una financiación”, dijo, “las cosas hay que hacerlas bien”. Apuntó la fecha, la cantidad que le daba a cuenta y firmó él, después de pedirle que lo hiciera ella. Miró orgulloso el pagaré, le gustaba las cosas bien hechas, y

guardándolo en un cajón al lado de unos cuantos papeles más, le dio la mano a la niña, en señal de pacto cerrado. “Así es: espero el importe cada lunes, si hubiese tres semanas consecutivas en las que no pagases, la maleta dejará de ser tuya, junto con el dinero, y estaré libre de venderla”. Con esa amenaza le dio a entender que el trato era serio, a pesar de que sus ojos seguían riéndose suavemente. “Adiós, María; hasta la próxima semana”. La pequeña salió aturdida, saturada de unas emociones encontradas; euforia, miedo, expectación, que juntas le daban la sensación de haber hecho un pacto con el diablo lo menos. No podía ni respirar de lo fuerte que le latía el corazón”.

“Se llama igual que tú, María”; “Sí, cierto”; “¿Sabes?”; “¿Qué?”; “Esa niña hizo muy bien”, le tomó la mano, todavía húmeda de fregar. María continuó con el cuento pero ahora para sí misma, con la maleta abierta sobre la cama, la del pueblo, y se escuchó, diciéndose, las últimas palabras que le dirigió a la madre.

-Mañana saldré muy temprano. Despidámonos ahora que no quisiera molestarla.

-De eso nada, hija. A la hora que sea yo te preparo el desayuno. Nunca te lo he dejado de hacer y mañana no va a ser distinto.

Se miraron. La madre, llevándose el pañuelo arrugado a los ojos, salió corriendo de la habitación donde ella quedó sola, libre de llorar.

Sus ojos desenfocaron el cuarto recordado al que no regresó, y miraron al niño que le tenía cogida la mano. Retuvo unas lágrimas que la ahogaban sin saber por quién las habría derramado: si por él, por ella niña, o por los dos. Le abrazó. “Yo te querré”.

Andrés, a su pesar, empezó a confiar en que, quizá, esta vez le fuera mejor.

-Vamos a casa de la Señora.

A él ni le gustaba ni le disgustaba ir, en cambio, notaba cómo la hermana se revolvía cada vez que tenían que visitarla. La madre los aseaba lo mejor posible, y nerviosa, les repetía las mismas recomendaciones de siempre que iban allá: “No habléis si no os preguntan, no toquéis nada, -mirando de reojo al pequeño- y por lo que más queráis, portaos bien”.

La casa estaba lejos, en el centro de la ciudad. En una ocasión tuvieron que coger el tranvía porque llegaban tarde y hasta la

hermana cambió el gesto, ese ceño fruncido que le enfadaba el rostro amable y le duraba horas, por unos ojos abiertos, decididos a dejarse sorprender. Ese trayecto lo rememoraron en cientos de cuentos nocturnos hasta que pasó la frontera de lo real a lo irreal, formando parte de ellos, de sus ilusiones más profundas; se convirtió en la quintaesencia de la aventura.

Acceder a ese vehículo que soltaba chispas, guiado por raíles, que les embobaba desde su banco del parque, les hizo temblar las piernas; se habían preguntado cómo sería por dentro, la expectación les paralizaba, el miedo a la decepción también. “Vamos, niños, no os quedéis parados, id a buscar asientos”. La madre los empujaba con suavidad a lo largo del pasillo angosto, consciente del respeto que mostraban por la novedad del viaje. En la última fila había unos libres. “Hale, aquí mismo vale”, encantados con que el suelo les vibrase bajo los pies y que sin andar, iban, se sentaron en lo que les pareció el colmo de la comodidad, unos cojines algo duros sobre la madera.

Una vez instalados no sabían adónde mirar, si dentro o fuera; las calles por las que paseaban cobraron velocidad. Las casas, los árboles, las gentes se movían con una rapidez que los emborronaba, perdiendo sus contornos, su nitidez y sus formas en una mezcolanza de colores que lo manchaba todo a su paso. Dentro era también mágico, el olor era peculiar y las personas muy diferentes a las que se encontraban en la avenida, con expresiones de cartón. Pensaron que quizá esas gentes no eran reales, sino parte del tranvía, como el señor nervioso que se acercó a pedirles dinero por el trayecto, dándoles a cambio de las monedas, unos papeles marrones que conservaron agarrados en el puño como tesoros. Olía a velocidad, a sortilegio.

-Hola.

-Hola.

Andrés se volvió hacia quien le había saludado; jugaba alejado del resto de niños, no mucho porque el cuadradito del patio no era tan grande como para aislarse demasiado, aunque para eso tenía su imaginación; eligió la esquina izquierda al azar y ahí se dirigía cada tarde para sentarse, apartado, ideando historias que contarse a la noche, nunca de día; si se sorprendía narrándose los relatos en vez de montarlos, se reñía; “Ahora no, te los has de guardar para

luego, si no estarás muy solo". Y seguía añadiendo piezas al cuento. "Hola", repitió la voz. El niño levantó los ojos de los palitos que movía al tiempo que se inventaba personajes y situaciones para la hora de dormir, sorprendiéndose al ver un hombre alto, delgado, de ojos amables y rasgos como de jabón, desdibujados. "No te asustes", su tono no era mucho más ruidoso que el silencio, "Me llamo Silvio, soy el jardinero de aquí, ¿ves esos matorrales? Ahora están salvajes, pero les puedo dar la forma que quiera. También soy responsable de las flores y cómo se van mezclando en colores". Paró un ratito de hablar, "¿sabes?, en realidad no es la primera vez que me ves. Estoy por aquí casi todas las tardes, me fijé en ti porque pareces diferente, independiente del resto, sin compartir las horas en esta esquina, dibujando con ramas y hojas. Si quieres, te cuento mi secreto, y luego me revelas el tuyo".

-No tengo, señor.

-Claro que sí, todos tenemos, solo que se te esconde; tu secreto está todavía encerrado dentro de ti, tan adentro, que ni lo sospechas, si paseas hacia atrás por tus recuerdos, me entenderás. Antes no jugabas aquí, ¿verdad?

-No- Andrés comprendió que se refería al tiempo que se le iba borrando por culpa del edificio gris-. Aunque no encuentro el secreto ahí tampoco.

-Da igual, si quieres, te puedo contar el mío-, el niño abrió los ojos confirmando que quería oírlo.

-Pues escucha bien: soy invisible-, Andrés no le vio a eso un contrasentido, a pesar de estar viéndole; uno puede ser invisible independientemente de esas minucias-. Bueno, no es exactamente que sea invisible, los demás me ven, pero me olvidan nada más se dan la vuelta, como si jamás me hubiesen visto, impidiéndome ser parte de sus recuerdos; resbalo entre la memoria de la gente. No negaré que al principio me fue muy difícil, frustrante incluso, asumir que no contaba para nada, que hiciera lo que hiciese, nadie me recordaba.

Fui el bebé que más tuvo que llorar para reclamar su supervivencia en un hogar más o menos normal: mi madre podía estar en la misma habitación sin acordarse de mí, ni ella ni las vecinas que pasaban a saludarla; apenas echaban una ojeada al capacito se olvidaban del nene al que incluso le habían dedicado

sonrisas y palabras tiernas: ahí quedaba abandonado rodeado de gente, esperando que alguien se asomase a un moisés que sí era visible: un armatoste enorme montado sobre unas ruedas, regalo de la parroquia a mamá, que cuando le fue imposible ocultar por más tiempo que yo venía al mundo, se atrevió a pedir ayuda. Asistía a los servicios de los viernes sentándose al final, procurando no molestar, escuchando una misa de la que no entendía nada, haciendo el esfuerzo de participar en el rito, que con el último amén le daba la señal para levantarse y ayudar con la limpieza. Le pagaban con ropas y diversos objetos donados para los más necesitados, y por el estorbo que hubiera sido para los dueños quedárselos. “Pero Marita, ¿cómo es posible esto?”, mamá agachaba los ojos para eludir la mirada del párroco y sollozaba, porque no sabía cómo había sido posible: un buen día advirtió que hacía meses que el cuerpo no funcionaba como debía, y que el sempiterno traje de verano que sacaba del armario cada vez que las flores de la maceta florecían, no le ajustaba. Fue una amiga quien le explicó cómo había sido posible que yo estuviera por irrumpir en este mundo; mamá calló pensativa, recordó ese chico simpático que la abordó una tarde lluviosa y que al verle empapado le ofreció la casa; al hacer tanto frío, vio natural lo que le pidió, dejándole dormir bajo su misma manta, la única que tenía. Elevó los ojos hasta la amiga que la observaba con una mezcla de impaciencia y lástima, hasta que entendió y aceptó que la vida iba a ser diferente. Pero tuvo suerte, nací invisible y muy pronto rehízo sus costumbres sin demasiado impedimento. Cada vez que me veía se extrañaba de que estuviese ahí, en la cuna, en la alfombra gateando, andando precariamente por su casa, comiendo en la cocina a su lado. Lo que se me quedó de mi madre fueron sus ojos de asombro al mirarme en su intento de comprender qué hacía yo allí, y por qué estaba junto a ella.

Sé que me quería, cuando no me olvidaba era estupenda, las tardes que libraba y me veía, las pasábamos en un parterre donde enredaba con la arena algo apartado para evitar que los otros niños me empujasen, no por malicia sino por mi invisibilidad. Más de una vez mi madre se preguntó qué hacía en el parque hasta que el ruido de los niños llamaba su atención y al mirarlos, me encontraba.

En el colegio no me fue mucho mejor. Sobre todo con las chicas,

ya podía estar pendiente de sus deseos, colocar con mimo en sus pupitres flores recogidas con peligro de los jardines más bellos del barrio, dibujos artísticos que me robaban tiempo para los deberes, incluso conseguirles, como fuera, cualquier capricho que se les antojase; una goma de colores brillantes, un lápiz de dos tonos o una cinta para el pelo. Hiciese lo que hiciese nunca conseguí una mirada. Hubo una en especial que me descompasaba el ritmo del corazón más que las otras y a la que estuve rondando y regalando más que a las demás. Me las ingenié para sentarme a su lado, siempre que se olvidaba el libro, que era a menudo, le permitía leer en el mío mareándome con el olor que desprendía su pelo rojo. Cuando no sabía la lección, lo que sucedía con frecuencia, se la apuntaba bajito para evitarle mala nota. Era el centro de mis días, sin más recompensa que ser testigo de cómo iba aceptando salir con todos y cada uno de los chicos que se lo pedían. Tiré la toalla. Desistí. Entendí que mi puesto no era en primera fila, por decirlo de algún modo, existía como observador.

Esa revelación me salvó; mi vida pasó a ser mía, no una parodia de la de los demás: me sitúe a tiempo, alejé una existencia torcida arrastrada a trompicones" -enmudeció sorprendido, o cansado, de su verborrea. Con cariño y veneración, abarcó con sus brazos lo que les rodeaba, y setos, flores, árboles le devolvieron el saludo agitándose ligeramente como si una brisa los animase-. "Fíjate, con las plantas uno vive tranquilo, entre ellas he sido testigo de lo ciegos que están los que no me ven, mucho más para sus vidas que para mí".

Silvio sonrió al niño, feliz; "Qué a gusto se está contigo, eres como las flores: escuchas con sencillez". Tímidamente le acarició el pelo con la delicadeza de quien está acostumbrado a rozar lo etéreo. "Lástima que al girarte me olvides". Entonces, Andrés acercó la mano a su rostro, los dedos lo recorrieron, mirándole como si fuera ciego, paseando los dedos sobre el relieve de sus rasgos. "No te preocupes, mis ojos tienen ayuda: te veré". Se sonrieron, la sonrisa del niño, franca, la de Silvio se le contaminó con un punto de tristeza, como cuando te despides de quien sabes que no volverás a ver. "Adiós, pequeño", dudó en decirle hasta mañana, pero la sonrisa abierta y confiada de él se lo arrancó; "Hasta mañana". Se giró convencido de la maldición del olvido, y

esta vez sí le dolió, le gustaba ese niño, y aunque él sí le viese cada día, no le compensaba: se sabía incapaz de retomar la confianza ganada; el tedio de abrirse, de encontrarse en otro, en él era continuo, jamás avanzaba con nadie. Encorvado por una derrota anticipada, se dirigió hacía los rosales sintiéndose más solo que antes; la compañía siempre deja una resaca, un ansia que nace de la separación, que nos obliga a regresar al ausente, lo que evidencia la soledad.

A la mañana siguiente, tal y como se había temido el jardinero invisible, el niño actúo como si nada; se acercó a la esquina a jugar, sin dar muestras de buscarle. A Silvio, que se pasó la noche esperanzado a su pesar, argumentando contra su sentido común, ayudado en la batalla por la ilusión, se le había eternizado la mañana esperando el chorro de niños tras la puerta del patio. Cuando salieron, callados y disciplinados como siempre, tan en silencio que nadie diría que respiraban, se acercó a la esquina, con una intensidad que dolía, para observar al pequeño, que como siempre, era ajeno a su persona. Aún así ahí se quedó, dolido, resignado, sabiéndose excluido de un mundo hermético para él, pero contento de verle; al menos lo tenía cerca.

Andrés fue al patio, efectivamente, sin recordar siquiera que tuviera que recordar algo, ni cuando admiró el jardín rebosante de colores. Al rato, sus manos inquietas, le desobedecían insolentes, rebeldes, soltando las ramas, negándose a ordenar piedras, y con una tendencia fastidiosa para el niño, que no quería tocar el extremo de la verja, los dedos se paseaban por las barras de metal saliendo fuera, hasta que harto, cansado de ese motín declarado, se decidió a mirar hacia donde señalaban continuamente. Entonces lo vio; ahí estaba el hombre invisible, sonriéndole, radiante al comprobar que por primera vez alguien sí le recordaba.

Desde ese día se encontraron menos solos; aunque la soledad de la ausencia únicamente la padecía el jardinero, el niño lo olvidaba cada vez; fueron siempre sus dedos obstinados y leales los que les ayudaron en su amistad.

-Hola- hubo una pausa, tensa, angustiosa-, ¿qué tal has dormido? -Nadie habría adivinado lo mucho que le costó formular una pregunta tan vulgar.

-Bien, gracias- Andrés contestó con prudencia; había pasado por

dos madres, entendía que estaba en periodo de prueba, siendo los primeros días cruciales-. ¿Y usted? -No añadió “madre” ni “mamá” porque su intuición le gritaba que no lo hiciera. Para que no quedara seco añadió rápidamente un “¿ha dormido bien, también?” dejando que ella marcase el protocolo. Terminó su intervención con una sonrisa fresca y encantadora.

-Sí- Lina evitó recordarle la pesadilla que les llevó a sentarse a su lado-. Sí- repitió, para salirse apresuradamente murmurando incoherencias.

Andrés quedó solo en la cocina delante de los restos del desayuno, aguantando las lágrimas, convencido ahora de que le devolverían: María no mandaba, ojalá fuese ella la madre. Apartando la zona negra de la autocompasión, se levantó de la silla para recorrer la casa y el jardín; necesitaba un refugio, un lugar para él solo; un hogar dentro del hogar. Debía anclarse al nuevo mundo en el que le habían instalado. En la segunda casa adonde le llevaron se aferró a un gato negro de ojos verdes como los suyos, intensos y curiosos. Se comunicaban en silencio compartiendo una zona apartada del patio interior que olía a jazmín y a agua fresca. Andrés apreciaba las dos dimensiones en las que uno puede moverse: la real y la que ayuda a soportarla. Su imaginación le era vital para comprender lo absurdo; los cuentos que la hermana le contaba en el sótano le dieron la clave: lo que sucede no es tan terrible si se moldea con palabras. La angustia de encontrarse continuamente fuera de lugar, desarraigado, la mitigaba con sus historias, el mundo se diluía en su hostilidad como cuando escuchaba a Isabel domesticar aquello que les sobrepasaba.

-¡Hale, vámonos!

La madre los adecentaba bajo la tensión evidente de la hermana. “Isabel, ¿por qué no te gusta ir a casa de la Señora?” Se atrevió a preguntarle un día, “A mí me parece un sitio muy bonito”. La niña, huraña como siempre que tenían que ir, le contestó desabrida, “Tú que sabrás de nada”, él siguió insistiendo con la mirada. “Es una mujer mala”. Con ese nuevo dato, casi susurrado, Andrés se impuso averiguar, en esta visita, por qué esa mujer enorme y coja, no era buena.

Esa mañana, cuando la sirvienta de negro les espetó, seca, “ya pueden pasar”, estuvo atento a la conversación en vez de

distraerse, como hacía siempre, en admirar muebles y cachivaches. La voz de la Señora sonaba ronca, grave, intimidaba un poco por su veta de agresividad soterrada y desprecio al contestar a la madre, que por el contrario, hablaba con humildad, sin servilismo; un orgullo maltrecho, pero orgullo, lo evitaba. Si las voces fuesen visibles, si se sintiesen, la de la Señora sería negra, irritada, saturada de odio y reproches, la de la madre ocre, tímida aunque altiva, dolida pero firme. Era evidente que entre ambas existía una relación tensa, de posturas enfrentadas, irreconciliables, jamás se habrían encontrado en el mismo espacio voluntariamente, si no hubiese algo que las uniese forzosamente, y que al niño se le escapaba.

-Otra vez has venido antes de hora. ¿Qué haces con lo que te doy?

-No alcanza, todo está demasiado caro, los niños no se alimentan lo suficiente.

-¡Los niños, los niños! Esa excusa se te va a terminar. Quién sabe en qué te lo gastas todo. Mírate, eres una ruina. No sé que vio mi hijo en ti.

La madre apretaba los puños hasta que los nudillos se volvían blancos y las uñas se clavaban en las palmas. Los ojos dirigidos al suelo, rígida, hasta que lograba que la inflexión de la voz no mostrase lo que su cuerpo delataba. “No vendría si no lo necesitase, le consta. Me es tan desagradable esta situación como a usted”. Esa última frase le hizo morderse los labios: había traspasado la línea, pero fue incapaz de callarla, los ojos brillaban con fuerza y la respiración agitada, la delataban. “Miren la mosquita muerta, qué bríos que se gasta. Pues has de saber que esto no te va a durar mucho, no estoy obligada a darte nada, si él era un inútil y arrojó su vida por la borda, no tengo por qué cargar con su fracaso”. La voz de la Señora retumbó por todo el salón, amenazante, y segura de su amenaza, poderosa en su sillón, rodeada de lujos, de su razón.

Andrés observaba a la hermana, réplica exacta de la madre; un orgullo doblegado, una impotencia desbordada, una humillación dolorosa, injusta. El pequeño se asombró de lo que escuchaba; hilos de voces recorrían el salón tintándolo de colores terribles, incapaz de entender el significado profundo de las palabras, solo

comprendía la tensión de las cadencias, de los silencios, de las posturas. Se impregnó de algo espeso que le caló hasta los huesos.

Esa noche Isabel le contó un cuento de miedo, de esos que le negaban el sueño, a los que no exorcizaba ni bajo las sábanas.

La noche regresó, Andrés se acostó de nuevo en el gran dormitorio de camas blancas y niños uniformados hasta en el pijama. Aún no entendía que iba a quedarse ahí, echaba de menos a su familia, se ahogaba de pena pero algo en su interior le aconsejaba que la escondiese; se mordió el labio, luchando contra las lágrimas entre las sábanas crujientes, al lado de dos niños pequeños como él. Apagaron la luz, desvelado se incorporó, el bulto a su izquierda se agitó; “No te levantes, acuéstate o nos reñirán a todos”; la orden bisbiseada, se amplió hasta el grito al atravesar el silencio inverosímil en un dormitorio repleto de críos; se tumbó de inmediato. Esperó. La voz del compañero de al lado le llegó suave; “¿Por qué no te duermes? Es más rápido, si piensas es peor, además mañana seguirás aquí. Déjalo: duele”. Andrés entendió perfectamente al pequeño, pero la añoranza de la hermana, más que la de su madre a estas horas, le superaba.

Quiso obedecer, cerró los ojos, unas imágenes borrosas le invadieron: tres hombres, unos gigantes, entraron en el sótano preguntando a gritos dónde estaba mamá. Isabel, callada, le cogía con fuerza la mano: “¿Dónde está?”. La niña, obstinada en su silencio, se aferraba a él. “Da igual eso, la orden es que nos los llevemos”; “Tienes razón, vamos”, uno de ellos lo separó a la fuerza de la seguridad de Isabel que empezó a chillar y a pegarles. Otro de los tres la agarró inmovilizándola a duras penas. El pánico le paralizó. Isabel luchaba por ambos: se revolvía gritando que les soltaran, que ni se atreviesen a tocarles un pelo, que se iban a enterar. “Ay”; “¿Por qué gritas tú ahora?”; “Me ha mordido, la muy salvaje”, las risas de los compañeros le indignaron, levantó el brazo para abofetearla pero se lo pararon en el aire; “ni se te ocurra dañarla. Son las órdenes”. La resistencia de una Isabel cansada y ronca junto con la docilidad del niño aterrado, les facilitó sacarles de la casa para meterlos en un coche sin demasiado revuelo. Ni en sus historias más angustiosas se habrían imaginado esta realidad.

Andrés, atónito, se abrazó a la hermana en cuando estuvieron juntos en el asiento trasero. Al arrancar el vehículo, reaccionó: el

ruido del motor amortiguaba unos gritos, que ignorando de dónde venían, le asustaban aún más: eran los suyos propios. La hermana controló la propia angustia para calmarle. “Tranquilo, no pasa nada”, le acariciaba para acallarle, temiendo que sus lloros agravaran la situación. Le despistó señalando a través de la ventanilla, “¿ves?, como en el tranvía”; la cadencia hipnótica de los paisajes le distrajo hasta casi hacerle olvidar por qué los estaba viendo pasar veloces, en vez de jugar tranquilamente en casa.

Andrés logró dormirse aunque para caer en manos de ese sueño atroz y recurrente que le acompañará durante años. La pesadilla le despertó empapado de sudor, como siempre sucederá, cuando la hermana le señala un árbol desdibujado por la velocidad de ese coche negro que abrió el abismo.

“No pasa nada”, el niño de su izquierda se había levantado, temblando, para tranquilizarlo. Le había costado decidir qué hacer: si dejaba que el mal sueño le llevara más lejos, sus gritos alertarían a la monja de guardia, y eso era malo; pero si entraba y lo pillaba de pie, se la cargaba. Al rato, viendo que el nuevo iba a peor, optó por acercarse tras comprobar que hablándole desde la cama, no le calmaba. “Ya pasó. Estás aquí, tranquilo. Duerme, por favor”, le suplicó para acostarse rápidamente cuando lo serenó.

Andrés se pasó esa segunda noche, despertándose continuamente por miedo a soñar.

-María, ¿qué puedo tocar de mi cuarto?

La mujer se quedó sorprendida por la pregunta.

-¿Cómo que qué puedes tocar? Todo: es tu habitación.

-Ya, bueno.

-Puedes hacer lo que quieras en él.

-¿Hasta abrir el armario y los cajones?

-Claro-, la mujer se rio francamente, como lo hacía todo-, vente conmigo al cuarto y te enseño los juguetes.

La habitación neutra, sin moldearse aún a su personalidad por falta de tiempo, la sentía hostil: algo en ella le paralizaba, quizá los ecos de ese niño que desconocía le avisaban; iba más allá de la precaución lógica del recién instalado.

María le obligó a abrir cajones, el altillo y baúl mientras alegre comentaba siempre que encontraban algo; “¿Ves? Para ti”; o si estaba vacío: “pues aquí pones tus cosas, las que más te gusten”.

El niño se animó removiendo y colocando trastos, instalándose a su pesar, ya que tenía bien presente lo que duele irse de donde uno ha puesto algo de sí.

-María, ¿dónde estás?

-Arriba, señora. Ya voy. Bueno, jovencito, tengo faena. Te dejo en tu cuarto-, remarcando bien el posesivo y sonriéndole con toda el alma.

Mientras bajaba la mujer fue consciente de su felicidad; ese niño llenaba por sí mismo la casa, por contraste se sorprendió al comprobar lo vacía que estuvo. Su sonrisa chocó contra la seriedad de Lina, que todavía no había reaccionado con la novedad. "¿Qué quiere, señora?"; "¿Te has acordado de encargarlo?"; "Sí, señora, aseguraron que estaría sobre la una. Acabo aquí y voy a buscarlo", la mujer regresó a la faena cuando se le ocurrió una idea, "¿Quiere que me lleve al niño conmigo?", Lina la escuchó desencajada; esa frase tantas veces oída con la misma naturalidad, evidenciaba que su fantasma seguía presente. María, consciente del dolor, no cejó; no debía protegerla de la añoranza, sino abrirla a la esperanza. Insistió, pasando por alto la angustia de la mujer; "Que se venga, es malsano que esté encerrado el día entero". Sin esperar permiso explícito, dio por hecho que el niño la acompañaría, desde abajo gritó a Andrés que se preparase, que en quince minutos iban para el pueblo. "Suba usted, señora, por si no me ha oído", consciente de la maniobra, se apresuró a entrar en la cocina.

Lina, tensa, torturándose las manos de los apretones que les daba, paralizada al pie de la escalera con la mirada fija más allá de los peldaños, se tomó su tiempo, hasta que agarrándose al manillar como para no caer a un precipicio, puso un pie tras otro para subirla.

El tiempo pasa; el orfanato no es una excepción. Hacía poco que entendió que ahí iba a quedarse, que no vendrían a por él; sin miedo ni rencor, ni siquiera plantearse por qué, se fijaba más en los niños que le rodeaban que en buscar los rasgos, medio desvaídos, de madre y hermana entre los visitantes. Su mundo era ese; debía vivir en él.

Se encontraba con Mauro en los pasillos, en los baños. Él, por ser mayor, tenía acceso a la planta de los más pequeños y lo visitaba siempre que le era posible, además de los domingos, que

reunían a todos los hospicianos en la capilla para los rezos. Gracias a su mentor y su capacidad de observación, aprendió a distinguir los dos grupos enfrentados: o estabas con uno, o con otro. En ambos imposible: la neutralidad se rechazaba, habías de definirte. Los más pequeños estaban sometidos a una especie de tanteo donde se les iban cercando, prometiéndoles regalos o favores. Una recaptación ingenua, poco sutil, enfocada a engrosar las filas de cualquiera de los dos jefes, que como en un juego, ganaba el que más miembros tuviese.

Había niños muy apreciados debidos a virtudes tan peregrinas como correr rápido, saltar mejor o recitar sin fallos poesías complicadas, conseguirlos como adeptos daba mucho prestigio, así que eran codiciados y tentados con más insistencia que el resto.

Esos niños, conscientes de sus méritos, exigían deseos y privilegios para unirse, decantándose por el grupo que se los concediese antes. Una vez integrado, el jefe ganador se pavoneaba humillando, ninguneando al derrotado, seguido de cerca por los demás, cultivando futuras venganzas y revanchas, hasta que otro niño notable aparecía en el mapa, desplazando de un plumazo al anterior con los celos y rencores consiguientes, enrareciendo un ambiente ya de por sí sofocante.

Había críos que ganaban el derecho a ser disputados, tan solo porque uno de los bandos le rondó primero, entonces, el otro entendía que algo se les había escapado en ese niño enclenque, soso, cuya única virtud reseñable era una cara llena de mocos que sorbía continuamente, por pereza de limpiarlos con la manga, que con el pañuelo ni se le ocurría. Y ahí estaban peleando con sus mejores armas para ganarse a Juanón. Ganó Tono por regalarle un papel rojo brillante de caramelo que mantenía su sabor a fresa y que el sol hacía destellar. El otro jefe, Fredo, se amargó como si hubiera perdido algo valioso.

No existía rigor ninguno; la casualidad, el azar o el mero capricho decidían cómo ibas a pasar tus días ahí dentro. Andrés lo dedujo así, con lo que pospuso su decisión, permaneciendo entre el menguado grupo de independientes en esa tierra de nadie.

-Hola.

-Hola-, el niño miró a Lina desde el cajón que ordenaba con un cariño tímido. La observó disimuladamente; había que esperar

cómo maniobraba el contrario antes de definirse; era evidente que la mujer intentaba romper el hielo, para bien o para mal.

-¿Quieres ir al pueblo?-se apresuró a añadir-¿con María?

-Sí que me gustaría- arriesgó preguntando-, ¿usted no viene? -Contuvo la respiración a la espera, quizá se lanzó demasiado pronto, fue demasiado directo. “Bah, da igual, si me han que devolver, que sea lo antes posible”. El cuarto le gustaba, vencida su resistencia, tenía que saber si podía llenarlo de él o no. Insistió-¿No viene con nosotros?

-No, esta vez no-, sonrió con amabilidad, la mano se dirigió inconscientemente hacía el pelo del pequeño; cuando se dio cuenta de adonde iba, la frenó en seco, dejándola suspendida a mitad de camino, sin saber muy bien qué hacer con el torpe ademán que había resultado. Lentamente la bajó. Pero su sonrisa continuaba-. No iré, pero cuando regreses, tendrás hechos pastelitos. ¿Te gustan los de calabaza?

-Sí, mucho. Gracias-. Evitó terminar la frase con “señora”, fue un acierto, la distancia entre los dos se acortó.

-Estupendo, pues arréglate y no comas nada en el pueblo: merendarás pasteles de calabaza en casa, díselo a María.

-Gracias- No dijo “madre” porque las prisas desbaratan las negociaciones.

-¿Te acuerdas de papá?

Andrés desprevenido ante esa pregunta, tuvo que hacérsela repetir. “¿Qué si te acuerdas de papá?” El niño se esforzó rebuscando en sus recuerdos. “Olía a menta, su mano era enorme; me cabían las dos mías en ella, y sus dientes eran tan blancos que brillaban”; “Sí, sonreía siempre y mamá con él. ¿Sabes? Vivíamos en una casita pequeña con una huerta y gallinas”; “¿De verdad teníamos pollos?”; “Sí, me gustaba recoger los huevos por la mañana, calentitos, escondidos entre la paja. Tú un día rompiste uno, eras muy chico, se te escurrió de la manita. Recuerdo tu cara de susto y lo que te impresionó verlo en el suelo, desparramado; tocabas la clara pegajosa, la yema viscosa, irrompible de lo fresca, preguntándome cómo cabía todo eso ahí dentro”. Isabel se rio bajito, con un gesto de ternura acarició el brazo al hermano. “Antes era otra cosa”. La mente de Andrés le proyectaba borrosa, la imagen de ese huevo echado a perder sobre un suelo irregular que

olía fuerte. La mano recuperó el tacto de algo desagradable, húmedo y pringoso. Se durmió envuelto en olor a menta.

-Mamá, no deberías permitirla que te hable así.

La madre callaba, aún tensa, andando a un ritmo mayor de lo que el hijo pequeño podía mantener. “Mami, para”, protestaba, jadeante.

-Mamá, no quiero volver nunca más.

La mujer paró en seco, desbordada; “Tú harás lo que yo te diga, y vendrás las veces que tengas que venir y ya está”. Andrés se asustó; no era frecuente que mamá se enfadase tanto, su carita amenazó lloros. “Y tú no empieces a llorar ahora, sería lo que me faltaba. A nadie le gusta esto, pero es lo que hay y ya lo tengo bastante difícil como para que vosotros dos vengáis a empeorarlo con vuestras quejas y lágrimas. Así que tengamos la fiesta en paz y punto”.

El niño, alarmado, añadió al susto una sensación de culpa indefinida que le ayudó a contener el llanto, por miedo a enfurecerla más. La mayor, consciente de que su madre les reñía sin razón, le pidió un perdón táctico; conciliadora, se le cogió del brazo intentando cambiar el tema. “Mamá, ¿quieres que pasemos por la tienda ahora, o voy yo más tarde a pagar la cuenta?”; “Ya iré yo, hija”, al rato añadió “Perdonadme los dos. No tenéis la culpa de nada. Lo siento”; “Intentaré ir más rápido, mami, de verdad”. La mujer tuvo que parar y abrazarlo. “Hijo, no pasa nada, ve lo lento que quieras, mira, vamos a pararnos y a sentarnos. ¿Vale?” Antes de descansar, entraron en una panadería y les compró dos piruletas multicolores de un caramelo traslúcido, dulce y eterno. La hija quiso oponerse por el gasto, pero la madre insistió. “La vida es algo más que hacer lo que se debe a cada momento, hija. Ya lo entenderás”. Con las golosinas bien sujetas, se sentaron en un banco bajo el sol, viviendo uno de los momentos que ninguno de los tres olvidó jamás.

Andrés, contento al lado de María, disfrutaba de la libertad, muy añorada, de traspasar el encierro entre cuatro paredes, lejos de verjas y limitaciones. Si hubiese podido, habría recordado al jardinero, aunque cómo hacerlo, si su esencia misma era el olvido, aún así, los dedos se le revolvieron inquietos, pero sin nadie a quien señalar fue imposible que el niño reaccionara. Lo que nunca olvidó fueron sus conversaciones; esas palabras estaban con él, y como

sus cuentos, las creía propias; le hablaban de secretos escondidos dentro de él mismo que habría de buscar.

Ahora, feliz de pasear por un camino nuevo hacia un sitio diferente sin más, le llenaba lo suficiente como para abandonarse bajando la guardia; nada de ir con pies de plomo, midiendo palabras, acciones o anticipando acontecimientos, solo sentir el cosquilleo del viento que le acercaba el olor del pueblo junto con sus murmullo ajetreados.

-María.

-Dime, pequeño.

-¿Hay parques en el pueblo?

-Sí, hay varios, uno muy bonito, con fuente y todo.

-¿Tiene bancos?

-Sí, claro, de piedra. Cuando hace calor no hay quien se siente de lo que queman, pero a la fresca son lo mejor.

-¿Podremos ir un ratito?

-Por supuesto, después de la tienda.

-Vale.

-Cielo, ya llegué-. Joaquín entró en casa. Después de guardar la chaqueta y los zapatos en el perchero y el armarito de la entrada, fue a buscar a su esposa al no recibir respuesta, una costumbre compulsiva que adoptó tras la desgracia, término que siempre usaba para nombrarse sin nombrar los dos sucesos que cambiaron una vida tranquila, ordenada, serena, en un incesante malestar, fundamentado en que todo era posible, impredecible y peligroso.

Ver a Lina, oír su voz nada más llegar, le tranquilizaba. Algo parecido le sucedió en sus primeros meses de matrimonio, un deseo acuciante, casi doloroso, de regresar a casa con ella para escucharla, verla, tocarla. Nada más dejarla, la añoraba, ansiaba regresar a su lado de donde jamás se habría ido; lo que le costaba salir de la cama, de la cocina después del desayuno que le preparaba, de casa. La costumbre que trae el tiempo, anuló esa urgencia. El amor se domesticó. Solo cuando nació su hijo se renovaron esas ganas locas, irracionales, de traspasar el umbral. De sufrir por irse.

Desde esa segunda desgracia, una sensación le removía por dentro con una desazón muy parecida a la de antes, donde la necesidad de constatar que seguía en su vida, era algo más que

poesía o miedo pueril de enamorado: era un hecho antes imposible que podría repetirse.

Aún se despertaba sobresaltado, con el corazón agitado, sudando, ante la imagen indeleble de Lina inmersa en esa agua roja, con el pelo oscuro flotando sobre su rostro blanco, los ojos cerrados, completamente vestida con el traje que eligió para asistir al entierro del hijo y al que en el último momento decidió no ir. Dios mío, nunca sabrá cómo la sacó de ahí, llamó al hospital, vendó como pudo esas muñecas que abiertas derramaban vida. Sin pensar actuaba; la besaba, le hablaba mientras, torpe, atajaba las hemorragias, secaba su cuerpo, mojándose de ella, de lágrimas, de agua roja.

Joaquín negó con la cabeza, un gesto que le apoyaba en ese esfuerzo sobrehumano de retirar el pasado. En voz más alta, rozando la alarma, lanzó de nuevo la pregunta, “¿Dónde estás, cielo?”

Unos segundos más sin escuchar la respuesta le enfrentaría a lo se había preguntado tantas veces: ¿iría a buscarla; soportaría reanimarla otra vez o se quedaría sentado ahí mismo, esperando que todo acabase, incapaz de arrancarla de su propia voluntad de nuevo?

-Estoy en la cocina. No escuché la puerta con el ruido de los cacharros.

Joaquín aliviado, apartó con una voluntad trabajada la realidad para olvidar que su vida ya no es la misma.

Sentados en el banco de piedra de la plazuela poco concurrida, enfrente de la fuente que refrescaba el ambiente con su incesante chorro de agua fresca, al que si mirabas con detenimiento y durante un rato, congelabas en la retina, viendo cada gotita estática antes de caer para dejar paso a otra, como si fueran de hielo, hasta que un parpadeo rompía el efecto óptico, licuándolas de nuevo. “Me gustó mucho tu cuento, María”; “Gracias”.

La mujer, sin ganas de contar ninguno en ese momento, le miró de soslayo pero el niño no pidió nada, se conformó con esa indirecta.

El último cuento que narró, el de la maleta era un recuerdo, fue el de los tres pescaditos con sus diferentes destinos, lo hizo la misma mañana en la que él dejaría de escucharlo para siempre.

Esa historia le encantaba al pequeño, se le acercaba cuando trajinaba por el lavadero; “Cuéntame el de los pececitos”; “¿Otra vez?, si te lo tienes que saber de memoria”; “Anda, Marieta, cuéntamelo”. Le ponía esos ojitos irresistibles a los que no se les negaba nada. “Está bien, pero arrima el hombro, echa en la palangana añil, sin mancharte, ¿eh?”. Se pasaban las horas entre peces, destinos, agua y jabón.

Andrés agitaba sus piernas contentas desde la altura del banco, aún no tocaban suelo, pero poco faltaba. Crecía. Si le devolvían…, no quería ni pensarlo. Cogió fuertemente la mano de la mujer, como si pudiera evitar que siguiera haciéndose mayor, o dependiera de ella que le aceptasen en la casa. Si hubiese sido su nueva madre, qué fácil sería. María entendió lo que preocupaba al niño, “Has de darles tiempo”; “Ya”.

No tenía nada claro que el niño supiese lo del hijo muerto, y aún tenía menos claro si sería mejor contárselo, pero lo que tenía oscuro del todo era si debía decírselo ella. Sin decidirse, se decidió, se escuchó preguntarle si conocía al otro niño. “¿Cuál, el vecino?”; “No, su hijo”. Andrés regresó los ojos a la fuente para recuperar el efecto óptico, enfocando las gotas estáticas, entendió la reticencia, la frialdad cálida, la ausencia de contacto. Observando atento el chorro romper el agua pidió más información. “¿Cómo era?”; la mujer tardó un poquito en contestar; “Menudito, rubio, los ojos muy claros, la piel blanca rebelde al sol; imposible que se le tostara. Tranquilo, delicado en todo, su voz casi ni se oía, cariñoso, demasiado sensible- respiró hondo, triste-, no estaba preparado para este mundo, pobriño”.

Callaron ante la imagen recién proyectada del niño frágil, cada uno por sus propios motivos.

-Yo no les puedo gustar entonces. Soy todo lo contrario; moreno, ojos verdes, brusco y me cuesta sonreír. No me querrán-, esas palabras le salieron contenidas, al borde del llanto.

-Claro que sí, cómo no te van a querer. Yo te quiero.

Andrés aún asido a la mano de la mujer, la apretó con más fuerza. Ella le devolvió la presión. “Todo irá bien, ya verás”. Evitando pensar en si le estaba mintiendo o no, apartó sus propias aprensiones bien lejos del niño, de ese momento.

-¿Qué está haciendo, Mauro?

-Nada, ¿y tú?

Andrés se había acercado al niño, como siempre que lo encontraba. Ahí estaban callados, apoyados en la pared, vigilando que no les pillaran en esa posición prohibida; "¿Tan agotados están que necesitan del muro para mantenerse firmes?, pues para que se cansen en serio, vayan al almacén que les darán faena". Hoy estaba de guardia la nueva, con lo que podían relajarse un poco; aún no tenía las normas muy claras. Se la veía perdida con su cara pecosa continuamente en alerta, asustada, casi tanto como ellos, ante la directora. Como mucho si les descubría, les recriminaría ligeramente, sin convicción ni fuerza, como con pena y de pasada; "Uy, eso no es correcto, anda, no lo hagáis que sabéis de buena tinta que va contra las normas. Hale, a jugar a otro sitio".

Andrés imitaba el gesto de Mauro dando la ilusión, desde lejos, de una pequeña sombra mal situada, rebelde al sol, pero idéntica. El niño tendía a emularle en todo, lo que a veces le halagaba y otras le irritaba, dependiendo de las circunstancias. El chiquillo aún no dominaba la empatía, se le escapan detalles del entorno, carecía del sentido del peligro más elemental. Una tarde, por la fuerza de la costumbre, repitió los movimientos de uno de los intocables, sin advertir que el otro lo interpretaba como una burla. Mauro despistó la escena mandando al niño al otro lado del patio con la excusa que se le ocurrió en el momento evitando un enfrentamiento seguro, al menos en esa ocasión; imposible protegerle siempre.

También le ayudaba en su neutralidad. Aunque debería definirse un día. Él postergó esa decisión de todas las maneras posibles, entre ellas, la de hacerse el loco, asentir a todo, convirtiéndose en una especie de bufón inofensivo.

Se creyó a salvo escondido en ese personaje; odiaba las peleas, los gritos, las venganzas, los rencores: entrar en ese juego le espantaba. "Si digo que sí a todos, no ofenderé a nadie", qué error: las consecuencias de la aquiescencia le dio fama de rastrero, correveidile, cobarde y chaquetero. Estaba atrapado igual que el resto. O más.

Jamás olvidará cuando se le cayó el mundo encima, no por la paliza que le dieron en la esquina reglamentaria, la invisible desde la ventana del despacho, sino porque su amor propio se hizo añicos: se había fallado. Cada golpe de los compañeros era una

prueba de que no podía confiar en sí mismo, y si no se tenía a él, ¿quién le ayudaría? Esa noche le escocía tanto su decepción, que ninguno de los moretones le dolió. Con el tiempo aprendió a perdonarse, a él y sus debilidades, sin darse a los cielos ni a los infiernos; fracasar es una de las constantes de estar vivo.

Vigilaba de cerca a Andrés para, cuando lo viese atrapado en su propia traición, ayudarle. Integrarse en una sociedad, saber qué papel jugar, marca tu calidad humana, una que nos decepciona bastante. Con que facilidad se ejecuta lo que en teoría rechazamos y qué leve es el empujón desencadenante.

-Esto que huele tan bien, ¿son pasteles de calabaza?- Joaquín se alegró, los últimos que horneó se olvidaron en la despensa durante semanas acabando en el cubo de la basura.

-Sí-, contestó tímida, algo tensa, apartando las manos de la masa, a la espera de la reacción del esposo, quizá no había sido buena idea.

-¡Qué bien!- Sin más, untó el dedo en la mezcla para probarla. Desde chico le encantaba rondar la cocina cuando las mujeres amasaban. Entraba invisible para pasar desapercibido porque si le veían, le echaban, como si su presencia malograra el proceso; “Anda, gañán, sal de aquí, no enredes, vete a otro sitio a jugar”, pero antes de que lo sacaran a empujones, se las arreglaba para rebozarse todos los dedos posibles en esa pasta cruda, espesa y pegajosa, que una vez cocida sería pan, pastelillos o bollos. “Vale, vale, ya me voy”. Corría a su cuarto para saborear lo robado tan audazmente.

-¡No toques, hombre!- Le atizó con el paño enharinado, riéndose. Hacía tanto que no reía así-. Ya los comerás cuando todos-. Continuó con los dulces de espaldas a Joaquín, que relamiéndose, percibió algo diferente en la cocina, iba a preguntar qué era, cuando lo localizó: su mujer tarareaba.

Andrés cumplía las normas con corrección de superviviente, observaba a los compañeros en silencio, asistía a las clases obligado, participaba lo menos posible en los juegos comunes. Los demás, desconcertados por su apatía, se reafirmaban metiéndose con él, que impasible, no entraba en sus provocaciones. Pero por las noches le visitaban cuentos atroces, donde con lágrimas de rabia, se desquitaba con venganzas extremas y situaciones

dramáticas de los que se burlaron de él; la realidad manipulada a su gusto: uno quedaba cojo, otro ciego, dependiendo de las afrentas, y a ninguno lo adoptaban jamás. La crueldad de los castigos era bastante burda, aún no tejía revanchas sutiles como la hermana que dominaba el arte del drama y lograba que fuese el destino quien los castigara; como las leyendas orientales, bellas y trágicas. Él con verlos padecer en una esquina de su mente, se conformaba.

El peor día no fue cuando más le humillaron.

Ese día supo de su maldad.

Mauro, atento a su caída, se le acercó cuando lo vio reaccionar después de la vorágine que lo arrastró. Le hablaba suavito mientras el pequeño lloraba desconsolado, incapaz de detener las lágrimas, aterrado por su comportamiento: qué abismo interior vislumbró, cómo succionaba hacía adentro, el vértigo de la caída le vació de sí mismo días enteros; “No te preocupes, Andresito, no es que seas malo, es que sabes que eres capaz de serlo, pero siempre puedes decidir, ¿no?; a partir de ahora elegir es un mérito, no como antes. Esto nos pasa a todos. Venga, ánimo”. Y le acariciaba la manita.

Siempre hay alguien más débil que nosotros. En el orfanato entró un niño más callado aún que Andrés, tenía un defecto en los labios que le daba un aspecto extraño, como de animalito, labio leporino se llama, acomplejado por su apariencia huía de los demás.

Una tarde, el niño del labio raro permaneció en el patio en vez de alejarse como hacia nada más irse la monja. Puede que lo pillasen desprevenido, o simplemente cansado, el asunto es que lo acorralaron. Andrés curioso, les siguió. Si un testigo tuviera que concretar quién inició el acoso, quiénes le increparon primero, cuántos le empujaron riéndose, lo tendría difícil: de repente los niños dieron rienda suelta a una agresividad ancestral, incubada bajo ese estilo de vida cuartelario que se cogía de la mano con una continua frustración estéril, sin recibir más cariño que el que se procuraban precariamente entre ellos. Se volvieron locos gritando al pobrecillo que atemorizado, se echó al suelo para protegerse de las palabras, a las que siguieron patadas, solo cinco, ya que una del las profesoras de guardia, apareció impidiendo una tragedia. Al verla, el corro irracional se deshizo, mostrando al niño del labio insólito aterrado en posición fetal, y a su lado a Andrés, llorando a moco

tendido, porque sin saber cómo, no solo le había insultado, sino que arrastrado por una fuerza irresistible, le propinó una de las cinco patadas.

No se reconocía. Ese chico había sufrido de él lo que jamás se creyó capaz de hacer: por momentos se sintió integrado en el grupo, comprendió los insultos, quiso gritarlos a su vez; era parte de un todo avasallador, imposible zafarse de esa energía arrolladora, profundamente humana en su inhumanidad: ese instinto destructivo que nos invade y permite que el hombre sea el peor enemigo del hombre.

Andrés dejó de ser él para diluirse en esa energía. Y no le gustó. “Vamos, bonito, no pasa nada, solo que no eres perfecto. Nadie lo es. Ánimo”. Mauro le siguió de cerca durante esa semana.

-Isabel, cuéntame cómo llegué a esta casa.

La hermana, a pesar del sabor del caramelo aún en los labios, no estaba de humor para contar ese cuento. Y no lo hizo. En vez de narrar la historia de un bebé que se aparecía sobre una colcha una tarde fresca, desparramó palabras venenosas sobre una mujer enorme, cruel, sin piedad, que desheredó al hijo, un joven que renegó de sus ideas y costumbres, rechazando la vida cómoda a la que estaba destinado porque iba ligada a las obligaciones y el vasallaje de todo aquello que repudió, poco a poco, mientras crecía y comprobaba que el mundo no era como le habían enseñado, que los privilegiados nacían de mantener sometidos a otros, y fue entre esos otros, con quienes le prohibían reunirse, donde aprendió a desaprender las bases de ese mundo rechazado.

Al principio, negaba irritado lo que escuchaba: imposible, eran unos resentidos. Pero continuó frecuentándoles hasta que las dudas le desasosegaron, introduciendo la semilla del cambio; el que lo desheredó por casarse con la mujer a quien quería, oponiéndose completamente a los deseos maternos, en contra de lo que la lógica que su nacimiento le tenía preparado.

Luego decidió defender con las armas las ideas que le acercaron a sí mismo, alejándole de sus orígenes. No regresó.

Ese cuento inventado rozó la realidad.

-Pero papá olía a menta, ¿no?

-Sí, olía a menta, le gustaba izarte muy arriba, casi tocando el techo y no parabas de reír.

-¿Y cómo llegue a casa?

Esta vez, Isabel, sin evitar una sonrisa al comprobar la tozudez y habilidad del hermano, le contó cómo un bebé apareció sobre la mesa de la cocina, en un cesto del pan, sin que nadie supiera cómo, fue mamá quien escuchó ruidos extraños mientras conversaban en el salón: "¿No los oís vosotros?" papá y yo negábamos con la cabeza para no hacer ruido mientras escuchábamos atentos qué era lo que oyó mamá: "Escuchad, otra vez", se sentía como el lamento de un gatito, entramos en la cocina y ahí estabas: regordete y gorjeante. "¿Nos lo podemos quedar?", pregunté, los dos, aliviados, contestaron que sí. Fui la primera que te cogió en brazos.

Buenas noches, Andresito, duerme bien. Pero el niño ya estaba dormido.

-Hola, ¿ya habéis llegado?

María con el paquete de la tienda en la bolsa contestó, Andrés le hizo eco, "Sí, señora"; "Sí, aquí estamos".

-Pues, venga. Lávate las manos y a merendar.

Esas palabras tan triviales hacía meses que no se escuchaban en la casa. Las dijo sin sombra de nostalgia preocupada como estaba con los pasteles: estarían en su punto, los habría endulzado bien sin pasarse ni quedarse corta, les gustarán. Nadie diría que los había hecho docenas de veces, parecía una principiante; así se sentía.

La cocina impregnada de olor a calabaza, masa y azúcar, mostraba las huellas de la batalla: cacharros sin fregar, una fina capa de harina sobre la superficie de mesa y en los mangos de los estantes, botes fuera del sitio. Era una cocina viva. María entró, y a pesar del trabajo que le esperaba arreglando el desastre, se sintió contenta; "A ver si estos pasteles ahuyentan los fantasmas", pensó mientras daba órdenes y asumía el mando en lo de repartir la merienda. "Tú, Andrés, ayuda con la fuente. Señora, siéntese aquí, yo me encargo de la leche. Señor, venga, que si se enfrían no valen nada". Con una energía arrolladora le dio a la tarde una alegría que sin ella, difícilmente, se habría logrado, ya que el matrimonio, al lado del niño que no era el suyo y ante una fuente de dulces, no habría sabido defenderse. Aún no. María apartaba silencios, apuntalaba conversaciones, y no paraba quieta, dando la sensación

de normalidad y seguridad. De familia.

-Hola -El hombre que no dejaba recuerdo, tras esperar pacientemente que los dedos le vieran, saludó- Cuánto tiempo sin verte. ¿Has estado malito?

-No.

Esa breve contestación del niño le indicó el porqué de su ausencia.

-Ya -Al no ser por enfermedad, al jardinero solo le quedaba una opción: no estuvo allí. Pero ahora sí. Trató de animarlo- Bueno, se ve que preferiste regresar, ¿eh? -comentó ligero, mirándole de reojo-. Seguro que esos nuevos papás eran tontos. Qué boba es la gente, fíjate que no darse cuenta de con quién trataban. Nada, has hecho requetebién volviéndote aquí. Apuesto a que la señora de la casa -evitó decir mamá-, era un desastre, ni contaría cuentos ni escucharía secretos. Fijo que no. Y el marido, apuesto a que era de los atareados eternos, sin un momento libre para sentarse a contemplar el cielo, escuchar la hierba crecer o reírse. Cómo si los conociera. No hace falta que me lo confirmes, se te nota en la cara. Estás mucho mejor aquí, dónde va a parar, claro que sí.

Calló un ratito para comprobar la reacción del pequeño, que con el surco de las lágrimas secas grabado en la cara, le miraba desde una tristeza infinita, desesperada, escuchando sus palabras sin entenderlas.

–Anda, Andrés, dime de qué forma recorto ese seto, el de al lado del rosal rojo. La que más te guste, es un regalo.

-Como un gato-, contestó sin vacilar, su mejor amigo en esa casa apagada y severa fue un minino, un felino esponjoso de ojos verdes como los suyos, con quien era fácil hablar. Qué extraño todo ahí: la ropa, los invitados, las lecciones fastidiosas, inservibles, las riñas tras las visitas: “Y que sea la última vez que me avergüenzas delante de mis amigas; habrase visto semejante inútil”. Con un golpe seco sobre la mesa, le mandaba a su cuarto sin cenar. “Para que aprendas a no hacerte el listo”. Andrés, habiendo aprendido a aguantar el hambre, se asomaba al jardín para distinguir la silueta de su compañero. El gato, atento, saltaba ágilmente hasta el alféizar, ronroneando a su lado cada noche, contándole cómo era ser libre, para luego escuchar del niño cómo era no serlo.

-¿Un gatico?, pues amiguito, eso será.

Al día siguiente, antes de que los dedos vieran al jardinero, sus ojos contemplaron un gato enorme y verde cerca de los rosales rojos.

Esa noche con el recuerdo de los pasteles de calabaza en la boca, Andrés se acostó. Cerró los ojos y tomó una decisión: no iba a permitir que le devolvieran; haría lo posible por suplir la ausencia del otro.

Se definió, nunca más viviría pasivamente a la espera del destino, lucharía por él, apartaría el fantasma, se impondría. Su corazón invencible le susurró cómo hacerlo.

-Isabel, ¿qué pasa?

El niño, inquieto, percibía un ambiente enrarecido. Mamá llegaba más tarde esas noches, nerviosa, con un cansancio distinto, los ojos le brillaban con una luz extraña: estaban vivos, no derrotados.

-Dime, ¿qué es?

-Calla, que no oigo.

La hermana, junto con él detrás de la cortina, escuchaba las voces confusas del saloncito, entre los murmullos se distinguían tonos diferentes, había más de una persona.

-¿Quién está con mamá, Isabel?

-¡Cállate!

Hubiera sonado brusco en voz alta, pero lo pronunció bajito. Aún así, la contundencia del gesto fue suficiente para mortificar al niño desacostumbrado a que le riñera la hermana. Andrés se sintió fatal, a su pesar estaba a punto llorar, lo que le enfurecía y aumentaba las ganas de echarse a llorar. No entendía el porqué de la riña; la injusticia del trato le superaba; no había hecho nada malo, la orden tajante le escocía. Serán los años quienes le curtirán esa susceptibilidad ante lo arbitrario, quienes le inmunizarán contra lo que ahora le duele tanto, quienes le marcarán qué pocas veces la vida es justa. Aprenderá. “¿Por qué me riñes?” La hermana, viéndole alterado con esos ojos verdes tan dolidos, desvalido, llorando en silencio, se conmovió, también niña a pesar de sus ojos adultos, no estaba tan lejos de él; sabía indignarse ante las injusticias. “Perdona, perdona”, se agachó para abrazarle, olvidándose de descifrar las palabras lejanas del salón, secándole las lágrimas, pidiéndole perdón continuamente, como un rezo ininterrumpido, una salmodia capaz de anular lo hecho.

“Perdonaperdonaperdona”, abrazados, pasó un tiempo sin tiempo.

Joaquín también se acostó con los dulces en los labios. Cuánto tiempo. Precavido, mantuvo la felicidad a raya, sin caer en ella. Se dio la vuelta con cuidado para no molestar a su esposa y la contempló desde su lado de la almohada. Le constaba que no dormía, al igual que ella le sabía despierto; en eso era imposible engañarse, quizá fuese lo único en lo que tenían una certeza absoluta con respecto a ellos. Creyó conocerla, con la mano en el fuego sin miedo a equivocarse diría de sus costumbres, horarios, afectos, temores, creencias, anhelos. Todo eso era la base de su seguridad, de su cariño, de su vida. Adelantaba lo que haría a cada minuto, qué tranquilidad: el mundo giraba como debía. Ahora no, esos pasteles sabían diferentes, no supo anticiparlos, con lo que la dulzura del relleno amargó un poco. No soporta el descontrol; ha de dominar su rutina: hoy tal cosa, mañana tal otra. Hijo, mujer, amigos, trabajo. Sí, cierto que el caos impera con sus contingencias, pero lejos de su mundo donde él las controla.

A veces llora amargamente; una clarividencia aterradora le advierte, que cuando menos se lo espera, la vida se rebela. Si la muerte del hijo o el intento de no seguir viva de Lina, le golpearon tan profundamente, no fue por el hecho de perderle, de casi no volver a verla, sino por la evidencia innegable de que no dirige su vida. Su mundo está tan indefenso como el resto del mundo; el dominio de su rutina diaria, una entelequia. Se sintió mezquino, indigno de la muerte del niño, del intento de morir de ella, se lamenta; “ Les quiero”, se dice entrecortado por el llanto, apenas rozando las palabras, que inarticuladas, surgen del llanto terrible de la pérdida, del horror, repetidas una y otra vez hasta que exhausto, calla ronco, tranquiliza su conciencia, consciente de que no solo hace duelo por la ausencia y el cariño.

Algo en su interior se rompió y sigue roto.

La observa un ratito más, la lengua recorre los labios añorando el dulce, inhibe cualquier amago de acercarse a ella como hacía antes, cuando también buscaba los restos del azúcar en los labios de Lina.

Se giró acomodándose en su lado, jugando los dos al mismo juego: sé que estás despierto pero creeré que duermes.

-Mauro, ¿por qué no puedo ponerme mi ropa?

-Esta es ahora la tuya, chaval, y cuídala que como se rompa, te castigan y no te dan otra.

Tras unos segundos de silencio, Andrés volvió a la carga; “Yo quiero mis pantalones, estos no me gustan”; “Pues te aguantas, es lo que hay, ¿quién te has creído que eres?” Y de un sopapo lo despeinó. El niño no insistió, se vistió lo más autónomo que supo con lo que le dieron esa mañana. Ayer no protestó porque pensaba que estarían lavándola, como cuando exigía la camisa que tanto le gustaba, “alguna vez habrá que limpiarla, digo yo”, y la hermana se la acercaba al día siguiente sin falta, con sus botones nacarados y el bolsillo de guardar los tesoros que encontraban en sus paseos al sol: “Mira, Isabel, fíjate qué bonito”, se agachaba para recoger un lazo que alguna niña echaría de menos, un trocito de cristal pulido, una piedra con forma de cualquier cosa menos de piedra o un papel de celofán. “Sí que es lindo, sí; quédatelo”, el niño, tras la aprobación, lo metía en el bolsillo de la camisa que ahora no le devolvían.

-No me gusta esta ropa -insistió peligrosamente-. No me gusta.

-¡Ni a mí y me aguanto! -Mauro recordó sus prendas perdidas. Hacía mucho que ni pensaba en ellas, se había acostumbrado a esas vestimentas que los igualaba a todos, al corte de pelo casi al cero, al orden metódico de los días, a las clases, a las charlas, a esperar.

Con sus protestas, Andrés se lo había removido de nuevo. No le agradó; creía que lo tenía asimilado y añorar su chaqueta, los zapatos que le trajo su padre de aquel viaje cuando tardó tanto en regresar, le dolió. Cómo le gustaba esa chaqueta marrón, suave al tacto, impecable sobre sus hombros, los zapatos negros, brillantes, flexibles. Qué bien andaban. Ahora miró sus pies vestidos con unos engendros descoloridos; una bata parda y unos pantalones de risa le contemplaron. “¡Deja de fastidiar con la ropa. Póntela y calla!”

Curiosamente, a pesar del grito, quién tuvo que tragarse las lágrimas no fue Andrés, sino Mauro. “¿Sabes por qué nos visten así, eh, lo sabes?”, el niño no se lo había planteado, solo quería su camisa, pero preguntó por delicadeza; “¿Por qué?”, el chico, sorbiendo lágrimas secas le contó lo que había deducido en sus años ahí dentro; “Así somos todos iguales, dejamos de ser nosotros”, aguardó unos segundos y continúo; “Ve olvidándote de

tus cosas”.

Esa mañana, cuando salieron al patio, por darle a ese rectángulo frío un nombre, y acercarse a su esquina, Andrés se apresuró a buscar el gato verde y enorme al lado de los rosales. Como los dedos no vieron al jardinero, no recordó por qué ni quién había convertido el seto en felino, y hoy no lo harían, Silvio estaba en el pueblo comprando abono y otras cosas. Se entristecieron, demostrándolo con una torpeza inusual en los juegos del niño que no atinó con ni una en las tabas.

El pequeño, tras una noche insomne, se animó contemplando la estatua de hojas del único amigo que le aceptó en esa casa. Su dolor, lejos de la añoranza de esa madre exigente, contradictoria y odiosa, venía de haber sido devuelto. Es lo que le hundía en esa fosa hecha de vacío donde se sentía nadie, nada, donde deseaba no ser. Fue para evitarse descender a sus propios infiernos, por lo que hizo lo imposible para ser cómo ella quería, pero lo imposible no es posible, y enfrentarse al piano diariamente con esos dedos torpes, temblando, obstinados en ejecutar unas escalas incomprensibles sin abandonarse a la música, le superaba: no se puede obligar a nadie a amar lo que no se entiende, y él no comprendía nada; ni las teclas del piano, ni la cantidad de normas sociales embutidas a presión antes de ir de visita ni las riñas y castigos consecuentes por haberse olvidado de más de la mitad: “Cómo se puede ser tan burro, coger el trozo de pastel más grande, ¡y sin usar servilleta!”; “A ver, qué te dije expresamente sobre qué decir a Doña Evelina, ¿eh?, ¿qué te dije?” Y así tarde tras tarde, un día y otro. La sensación de inutilidad le abrumaba; intentaba desesperadamente retener órdenes incomprensibles, practicar sobre las teclas de marfil torturándose manos y voluntad.

La primera vez que le devolvieron no lo pasó tan mal.

Era tan pequeño que los recuerdos del rechazo se le presentan turbios, lejanos. En cualquier caso, duró poco. La alegría de ser madre de verdad, como reiteraba a cualquiera que se le acercaba a felicitarla, se nublaba cuando amables, le preguntaban por él, por ese niño que creyendo irrealizable su deseo de concebir, decidió adoptar. “Pues no sé”. Esa tibieza, detectada por todos, la aprovechó la parte de la familia reacia a la adopción desde el principio, con calma, envenenaron las conversaciones a pequeñas

dosis, sin prisas, convenciéndola para que abandonase al intruso. “Si han sido solo tres meses, ¿vas a cargar con él ahora que viene un hijo de verdad?” Decidió que no. Fue un alivio general. Lo devolvieron. “Lo entendemos, no pasa nada. Yo tampoco querría criar a mi hijo junto a uno de estos”, la directora acogió a Andrés de nuevo. El niño, sin comprender por qué salió ni por qué regresó, se quedó, sin embargo, con los recuerdos nítidos de un cuarto azul cielo, abarrotado de peluches, que le asfixiaba; un pasillo estrecho que le atemorizaba recorrer, y un tintineo insistente cuando jugaba cerca de la señora que no hacía mas que cambiarle de ropa para sacarlo de paseo.

Esta sensación de fracaso, no le acompañó tras ese primer regreso.

Menos mal que estaba Gato; entraba en su cuarto a la luz de la luna, se pasaba las noches acariciándole, le contaba los cuentos más bonitos, los recuerdos más nostálgicos: le hablaba de Isabel, del padre con olor a menta, del viaje en tranvía, del bastón-león de la Señora hasta que se dormía, arrullado por el cuerpo sedoso, vivo y cercano del amigo.

Ahora el seto se le parecía, más grande claro, pero igual. Le confortaba reconocerlo desde el enrejado.

Llegará una mañana en la que mientras esté fijándose en él, se alegrará de haberse ido de ese mundo encorsetado y vacuo. Pero ahora no. El tiempo no se ha recorrido todavía.

En estos momentos solo acierta a cerrar los ojos para buscar en la oscuridad creada, los rasgos de la hermana, de la madre y aferrarse a ellos; necesita su identidad: esa de la que no puedes escapar, pero sí olvidar.

-María, ¿por aquí hay gatos?

-Sí, claro.

-Ya, me refiero a si la familia tiene uno en especial.

-Bueno, no. Vienen y les doy las sobras.

-¿Puedo ver cómo lo haces?

María se sonrió, “Claro, es más, hasta se las prepararás tú”. Andrés encantado, recogía lo que sobraba de los preparativos de la comida. “Tranquilo, cuando acabéis de comer habrá más”, como empezaba a conocerlo añadió un “pero cómetelo todo, ¿eh?, si hay demasiados restos en tu plato, los tiro a la basura sin dárselos”. La

expresión de Andrés, de reverencia y estupor, hacía patente que adivinó sus intenciones, mostrando casi a la vez, una mezcla de admiración y recelo de la que María se rió a gusto. A la hora de comer, el niño dejó el plato casi vacío.

Corrió tras ella para ayudarla a fregar y limpiar la mesa, sin insistir, a la espera. Ella le siguió el juego, tomándose su tiempo cogió un papel para ir colocando los despojos. Andrés añadió lo recogido antes de comer, más las migas de la mesa, contento la acompañó al rincón del jardín más cercano a la calle que es dónde dejaba la comida para los gatos.

Colocó en el suelo el papel grasiento y se alejó unos pasos, María desde los escalones les llamó en alto; “Gatitos, venid, bisbisbisbis. Mininos, a comer”, a Andrés le encantó lo del bisbiseo, se unió a él con un entusiasmo que provocó la risa de la mujer. Al rato, los gatos habituales y dos invitados, se acercaron a los restos de comida, el niño observaba cómo comían, eligiendo mentalmente qué gato sería su amigo.

Lina despertó. Normalmente su cuerpo se incorpora izándose hasta apoyarse en la almohada a la espera del impulso necesario para enfrentarse al mundo, que empieza al meter los pies en las zapatillas. Esa mañana se sentó, pero no para hacerse el ánimo de salir de la cama: quería estar cómoda para pensar. Necesitaba encararse con la nueva situación.

Aceptó ir a ese orfanato sin meditarlo, qué más daba, hacía tiempo que iba y venía sin razón ni ganas. El edificio le disgustó enormemente, qué silencio tan estremecedor en una vivienda llena de niños. Sonrió recordando el ruido que armaba Luis por toda la casa. Su pequeño. La mano se le fue al corazón asiendo el camisón. Entró apoyada en el brazo de Joaquín, protegida por el gesto. Él, falsamente alegre, procuraba animarla pero Lina le odiaba cuando abandonaba su naturalidad por esa postura forzada; consciente de que lo hacía por ella, se irritaba aún más. Suspiró, qué injusta era con él. Apartando remordimientos, subió por esas escaleras, pisó esos suelos fregados hasta el desgaste, se fijó en el mobiliario rotundo, saludó cortés a las monjas y mujeres encargadas de cuidarlos, de reconducirlos. La directora, mujer severa e intransigente a quien le costaba sonreír pero no adular, les mostró las instalaciones, explicándoles lo de su dura y cristiana

labor para con estos pobres desgraciados que en el fondo, no tienen la culpa de nada. Les condujo hasta el patio donde unos cuantos críos, grises, tristes y solitarios estaban en grupo esperando que les llamasen. Les fue acercando niños. El marido no sabía qué decir ni cómo alabarlos; la miraba de soslayo esperando su reacción antes de definirse. Recordó, recostada en la cama, cuando vio a ese pequeño de ojos verdes, tan moreno, tan diametralmente opuesto a su Luis; "¿Podría acercarse ese niño, por favor?"; "¡Claro, cómo no!" y obsequiosa hasta lo hostil fue por Andrés. Ella no vio el pescozón que le dio al levantarlo ni escuchó las palabras directas al oído cuando lo hizo; "Anda, vente, que no sé que habrá visto en ti, cómo me dejes en ridículo, te vas a enterar. Arriba y sin tonterías". Andrés buscó ayuda en el gato de hierba, suspirando muy bajito, se acercó a Lina sin hacerse ilusiones: no hacía ni medio año desde que le rechazaron.

Andrés en su cama sin sueño, supo por el silencio, que quienes estuvieron con mamá, se habían ido. Isabel le vigilaba con recelo para comprobar si dormía. Andrés, comprendiendo que la hermana lo necesitaba dormido, respiraba profundamente sin apretar los párpados. La mirada escrutadora de la niña le recorría, creándole un calor extraño. Satisfecha del resultado se levantó para ir a buscar. Ella llamaba "buscar" a informarse de las cosas. Muchas noches se iba del cuarto a hurtadillas para entender qué pasaba y luego se lo explicaba disimulado en un relato. A él le daba más bien igual lo que averiguaba; otra historia más. Pero esa noche también quería buscar por su cuenta, siendo la primera vez que se interesaba por el material de los cuentos; se le había despertado la curiosidad. Deseó saber.

Esperó unos minutos antes de salir de la habitación, sigiloso espió a la hermana, que a su vez hacía lo mismo con la madre. Estaba muy oscuro. El cuarto donde estuvieron hablando era una pantalla negra. Parpadeó hasta que los ojos se le habituaron a esa negrura distinguiendo formas: la mesa, las sillas, la máquina de coser donde se eternizaba la madre cuando conseguía ropa para arreglar, y que a él tanto hipnotizaba con esa aguja perforando la tela al ritmo del pedal que accionaba el pie nervioso de ella.

Estaba cerca del quicio de la puerta, atento a la hermana convertida en sombra que registraba por detrás de la mesa, abría el

armario creando una única tiniebla, asustándole un poco. Isabel se desenvolvía con soltura, acostumbrada a dónde mirar, qué coger y qué no. La niña tocaba los vasos vacíos, el cenicero sucio, los platos abandonados, intentando averiguar quiénes eran y a qué habían venido. A Andrés le era extraño, y algo decepcionante, ser testigo de cómo se hacía un cuento; la realidad era burda fuera de él. Cansado bostezaba, inhábil en las deducciones que la hermana dominaba, se aburrió bastante, tanto como se sorprendió cuando el cuento del día siguiente relataba el encuentro de amigos del padre con la madre en una noche de tormenta.

En su cuarto nuevo, Andrés, que ya había decidido que haría lo imposible para que le quisieran, se atrevió a abrir y cerrar cajones, puertas y rincones en busca de ese escondite que todo niño necesita para ocultar su cofre del tesoro. El suyo de casa lo hizo detrás de un ladrillo suelto de la habitación; ahí guardaba, en una caja de latón, lo recopilado por la calle, sacándolo del bolsillo de su camisa: objetos preciosos, inútiles, y por lo tanto, imprescindibles. Durante mucho tiempo se creyó único en eso de tener un escondite secreto. Qué golpe para su orgullo cuando la hermana le confesó, que en el desconchado de la despensa, era donde debía mirar si pasaba algo. Isabel, inestable en su humor, se le acercó esa ocasión más extraña que de costumbre; “Mira, Andrés, ¿ves?, si algún día sucediese cualquier cosa, no sé, algo raro, pues coges esto”, y le mostró sin abrirla, una bolsa de cuero bastante llena; “¿Ves?, la tengo aquí. Tú cógela cuando algo vaya mal”. El niño, decepcionado por no ser original en lo del escondrijo, y después de no recibir respuesta sobre qué podría suceder, o cómo saber si algo era malo o no para ir a por ella, se olvidó del tema. Lo que mantuvo en el recuerdo fue la sensación de desengaño profundo por la falta de originalidad en acumular tesoros secretos. “Pues vaya”.

Y más le escoció cuando Mauro le reveló lo de su sitio para esconder lo importante detrás de la segunda maceta empezando por la derecha desde el quinto barrote. “Recuérdalo bien, ¿eh?”; miró al niño con desconfianza, “Qué no se te olvide, si me pasase algo, lo coges”. Andrés aún sabrá de más escondites y de la norma común cuando lo compartan con él: preservarlos de un algo misterioso: “si me ocurriese algo”; “si me fuera sin darme tiempo”; “si pasase lo peor…” ; “qué extraño: qué podría suceder”, es lo que

se preguntaba cada vez que lo alertaban. Su inocencia, o flexibilidad, le incapacitaban para entender qué peligros habría; no lo sintió así ni el coche que los sacó de sus vidas, ni en las docenas de historias parecidas dentro y fuera de ese hospicio repleto de unos niños en constante equilibrio vital.

Fue tumbado boca arriba en la cama del cuarto que se ganaría a pulso, cuando ató cabos y dedujo, que si todos los niños tenían escondites, Luis no sería una excepción. Emocionado con su precario silogismo, le cercaron todos y cada uno de los ecos de esos "si pasase algo…"; Y a Luís sí le había pasado.

El cuerpo se le agitó inquieto: tenía que encontrar el tesoro, convencido de que encontraría lo que el niño muerto hubiese guardado por si le ocurría algo.

De inmediato se dio a pensar en dónde estaría el escondrijo.

-Mami, ¿soy bueno?

-Claro, hijo. Mucho.

Lina miró al niño disimuladamente mientras preparaba la cena; María libraba. "Anda, vete a jugar". El pequeño, preocupado por esas desazones terribles de la infancia, no se iba. "Mami, ¿el hombre del saco solo se lleva a los niños malos?" Por fin una pista. La madre se sonrió: era eso. Le había notado taciturno los últimos días; "algo que habrá escuchado" pensó sin querer darle más importancia, a pesar del susto evidente del niño: cualquier ruido le sobresaltaba, las pesadillas frecuentes le despertaban. "Ah, es esto; ¿quién le nombraría al coco?. Se lo comentaré a María". Le constaba que continuaba contándole cuentos que les tenía prohibidos, había hecho la vista gorda, pero ahora se pondría firme. Primero, hay que ser justos, se aseguraría de enterarse de quién le metió el miedo en el cuerpo. Se dejó arrastrar por una oleada de ternura hacia el hijo, tan débil, tan etéreo. Un sentimiento doloroso la invadió; odió al que le expuso a ese temor: haría lo que fuese por protegerlo. "Ojalá no tuviera que enfrentarse a la vida, tan hostil casi siempre". Cuidado con lo que se desea. Si hubiera sabido entonces que no lo haría, habría rezado suplicando por lo contrario. Pero aún faltaban semanas para la desgracia.

-Hijo- dijo apartando el cuchillo y limpiándose las manos en el delantal mientras se agachaba-, cariño, el hombre del saco no existe -vio desconfianza en sus ojos claros-. Y aunque fuese

verdad, a ti nunca, nunca se te llevaría porque eres el mejor niño del mundo- Lo abrazó, sintiendo su calor y su miedo. Temblaba.

-Mamá, sí que existe. Lo vi.

"Así que estás de regreso, ¿eh? Ya lo sabía yo. Vete al cuarto a cambiarte". La directora del orfanato empujó con mala gana a Andrés que regresaba por segunda vez. "Si es que mala hierba, nunca muere. Tira para adelante". Rezongando se dirigió al despacho para archivar los papeles, "encima eso, trabajo doble", musitó cuando abrió la carpeta. "Esta es mala semilla. No sé para qué nos molestamos tanto. En fin, todo sea por el Señor, Él sabrá por qué están aquí". Persignándose, se sumió en la tarea de rellenar con una letra preciosa, el documento de adopción del niño con las actualizaciones necesarias sin dejar de suspirar, enojada, ni un solo momento.

Andrés no paraba quieto registrando el cuarto entero de arriba abajo: abría los cajones, los vaciaba del todo para golpear el fondo suavemente con el puño para ver si sonaba a hueco, y lo mismo con el armario, la cesta, el baúl, el suelo de madera, los zócalos, la pared. La cama también pasó por el riguroso examen, sin resultados. Se sentó descorazonado: "Imposible que no haya ocultado nada".

Acostado en la cama, observó el techo distrayéndose con las figuras que formaban las vetas de las vigas. Recordó lo bien que se lo pasaban, Isabel y él dibujando con un trozo de cadenita encontrada en el parque -cómo brillaba bajo esas hojas: imposible no verla-, la dejaban caer de sus manos al suelo, su propio peso la distribuía cada vez de una manera distinta para imprimir una silueta a la que daban significado. "Mira, es la cabeza de un conejo"; "No, de un pollito, fíjate bien, eso es un pico", se pasaban horas arrojando la cadena, formando figuras que solo cobraban sentido con la imaginación.

De entre todas las figuras de la madera, le chocó una que observándola desde el ángulo izquierdo de la cama, parecía mirarte a su vez con unos ojos inquietantes; cuanto más te fijabas en ese rostro, más desasosiego daba. Andrés, a su pesar, apartó los ojos.

"Bueno, ya lo encontraré". Un tanto desilusionado salió del cuarto, turbado por la cara de madera, sin reconocer que se maldijo por haberla encontrado, que a ver ahora cómo hacía para

engañarse y olvidar que encima de él le acechaban esos ojos alarmantes. Puso su empeño en borrar el descubrimiento, y con la práctica que tenía, lo logró.

Al menos hoy.

“Lo siento, de verdad que lo siento”, Mauro le dio la bienvenida como si se tratara de un pésame, “aunque quiero que sepas que sin ti esto es un asco, así que por otro lado, me alegro de tu regreso”. Andrés, sin situarse, se dejó llevar. Le puso al día de las novedades, le advirtió de una cuidadora nueva “de lo más peligrosa, a la mínima te encierra en el cuarto de castigo sin comer, pega tan fuerte, que hasta Tono y Fredo han hecho un pacto, aliándose contra ella. Una tregua. Ya te contaré más tarde, ahora he de irme. Nos vemos en el comedor”.

El niño recorrió el pasillo que creyó haber perdido de vista para siempre con lágrimas contenidas de rabia contra el mundo y contra sí mismo. Si hubiera podido, habría dejado de existir en ese odioso corredor antes de llegar al dormitorio común, pero no dependía de él; siguió respirando. Entró. Se tumbó boca abajo agarrando la almohada. Ahí estaba de nuevo.

-Andrés, ¿duermes?

No dormía en absoluto. Había regresado a toda prisa a la cama en la oscuridad temiendo que Isabel le descubriera observándola.

-No.

Contestó bajito dominando la voz agitada, confiando en que no le delatase el golpeteo del corazón acelerado por el esfuerzo y la emoción de lo prohibido.

-Escucha- la niña tardó unos segundos en seguir, como si estuviera buscando las palabras-, escucha. Si alguna vez pasara algo, recuerda esto.

-¿Qué tiene que pasar?

-No me interrumpas y pon atención. Si un día las cosas dejaran de ser como son ahora, no te preocupes. Todo irá bien.

El niño, acostumbrado a no comprenderla la mayoría de las veces, asintió.

-Tú no te preocupes. Hay gente que cuidará de nosotros.

Isabel acarició el pelo del niño hasta que se durmieron los dos.

-¡Estoy harta!, este chiquillo es un inútil. Mira que he puesto de mi parte sin reparar en gastos para que aprendiese. Pero no sirve

de nada: dinero tirado a la basura.

-Eres demasiado generosa, Adela, no me cansaré de repetírtelo. Yo nunca me habría atrevido a coger uno de esos, por mucho que diga el párroco que es por el bien común y que son ángeles inocentes de los pecados de sus padres. Pero mira, me da reparo, ya ves.

Las tres mujeres parloteaban tomando café con leche y pastas en el salón. La pieza que Andrés había destrozado al piano aún resonaba en la estancia, sin compasión a los ensayos exhaustivos del niño ante el teclado. Su madre adoptiva enfadada y humillada, le había mandado al cuarto sin merendar y estaba desahogándose con las amigas. Le era insoportable que su adoptado no estuviese a la altura de Laurita, que siendo más pequeña, tocaba de maravilla obras más difíciles. Ella sí les había salido buena a los Martínez. Una niña encantadora, de sonrisa dulce y tirabuzones dorados. ¡Ay, qué había hecho ella para merecer un niño tan torpe!

-Pues yo que tú, Adela, lo devolvía-. Milagros siempre segura en sus convicciones, arrollaba a quien la contradijese.

-Mujer, no sé. No seas tan radical, dale tiempo.

-Encarna, tú siempre tan blanda. Así te va.

Encarna bajó los ojos, había tenido recientemente un encontronazo con el hermano respecto a la herencia de los padres; por no pelear, se conformó con menos de lo que sus amigas creían que tenía derecho.

-Solo comento que no habría que precipitarse en esto- insistió tímidamente.

-Debo estar equivocada porque pensaba que pasado cierto tiempo no podías regresarlo al orfanato.

-Sí, claro que se puede, ¿no se va a poder? ¡Solo faltaría! Encima que los metemos en nuestros hogares y les intentamos educar. Si no responden, si están demasiado contaminados, son imposibles de recuperar. No devolverlos, ¡hasta ahí podríamos llegar!

-Si estás tan segura…

-Por supuesto que lo estoy. Mi hermana ya lo ha hecho con tres monstruos, y es que fíjate cómo engañan cuando los ves ahí, mirándote con esos ojazos, con esas caritas de no haber roto un plato. Pero no. Se lo advertí: “Marina, estos no son trigo limpio”,

pero claro, a mí nunca me hace caso. Así que se lo tiene bien merecido.

-Lo preguntaré… Le doy un mes más, si no…

Andrés acariciaba al gato escuchando cada palabra desde el rellano de la escalera donde solía quedarse, amagado, cuando le castigaban. Los ojos le lloraban solos.

-¡Tú, ven conmigo!

Los niños espantados, aunque aliviados de no ser ellos el objeto de la ira de la nueva, miraban sin disimulo alguno al castigado al cuarto oscuro: una habitación más parecida a un armario que a un aula, en la que te encerraban durante horas. Olía mal, apenas podías sentarte de lo estrecha, te acosaba con ruidos inquietantes haciendo que la imaginación se disparase; el rumor de que ratas, serpientes, escorpiones y garrapatas eran los que correteaban por sus paredes, no ayudaba, precisamente, a tranquilizarla.

-¡He dicho que vengas!

Emilio, temblando, se echó a llorar. “No he hecho nada. Yo no fui”; “¡Cállate! Si hay algo peor que pecar es ser cobarde. Pero, claro, qué se puede esperar de vosotros, hijos de rojos, simiente del diablo. No tenéis ni idea de lo afortunados que sois por estar aquí, por esta segunda oportunidad. ¿Y cómo lo pagáis, desagradecidos? Comportándoos mal. Y encima, mintiendo. ¡Deja de llorar y ven!” El niño, ahora ya francamente aterrorizado, hipaba, incapaz de responder. La mujer, congestionada con una ira desproporcionada, le repitió la orden. “Si tengo que ir a por ti, te advierto que lo lamentarás”. Emilio, blanco, sentado al pupitre, no entendía más que su propio miedo. Los compañeros, inmóviles, observaban la escena sin atreverse ni a respirar. El ambiente de peligro real los paralizaba. Esta profesora nueva era odiosa; pegaba con más fuerza que las demás, chillaba insultándoles, les metía en el cuarto de castigo durante horas; en una ocasión dejó dentro a uno de ellos un día entero, cuando salió, tardó una semana en recuperarse: quedó mudo, como si se hubiera dejado la voz ahí dentro, y sus ojos no se posaban en nada ni en nadie: estaban más allá de la razón.

Emilio no reaccionaba. Ella cambió los gritos por un silencio aún más amenazante; se acercó al chaval, lo cogió del brazo tirando de él con fuerza, arrancándolo del pupitre lo arrastró hasta la puerta del

cuarto mientras el niño, perdiendo el equilibrio, tropezaba, cayéndose a cada paso, la profesora le estiraba de la mano brutalmente para levantarlo. De un empujón lo metió adentro, cerró la puerta de un portazo dejando fuera diecinueve niños horrorizados, y a uno, en una pesadilla.

-María.

-¿Sí?-, reconocía, en la voz de un niño, cuando hablaba por aburrimiento, por desear compañía o por preocupación, justo el caso ahora.

-¿Qué le gustaba hacer a Luis? -El niño apoyado sobre la mesa, atento aunque intentaba disimularlo, jugueteaba con el dedo haciendo círculos por la superficie de la mesa. "¿Por qué lo preguntas?"; "Para saberlo", Andrés detuvo el dedo al contestar, como pillado en falta. "Pues verás, no era lo que se dice un niño agitado, solía pasarse el tiempo en casa. Le gustaba tallar madera, hacer puzles, dibujar. Era muy sosegado y dulce". "Ya…, ¿alguna vez comentó si tenía un secreto?", hasta Andrés se sorprendió de esa pregunta tan directa. María entendió que ahí era adónde quería llegar. Le sorprendió porque lo cierto es que Luis, la última temporada, cambió en sus costumbres: salía con frecuencia al jardín, iba al pueblo con ella a cada ocasión, hablaba menos, se encerraba en su habitación y lo más evidente, su mirada no era tan inocente. Lo creyó normal; cosas del crecer. Aún así, esa excusa socorrida no la convencía, se prometió vigilarlo más de cerca, tantear a la madre. Pero no lo hizo. Y luego pasó lo que pasó.

"No sé, aunque si lo hubiese tenido, no me lo habría contado, ¿no?, porque habría dejado de ser un secreto". "Claro". Callaron, preguntándose María; "qué ocultó", y Andrés; "dónde lo escondió".

-¿Pero quién se cree que es? ¿De verdad pensaba que no iba a enterarme? ¿Es tan estúpida? A ver, Amalia, ahora mismo vas a su casa y le dices que se venga enseguida. Sin excusas.

Sara, desde que abrió la puerta a la criada de la Señora, quien sin traspasar el umbral le dijo con desprecio y desagrado, que fuera de inmediato a verla, entendió que algo se había torcido aún más. Cerró la puerta y con un hilo de voz, dijo a los hijos que la esperasen. Andrés no comprendía que, para una vez que no les obligaba a ir, Isabel se empeñara hasta las lágrimas en acompañarla. "Mamá tú sola no vas"; "Hazme caso y quédate aquí";

“No. Sola no vas”. El niño no entendía nada, la tensión le puso nervioso y sin saber por qué se echó a llorar también y a suplicar que no les dejase, que también iban.

La madre fue tajante. Apartó a los niños y cogiendo el chal salió dando un portazo. Isabel agarró al hermano y la siguió. Andrés seguía llorando, sin entender ahora por qué no podía parar. El ambiente tan extraño le superaba. La madre se giró y los vio. Se enfadó muchísimo; nunca la habían visto así. Se acercó a ellos gritándoles en plena calle. Pero la hermana no cedía, ni a pesar del bofetón que le dio. El único en su vida. Isabel la miró en silencio, sin reprocharle nada, sin lágrimas. “Mamá, tú sola no vas”. La madre se arrodilló y abrazando a los niños, lloró. No añadió más. Levantó los ojos para encontrar los de la hija, resueltos, inamovibles: “Mamá, tú sola no vas”.

-Así que de todos los lugares posibles ha decidido venir a este, ¿es correcto, hermana Justa?

-Sí, madre- la directora del orfanato examinaba severamente a la nueva voluntaria con su expediente abierto en la mesa-.

-Aquí pone que es de las mejores de su promoción; hacendosa, obediente, pulcra, entregada. Mejor informe no podría tener.

-Gracias, madre.

-¿Por qué ingresar aquí?

-Porque alguien ha de encarrilar a estos niños inocentes, y me gustaría hacerlo mi deber.

La madre superiora la contempló de arriba abajo, con ojos fríos, tanteando la maleabilidad de la joven, que serena, aguantó el escrutinio. Cerró la carpeta y le dio la bienvenida al centro. “Le diré a la hermana de guardia que te ponga al corriente de cómo va todo por aquí”; “Gracias, reverenda madre”. Se dieron la mano, reconociéndose en su desprecio absoluto por esos niños que tenían a su cuidado.

“¿De verdad pensó que no me habría enterado?”, la mujer se repetía hasta la saciedad gritando lo mismo una y otra vez; “¿Es tan estúpida como para eso? ¿Se cree que es la única que sabe cosas? Mi hijo es más idiota aún de lo que sospeché. Hace meses que conozco dónde está, y ella se entera ahora, valiente estúpida. Sé lo que intentan esos desarrapados yéndola con el cuento, pero no lo permitiré, jamás. Antes me lo contaminó, juro que no lo hará

más. Nunca. Impediré que se acerque a él ni de lejos. No me lo robará de nuevo."

Los de la casa sabían a qué atenerse: escuchar con paciencia la diatriba de turno que declamaba a voz en grito mientras, atrapada con una fiera en una jaula, recorría el salón arriba y abajo apoyada en el bastón; como mucho, si insistía, contestar con un "sí, señora" neutro.

A Sara la anunciaron en seguida, lo que le asustó todavía más. Entró adoptando la posición sumisa de siempre; la que le daba mejores resultados en el trato; la que tanto despreciaba su hija. Pero al verla en medio de la habitación furiosa, intuyendo el porqué de esa ira, y contra quién la iba a arrojar, fue irguiéndose, haciéndose fuerte a medida que su suegra le escupía incoherencias, reproches e insultos, hasta que superó la sumisión de tantos meses y estalló, ahora tenía una verdad a la que aferrarse; se permitió ser ella: los ojos le refulgían con una energía y una resolución que callaron a la mujer a mitad de un improperio, aunque reaccionó pronto: "Me has mentido y defraudado". Sara confirmó su intuición; su suegra sabía lo de la reunión nocturna, acostumbrada al temor, vaciló, pero recuperó el dominio de sí. Ambas se miraron directamente al alma: ninguna vio en la otra la más mínima debilidad; dos mujeres enfrentadas por un hombre: la historia repetida desde el principio del Tiempo: el amor convertido en fanatismo que forja a fuego conductas irracionales. En esa mujer terrible no cabía más amor que el exclusivo: depositó en el hijo cada una de sus emociones, su cuidado, sus expectativas. Despreciaba al padre; el hijo lo era todo, a pesar del propio hijo.

Ahí estaba: enfrente de la culpable de su alejamiento. No habría tregua.

Dos mujeres dispuestas a lo que fuese.

"Hola", los dedos de Andrés vieron al jardinero y pudo contestar al saludo; "Hola"; "¿Cómo estás hoy?, ¿mejor?", el niño aún no había asimilado la vuelta a esos pasillos, esa cama con sábanas duras de tanto almidón y con olor a lejía hasta la náusea. "Gracias por el gatito"; "De nada". Permanecieron en silencio un rato. "No tengas pena, no era tu madre. A ella, a la verdadera, ¿la recuerdas todavía?" Le sorprendió la pregunta por lo inesperada, y porque se la hacía a menudo cuando, incapaz de recuperar los rasgos reales

de su madre y hermana, imaginaba sus rostros para evitarse esas caras borrosas que eran peores que las impostoras; las recompuso con los recuerdos extraídos de cada momento donde le habían hablado, sonreído, cantado. Utilizó los más amables para trazar los rasgos desleídos, no olvidados. “No la apartes nunca, pequeño, aunque invoques una figura turbia, mantenla cerca; cuando os encontréis la reconocerás”; “¿Seguro?”; “Claro, y lo que te dará la certeza será su olor: te envolverá abrumándote, agolpando todos los recuerdos a la vez: esa casa, ese pueblo, ese campo, esa persona. Cada realidad posee su propio aroma, es como una suerte de pacto contra el olvido: cuando olemos el pasado se nos presenta con una nitidez atemporal despertando los recuerdos.

Andrés, escuchando, invocaba las siluetas desenfocadas de su familia; quiso vestirla de olores, y buscando fragancias, recuperó un aroma intenso, ácido, que durante un instante le mostró a la madre: ahí estaba como era, sin necesidad de lo imaginado. Se apresuró a grabar sus facciones pero el olor se le escapó, y con él, la madre.

El jardinero le acariciaba el pelo entre las rejas mientras el niño sollozaba por el reflejo perdido. “La volverás a ver”, le transmitía sin palabras.

“María, ¿vamos al pueblo?”; “Pero jovencito, si acabo de llegar, espera a ver qué quiere hoy la señora. Qué impaciente”. Se quitó el abrigo colgándolo en la percha de la entrada. Andrés, inquieto, seguía cada movimiento que hacía, conteniéndose para no apresurarla. “Algo le pasa”, pensó. “Está más nervioso de lo normal”. Con el delantal en la mano para atárselo, le preguntó dónde estaba doña Lina, la palabra “madre” parecía tabú, y ella no sería quien lo rompiera. “Comentó que estaba cansada; igual en su cuarto”. María se forzó a apartar la compasión hacia ninguno de los dos, pero lo que le dolía esa tensión permanente, que ni los pasteles relajaba más allá de unas horas. Inhibió un suspiro antes de llamar a la puerta del dormitorio. “¿Está bien, señora, necesita algo?”; “No, gracias, María; no he dormido bien. Saldré enseguida”; “¿Quiere algo del pueblo? El niño está deseando ir, podríamos aprovechar”; “No, no necesito nada, y si el niño quiere salir, para eso está el jardín”. Semejante respuesta la dejó indefensa, sin reacción. “Vale, señora”. Miró desconcertada a Andrés que la había seguido, y encogiéndose de hombros se fue para la cocina.

Empeñada en no compadecerse preparó la comida, pero con qué pena cortó las patatas para el segundo plato.

"Es normal que ahora la eches más de menos". Mauro al lado de Andrés, intentaba consolarlo. Sin tener muy claro el porqué, le preocupaba sinceramente ese niño que crecía a su lado, lo que le extrañaba mucho, no era sentimental, se valía de la amistad como un medio para la supervivencia. Con él era distinto, le importaba su vida. Cuando se fue lo extraño muchísimo, tanto como se alegró al verlo. Lo que le dio qué pensar fue que antepuso el dolor del fracaso del pequeño a su alegría; le quería sin egoísmo; no aguantaba la angustia de la derrota de su amigo. Nunca había antepuesto los sentimientos de nadie a los suyos, su confusión entorpecía todavía más las palabras de consuelo: sonaban torpes, insuficientes. "No te preocupes, aunque ahora te apene tanto, esto pasará. Tu madre de verdad no te abandonó como esta otra; te quiere, y esté dónde esté, está buscándote. Esa otra no es tu madre. No lo es". Andrés asintió con la cabeza; era verdad. Extrañaba su vida anterior como nunca, porque al terminar bruscamente la ilusión de un comienzo, debía enfrentarse a la soledad, a la esperanza frágil y dudosa de huir de esas odiosas paredes. "No te preocupes…, pasará." Los dos sentados en silencio, intentaban comprender sus sinsentidos.

Andrés se tumbó en la cama.

Quería y no quería enfrentarse a esos ojos de madera que sabía fijos en él, remoloneaba la mirada por las vigas, evitándolos. De repente se le ocurrió que igual conocían dónde guardó Luís su secreto. Cuando más lo analizaba, más convencido estaba; "cómo no lo va a saber, si vive aquí". Debía asegurarse su confianza, cambiar de actitud, abandonar el temor.

Cerró los ojos para, mudo, concentrarse en un "dime dónde está, dime dónde está, dime dónde está", tal como le enseñó Mauro: "¿Sabías que si piensas en algo repetidamente la gente que quieres lo escucha?"; "No"; "Pues así es. Vas a ver, voy a pensar en algo muchas veces solo para mí, y tú lo vas a saber, ¿lo hacemos?"; "¿Pero sin decírmelo?"; "Eso es"; "Imposible"; "Sí que es posible, se llama telepatía"; "¿Teleatía?, qué raro. Bueno, hazlo". Mauro cerró los ojos, teatralmente, colocó los dedos en las sienes para concentrarse mejor, y permaneció callado, con los labios

apretados, moviéndose ligeramente hacía adelante y hacía atrás, como hacía Jero, el niño que nunca habla y al que si tocas, grita. “Ya”; “¿Ya qué?”; “Que ya te lo he transmitido, dímelo tú ahora”; “¿El qué?”; “Ay, mira que a veces eres difícil…, pues lo que te he contando por telepatía”; “¿Y cómo voy a saberlo si no lo he escuchado?”; “Di lo que estás pensando, lo que tienes ahora mismo en la mente”; “Pues tengo que esa nube está muy gris y puede que llueva”; “Justo lo que te estaba diciendo”; “¿De verdad?”; “Claro. Ha funcionado, somos telepáticos”; “Ya”; “¿No sabes lo que significa?”; “No”; “Que si piensas en cosas concretas, tu familia, yo mismo, lo sabremos aunque no estemos cerca. Así, que mira. Da igual que esa señora asquerosa te haya regresado para acá; tú eres telepático y no estarás solo jamás”. Andrés, al ratito, cuando llegó a comprenderlo, se iluminó. “¿Cómo sabré que lo han oído? Yo no las escucho a ellas”; “Es que ignoran que son telepáticas, pero sí te escucharán a ti. Mira, diles algo, pero recuerda, ha ser corto porque se ha de repetir muchas veces”; “¿Ahora?”; “Sí”, el niño puso el mismo gesto que su amigo. “Ya”; “¿Y no te sientes mejor?”; “Sí”; “Eso es que lo han recibido”. Mauro se dijo con ternura, “qué inocente es aún; qué fácil animarlo”.

Ahora ante la viga, recordando la técnica, repetía su orden paseándose mentalmente por la pared, subiendo por el techo, dando tiempo a que los ojos le escuchen.

Cuando creyó que ya lo habría entendido, se enfrentó directamente con la mirada de la veta que le había estado contemplando durante el proceso; parecía alegrarse de la iniciativa, aún con todo, esos ojos eran inquietantes. El niño, impresionado a su pesar, estaba hipnotizado por la mancha de la madera viva. Aguantó su inspección, como en un duelo; en eso siempre ganaba, excepto contra Tono: nadie resistía esos trozos de hielo sin fondo que se clavaban hasta el escalofrío, sin nada detrás de ellos; una oscuridad helada que atraía tirando hacia abajo, muy hondo donde un dolor sordo esperaba. Con los ojos de la viga era parecido. No veía lo que tenía delante, todo alrededor se difuminaba convertido en confusión, le dolía el fondo del ojo. Entonces ocurrió: durante una décima de segundo, la atención del rostro se desvió hacia la esquina izquierda del cuarto, con el corazón agitado, observó asimismo en esa dirección. “Andrés, a comer”. El susto le hizo

perder la línea recta señalada por los ojos de madera, y pensando que daba igual, que la encontraría de nuevo, se levantó recordando una de las normas de la otra casa: “Cuando se te llame, acudes al primer aviso”.

“¿Cómo es que vienes ahora? Hace una eternidad que se te llamó, cuando se dice “Ven”, es “ven”, sin más excusas. ¿Es que nadie te enseñó modales? Andrés a punto de las lágrimas, se las aguantaba mientras fijaba su desconcierto en el suelo. Las riñas no le importaban, pero sí que le devolviesen, a pesar de esa mujer dominante y fría, se estaba mejor aquí. “Pero, ¿me estás escuchando?”; “Sí, señora.”; “Pues no lo parece. Cuando te hable, me miras a los ojos”. Él lo hizo mientras apretaba los puños para retener pena, frustración, ira y miedo. “Ahora ya no hace falta que vengas, te quedas en ayunas; así aprenderás.” El niño quieto ante la mujer, no se movió hasta que un grito ordenándole regresar al cuarto, le dio la libertad de refugiarse en su mente lejos de la realidad.

“¿Sabes, Mauro?”, el pelirrojo con un gesto, instó a Andrés a continuar, estaban en el patio apurando los últimos minutos. “Si supiera que algún día…, bah, da igual..., pero esto es insoportable”. “Bueno, depende de ti”; “¿el qué?; soportarlo, ¿o no?”; “Supongo que en el fondo, sí. Ese es el problema, no me sé ver ya fuera de aquí”; “Pues hazlo, imagínalo, anticipa lo que será reencontrarte con tu madre y hermana, lo que te contarán y tú a ellas. Vive bien hoy soñando cómo será el mañana.”; “Ya, como con los cuentos de mi hermana, solo que no han de tratar de lo que sucedió, sino de lo que habrá que pasar”; “Pues invéntalos con recuerdos que aún no recuerdas porque no han sucedido.”

Ahí estaban dos niños a punto de dejar de serlo, sentados sobre un presente carente de futuro.

Y si de niño anticipó el reencuentro de adulto con la hermana, de adulto hubo de refugiarse en los sueños infantiles, cuando aturdido, terminó su reunión real.

Andrés miraba a la mujer que tenía delante sin acabar de verla: la realidad supera siempre a la imaginación; jamás ideó un futuro como este presente. Una sensación de irrealidad le clavaba al asiento, único anclaje del momento del que no dudaba: sentado en una silla mas bien incómoda ante una mesa de imitación al mármol

en un bar de pretensiones elegantes de resultado dudoso. La mujer también lo observaba con desconfianza. Iba vestida de azul pero la claridad de ese color era insuficiente para iluminar su rostro; algo en ella lo enturbiaba todo; una lejanía obstinada la distanciaba.

"Isabel", fue lo único que acertó a decir el hombre. "Isabel", repitió ya con menos fuerza para luego quedarse otra vez callado.

"Esta situación es absurda", ella se levantó yéndose. No pagó el café con leche que pidió, fue lo único que entendió Andrés de toda la situación. El asiento vacío conservaba lo último que dejamos tras nuestra ausencia; el olor, esa brisa invisible que nos anuncia y evoca nuestro recuerdo, más vívidamente que otro sentido. Andrés lo respiró intentando recuperar la imagen de la niña que conoció. No lo logró. Una lágrima rebelde se deslizó, libre, por su rostro todavía joven.

Permaneció sentado mucho rato, apenas sin moverse; su mente muy lejos del bar, repasaba imágenes, sensaciones, ideas, recorriendo su vida. El camarero se le acercó por si el señor quería algo más. Andrés entendió la indirecta, "no, no, gracias. ¿Cuánto le debo?". Una vez regresado a la realidad le fue fácil levantarse y salir. De nuevo en la calle aprovechó que su cuerpo aprendió a ir solo a la pensión para refugiarse en sus pensamientos, que quizá por el hecho de caminar, no fueron tan pasivos como ante el café, entablando un diálogo consigo mismo donde se discutió y analizó lo que acababa de ocurrir.

Cuando llegó al portal, estéril en sus conclusiones, seguía sin saber si verla había sido mejor o peor que no haberla encontrando jamás.

"¿Cómo fue la tarde?"; Isabel enredada entre sus emociones, confusa, evitando siquiera indagar en cómo sentirse, respondió mecánicamente, "Bien, bien"; "¿Al final ha ido Marta?" De pie en medio del vestíbulo, aturdida, contestó que no, que no había ido y para eludir más preguntas, declaró, mientras recorría el pasillo hacía su cuarto, que se encontraba mareada, que iba a acostarse un rato antes de la cena. Su marido solícito desde el salón, le preguntó si le acercaba un vaso de leche caliente, donde el "no, gracias muy amable, no es nada, ahora salgo" que se esperaba, no defraudó; siguió sentado en el sofá leyendo el periódico. "Muy bien, cariño, pero si necesitas algo, me lo dices." Ninguno de los dos

continuó una conversación manifiestamente terminada.

Una vez atrincherada en su dormitorio, se permitió llorar.

Con lo que le había costado guardarlo todo y cerrar bien la puerta para ahora abrirse de par en par, mostrando lo que hacía tiempo dejó de querer ver.

El día que se los llevaron de casa, vio con horror cómo a su hermano lo sacaban del coche para dejarla a ella dentro. Quedó ronca de gritar y seca de llorar. Los separaban, no solo los arrancaban de su mundo: los partían en dos. Fue directa a la cárcel de mujeres. Ya tenía edad para eso.

"Ven, cielo. Siéntate aquí." Isabel, cegada por el sol, no vislumbraba bien la estancia, pero sí olía un hedor intenso que le removía por dentro hasta la náusea. Sus ojos iban acostumbrándose lentamente a esa oscuridad solo rota por la breve luminosidad de un ventanuco mínimo y sucio en lo más alto de la pared, que rasgaba la negrura en vertical con una débil astilla de luz que caía sobre docenas de bultos inmóviles que la observaban. "Lo que faltaba; una más."; "Cállate, Angustias, siempre tan desagradable, ¿no ves que es apenas una cría? Ha de estar aterrorizada, un poco de amabilidad."; "Ven, no te asustes, aquí hay sitio. Anda." La joven siguió a tientas la voz, procurando no pisar las siluetas que al irse acercando se convertían en mujeres que la miraban pasar. "Ay, si es casi una niña." Un rebujo de ropa sollozaba por lo quedo, "Maribel, ¿dónde estarás, mi pequeña?"; "Calma, Leonor, calma. No asustes más a la chica."; "Eso no hace bien a nadie, contrólate."

Nunca había tenido la sensación de andar durante tanto tiempo: ese trayecto desde la puerta hasta la voz, fue el más largo que recorrió en su vida. El portazo que dio quien la condujo por los pasillos hasta esa celda, la paralizó; retumbaría en ella años, como la evidencia de la oscuridad en la que la sumieron.

Pasó la noche negándose a admitir que su vida ya no le pertenecía, bajo un duermevela entrecortado, reconstruía una y otra vez, cómo esos hombres irrumpían en casa, avasallando, arrasándolo todo, directos a por ellos, soltándolos sin miramientos de donde se cogieran, de Andrés, que le pedía con sus ojos aterrados, que lo protegiera; el peso de esa fe absoluta le abrumaba más que su propio horror: dónde estaría su hermano, quién le

arroparía, le cuidaría, le daría un beso de buenas noches. Se acordó de repente, con el dolor de la impotencia, que esos días tosía bastante, recuperó claramente la imagen del jarabe derramado por la violencia. “No podrá tomárselo”. Se derrumbó: le fue insoportable la idea del niño constipado, solo, sin una mano que cogiera la suya esta noche. Lloró desbordándose, ahogándose en la culpa de haberle fallado. Su cuerpo se agitaba, la mujer que le hiciera sitio, la atrajo hasta sí, abrazándola, “Shhh, tranquila, tranquila, preciosa, no estás sola. Mañana será otro día, y te aseguro que aunque no lo parezca, el día llegará. Ninguna noche es eterna.” Isabel se dejó abrazar, acurrucándose entre esos brazos; las dos recuperaron, por unos instantes, algo de lo perdido.

Las normas eran estrictas y severas, pero sobre todo, vejatorias; no estaban hechas para coordinar correctamente, sino para que quienes debían supeditarse a ellas perdieran la dignidad, que saberse humanas, con necesidades fisiológicas y emocionales, fuera algo punible. Ir al cuarto de baño, dormir en una cama, comer tres veces al día, trabajar, hablar con las demás, eran parte de lo imposible ahí dentro. En esas celdas estar viva no era ni mucho menos, prioritario. Isabel, aturdida, no comprendía muy bien cómo moverse por entre ese caos. Había bultos que obedecían y había mujeres que ordenaban. Esos primeros días los tiene confusos. El mundo se le había caído encima y aún no tenía ni idea de hasta qué punto.

“Cariño, ¿vas a cenar?” Roberto lo preguntaba desde la cocina donde fue a comprobar qué les había preparado esa noche Manuela. Decidieron prescindir de una sirviente interna, por lo que la joven que trabajaba en la casa, les hacía la cena antes de irse. “¿Vienes o no?”; “No, no cenaré. Me encuentro mal.”; “¿Seguro?, ¿te llevo algo?”, sin esperar respuesta, se sentó para comer la carne con ensalada en la misma cocina, descartando el esfuerzo de ir al comedor.

Isabel necesitaba tiempo para rehacerse. “Maldita carta mil veces, debí seguir mi intuición, quemarla lo menos”. Cuando la recogió del buzón entre la correspondencia, el sobre le llamó la atención, ese trozo de papel le produjo un cosquilleo desagradable, como un calambre. “Tenía que haberla destruido. Ahora es tarde”. La leyó tras un rato decidiéndose, mirándola con recelo; se sentía

ridícula por sus aprensiones, pero quien ganó la batalla fue la curiosidad, eterna entrometida.

Ahora por mucho que se lamentara, no había remedio: las palabras leídas invocaron el pasado transformando la cama donde estaba echada en tablones carcelarios; corrompieron el ambiente de la habitación invadiéndola con ese aire estancado, infecto en el que tuvo que respirar años.

Hasta tal punto estaba reviviéndolo todo, que la voz del marido preguntado por la cena, la llevó al pánico: cuando un hombre hablaba desde el otro lado de la puerta, las mujeres se paralizaban, conteniendo el aliento, intentaban disolverse en ese aire podrido.

“Te encerraron hace poco, ¿verdad?”, Isabel asintió. “Se nota; aún te asombras, pronto asimilarás que solo queda aceptar”; “Aceptar, ¿qué?”; “Que no está en tu mano cambiar las cosas”. Se dio la vuelta y la dejó sola entre las demás. “Tú ni caso. Es una amargada pusilánime que tiró la toalla porque le es más cómodo, cómo si no se pudiera luchar desde cualquier sitio, este no es peor que otros, te lo digo yo. Por cierto, me llamo Águeda, ¿y tú?”; “Isabel. Hola.”; “¿Estás con tu madre?”; “No, de ella no sé nada.”; “Ya, perdona. No quise entrometerme..., perdona.”; “Tranquila”; “Yo antes estaba en las celdas de maternidad; iba a tener un bebé.”; “¿Aquí hay embarazadas?”; “Sí, claro, y bebés, los dejan junto a ti hasta los tres años, luego te los quitan..., yo perdí mi bebé dentro de mí. Casi me alegré; no tuvo que nacer en este infierno”; “Lo siento mucho.”; “Gracias, sí. Fue lo mejor sin duda. Allí he visto morir de miseria a recién nacidos, a niños malitos que nadie atendía, las madres desesperadas, viendo cómo se iban yendo sin poder remediarlo, sin medicinas ni leche que darles: todas secas..., creo que mi niño fue más listo que todo eso, y se evitó nacer.”; “Es terrible”; “Si yo te contara..., aunque a lo mejor no quieres, hay muchas que no desean enterarse. Ya lo verás, existen las que se aferran a sus convicciones y ven las cosas como son, y las que intentan aprovecharse del engaño que les ofrecen: unos privilegios dudosos a cambio de una ceguera cómoda”. Isabel recibía demasiada información de golpe; su imaginación, horrorizada, seguía en la sala de maternidad con los pequeños moribundos. Recordó a su hermanito y se vino abajo. “Perdona, perdona, no era mi intención.” Águeda le cogía la mano con torpeza,

desacostumbrada de hacía mucho a la ternura. “Aguanta, solo aguanta.”

Andrés, después de una cena que apreció como tortura por lo interminable, fue directo a su habitación para descubrir dónde se posó la mirada del monstruo de madera. Mientras comía, a modo de postimagen, seguía viendo esos ojos superpuestos sobre el puré, las verduras, el mantel. “Pero, ¿qué te pasa hoy? Estás de lo más inquieto”; “Nada”. El esfuerzo de tranquilizarse le duraba dos bocados, al tercero se le desbarata la calma. Convencido de que le había marcado el escondite de Luís, la cena se le eternizó entre suspiros de ella, intentos de conversación de él y bocanadas de alegría de María, hasta el postre le irritó porque la alargaba. “Arroz con leche”, anunció la mujer anticipándolo mientras lo acercaba a la mesa para decepcionarse ante el recibimiento tibio del niño, que en contra de su costumbre de celebrarlo, se lo tragó sin apenas saborearlo y en silencio.

Cuando terminó lo eterno, Lina y Joaquín fueron para el salón, él al sofá a leer, ella a la mecedora a dejar pasar el tiempo, Andrés aprovechó para irse corriendo disculpándose por no ayudarla a secar los platos. “Es que he de acabar un dibujo”; “Estás tú muy artista esta temporada, ¿no?”. Algo le sucedía, era evidente, María disimuló las prisas y sin darle mayor importancia le permitió irse. “¿Qué se llevará entre manos?, mientras no sea una travesura.” inevitablemente le recordó a Luís cuando comenzó con sus secretos, urgencias y frases extrañas. Negó con la cabeza, en ese gesto tan suyo, y echó sal por encima del hombro para espantar la mala suerte. “Mira que me burlaba de mi madre cuando hacía esto..., pero por si acaso”. Su cuerpo estaba fregando platos en esa cocina mientras sus recuerdos lo hacían en otro lugar, en otro tiempo. Ni se dio cuenta de que lloraba.

Andrés, una vez en la habitación, se dirigió al punto, que durante una décima de segundo, consiguió el interés de esos ojos alarmantes, situado en la parte derecha de la habitación, justo en la esquina oculta por la estantería. Moverla no sería fácil, sobre todo, no sería silencioso. Se tumbó para idear un plan.

“Madre, ¿por qué deja que esa mujer le hable así?”, La miró pensativa con un profundo cansancio, desde una tristeza sorda y un dolor contenido, agotador. “¿Quieres saber la verdad, hija, o

prefieres esperar un poco más?" Isabel supo que si optaba por conocer, algo se rompería; dejaría atrás, quizá la inocencia, la infancia, pero también la ignorancia. "Sí, madre, cuéntemelo"; "¿Ya has crecido tanto?" Sorprendida, como si fuera la primera vez que se encontraban, maldijo lo rápido que se le pasaron los años: ahí estaba, hace apenas nada, un bebé feliz arropado por una familia contenta. Ahora delante de ella, había una jovencita alta, muy delgada. Sintió una punzada de pena; no se alimentaba lo suficiente, la cartilla de racionamiento era mezquina, y el mercado negro prohibitivo; su pequeña se había desarrollado en unas condiciones terribles. Pero si quería, tenía todo el derecho del mundo a saber por qué su vida no había sido la que ella, al esperarla, deseó. Ni mucho menos. "Hija, esa mujer es tu abuela. Es la madre de tu padre. Nos casamos sin su permiso, él nunca estuvo de acuerdo con sus ideas, su forma de vida. Cuando lo conocí era un señorito de lo más torpe –la madre se sonrió-, delgado, alto, moreno, con un bigote ridículo que le sentaba fatal; lo llevaba con timidez y se notaba. No hay nada peor que lucir la persona de uno sin aplomo."; "¿Y dónde está papá ahora?"; "¿Te acuerdas de él, hija? Andrés no creo que pueda, pero tú..., ¿lo recuerdas?"; "Sí, claro, recuerdo que era alegre y que nos levantaba bien alto y que olía a menta y sus besos pinchaban." Los ojos de la madre se humedecieron sin acabar de desbordarse. "Sí, es verdad que olía a menta. Cambió los cigarrillos por esos caramelos empalagosos". Dejaron entrar al silencio en la conversación un ratito, quizá el que se tarda en derretir uno de esos caramelos en la boca.

"¿Qué pasa?", preguntó Manuel bajito al compañero, "el nuevo, Gustavo, que se ha negado a rezar en clase"; "¿Y eso?"; "Ha dicho que nunca había rezado y que no tiene por qué hacerlo ahora"; "Se va a liar". La clase ahora mismo era un eco de resonancia con todos los niños callados, atentos, disimulando que copiaban el texto del cordero que desobediente y descarriado se perdió del rebaño, a causa de unos gritos crispados, que desde la segunda fila, les fueron distrayendo de la faena. "A ver, Gustavo, me he fijado en que ni ayer ni hoy has dicho las oraciones como toca al entrar, así que ahora tú solito, de pie, las vas a decir en alto. Anda, ¿a qué esperas?"; "Lo siento, señora, me niego." La profesora

desconcertada por el enfrentamiento directo al que ningún niño jamás le había expuesto, se agitó retomando el dominio del mando. “No lo repetiré dos veces, levántate y reza”; “¡No!” Sor Consuelo al borde del colapso, evaluó el problema de ese chico mayor que los demás, más arraigado por lo tanto, a la ideología familiar; “lo advertí, mira que les comenté que daría problemas, que no lo quería en mi clase, que fuese con la nueva, pero ni caso”, lo que la dejó indefensa ante esa situación demencial, delante de un desafío que no podía perder: se jugaba la autoridad. Consciente hasta el desasosiego de que todos los alumnos, sin saber bien qué pasaba, entendían que se estaba cociendo algo importante, no debía mostrar debilidad. Arrepentida, nada más pedirle que rezará, de su torpe iniciativa, se maldecía; “Ayer lo pasé por alto, tenía que haber hecho lo mismo hoy y remitirlo a otra clase”, pero la conversación con la madre superiora del otro día donde la acusó de falta de carácter, le había afectado más de lo deseado, dando como resultado encararse con un rebelde que se defendía y había de someter. “Si no quieres rezar, no te sentarás. No lo consentiré hasta que lo hagas”; “Pues no me sentaré”; “Tenlo por seguro, no lo dudes ni por un segundo; de eso me encargo yo. Y vosotros, ¿qué estáis mirando?, ¡a copiar!, ¿o alguien más quiere pasarse de pie todo el día y toda la noche y todo el día siguiente si hace falta?” Los niños, a una, se aplicaron en la tarea de escribir las malandanzas de ese cordero descaminado, comprendiendo que Gustavo estaba perdido.

Solo uno, Miguel, pensó que lo lograría: en su fuero interno se alegró de que alguien más pensase como él, y que se atreviera a manifestarlo. Entre copia y copia, animándole desde el silencio, levantaba los ojos del papel para observar a quien escribía de pie, y de paso, comprobar si alguien más miraba al reo, o si no era el único en tenerle fe.

Ninguno apartó la atención de la tarea.

“Eres demasiado guapa, yo de ti, intentaría afearme lo más posible.” Isabel no entendió esa sugerencia hasta cinco días después cuando comprendió que no fue dicha ni para ofenderla ni por celos, sino por protección, incluso amistad.

Intentó creerse, que una vez instaurada en las rutinas terribles, no sería tan duro vivir encerrada. Las demás mujeres la trataban

bien, las carceleras no eran excesivamente rudas con ella, sí con otras, especialmente con algunas, pero a ella la dejaban bastante en paz, aunque le desasosegaba sentirse vigilada constantemente por todas; tanto por las que mandaban, como por las presas: por ejemplo, al hablar, le era imposible no percibir cómo algunas de las compañeras tensas, se precipitaban a intervenir en la conversación para desviar el tema cuando era evidente que iba a derivarse hacia algo más que lo banal. Cierto que las carceleras no disimulaban su escrutinio y las compañeras lo intentaban; era como si tuviera que superar una prueba, una iniciación para ingresar en esa hermandad, pero sin saber cuál, iba perdida. Procuraba pasar desapercibida, no desentonar, mientras trataba de descifrar ese tira y afloja obvio en el que se movía, unas arenas movedizas peligrosas donde se sentía en el centro de mira de cientos de ojos.

Era angustioso, frustrante y aterrador por no entender el por qué.

“Gustavo comerá levantado, ¿me has entendido?”; “Sí”. La encargada del comedor sin preguntar, introdujo el cucharón de servir la sopa en el enorme puchero y se fue a la cocina para regresar con un trozo de pan y queso. “¿Qué haces?”; “Traerle comida, no querrá que tome sopa de pie, con lo que quema”; “Por supuesto, está de pie porque quiere, si le quema la sopa que no coma; no va a tener, encima, privilegios. Y si no, ya sabe lo que ha de hacer”. La mujer regresó el pan y le puso poca ración para que no le ardiese demasiado el plato y se la derramara por encima. A Gustavo le dio el tiempo justo de tomar una cucharada. “Veo que sigues sin entenderlo. Bueno, pues peor para él: ya comió bastante”. El chico impasible acercó él mismo el plato a la monja, intentando mantener la dignidad delante de todos y aguantar el hambre que le quedó sin parpadear. El comedor siempre silencioso de por sí, hoy era una tumba, ni el entrechocar de las cucharas se escuchaba. Los niños ojeaban al rebelde a hurtadillas, con miedo a demostrar un interés que les perjudicara; nadie se habría puesto en esa situación.

“Isabel, ¿hoy viene mamá?”; “Hoy también vendrá tarde, Andrés, pero ya sabes que aunque estés dormido entra para darte tu besito”; “¿Por qué llega tan tarde?”; “Tiene mucho que hacer en ese nuevo trabajo”; “Ya, pero tampoco la veo por las mañanas”; “Es que

sale temprano, aunque siempre comprueba cómo duermes antes de irse"; "¿Y eso como lo sabes? Cuando abro los ojos tú estás durmiendo. Mientes"; "No lo hago. Ella entra y nos besa, luego se marcha y sigo acostada". El niño desconfiado, casi hostil, empeñado en esa suspicacia infantil que sabe positivamente que le apartan de la verdad. "Pues esta noche no dormiré nada, la esperaré despierto y veré qué pasa"; "Me parece muy bien, Andrés. Es más, si se te cierran los ojos, cuando venga mamá a darte el beso, te despierto, ¿vale?", el hermano se desconcertó: un niño luchará contra cualquier oposición, pero se le vence fácilmente por esa incapacidad de reconocer las estrategias adultas hechas de mentiras y manipulación elemental. Así que se relajó, no mucho; mantuvo el ceño fruncido como aval a su determinación, y le contestó que vale, que sí, pero que él no se dormiría. Isabel suspira y oculta la pena junto con la verdad. Zanja el asunto preguntándole si después del desayuno querrá ir a pasear, que hace sol.

"Hija -la madre duda aún unos segundos-, hija, no entraba en mis planes decírtelo, pero creo que estás preparada, y de todos modos, he de hacerlo". Tras el preámbulo, en vez de continuar, cerró los labios, los ojos, y si hubiera podido, la realidad. Isabel, consciente de la trascendencia de lo que se le venía encima, todavía desmenuzando la confidencia de quién era su abuela, lo que ya sabía sin saber, esperó paciente. Inconscientemente deseaba que nunca terminara esa tregua, esa tierra de nadie que se instaura entre un antes y un después. Pero todo pasa, hasta lo que no pasa.

"Hija, el otro día vinieron unos hombres a casa...", la miró con intención; la retaba a que también mostrara sus cartas, consciente de que Isabel sabía más de lo que mostraba: el contenido de los cajones no se mueve solo, las llaves de los armarios no se desajustan sin más, los cacharros no cambian de sitio ni siquiera unos milímetros. Ese indagar le parecía legítimo, ella de chica, tampoco se conformó con la versión que le daba su madre de las cosas; una necesidad de comprender les recorría la misma sangre. La joven cogió el cable que le tendía. "Sí, os oí"; "¿Qué escuchaste exactamente?, ¿qué entendiste?"; "En realidad bien poco, solo que lo habían localizado y tú te echaste a llorar."; "Ya..., ¿sabes a quién han localizado, hija?"; "No."

“¡Bueno, ¿y ahora qué?!, ya me contará qué hacemos con Gustavo. Lleva todo el día de pie, y en dos horas hay que mandarlos a los dormitorios..., ¿qué hacemos con eso?” La directora y varias de las encargadas del centro, entre ellas Sor Consuelo y Sor Justa, la nueva, reunidas en el despacho de la primera, intentaban arreglar el desastre. La mirada furibunda de la madre superiora se detuvo en quien puso el castigo. “A ver, cómo lo hacemos. Miren que les tengo dicho que nunca, nunca, hay que medir las fuerzas con fanáticos. Son el diablo, jamás ceden, se les somete por otros sistemas, no el directo, y usted, va y le reta, le reta a algo imposible; uno no puede dormir de pie por sí solo, ahora tenemos que hacer guardias para mantenerlo en esa absurda postura, evitar que el sueño lo tumbe. Por supuesto que el primer y último turno, lo va a hacer usted”. Sor Consuelo intentó defenderse débilmente, comentando con un hilo de voz que ya lo había advertido, que pidió mil veces que le quitaran al chico de clase, que daría problemas. Sor Justa, con disgusto, rechazó los gimoteos con un gesto, interrumpiéndola para humillarla aún más, asegurando que ningún niño se enteró de que no rezaba hasta que ella lo señaló, que era una inepta, y mira que era fácil doblegarlo sin tanto revuelo, y que ahora, por descontado, no se le debía permitir de ninguna manera sentarse sin rezos. “No es tan fácil como dice, y si lo es, habérselo llevado a su aula.” Tras ese breve brote de autoafirmación, Sor Consuelo dirigió los ojos al suelo, asustada de ella misma. “Claro que me lo quedo. A partir de ahora, asumo la responsabilidad de un castigo tan estúpidamente asignado. Solo necesito unas cuerdas”.

La conversación se dio por finalizada ahí, con el alivio de la directora que se alegraba del buen ojo que demostró al admitirla.

-María, ¿me ayudarías a mover la estantería?

-¿Y eso?

-Es que se me ha caído un dibujo por detrás y no lo puedo coger.

-Chico, pues haz otro.

-Ya... es que...

-Vale, de acuerdo, espera a que termine con esto y voy.

–Gracias-, subió corriendo a dibujar una de sus mejores creaciones para emparedarla entre la estantería y la pared, la

excusa inventada al momento, le dio faena: había de ser un dibujo por el que realmente valiera la pena molestar. Al verlo se había de comprender la injusticia que hubiese sido dejarlo enterrado ahí. El peldaño crujió, avisándole que María subía; le dio el tiempo justo para deslizarlo detrás de la estantería. “Hale, vamos allá”; “Gracias”; “Anda, ve quitando cosas para que no sea tan pesada.” Una vez vaciada, fue fácil apartarla entre los dos y liberar el dibujo. Andrés, mientras lo cogía, descubrió un desconchado en la pared; “Es ese el escondite, seguro”.

-Lo tengo, ¿a qué es bonito, María?

-Mucho-. Con una punzada de decepción, notó la escasa atención que le dedicó; hubiera dibujado lo que hubiese dibujado, habría dicho lo mismo. “Bueno, vamos a colocarla de nuevo”; “Vale, pero ya que la hemos movido, podría limpiar un poco”. María sorprendida por la sugerencia, sintió pena y ternura creando una emoción agridulce; un niño tan chico que tuviese en cuenta esos detalles, igual que cuando arregló la cama dejándola impecable. “Es una idea, sí”; “Yo lo haré, tú a tus cosas, ya te llamaré cuando acabe para colocarla”. Fueron a por la escoba y los trapos. “Me buscas cuando me necesites”. La mujer lo vio subir, entró en la cocina pensando en lo estricta que debió ser la disciplina en ese sitio de donde vino el chico, en lo difícil que era todo.

Esa noche Isabel la sintió diferente: la tensión en la celda las ahogaba.

Y lo fue.

Las voces chorreando alcohol manchaban el pasillo desde lejos, las presas se acurrucaron aún más sobre sí mismas queriendo desaparecer en su propio abrazo. Ella, contagiada por el miedo colectivo, aún más asustada por ignorar a qué, escuchó unas risas estridentes tanto de hombres como de mujer resonar junto con el eco de unos pasos fuertes pero no firmes. Oían cómo se abría la celda de al lado, cómo forcejeaban, cómo unos gritos de protesta se acallaban con golpes. Se cerró, se abrió otra, justo la de la derecha. Ahí no hubo gritos, para qué. Docenas de cuerpos al borde del pánico, en un espacio reducido, creó una energía tal que Isabel se ahogaba por la opresión del ambiente, por el terror contagiado, por la desesperación acumulada. Nunca un chirrido de goznes había implicado un horror real, como mucho, cuando jugaba al escondite

con su hermano y lo sentía cerca, experimentaba un escalofrío intenso, el mareo de la adrenalina desatada que no llegaba a ser desagradable, pero casi.

Ahora estaba escondida a la vista, con un pavor real a algo que la superaba, que le durará el resto de sus días, siempre vivo cuando escuche o crea hacerlo, el ruido de esa puerta oxidada al abrirse, en el que la celadora, la más hombruna, hizo al entrar, no solo en la celda, sino en sus pesadillas y de por vida. La seguían varias figuras de lo que parecían hombres, no humanos. Iban sin cuidado, pisando manos, pies, observándolas. La celadora se detuvo ante Marta, la levantó de un tirón y se la llevaron. No reaccionó ni cuando cesaron de escucharse cerrojos, o los gritos más espantosos que escuchó jamás, ni cuando regresó la compañera más allá del horror ni cuando amaneció. No pudo.

En mitad de la noche Isabel se despertó sudando, de un grito mudo. Buscaba a su alrededor los cuerpos de las mujeres, pero solo vio el de su marido dándole la espalda. “¿Otra pesadilla?”, la voz pastosa de sueño había dejado de ser la voz alarmada y solícita de las primeras veces que durmieron juntos, cuando se asustaba tanto como ella, le cogía la mano, le traía solícito un vaso de agua, escuchaba implicándose hasta el horror, la tranquilizaba con besos velando las horas negras. Pero la costumbre todo lo erosiona sin dejar nada en pie. “No te preocupes, tranquilo”, antes de que acabara la frase, retomó el sueño. Isabel se levantó sin ni siquiera la punzada de la tristeza que le atravesaba antes, al comprobar que lentamente su marido dejaba de traerle agua, de mimarla, de consolarla. Para eso también sirve la rutina, para insonorizar las emociones.

Hacía mucho que no la visitaban las pesadillas. Maldijo la carta una vez más, renegó de su curiosidad. No tenía que haber ido. Fue para la cocina donde no supo si quería agua, café, té, o nada. Se sentó en una silla a esperar; lo que llegó fue un llanto atascado y oxidado que no le alivió en absoluto.

“No hables con esa”, lo dijo tan bajito, tan rápido, que Isabel creyó que ni lo había dicho. Estaban en el patio apiñadas bajo el rayo de sol que intentaba atravesar el muro siempre sombrío. Una de las presas se le había acercado, amable, siendo muy simpática al preguntarle por todo: su familia, su padre, por qué estaba allí, qué

le gustaba más, qué menos. Ella contestaba agradecida de que alguien fuera tan cercano por fin. No es que las demás no lo fueran, pero no así, no con palabras, no implicándose en unos recuerdos que libres, la acercaban a su realidad. A pesar del poco tiempo de estar dentro, ya dudaba de haber vivido un antes; esa vida que recordaba bien podría ser un sueño lejano. Pero esa mujer, todo sonrisas, apartaba la duda, le ayudaba a desenterrar, con cuidado de no romperla, la realidad perdida, la que se había refugiado muy adentro, donde se agazapa el olvido.

Abstraída con el recuerdo recuperando del sabor del caramelo en el banco, la otra reclusa se le acercó fugaz, rozándola con las palabras susurradas: “no hables con esa”. Se turbó, enrojeciendo como cuando la pillaban en falta sin saber qué hacía mal. La voz interna comenzó a titubear, las imágenes se replegaron dejando de proyectarse en pantalla del ayer, para mostrar bien a las claras, lo que encubrieron durante unos minutos: el patio frío, hostil de una cárcel en la que no sabía cómo moverse. La otra se dio cuenta, aunque era imposible que hubiese escuchado las palabras casi inaudibles, las debió leer en la estela que dejaron al ser pronunciadas, porque cambió radicalmente de actitud: apresuró una despedida, congeló la sonrisa y se marchó al otro lado del patio.

Isabel desconcertada apoyó la espalda sobre el muro oscuro intentado retener las últimas reminiscencias invocadas, buscando conscientemente la pantalla de esa otra vida que la había alejado del ahora. “No es trigo limpio, has de tener cuidado con lo que dices y a quién lo dices: esto está lleno de espías”. La misma voz de antes destruyó por completo los recuerdos, rompió las imágenes en mil añicos, y le mostró definitivamente el presente.

“Mauro”; “¿Qué?”; “Nunca nos sacarán de aquí, ¿verdad?”; “No te quejes, a ti ya te han sacado dos veces”; “¿A ti nunca te cogieron?” El chico pelirrojo, desgarbado, se lo pensó antes de contestarle. “Sí. Una vez”. Andrés le imitó tomándose su tiempo, hasta atreverse con la siguiente pregunta, la que tardó bastante es contestar. “Fue un desastre.” Andrés paciente esperó, por si su amigo quería adentrarse en el recuerdo. No lo hizo. Callados, clavados al suelo disfrutaban de la libertad de hacer nada, estrujando esos minutos previos a la siguiente actividad; sus vidas, encorsetadas, estaban reguladas por un horario rígido. “¿Crees que

Gustavo ganará?" Andrés, más chico que Mauro y con menos capacidad de concentración, hacía rato que se deshizo de la conversación sobre familias para regresar al orfanato, donde, váyase a saber por qué analogía, se acordó de Gus; llevaba dos días de pie.

Por la noche le ataban con unas cuerdas de tal modo que si se dormía- él o quien le estuviera vigilando-, el cuerpo no cayera y evitaban que reposase acostado. El chaval cumplía el horario como los demás a los que les habían prohibido tajantemente acercarse o hablar de él, como mucho, le miraban a hurtadillas. El primer día su rostro no denotaba el cansancio tanto como el segundo. Las profesoras y las monjas, en un pacto de silencio, no le dirigían ni palabra: ya sabía él lo qué tenía que hacer. En ese segundo día los compañeros, a pesar de la severa prohibición de comentar entre ellos nada del castigado, se implicaron, aunque frívolamente, en esa lucha sorda; los había a favor y en contra a ultranza; los caprichosos que variaban de veredicto dependiendo del momento, y los indiferentes. A medio día, empezaron las apuestas; se apostaron canicas, piedras pulidas, cuentas de colores, un caracol que salía de su caparazón cuando le llamabas, dibujos más o menos decentes y hasta el casquillo de la bala que mató al padre de uno de ellos.

Miguel, el único consciente de lo que estaba en juego, lamentó que la atención de esa pelea muda levantara revuelo y no verdades.

Andrés introdujo la mano en el hueco apartando el trozo de pared desconchado, para sacar una caja de hojalata que le temblaba de la emoción. La metió dentro del cajón camuflándola con los objetos que había. Cogió el trapo y limpió el suelo. "¡María, ya!"; la mujer subió para ayudarle a colocar la estantería. "Estás muy contento"; "¿Yo?" Andrés siempre se sorprendía cuando le adivinaban las emociones. "No estoy tan contento". A María le hizo gracia la contestación, y algo malévola, se dispuso a jugar al ratón y al gato; le miró directamente a los ojos que notó apurados. El niño procuraba dirigir la mirada a donde fuese menos al cajón. Ese nerviosismo le confirmó que algo se llevaba entre manos; prefirió hacerse la tonta: no veía nada malo en que el chico tuviera sus secretos, intuyó su tejemaneje desde el mismo momento en el que la rondó pidiendo ayuda con la estantería; le dio cuerda, que

creyese que la tenía en la ignorancia, ya saldría el sol por Antequera. “Que haga lo que quiera, el pobre”. Sentía debilidad por él, algo contaminada de una melancolía biográfica: un niño del bando equivocado, como ella misma, solo, sin familia. Suspiró “basta”, impidió que surgiera la imagen de la madre alejándose de ella cuando se marchó acompañada de su maleta de cartón. No quiso volver a ver, al girarse, esa figura patética agitando la mano en un torpe adiós a la hija, que ya desde el umbral, no distinguía por su miopía sin tratar, mirando sin ver a quien ni de cerca vio; vitalmente también era corta de miras; aún le preguntaba como si fuera chica, la prevenía contra la ciudad, antro de pecados y peligros, como si ese pueblo arrasado por odios, atado por egoísmos, encerrado en el tiempo por desidia, superstición y comodidad, fuera el paraíso.

Miró al niño y le dejó ser feliz sin hacerle pasar por el mal trago de descubrir lo que patentemente se esforzaba en esconder. Cambió de tema. “Hoy hay de comer cocido”; “¿Con chorizo?”; “Con chorizo” , y el pequeño sonrió abiertamente, sin temor, anticipando el sabor de la comida.

“Nunca hables con nadie de ti. Es peligroso.” Isabel preguntó por qué y la compañera le explicó que en las cárceles tampoco se está seguro, que solo por compartir celda no se garantiza ni amistad ni lealtad, que los dirigentes de prisiones mezclan espías entre ellas para saber más de lo que dijimos en los interrogatorios, que se disfrazan de camaradas y lo único que quieren es sonsacarnos para hacernos más daño a nosotras y a nuestras familias de fuera, que cómo es posible, por Dios, que con la de carteles y avisos que hay por todas partes advirtiendo sobre la conveniencia del silencio, hubiese caído en una trampa tan fácil.

Mientras escuchaba se le agolpaban las imágenes de ese mundo anterior a este, y cuando le comentó lo del callar, recordó inmediatamente el primer pasquín que tanto les llamó la atención a ella y a su hermano: representaba el interior de un autobús donde dos amigas hablaban tranquilamente de sus cosas sin fijarse, que dos asientos más atrás, un personaje oscuro, avieso, estaba interesadísimo en sus palabras, demostrando una atención malsana, maligna, que te implicaba, te instaba a avisarlas a gritos para que se callasen, mientras arriba, con letras de molde bien

grandes, ponía lo obvio: “No digas nada a nadie, nunca sabes quién puede estar escuchando”. “¿Qué dice el dibujo?”, sonaron aún más amenazadoras cuando se las leyó a Andrés en alto, las palabras les recorrieron el cuerpo como un escalofrío; se quedaron calladitos, asustados, mirando a su alrededor con miedo, catalogando a las personas cercanas como posibles espías, incapaces de hablar con naturalidad, tanto, que enmudecieron, por si acaso.

Después de ese cartel vieron muchos más; las palabras las mismas, las situaciones cambiaban: se era indiscreto en colas, colegios, trabajo, paseos, gente despreocupada seguida de cerca por ese hombre o mujer siniestros que robaba sus palabras. No eran exclusivas de ningún bando; los dos temían esos delatores, que a su vez fomentaban en sus filas para enterarse de lo que les ocultaba la otra parte, por lo que no negaban el soplón, solo buscaban evitar que los contrarios supieran más que ellos.

Desde que entendieron que había que guardar silencio, aún sin comprender demasiado bien por qué, los hermanos inventaron un lenguaje propio con el que hablarse para estar a salvo de posibles delatores, y sobre todo, para no aburrirse por ese silencio obligado, aunque solo lo ponían en práctica cuando uno de los carteles les recordaba los peligros de ser libres con las palabras. Andrés, con un concepto de enemigo algo turbio y lejano, sentía puesta en él esa mirada tenebrosa desde el dibujo, y los nervios le traicionaban; no atinaba a recordar el lenguaje inventado por lo que acababa hipando y en silencio, atascado entre el caos de las palabras nuevas, con la boca seca de cualquier frase con sentido; había de ser su hermana quien suavemente le sacara del bloqueo tomándole de la mano.

Isabel buscó el tacto de los dedos del niño, pero no estaban; regresó a su celda al notar esa ausencia. “No sabía que aquí también hay que callar”; “Aquí más que en ningún sitio”. La joven la miró y estuvo tentada de decirle que crearan un lenguaje solo para ellas, pero algo la retuvo, algo que nunca antes le había sucedido. Se turbó cuando pensó que mejor no, que quién le decía que ella no fuese una espía a su vez; esa desconfianza no la había experimentado jamás, y no le gustó nada el regusto húmedo y frío que le dejó. Se echó a llorar y la otra, malinterpretando el llanto, la animó diciendo que no pasaba nada, que tranquila, que ya lo sabía

para la próxima vez.

Reaccionó, se levantó y puso agua a calentar: ahora le apetecía un té, la observó agitarse en el recipiente al fuego, luego surgieron esas minúsculas burbujitas, como cabezas de alfileres, que fueron creciendo, creciendo hasta convertirse en bambollas furiosas que explotaban. Una tormenta en un cazo. Deshizo la hipnosis y la retiró del fuego, vertiendo la furia hirviente en la tetera junto con un té muy difícil de encontrar esos días. Hacía ya mucho que esos privilegios no le sorprendían. Mucho. Quizá demasiado. Su hermano. Le creía muerto. Recordó lo que sufrió pensando en él, impotente en esa celda, en ese mundo; tuvo que desligarse de su mano para sobrevivir. Y ahora esa carta le trajo, no la manita que hubo de olvidar, sino una mano adulta que no quiso reconocer. “Qué idiota he sido, no debí ir, qué me esperaba, a quién creía que iba a ver, a un niño chico de ojos grandes, a un Andrés a quien el tiempo hubiera respetado. Qué tonta soy. Qué tonta.” Procuró beberse el té sin que le supiera a nostalgia, fracaso y culpa.

Andrés ayudó a secar los platos, tras intentar como siempre, estar encantador en una mesa fría, ante unos padres que procuraban no mirarle directamente, donde se daban unas respuestas monosílabas a las preguntas alegres que llevaba pensadas desde la mañana, entre suspiros, interferencias y silencios. A pesar de todo, seguía alegre respaldado por María, hasta que entraba en su cuarto, donde agotado, volvía a su mundo, a sus recuerdos.

Y ahora, a esa caja de latón que le tenía intrigado.

Se tumbó en la cama, buscó sin buscar ese rostro inquietante que ya sentía amigo; “cómo cambian las cosas”. Recordó lo que le advirtió Mauro esa tarde, que la gente no es lo que parece. No siempre, al menos.

Recuperó la caja y con mucha ceremonia, dilatando el momento, la abrió. En realidad fueron sus manos más impacientes que su mente, quienes lo hicieron; él todavía estaba reteniendo el momento cuando se encontró mirando el interior descubierto: cinco canicas, un papel doblado, un lápiz de dos colores, azul y rojo, uno por cada extremo, un cuaderno de tapas verdes, dos soldados de plomo y un casquillo de bala. Cuántas cosas. Era un tesoro que no le defraudó. Abrió la libreta y con desilusión se topó con hojas en blanco, tan

solo la primera estaba escrita con el nombre de Luís, “pues sí que empezamos bien”, menos confiado, desplegó el papel. Lo que vio le devolvió el entusiasmo, activando su imaginación: había dibujado lo que parecía un plano que conducía a una equis bien grande marcada en la esquina inferior izquierda. Ese mapa consiguió que se olvidara del chasco de la triste libreta inútil.

Su mente se le adelantó; vacío de ideas, la dejó hacer. Para ayudarla, acariciaba los objetos de Luís, procurando sentir lo que su dueño anterior notaba al jugar con ellos. Quería escuchar las historias que tenían que contarle mientras su imaginación asimilaba ese plano. Le daba tiempo.

Gustavo llevaba cuatro días de pie. Su lucha, incomprendida en su profundidad hasta por él mismo, se había divulgado entre los niños, que la usaron como una manera de romper la rutina. La trascendencia les venía grande.

No era el caso de las monjas que entendían perfectamente lo que había en juego: su autoridad. Imposible perder. Estaban en el punto de mira, y lo que más temía la directora, es que se divulgase extramuros y tuviera una de esas visitas siempre incómodas de los dirigentes. Qué fácil les era venir, pedir informes, imponer sus puntos de vista, cortar unas cuantas cabezas, sentirse superiores, ponerlo todo patas arriba, irse sin haber solucionado nada, y mirándoles por encima del hombro, entrar en su coche con chofer sintiéndose imprescindibles, dejando ahí dentro el problema, normalmente, peor de lo que estaba antes de su llegada. Aún recordaba con horror la última visita de la fundadora.

El frío y el hambre era algo que Isabel no desconocía. Pero la soledad, la falta de dar y darse, la anulaban. La compañía de unos rostros a los que aprendió a reconocer, no la reconfortaba; siempre callados, asustados; inmersos en una desconfianza feroz. Si alguien se acercaba a ella era para contarle una atrocidad tras otra, y ahí la dejaban, más sola todavía que antes de ese contacto. Las miserias de fuera de la cárcel, los horrores de lo que pasaba dentro, la inundaban. Intentó refugiarse en su imaginación, contarse esos cuentos que compartía con el hermano, pero al no decirlos en voz alta, se le escapaban, incapaz de concentrarse, de evadirse en ellos.

Las historias que la rodeaban eran demasiado reales como para

disfrazarlas. Le venían a la mente una y otra vez: la de esa madre joven a la que ingresaron embarazada y le perdonaron la vida hasta que su hijo nació, solo para a los meses, quitárselo para ejecutarla. O esa otra, con su niñita de tres años que enfermó de hambre y frío, que veía consumir sin poder aliviarla, y a la que se negaba que ingresara en la enfermería donde dejaban morir a los pequeños, lejos de los mimos de las madres, de las palabras, de ese vínculo que les ayudaba en la voluntad de abrir los ojos. Sin esas caricias, los niños languidecían, se dejaban ir. Ninguna madre quería que los ingresasen. A veces, era tan evidente la enfermedad que los separaban. Los gritos retumbaban por todo el recinto anticipando la muerte. Dolían más que los que ya, roncas, exhalaban cuando les comunicaban que sus bebés eran angelitos del cielo.

Una madre no lo soportó, no pudo con esa frase; se lanzó a cantar el himno prohibido, agitándose como loca cuando la quisieron callar, gritando que su niña no era angelito de nadie, que era su pequeña y las llamó asesinas y se negó a que le hicieran una misa de entierro, que no quería que la mataran dos veces. Que su hija era hija libre, que no la tocaran.

El dolor la hizo explotar, solo unas pocas permanecieron a su lado. Tenían miedo. Una le tejió un pañuelo con los colores clandestinos; “Ten, para que se lo lleve tu niña; para que no se deje engañar por las misas y recuerde quién es”. Eso la calmó. Imposible evitar el entierro; en esos ritos sí se esmeraban: los niños muertos eran de Dios y para Dios: toda la ternura y cuidados que no les daban en vida, se los ofrecían en muerte. La madre, rota, se acercó a la cajita blanca y con mucho cuidado de que no la vieran, colocó el pañuelo cerca de la manita de la niña.

Todas sabían para qué rezaban esa mañana.

La misa de funeral transcurrió sin problemas contra todo pronóstico. La directora había pedido refuerzos. No hicieron falta. Las mujeres trocaron el símbolo: la niña se llevó su identidad más allá de su pequeña y absurda vida.

“Gustavo, no sé si te das cuenta del sinsentido de tu pose”. El niño, cansado hasta el embotamiento, miraba a Sor Justa sin entender nada; hacía tiempo que dejó de comprender por qué no se sentaba, solo sabía que le estaba prohibido; los músculos tensos, soñaban en tumbarse mientras su mente recordaba los rostros de

sus padres, sobre todo, el del padre: “Escucha hijo”, sus labios apretados mostraban su concentración, “un hombre puede equivocarse, pero no rendirse; ha de tomar partido, y una vez hecho, ha de saber defenderlo”. Gustavo adoraba y temía a su padre a partes iguales; hombre rudo, severo, cariñoso y noble. “No se ha de pecar de ingenuo, hijo, la razón nunca pertenece a nadie, pero hay momentos en los que se ha de intentar comprender dónde está en su mayor parte, apostar y luchar”. Lo último que vio de él fue su espalda mientras marchaba junto con los compañeros: hombres del pueblo, amables, que le saludaban cuando se los encontraban de paseo cogido de la mano de la madre, que trabajaban los campos, en las tiendas donde le regalaban caramelos. No era su profesión esa a la que iban.

Antes de partir le besó: “es nuestro deber, mi deber. Ya lo comprenderás”. Corrió al lado de más niños y mujeres hasta la cruz que marcaba la entrada al pueblo. Se quedaron juntos, cada uno solo, mirando cómo las espaldas de los padres se perdían de su vista, de sus vidas.

El niño entendía que no debía sentarse; su agotamiento le hizo olvidar el porqué. Su mente le mantuvo firme en su idea las primeras horas, más tarde, a fuerza de repetírsela, perdió sentido; se aferró a la voluntad, al rostro del padre. El dolor, el cansancio, atragantaron la razón, perdió la noción del tiempo; era como si siempre hubiese estado de pie. Solo le mantenía la sensación borrosa, como en los sueños, de que es eso y no otra cosa, lo que se ha de hacer. Y Sor Justa, intuyendo esa evolución, se aprovechó. “Mira, vamos a hacer un pacto...”

Andrés, emocionado cuando resolvió cómo encontraría lo que había en esa equis, guardó los tesoros en la caja de metal, y salió de la casa para ver si reconocía los símbolos. “Ha de ser cerca”, sus ojos iban del papel al entorno, buscando similitudes.

En su plan estaba el preguntar mucho sobre dónde iba Luís; “Pues no sé, la verdad nunca se alejaba demasiado”. Los nervios le dominaban, aparentar calma le era casi imposible. Tenía claro que el comienzo del dibujo era la verja que daba al estanque, el color azul ayudaba, y que de ahí se adentraba en el monte. Pidió permiso para ir de excursión en el segundo plato. “¿Por qué quieres ir?”, Lina no lo veía bien; recuperó de golpe lo que en realidad nunca

olvidó en absoluto: ese día. “Tendré mucho cuidado”; “Déjale ir”; Joaquín le cogió la mano. “Hemos de superarlo, no podemos encerrarlo en la casa. No sería bueno para nadie”; “Pero es que, ¿qué hay fuera que no haya dentro?”. Andrés que se veía sin permiso, apresuró el comentario de que le gustaría conocer el monte, que había vivido siempre en ciudades, que quería coger moras de los zarzales, oler matas de lavanda, encontrar charcas con renacuajos, jugar en las carrascas. Todo lo que le había dicho que existía su amigo Genaro que vivió en un pueblo. “Señora, déjele, él prometerá no alejarse y regresar pronto, ¿verdad, Andrés?”; “Sí, María. No me iré lejos para nada”. Lina, aún con la mano en la de su marido, asintió con la cabeza mientras aguantaba las lágrimas. “De acuerdo. No más de una hora”; “Gracias”, se fue corriendo para aprovechar al máximo el tiempo concedido.

Mauro le preguntó a bocajarro; “¿Todavía eres capaz de recordar los rostros de tu familia?”; “Sí”, contestó Andrés quizá demasiado rápido. “Ya... Yo digo los de verdad.” El niño se sintió transparente, algo ofendido, trató de revisar cada imagen atesorada: el sol, el paseo, el parque, el bastón con cabeza de león, el escaparate. Todos se le presentaban nítidos, reales, sin distorsiones. Luego lo intentó con las caras, comprobando con desazón creciente, que no eran más que borrones, manchas miopes indefinidas, que cuando más quería enfocar, más se difuminaban. En esa niebla entendió que las había perdido; solo le quedaban las inventadas. Se asustó. “No lo logras, ¿verdad?”; “Sí que puedo, sí que puedo”. Sin rendirse chocaba contra esa sombra espesa donde sabía escondidas a su hermana y la madre, tozudo no aceptaba la derrota, se centró en cómo vestían, sus gestos, como si tirando de ese hilo de desmadejase la bruma y surgieran sus rasgos. “La pregunta es si las ves”; “No, a ellas no las distingo; solo las sé”; “Yo ya ni lo intento”; “Pero, ¿a qué sí las reconocerías si las vieras?”; “¡Ay, qué poco sabes, Andresito, la imagen que guardas de tu familia está atascada en el tiempo, estática, muerta para él, sin evoluciones ni cambios: cuando os encontréis, tú ya no serás quien recuerdan, ni ellas quienes fueron”; “Entonces, es eso: como se mueven en el tiempo, es imposible enfocarlas”. Mauro quedó extrañado; la explicación era coherente, si fuese además cierta, le atenuaría su propia culpa ante el olvido. “Mira tú, que no

vas a ser tan tonto". Aliviado se permitió bucear al fondo de la memoria en busca de las imágenes escurridizas por estar vivas.

"Mauro tenía razón a medias, el tiempo nos cambia, pero viéndote ahora, te recuerdo de niña; sitúo los contornos difuminados con los años y eres tú". Isabel contemplaba a su hermano desde la distancia no solo de la mesa del bar, sino de los años, del autoconvencimiento de su muerte, de la nostalgia y el espanto. "Yo no te reconozco. ¿Quién me asegura que no eres un farsante? Mi hermano era muy chico cuando nos separaron. Tú eres un adulto, cualquiera puede camuflarse ahí dentro"; "Isabel, los ojos; mira los ojos: son nosotros". La curiosidad la empujó a asomarse a ellos pero la voluntad los apartó enseguida, negándose a confirmar nada.

"Ten", la celadora al cargo de la celda donde estaba Isabel era una mujer ruda, fea, desmesurada, de voz ronca donde una sensibilidad enorme se agazapaba en ese cuerpo monstruoso que la alejaba de los demás, frustrando esa ternura que languidecía a la espera de alguien con quien compartirla.

Había nacido séptima en una familia de diez hijos, de tierras ingratas y rebeldes, de hambrunas y supervivencias. El de la cárcel no era un mal trabajo, pensó cuando por una de esas circunstancias que se presentan, tuvo la oportunidad de trabajar ahí. Se equivocó. Cierto que tenía techo, comida, respeto, y sobre todo, estaba lejos de su gente y sus exigencias, que con mandarles parte del sueldo, evitaba el dolor de verlos. En ese aspecto acertó plenamente, donde falló el cálculo fue al obviar su carácter vulnerable, empático y sufridor, que no aguantó. Le era insufrible tratar a esas mujeres a las que no entendía; ni a ellas ni a su situación ni a lo que sucedía más allá de su rutina. La inteligencia tampoco formaba parte de sus cualidades. Se movía por instinto, asimilando el mundo que la rodeaba desde esa emoción básica, con una precariedad y deficiencia que desesperaba a sus superiores, aunque compensaba con creces, evitando el despido, esa capacidad suya de trabajo y de no cuestionar nunca una orden. Su aspecto de ogro de cuento, ya que de bruja le quedaba corto, la aislaba del resto, tanto para bien como para mal.

"Toma", le dijo bajito a Isabel mientras, con un cuidado extremo, le pasaba un envoltorio arrugado. Ella lo cogió sin saber qué era y lo escondió sin saber muy bien por qué.

Fue el primer contacto entre ambas.

"¿Otra mala noche?" Roberto delante del desayuno conversaba con su esposa desde un ligero remordimiento. Sabía que no regresó a la cama, eran evidentes las ojeras bajo esa mirada ida que reconocían tan bien, y adonde no tenía ningunas ganas de asomarse.

En los primeros días de su vida en común le apasionaba indagar en su historia; para él era una mártir, una víctima y sus vivencias, que escuchaba sin pestañear, eran relatos vivos que le ayudaban a ratificarse en su cómodo entorno.

El tiempo indiferente pero constante avanzaba aunque su mujer, empeñada en encallarse a sus orillas, malvivía obsesionada por esas vivencias que él ya tenía filtradas, escuchadas, aburridas: ese pasado insistente, recurrente, dejó de interesarle. "Isabel tendría que olvidar." Comentaba a los amigos, "Sufrió mucho, vale. Fue un error, de acuerdo. Pero vamos, su vida ahora es maravillosa, digo yo que ya está bien, ¿no?" Los compañeros asentían cansinos porque también estaban hartos de él y sus quejas. "Sí, claro..., ¿eso es un siete?", continuaban con las cartas o lo que fuese con lo que entretenían la tarde.

"He tenido una mala noche, nada más; cogería frío esperando en la calle"; "Puede ser, quédate en casa hoy"; "Sí, será lo mejor". Ese silencio pactado sin pactar, donde eran conscientes de que esa no era la razón, vino a ocupar su lugar entre ambos. Aún así, Roberto rizó el rizo cuando preguntó si mandaba aviso a Don Abelardo, el médico de la familia, para que se pasase a reconocerla. Lo dijo sin empacho alguno. Isabel despistó la mirada, respiró hondo y negó con la cabeza, "No vale la pena molestarlo, a la noche estaré bien", cerró la conversación preguntando qué querría cenar para decírselo a Manuela.

Andrés, limitado por el tiempo concedido, se atacaba cuando no localizaba en el terreno los dibujos torpes de Luís; su estado de ánimo pasaba de la desesperación más absoluta al no relacionar nada con nada, a la emoción incontenible cuando verificaba que esa mancha negra de tinta rodeada de puntos correspondía a una roca cercada de piedras del camino. "Es esto, seguro". Gritaba al viento esa alegría que le daba para aguantar un rato sin maldecir al no encontrar más similitudes. "A ver, esto es muy verde. Debe ser

un árbol", miraba y no veía ninguno. "Bien, no lo será. Igual son arbustos", levantaba la cabeza y docenas de ellos le contemplaban. "Mmm, vale, ¿cuál de todos?", respiraba hondo, "está aislado y le sigue esto marrón. A lo mejor es más hacia adelante". Se movía unos metros más. "Caray, qué mal dibujaba este crío". Se enfadaba, no había tiempo y sí mucho camino pintado. "Muy lejos no ha de ser, nunca se retrasaba". Regresaba tras sus pasos al camino de las piedras. "¿Por qué tendría que esconder nada tan lejos? A él sí le querían, ¿por qué tanta distancia para guardarlo?" El sol le indicaba que regresase o habría castigo. "He de ir yendo para casa, el próximo día sé desde donde continuar y me darán más tiempo. Seguro".

De camino, libre de la esclavitud de interpretar el mapa, disfrutó con el paisaje que se transformaba con el ocaso vistiéndose de sombras. Pensó en los tesoros secretos, "todos tenemos"; la hermana, los amigos, él mismo, pero con el de Luís algo no encajaba; él y los demás los mantenían cerca; eran su refugio cuando las cosas se torcían, invocaban con ellos esa otra realidad que les abría el pasado, esa dimensión viva ya fantasma, la grieta voluntaria contra el tiempo cuando el presente es hostil. "Luís lo guardó demasiado a desmano..., es raro..., a lo mejor- se detuvo en seco-, no lo escondió, sino que lo encontró, por eso tan lejos, porque no eligió el lugar: está donde lo descubrió". Reanudó el paso. Lo tenía: "No es un tesoro con sus cosas: es un secreto de verdad".

Tuvo que dominarse para no salir corriendo en dirección contraria a seguir la búsqueda. Se obligó a entrar en la casa de tiempo estancado.

"Entonces, ¿todo claro, Gustavo?" El niño extenuado, de pie durante más de cinco días, aturdido y sin comprender el alcance de la maniobra asintió. "Bien, pues ya sabes; pretende que rezas y podrás sentarte, comer a la mesa como los demás, dormir"; "Es que yo...", sor Justa advirtió un rescoldo de resistencia, agotada, triste, pero capaz de desbaratar sus planes, por lo que lo cortó enseguida. "No, tú no rezarás, tranquilo, solo moverás los labios"; "De acuerdo..., ¿puedo sentarme ya?"; "No, cuando comience la clase y finjas el rezo".

Gustavo había soportado una tortura de hombre en un cuerpo

de niño, sus pensamientos agitados, iban a la deriva; le era imposible entender nada en ese entorno borroso más allá de la promesa del descanso. Sor Justa le condujo casi desmayado hasta el pupitre en el aula aún vacía de niños; estaban en fila ante la puerta de la clase: esa columna perfectamente alineada donde no se escuchaba ni el silencio. La monja abrió para que entrasen, todos le miraron por el rabillo del ojo, el revuelo seguía en alza, las apuestas subían. Solo el que desde el primer momento entendió lo que estaba en juego, se le acercó como siempre que podía para animarle con un susurro imperceptible, con un roce inexistente de los dedos. Gustavo se llenaba de su simpatía aunque nunca acertó a escucharle o sentirle.

Esa mañana al sentarse, advirtieron el cambio indefinible, real, en esa mirada triunfal de ella, ese agotamiento mortal de él. Antes de abrir sus libros supieron quién perdió.

Miguel discerniendo el alcance de la derrota, mucho antes de que la profesora les humillara al anunciar que Gustavito iba a rezar, ya había empezado a llorar sin lágrimas, unas que sabiéndose fracasadas, no quisieron ni salir.

Lloró dentro de sí mismo.

“De pie”. Los chicos, obedientes, se levantaron para rezar. No le consoló percibir que Gustavo solo movía los labios en una pantomima: La voz muda del rebelde no se podría elevar de nuevo. Su llanto seco fue lo que quedó como única oposición a la sonrisa ominosa de la ganadora. “Podéis sentaros”. Al rebelde vencido le dolieron las rodillas tras caer desplomado sobre la silla. A Miguel, el alma. Y una rabia densa, que nunca sintiera antes, le brotó.

“Ven, toma”. La celadora le acercó un nuevo paquete. El anterior lo había recibido con cautela y lo escondió de sus compañeras de encierro; no se sentía acogida ni confiaba en ninguna a pesar de que le hablaban, le animaban cuando se desalentaba pero su reticencia, una suspicacia ingrata, las apartaba. Solo a dos tomó cariño, y las trasladaron. Ser la más joven ya no era novedad, las mujeres con las que compartía ese mínimo espacio interminable, eran duras, introvertidas, recelosas, o así las veía ella.

No supo ir más allá. Ese carácter solitario y soñador suyo era incapaz de cuajar entre esa realidad terrible y el mundo práctico del encierro, algo demasiado prosaico para una niña que aún creía en

el poder de los sueños, de las palabras, de las posibilidades. Sus días habían sido difíciles, cierto, pero no había vivido los suficientes para aprender el arte de la tolerancia; aún era absoluta, por eso nunca comprendió la relación entre la abuela y su madre. Ni por qué su padre, consciente del peligro, se marchó. Le faltaba vida. Y encerrada en la cárcel y en sí misma, poca iba a vivir. Así que cuando Benita, la celadora, se le aproximó a pesar de su apariencia ruda, se volcó en ella como única salvación, reconociéndose en ese cariño incondicional, una para dar y otra para recibir. Esa soledad que niega la soledad, las unió.

El tiempo en la casa desde que encontró el mapa, que nunca transcurrió demasiado ágil, ahora le parecía muerto, Andrés se lo pasaba recorriendo el plano sobre el terreno visitado; cerraba los ojos para ver el camino y seguir el rastro. Pero cuando los abría lo que tenía delante no eran los arbustos o piedras señalando la equis, era la tortilla, la ensalada, expresiones ausentes y los ojos preocupados de María. Las horas entre salidas al monte, se negaban a avanzar. “¿No tienes hambre, Andrés? Habrías de comer más estos días que te vas por esos mundos”. Entonces comía un poquito más del plato hasta que se paraba en el río. “¿Adónde has ido?”; Joaquín removiendo los tomates intentó esa pregunta, porque hasta él sentía que el niño estaba raro. “Por ahí”. Silencio. “¿Quién querrá que haga natillas mañana?”; “¿Con canela?”; “Claro”, María ganó su atención. “Yo. Y te ayudaré, y si has de ir a pueblo, te acompaño... Esta tarde, ¿podré irme?” Andrés preguntó a quemarropa, y eso que había decidido hacerlo con mucho tacto; que no se le notaran las ganas; todo al traste. “Entonces hecho, mañana me acompañas al pueblo y compramos lo necesario. De paso, recojo lo de la costurera, ¿le parece bien, señora?”; “Perfecto. Muchas gracias”.

Lina había vuelto a su estado de sonambulismo, lánguido y cómodo desde las salidas al monte del niño; ese monte que le robó al suyo, contagiada por la falta de participación del pequeño, sin fuerzas ni ganas, se abandonó al mutismo. En realidad estaba muy cansada de esa infelicidad estéril, de esa neblina ácida del recuerdo que deseaba sin voluntad rasgar, romper, sonreír, resurgir.

Delante tenía al niño que eligió para criar; en ese momento comprendió por qué no le quería: nunca lo aceptaría si pretendía

que en él se reencarnase su hijo. Debía dejarle ir: Luís murió. Si no lo enterraba de una vez jamás apreciaría a esa otra criatura. Si en sus ojos buscaba el color azul del primero, nunca amaría ese brillo verde, profundamente melancólico, siempre en constante lucha por deshacerse de lo que vieron.

Se sintió extraña, lúcida y asustada. Ya no tenía excusa para la infelicidad. Solo dependía de ella. Usó el revuelo de las natillas para justificar su turbación. “Muy buena idea. Yo también ayudaré”.

María satisfecha recogió la mesa. Joaquín dio permiso al niño para salir siempre que quisiera. “Puedes ir cuando quieras, solo di antes dónde vas y cuándo regresarás”. Desde ese segundo la cena se agilizó. Voló.

“Cariño, comeré fuera”; “Muy bien.” Antes de salir le dio un beso fugaz. Isabel no vio la expresión de alivio del marido al meterse en el coche y huir de lo que ya le cansaba: esos estados de ánimo tan tornadizos de ella. Cierto que los controlaba mejor, pero algo la había sumido de nuevo en ese estupor paralizante del principio cuando se empeñó en hallar al resto de su familia; le costó bastante dinero y mucha paciencia el que se adentrara en ese mundo burocrático, laberinto enmarañado, que conducía siempre al mismo comienzo absurdo, consultando cientos de archivos incompletos que aún arrojaban menos luz que las visitas a cárceles, orfanatos y demás instituciones donde no daban nada ni pagando.

Eso de cara a ella, porque en una ocasión en uno de esos archivos, ante las preguntas insistentes de Isabel, el administrativo superior al cargo, tras ojear sus referencias, cambió el gesto de fastidio por el de preocupación; “Vaya adentro a ver si mi secretaria le encuentra ese dato que busca. Por favor, usted, quédese”, le dijo a Roberto con una urgencia que no le pasó desapercibida. Isabel, esperanzada a su pesar y a pesar de las muchas veces que buscó a su familia en unas fichas que se empeñaban en ser las de otra gente, siguió a la secretaria al almacén donde había cientos de expedientes sin percatarse de la complicidad entre los hombres: “Ve, cariño, te aguardo aquí”.

Cuando la mujer se perdió entre papeles, el alto cargo administrativo le ofreció de fumar, y sin previo aviso le preguntó a bocajarro. “¿Pero usted sabe la historia de su mujer?”. Roberto, que no esperaba eso, exhaló el humo lentamente sin contestar hasta

que se desvaneció.

-Sé que estuvo en la cárcel de niña por una equivocación burocrática, se la debió haber ingresado en un orfanato, como al hermano.

-Ya-, esperó, a su vez, otra calada-. Entonces ignora por qué entró ni por qué salió, ¿no?

-Lo que le he dicho-, a Roberto le desasosegaba el cariz de la conversación que tiraba ya hacia interrogatorio más que a información oficiosa.

-En el expediente de su mujer, que tengo aquí mismo, consta quién la mandó meter en prisión y por qué se la dejó libre, ¿quiere conocer los detalles?

Apagó el cigarro aplastándolo contra un cenicero forrado de colillas, fijándose en cómo se consumía la pequeña ascua preguntó a su vez.

-¿Saberlo va a beneficiarme en algo?

-No le va a perjudicar, si se refiere a eso.

-Comprendo. ¿He de contestar ahora mismo?

-No, de aquí no se mueve la información. Puede venir cuando quiera. Si quiere.

-Pues mejor no me lo diga- decidió; ese condicional se parecía demasiado a una advertencia.

-De acuerdo-, el archivero jefe guardó el informe de donde lo había sacado: un fichero situado a su espalda menos abarrotado que los demás, con la placa escrita en tinta roja, no azul como el resto.

Encendieron otros cigarrillos, estos sin palabras. Cuando fueron cenizas, aún preguntó si Isabel llegaría a encontrar a los que buscaba. “No, señor. No por nosotros”; “Entiendo”. Y hasta que reapareció la mujer parpadeando para ajustar los ojos a la luz, el tiempo al ahora, y guardarse la decepción hasta la próxima vez, no se dijeron nada más.

Lo que sí hizo Roberto cuando se despidieron y agradecer la amabilidad, fue fijarse en las letras de molde rojas del archivador. Se llevó el secreto sin haberlo preguntado, alegrándose de su prudencia. Ahora todo dependía del tiempo: tiempo para que su mujer se cansara de chocar contra la pared de la indiferencia establecida, tiempo para ayudarla a sobrellevar la ausencia. Tiempo

para dejar pasar el tiempo.

"Ánimo", la consoló mientras conducían a casa, "no pierdas la esperanza. Ya daremos con ellos".

"¿Te gustó lo que te di?"; "Sí, gracias". Isabel y Benita, la celadora, acordaron una clave para sus encuentros: si la carcelera se paseaba hasta el fondo de la celda, es que se verían en los baños en media hora, si se quedaba a mitad, en quince minutos, si no traspasaba el umbral, no había encuentro.

La presa había perdido cualquier interés en relacionarse con las demás; no buscaba su apoyo ni sufría su carencia, le daba igual que la trataran cada vez más distantes. En realidad, no era así, las mujeres la acogían: muchas por ver en ella la sombra de una hija o sobrina perdida; otras por reconocerse en su indefensión; las más por solidaridad, pero Isabel no reaccionaba, extraña a sus jergas, consignas, ideales. Desde la noche en que la desgajaron de su hermano, se había refugiado en un interior derruido, y la rutina carcelaria le desnortó del entorno, precipitándola en un averno sin salida.

Un estado de ánimo que identificaron quienes dirigían la cárcel, siempre en busca de almas dúctiles, vieron en ella y en la amistad con Benita, una aliada involuntaria. Sabían lo de los paquetes que la celadora le entregaba -creía ella en secreto-, y de la simpatía que las unía. En estos casos el protocolo exige un cambio inmediato de destino y rutina de la carcelera interrumpiendo cualquier contacto con la presa privilegiada: las guardianas se turnaban precisamente para prevenir que se encariñasen con las presas. El movimiento era continuo y los afectos imposibles.

Excepto en casos convenientes.

-¿Creéis que está preparada?

-¿Quién de las dos?

-No seas tonta. Benita hará lo que se le diga. Me refiero a la presa.

-Bueno, yo diría que sí. Si esperamos demasiado puede llegar a embotarse, acordaos de la otra.

Las mujeres asintieron, lo que pasó con Laura fue lamentable: se la acorraló en exceso, cuando fueron con la propuesta, no lo soportó. Ese suicidio aún les escuece: tanto trabajo para nada.

-Sí, tienes razón, no podemos permitirnos otro fracaso, ya

hemos invertido mucho tiempo en esta, al final dejará de ser rentable buscar entre las reclusas.

-Cierto, pero te consta que si las traemos de fuera, por mucho que se empeñen en el papel las detectan, no sé cómo, pero no funciona.

La directora cansada de tanta reunión y pendiente de una visita, se levantó de la mesa y dio luz verde.

-Adelante pues. Tú te encargas de Benita.

Las demás mujeres salieron del despacho comentando entre ellas antes de retomar sus tareas; “Demasiados miramientos con todas estas”; “Lo que quieras, pero cuando obtenemos información, se avanza tanto...”; “Son unas estúpidas, gentuza. Si por mí fuera...”

“Tengo hambre y sed y sueño y frío”. Isabel se apartó todo lo que el espacio escaso permitía de la nueva reclusa; una mujer alta, desgarbada quejumbrosa. Al entrar todas la acogieron como solían, preguntado por noticias del exterior: cómo iban las cosas, por qué la habían apresado, cuál era su nombre. Pedían la información al revés; de lo general a lo particular.

La nueva, Toñi, no comentó demasiado porque apenas sabía algo: una mañana de una tranquilidad engañosa, invadieron su casa donde realquilaba la habitación trasera, “porque los tiempos no están para desperdiciar dinero extra, miren ustedes, pero solo la alquilo a gente de confianza”. Como aseguró una y otra vez, quien vivía en ella era el primo de la vecina de su pueblo, hombre taciturno pero educado, avalado por ser pariente de la Marcela. La policía que irrumpió en el salón a la hora de la comida, puso patas arriba la habitación del primo y de paso toda la casa, preguntando por él, a lo que contestaba que hacia días que no pasaba por ahí, “es viajante, ya saben”; siguieron destripándolo todo a conciencia, anotando las respuestas con desconfianza profesional. “Usted se viene con nosotros”.

La pasearon de comisaría en comisaría, de sótano en sótano, siempre con las mismas preguntas, maltratándola hasta que dijo que sí, que conocía su paradero y soltó el primer lugar que se le ocurrió, uno que ni recuerda ahora. “Solo quería dormir y que no me pegaran más”.

Unas cuantas se apartaron desengañadas de conseguir información; no estaba ahí por sus ideales ni por haberse

enfrentado o resistido al enemigo; la encerraron como a muchas otras por si acaso, por si mentía. Toñi sin entender nada, continuaba incesante en sus lamentos, lo que irritaba a la celda entera, que también tenía hambre y frío y miedo y no necesitaba que nadie viniera a recordárselo.

"Has de ser más fuerte, es indecente quejarse tanto"; "Yo me quejo lo que me da la gana, no sois quienes para decirme qué debo hacer. Tengo hambre, tengo hambre, tengo hambre, tengo hambre...", así siguió cada vez con menos voz, hasta que un murmullo monótono fue lo único capaz de articular.

Andrés contento de estar tan cerca del secreto, echado sobre la cama dirigió sus ojos a la madera, ya amiga declarada. "Tú lo sabes, ¿verdad? Él te lo contó y tú a mí. Gracias". Esos vacíos negros en la veta, parpadearon.

El niño se sentía vivo; tenía un proyecto suyo, algo que hacer más allá de agradar, obedecer, aguantar o ver pasar los días muertos, iguales, sin más razón que el hecho físico de que cada veinticuatro horas la tierra gira, flemática, sobre sí misma: Una vida acabada antes de empezarse. "Tú que crees, Madera, ¿me quedaré aquí? No quiero que me devuelvan. Encontraré el modo...". Los ojos le contestaron en una lengua ancestral pero sus palabras atávicas no le llegaron; se había dormido: intentaría hacerle llegar su respuesta en sueños.

Isabel se acercó a Toñi. La mujer había cambiado de aspecto, tanto, que parecía otra en esas pocas semanas de encierro: sus ojos se hundieron, la piel agrisada apenas cubría unos huesos visibles, y no emitía ningún sonido; ni quejas ni nada.

Esa noche fue una de las que se llevaron.

Cuando regresó estaba vacía: su alma, ya de por sí frágil, se le escapó mientras el cuerpo aguantaba el peso de quienes no volverán a elegirla. Era un fantasma, que por un tecnicismo seguía andando, durmiendo y trabajando. Las demás la dejaban en paz; no querían ni sabían cómo hacerla regresar, quizá pensaban, era mejor así: desde esa muerte anticipada le sería más fácil continuar viva.

Isabel se identificaba con ella en su aislamiento. Por eso la trataba: "¿Sabes?, si tienes hambre, yo sé cómo comer más". En ocasiones la cocina necesitaba de manos extras, y Benita enterada,

la acercaba para que ayudase. Isabel le prometió que a la próxima, pedirá que fuese ella en su lugar. Toñi la contempló desde su vacío y no apartó sus ojos de vidrio hasta que la joven lo hizo, incapaz de sostener ese duelo muerto. Le rozó la mano y se marchó a su rincón temblando sin saber bien por qué.

Cumplió su palabra. Esa mañana fue Toñi quien se encargó de asistir a las cocineras. Le costó convencer a Benita que fuese esa mujer hueca en su lugar: “Solo esta vez, ¿no la ves? Necesita comer más que yo”; “No. Eres tú quien no la ve. Está mucho más allá de eso, tiene los ojos de los animales que saben que ya no despertaran”. Isabel, a pesar del escalofrío, insistió. “Lo que quieras”.

A las cuatro horas de haberse ido, un revuelo soterrado recorrió los pabellones; la noticia de que Toñi había muerto se esparció y horrorizó a las que la conocían y a las que no. Mientras limpiaba, las encargadas salieron fuera de la cocina para descansar. Una vez sola, descubrió una cacerola enorme repleta de arroz. Dejó el estropajo, y con la primera cuchara que encontró, comenzó a comerlo. No paró de hacerlo. Comió con la desesperación del hambre, sin saborear ni respirar: cucharada tras cucharada, una detrás de otra, la cuchara vaciaba el contenido en su boca y ella tragaba mientras iba llenándola de nuevo, tragaba, tragaba, hasta que cayó de espaldas, muerta.

La encontró la cocinera más joven, que por serlo, era quien reanudaba el trabajo antes: Toñi estaba tumbada inerte, el arroz le sobresalía por la boca, las orejas, la nariz. Se ahogó en esa pasta blanda, reventado con ella. Su cuerpo siguió a un alma que hacía semanas que se había ido.

Cuando Isabel se enteró no pudo ni llorar, se negó a sentirse culpable. Algo se le desencajó del todo por dentro. Algo que la puso a merced de la desesperación, más aún. Se juró que saldría de ahí como fuera. Así que cuando Benita le informó de que querían hablar con ella, y la acercó al despacho de la directora, no dudó ni un segundo en decir que sí, que aceptaba el trato.

Esteban, el amigo que el marido de Isabel telefoneó con la excusa social de verse, “que hace meses que no quedamos, anda”, no se dejó engañar, aún así acudió a la cafetería por curiosidad. “¿Eso ponía en el archivo?”; “Sí”; “¿Por qué me lo cuentas a mí?”;

“Porque tú sabes mejor que yo qué hacer, para eso eres abogado”. Pensativo, retorcía la servilleta de papel, esa costumbre suya, o manía según su mujer harta de ella, de mover las manos mientras reflexionaba, le ayudaba. “Bueno...”. Volvió al mutismo, a contorsionar servilletas forrando la mesa con migas de papel. Roberto conociéndole respetó lo que podría exasperar a otro. Dio un sorbo al café, y sin darse cuenta sus manos se contagiaron, comenzando a destrozar el sobrecito de azúcar. “Bueno”, repitió, “Yo no diría nada”. Esa aseveración parca, lacónica, le fue suficiente. Entendía lo que había detrás; era mejor no preguntar demasiado porque a veces, si insistes, te responden. Aunque quiso reafirmarse en sus dudas. “¿Crees que es mejor dejarla en la ignorancia, que busque lo inencontrable?”; “Sí. Como dices es una tarea estéril, cuando se les desarraiga lo hacen a conciencia: ella cumplió, ellos también”; “Es muy tenaz. Más de una vez, cuando creí que había abandonado su obsesión, la reanuda de repente. Basta un estímulo trivial que le recuerde lo que decidió olvidar y retoma las riendas. Qué irónico, el que lo encontró soy yo”; “Pues que siga así. Que siga siendo solo tú, ¿para qué abrir lo cerrado? Te adentrarías en un túnel sin salida. Al final desistirá, olvidará”. Esteban desacostumbrado a tanto hablar aún añadió “es una pena que no hayáis tenido hijos, eso las calma”. Sus manos impresionadas por tanta verborrea pararon dejando la servilleta tranquila. “Gracias”, acabaron las consumiciones en silencio.

Roberto fiel al acuerdo consigo mismo, calló. Isabel languidecía por lo infructuoso, no de la búsqueda, sino de manifestarla. Y cuando piense que su mujer aceptaba su pasado sin presente, Andrés la encontrará a ella, y le pedirá en una carta que se reúnan, hermano y hermana, en la misma cafetería, lo qué son las casualidades, donde su cuñado a quien desconoce, decidió guardarse el secreto por recomendación de su amigo abogado.

“Siéntate”. Isabel rígida del miedo, había seguido a Benita con un terror que ni la celadora pudo calmar ni repitiendo en cada recodo, escalera y pasillo desconocido para la presa, que no pasaba nada, que se relajara, que todo iba bien, que confiara en ella. Se sentó al borde de una silla incomodísima enfrentada a una mesa no muy grande desde donde la encargada de la cárcel la estudiaba con una dureza y desprecio que la empequeñecía aún

más. Pero como una actriz consumada, en cuanto empezó a hablar suavizó la expresión, lo que desconcertó y asustó todavía más a la joven. “Mira, tú no deberías estar aquí”. Silencio. “No eres como ellas, lo sé”. Silencio tenso. “No temas, habla, es correcto. Esas mujeres con las que convives son mala gente, te consta; es su lugar, y aún gracias que las alimentamos y cuidamos. Viven porque somos muy condescendientes, alejadas como están del buen sentido y orden”. La directora se metió de lleno en una diatriba, con voz cada vez más exaltada, a la que le costó contener y dominar cuando reparó en que Isabel no acaba de entenderla. “A lo que vamos; tú puedes ayudarnos y nosotras a ti”. El silencio, que era más por inercia que por otra cosa, lo apartó bruscamente al preguntar, tímidamente eso sí, que a qué se refería con eso. “Pues a que si cumples con lo que te pedimos, saldrás libre”.

A partir de ahí Isabel no entendió más, asentía con la cabeza mecánicamente a ese murmullo ininteligible, siempre a cada pausa, y no le cesó el pitido de sus oídos, la visión borrosa ni el corazón apresurado, hasta pasadas muchas horas ya en su celda, acurrucada sobre los duros tablones, sin saber muy bien qué es lo que afirmó que haría. Pero lo haría.

Andrés contento por el permiso incondicional para salir al monte, guardó el mapa en el bolsillo y fue a despedirse de las mujeres que estaban en la cocina. “Me voy. Vendré pronto”; “¿Pero a qué vas?”, Lina preguntó curiosa, él contestó lo que tenía pensado. “A coger lavanda que vi el otro día. Traeré un buen ramo para los armarios y la cocina”; “Sí que huele bien, es como tener el bosque en casa, muy buena idea”. Lina se entusiasmó. “Oh, lavanda. Cuánto tiempo.” Con los ojos brillantes sorprendió a todos. “Te acompaño”. María paró de secar el plato durante unos segundos, y Andrés que quería ir solo para comprobar su teoría, se quedó sin argumentos, con lo bien que habría acogido esa realidad, hace escasamente una semana: ella quería estar con él, le aceptaba. Hubo de hacer un esfuerzo para responder rápido, apartar los titubeos para que ninguna de las dos sospechase que le fastidiaba la compañía. Sus años de fingimientos le ayudaron, la frustración duró menos que un parpadeo. “Qué bien”; “Estupendo, espera aquí, voy a vestirme para salir”, se fue ilusionada como una cría a su dormitorio.

María contenta aunque intranquila, se apresuró a preparar una

merienda improvisada para los dos. “Qué buena idea has tenido, pequeño. ¿Por dónde viste la lavanda?”; “Cerca del camino que lleva al pozo”. La mano que untaba la manteca se detuvo al instante. Andrés lo notó. “Mejor que no. Si vais juntos, mejor que no. Hay mucha también cerca de la roca grande, ¿sabes dónde te digo? Y además hay romero y tomillo, podrías traer un poco para guisar”. El cuchillo prosiguió la tarea interrumpida para detenerse de nuevo. “Y si vas solo tampoco es buen zona para ir. No señor, no lo es; es peligrosa”; “Vale”. Se escucharon los pasos alegres acercándose. “Nos vamos, gracias por la merienda, qué haría sin ti, mi María”. Y mirando al niño a quien ya no quería mirar sin ver añadió; “y sin ti” y le tomó la mano para salir.

Andrés así cogido relegó planos y secreto. Olvidó el fastidio de ir acompañado, se abandonó a esos momentos tan escasos donde se es realmente feliz.

Salió en busca del sol; como antes cuando aún valía la pena.

“¿Isabel?”; “¿Qué quieres?” Andrés había encontrado un huevo diminuto intacto bajo un árbol; la caída no lo rompió quizá debido a su poco peso, o porque la hierba amortiguara el golpe o simplemente tuvo suerte. El pequeño emocionado lo recogió y llamó excitado a su hermana que se acercó a ver qué le pasaba. “Mira”, mostró el trofeo blanco y ovalado sobre la palma ya sudada de mantenerlo en ella. “Oh, una cría”; “Sí, es un pollito”. Lo miró al trasluz sujetándolo con delicadeza para intentar ver la silueta, lo que no logró. “¿Qué hacemos?”; “Darle calor”. Cerró la mano creando un refugio cálido y húmedo, pero sin apretarla para no convertir ese nuevo nido en una trampa mortal. Dejó de correr y saltar, anduvo como si de repente fuese un anciano de cien años sin fuerza en las piernas, aplastado por el peso de sus memorias vivas; que es lo que llevaba en su puño: vida aún no viva pero latente, como cualquier recuerdo.

La hermana pensó que mejor sentarse que seguir a ese paso. Compartía la ilusión de ayudar al pajarito a nacer aunque propuso encontrar el nido antes de adoptar el huevo porque regresarlo a donde cayó sería la mejor ayuda. “Podemos dejarlo porque nuestro olor aún no lo ha contaminado, si hubiese nacido, la madre lo rechazaría, así no”; “¿Cómo no lo va a querer su mamá? Si huele raro, le duchará como hace mami con nosotros y ya está”; “¡Qué

poco sabes!"; "No tan poco". El niño ofendido le dio la espalda mientras la hermana buscaba entre las ramas lo que no encontró. Se sentaron en su banco preferido.

Andrés sin alejarse de Lina, correteaba alegre y se acercaba a todas las flores que veía; pocas, porque pocas había y las que crecían eran mínimas, de colores apagados pero de olores intensos para compensar los tonos modestos. "Mira: lavanda", se lanzó a por ella. Lina le contempla sentada sobre una piedra. Respira profundamente. Hace meses que no se desvía de la rutina programada para protegerse, sin aventurarse más allá de esos pasos justos, atados, que hacían las veces de normalidad, una muy precaria, opresora, que le apretaba, asfixiándola.

Mirándole, se sorprende de no buscar en él a Luís; ve a un niño tímido que se mueve con torpeza, de piel pálida por la falta de sol, de ojos tristes por la ausencia de calor. Una gran ternura la invade. "Andrés, hijo, anda ven aquí a merendar". El niño consciente de lo que había oído, con las manos pringosas del jugo de las plantas, se acerca a comer un pan con manteca que no saborea porque los sentidos no le dan para más, saturados de esa única palabra: hijo.

Isabel en bata después de despedir a Roberto, apática, se dejó llevar; qué alivio no tener que gastar energías en maquillar el rostro con sonrisas y pintar los ojos de serenidad con tonos de indiferencia mientras los pensamientos discurren por su lado, sombríos, obsesivos, culpables: una técnica que dominaba pero incómoda, agotadora. Hacía mucho que ganaron los gestos a los deseos, era desde que se citó con ese supuesto hermano que las ideas turbias regresaron a reclamar su espacio; el que les negó y seguía negando.

Abrumada agitó el cuerpo bruscamente como apartándose algo. Abrió la nevera porque era lo más cercano y miró dentro por la distracción. Revisó verduras, fruta, un trozo de pollo de ayer, huevos, y los recuerdos aprovecharon para entrar de estampida: "¿Crees que lograremos que salga el pollito?"; "Sí, claro"; "Pero no somos su mamá", Isabel, acariciando el huevecillo en la mano del hermano, ideó cómo: necesitaba calor; una trapos recrearían el nido y con la lámpara de la mesita le darían luz por la noche sin sol. Dudaba de la eficacia "Lo mejor habría sido encontrar el nido"; "Sí, pero de esta manera podremos verlo y darle gusanitos cuando

nazca. Yo sé dónde hay muchos". Era un padre orgulloso. "Vamos a hacer una cosa, buscamos por aquí y si vemos un nido, lo dejamos, y si no, nos lo llevamos". La decepción del hermano no la arredró. "Si lo dejamos aquí, lo visitaremos para ver cómo crece cada día, y también podrás acercarle gusanos para que la madre los recoja, ¿no?"; "Sí". Andrés contento con la solución intermedia se levantó del banco para encontrar nidos. "Aquí hay uno", lo descubrió primero desde abajo, su hermana cogió el huevo y lo depositó dentro. Estaba en una rama poco elevada, si se aupaba veía su interior; había tres huevos aunque más pequeños; no creyó que esa diferencia fuese un problema. Ahí lo dejaron.

Cada día iban a verlo. "Jo, no sale", la impaciencia del hermano, que de camino recogía unos cuantos gusanos para alimentarle, le hacía gracia. "Lo hará; todo a su tiempo, deja los gusanitos aquí, ya los cogerá su mamá".

Un día, en la visita obligada, Isabel entendió, espantada, lo sucedido. El niño ni se fijó: bajo el nido había tres huevos rotos, medio enterrados en las hojas, y dentro de él, el pollito. Aupó al hermano para que lo viera, grande, feo, con el plumón mojado, piando. "Tiene hambre", salió corriendo a por gusanos.

Había oído hablar de él; del cuco. Sus padres lo abandonan en nidos ajenos para que lo alimenten otros. La cría antes de nacer, en el mismo cascarón, sabe que para sobrevivir, cuando lo rompa, habrá de eliminar a la competencia, arrojar a los otros huevos hermanos del nido para recibir él todo el alimento; es más grande, necesita más. Y eso hizo.

Ella condenó esos tres huevos a muerte al alojarle junto a ellos. Lloró, lloró mucho mientras enterraba los pollitos legítimos.

Y lloraba ahora ante la nevera. "Yo también fui un cuco". Los pensamientos enterrados rebrotaban de nuevo. Isabel se dejó caer en la silla más próxima; no cesó el llanto en una eternidad.

"Lo único que se te pide", escuchó sin apenas entender lo que oía desde la mesa del despacho. "Lo único, repito, es contarnos lo que se dicen entre ellas. Nada más"; "Pero a mí no me cuentan nada"; "Eso da igual, estás ahí y tienes oídos. Solo estate atenta"; "¿Y ya está?"; "Sí".

De regreso a su celda, aturdida, guiada por Benita por los vericuetos que conocerá mejor que ahora, atrasó el enfrentarse a su

nuevo papel; entendió con clarividencia, que para soportar la vida consigo misma debía aferrarse a una mentira: ni era una espía ni ayudaba a quienes las dominaban así. Solo cumplía órdenes de esa gente cruel para poder irse a casa. Jamás aceptó su parte con lo que desencadenó. Nunca permitió un resquicio donde sumar actos y consecuencias; tuvieron que caer muchas compañeras, transcurrir años, una carta y una nevera abierta para quitarse la venda, que la supervivencia cobarde y la cordura obligada, le ciñeron.

-¿Buenas noticias?- Mauro enterado de que un matrimonio vendría por Andrés, remoloneaba a su alrededor mientras hacía el equipaje.

-Sí.

-No te noto muy convencido- adivinándole el porqué de la seriedad insistió-, alguna vez será la buena.

-Supongo.

Apartaba la ilusión colocando los calcetines, recordó cómo fue con la segunda madre que lo acogió; incapaz de estarse quieto se salía de sí mismo, soñaba en cómo sería su vida, el cuarto donde anticipaba sus días, que imaginaba lo más parecido a los recuerdos que le quedaban del suyo.

Con al primera, la de ese hijo aún nonato que le desplazó, no recordaba nada, solo los ánimos del regreso, “No eres el único que regresa”; “a la próxima”.

Cuando volvió de esa madre postiza cayó en picado; no hubo apenas consuelos; ya era mayor: el sentimiento que le invadía era de decepción, avalado día a día por esa mujer intransigente que le trastocó el ánimo: creía firmemente que siendo así, cómo le iban a querer.

Las profesoras y monjas que lo acogieron por ser las normas hasta cierta edad, no le dejaron duda alguna sobre quién tenía la culpa en esa adopción malograda. “Hale, ya estás aquí. Pues si que has tardado poco. A ver cómo te habrás comportado. Si es que tiene la sangre infectada. Cuánta paciencia hay que tener”. Las frases cambiaban la forma, nunca el fondo: Él no era digno.

Este tercer intento lo tomaba con una frialdad calculada.

-Si ahora funciona, no nos veremos más. Y si te devuelven, tampoco. Me quedan solo semanas de estar aquí. Cumplo quince años el mes que viene-. Lo dijo de pasada, sin darle importancia

mientras toqueteaba las pocas camisas sobre la cama de Andrés; los dedos le temblaban. Se miraron.

-Sí nos volveremos a ver. Nos buscaremos en cuando podamos.

-Ya-. No quiso recordarle, que con el tiempo sus rasgos perderían nitidez, y con ellos lo que fueron. El niño adivinó lo que pensaba, le cogió la mano y le aseguró que ese no sería su último día juntos. Mauro salió bruscamente del cuarto para que no se notase su emoción, haciéndola más patente.

Sin saber bien por qué, antes de irse, Andrés se acercó al jardín, sus dedos inquietos, le llevaron.

Lloraba sin llanto ya, ante la nevera abierta, sin importarle que se escapara el frío. El sofoco le impedía analizar lo que pensaba, le instigaban cientos de fragmentos como esquirlas de cristal clavadas, que escocían con un dolor impotente; imágenes de las mujeres traicionadas, de las celdas, de la directora. Una tormenta desatada, que arrasaba la calma forzada en la que había decidido mantenerse, sobreponiéndolo al horror, por los ojos del hombre de la cafetería. Del hermano. A quien reconoció al instante sin querer saberlo.

Ahora la angustia desatada, se lo gritaba.

Solo dependía de ella escucharse o silenciarse, guardando lo que pugnaba por salir más adentro, en las profundidades de ese olvido cómodo aunque siempre latente.

La decisión era de las que escinden la vida.

Otra más.

“Hola, pequeño”. Andrés se acostumbró a que sus dedos le empujasen hacia el patio, señalándolo, les seguía dócil por esa agradable sensación inasible que le guiaba: el rastro del olvido.

El niño siguió con los ojos a sus dedos hasta que escuchó el saludo. “Hola, pequeño”, y como sucedía, se acordó de inmediato de su amigo con la naturalidad del trato; jamás lo recordaba pero nunca, al estar con él, era consciente de que lo olvidaría. “¿Te vuelves a ir?”; “Sí”; “Te echaré de menos”; “Igual estoy aquí pronto”; “No digas eso”; “Pero es que es verdad; no tienen porque aceptarme”. El hombre que no dejaba recuerdos le impidió caer en la autocompasión. “Cierto, no tienen por qué quererte, puede que hasta te devuelvan, pero ¿y qué?, eso no modifica nada; ahora mismo tu vida da un giro. Más adelante será más adelante.

Recuerda que jamás eres el mismo; cambias a cada momento, lo que te mantiene unido es lo que piensas de ti; eres el que se asoma desde el espejo y te mira".

El niño sin entender su galimatías, como siempre, se guardaba las palabras porque intuía que las necesitaría. "Yo quiero volverte a ver"; "Pues si lo deseas, nos veremos de nuevo"; "Pero, ¿si no regreso?"; "Si no vuelves, dará igual. Te buscaré".

Andrés se fue ese día con la seguridad infantil de que no perdería a quienes ahora dejaba atrás.

Y los que se quedaron atrás permitieron que se fuera con esa ilusión para seguir adelante.

"¿Qué tal ha ido esa excursión?"

María se pasó la tarde inquieta por los dos; al notarlo le dio la risa; "Parezco sus madres", sonriéndose intentó desprenderse de esa capa protectora. "Luego todo son disgustos, he de implicarme menos. No aprendo", trató de engañarse dirigiendo sus pensamientos hacia otros asuntos, hasta que escuchó abrirse la puerta y las voces alegres. Se apresuró a saludarles, destruyendo la calma falsa en la que procuró pasar la tarde. "¿Lo han pasado bien?"; "Sí, mucho. Gracias"; "Ha sido estupendo, mira todo lo que te traemos".

El niño empezó a cubrir con lavanda, tomillo, romero, bellotas, flores maltrechas y piedras la mesa hasta que desapareció bajo ese trozo de monte. "Vaya si traes cosas, qué bien huele. Ayúdame a ordenarlos y esta misma noche hago una sopa". Andrés resplandecía, Lina alejada de esa desgana con la que se arrastraba por la casa vegetando sobre sofás, sillas y cama.

"Hemos cogido de todo, incluido el sol: enséñaselo, anda". El niño, orgulloso, sacó del bolsillo un trozo de cuarzo; "acércate, María", lo asomó a la ventana para que los últimos rayos del día lo atravesaran; la piedra absorbió parte de esa despedida, iluminándose con la luz prestada. "Oh, cómo brilla". La sonrisa del pequeño eclipsó la piedra.

Andrés no solo se trajo medio bosque y su claridad; reconoció otro de los dibujos del mapa de Luís. Estaba seguro.

Andrés entró en el patio de la pensión.

La reunión con la hermana, que pasó horas anticipando, terminó: no había más. Qué vacío tan decepcionante deja la

realidad a su paso, anulando todas las posibilidades posibles, acotando la vida en una sola.

Subía los pisos, despacio, fatigado. “La reconocerás, y ella a ti cuando os miréis a los ojos”; lo que le dijo Mauro hace tanto, era verdad. Notó cómo Isabel le vio en su verse cada uno en el otro, y cómo eludía el confesárselo. Volvía a depender del tiempo: el que tardara su hermana en enfrentarse a esa negación.

Abrió la puerta que le introducía a esa habitación extraña, como tantas otras. Todo dentro de él estaba revuelto. “Bah, qué más da”. Procuró detener los pensamientos, centrarse. Comprobó la hora de salida del autobús; había cuatro horas de margen; “he de tumbarme, descansar un rato”, acostado recordó una de las opciones a las que le dio vueltas antes de verla; una poco probable, pero contemplada, donde su hermana le acompañaba esa primera vez. Se sonrió, entre orgulloso y fútil, por haber atado todos los cabos. “Mejor así, solo”. Cerró los ojos, durmió sin dormir pendiente de la hora.

Llegó justo cuando se anunciaba la salida del autocar. Ya sentado intentó centrarse, apartando a la hermana, a lo que se dijeron y a lo que no; “He de hacer el esfuerzo, situarme: no sería justo para ella”. Liberó los pensamientos fijándolos al ritmo del paisaje; el trayecto se le hizo corto. La distancia física siempre es menor que la emocional.

Se bajó desorientado. El día estaba siendo como los que recuerdas entre brumas cuando acaban. Observó a los transeúntes, y eligió una mujer que andaba apresurada, decidida, sabiendo a dónde iba, para preguntarle si conocía cómo llegar al cementerio.

Isabel en la cocina, cerró la nevera, vulnerable al frío del recuerdo. Optó por no resistirse. Levantó los ojos; ahí estaba su madre y ella en otra cocina, hace tanto.

-¿Sabes a quién localizaron?

-Los que vinieron esa noche hablaban de Bruno.

-Sí, Bruno es el nombre de tu padre entre ellos-, miró a su hija nerviosa y decepcionada; se lo había dicho de la peor manera posible, sin acercarse ni de lejos a las ensayadas: tantas horas ideando cómo contárselo a sus hijos, y ahora, lo soltaba así, de prisa y sin tacto. Isabel tardó en entender.

-Pero, ¿no estaba muerto?

-No, no lo está. No sé si lo estuvo alguna vez. Lo importante es que ahora está vivo.

-¿Dónde?

-Muy lejos.

-¿Podemos ir a verle?

-Sí, iremos, claro que sí. Dejaremos esta casa, este pueblo, esta miseria, compraremos billetes y empezaremos de nuevo cerca de él -Sara intentaba trasmitir a su hija confianza, alejando las palabras de las dificultades del cambio, acercándolas a la esperanza-.

-¿Se acordará de nosotros? Yo casi no le distingo cuando cierro los ojos y Andrés menos aún.

-Cómo va a olvidarnos si mandó a estos compañeros a decirnos que nos reunamos con él. Isabel vaciló.

-Mamá, eso no lo oí, dijeron que Bruno estaba en la cárcel-. La madre dudó, sorprendida por la memoria de Isabel, “mejor decirlo todo de una vez, ya puestos...”

-Está en prisión. Por eso hemos de ir junto a él; no tiene a nadie que le lleve comida o dinero o la misma ilusión de la espera el día de visitas, imagina qué terrible debe ser estar ahí así.

-¿Por eso se enfadó tanto la abuela?, la niña obviando la situación paterna, se centró más en los huecos a sus preguntas.

-No, no lo sabe; para ella sigue muerto, tan muerto como quiso que estuviera desde el principio de todo.

La hija no se atrevió a indagar más; los ojos añorantes de la madre miraban tersos hacia un pasado que nunca quiso compartir, quizá para protegerlos, quizá no: era su historia y de nadie más.

-¿Cuándo nos vamos?

-Pronto, en cuando me haga con los pasajes. Ni una palabra de esto a nadie, ni a tu hermano. Espera-. A la joven le vino el dibujo del espía del cartel y supo de repente, lo que significaba guardar silencio-. No, no diré nada. Descuida. Se abrazaron.

Fue la última vez que lo hicieron.

A la tarde siguiente se los llevaron de la casa.

“Discúlpeme, ¿podría hablar con Sara?”, una vecina aún aterrorizada se presentó en la casa donde la madre de los niños a los que a veces cuidaba, trabajaba limpiado. “¿Para qué la quiere?”, la sirvienta que abrió la puerta no estaba de humor, la acababan de regañar por culpa de la hija de la casa, “esa insufrible mimada”,

murmuraba mientras abría. “No, lo siento. Todavía no ha terminado”; “Es que esto en muy urgente”; “¿Y qué quiere que yo le haga? No ha acabado”; “Pues dígale que no se pase por su casa, que se venga a la mía cuando salga, que es importante. Que no vaya a casa, por lo que más quiera. ¿Se lo podrá decir?”; la criada supo que no era una broma, es más, intuyó que podía ser peligroso. Pensó qué sería mejor, si dejarla verla o decírselo ella misma. Pasar mensajes era comprometido, pero soportar otra bronca del ama, si interrumpía a Sara en la faena, era castigo seguro. Y ya serían dos en un día. “No tenga cuidado, yo se lo diré”. Se miraron y bajaron los ojos, cada una por lo suyo. “Gracias, no se olvide: que no vaya a su casa, que pase por la mía. Yo soy Encarna, para servirla a usted”; “Mari Trini, para lo que guste. No tenga pena, que se lo diré”.; “Ah, dale esto”. Le alcanzó una nota donde ponía lo mismo que le había dicho; no se acababa de fiar de las palabras escritas al no saber descifrarlas.

“Antonio Méndez, tiene visita”. Se sorprendió; no esperaba a nadie. Nunca. Cierto que Juan le prometió, cuando le soltaron, avisar a su mujer. “Igual es él. Imposible, estará a kilómetros de aquí, además nadie en su sano juicio regresaría a este antro, yo desde luego no”. Sin terminar sus reflexiones, vislumbró al otro lado de las rejas, a una mujer, menuda, aseada. Todo él dio un salto por dentro, “¿será Sara y no la reconozco?”, mientras le acercaba el guardia, se fijó con atención disimulada. “No es ella, el sufrimiento desgasta pero no tanto, yo mismo debo ser otro a sus ojos”. Sacudió los hombros para despejar tanta tontería y centrarse en la visita. “Hola”; “Hola”. La joven algo incómoda saludó sin aplomo, desangelada. “Perdone, ¿la conozco?”; Antonio fue directo. “No, no creo..., mire, soy Elena, la cuñada del Juan, me pidió que me personara ante usted y le pasara el recado de que su mujer ya lo sabe”; “Muchas gracias, nunca podré pagarles esto”; “Ya lo ha hecho; todos ustedes han pagado por tanto..., es lo menos que puedo hacer... Mire, le he traído una cesta. Antes traía una cada mes para mi Manolo…”. Los ojos al suelo, las manos nerviosas, las lágrimas secas. “Lo siento”, cómo no lamentar la muerte de un compañero; “Fíjese si soy idiota: sin venir aquí, no sé adónde ir. Igual rehago mi vida lejos, así me lo pidió Manolo. Eso haré, solo que ahora no, conque si no tiene inconveniente, espero a su mujer y

la ayudo cuando venga. Juan le dio mis señas. Luego me iré..., lejos..."; "De verdad que jamás podré agradecerles esto lo suficiente, incluida la cesta y la espera"; "Solo sobreviva". Un timbre estridente anunció el fin de las visitas, los guardas escoltaron a los presos alejándoles de esos instantes de vida sin mirar atrás. Sin saber si regresarían. Sin querer saberlo.

"¿De qué te has enterado, Isabel?" La primera vez le costó enormemente contestar, contar que Marita sí conocía a quien negó conocer, informar de dónde y cómo se pasaban confidencias entre ella y dos más. Traicionar en suma. La última frase, inconclusa, se le atragantó en la conciencia. La directora fastidiada pero atenta a lo que necesitaba, la reforzó, repitiéndole que era lo correcto. "No te sientas culpable, las estás ayudando en el fondo. Es tu deber. Y además te irás a casa. Deja de lamentarte: sigue así".

Benita la animó también camino de la celda, y con tacto, le adelantó lo que sería entrar ahí. "Ahora te tratarán con suspicacia, te preguntarán a su vez que te preguntaron, es lo normal cuando os interrogan, pero ten la seguridad de que no sospechan realmente de ti. Has de ser firme porque tu mente te engañará, confundirá tus sentidos, te hará creer que lo saben, que tus ojos te delatan, tus gestos sospechosos te incriminan; que han adivinado a qué fuiste al despacho. Pero no. Solo tú lo sabes, la mente no es transparente. Estás a salvo de sus conjeturas. Lo único que podría delatarte es tu propia inseguridad y el miedo a que conocen tu secreto. No caigas en ese error".

Isabel que efectivamente pensaba que era evidente su traición, lloró con más fuerza. "¿Cómo sabes eso?, ¿cómo estás tan segura de que no se han enterado?"; "Por experiencia": "¿Tantas son delatoras?"; "Muchas"; "¿Y qué les pasó?".;"Nada, se fueron"; "Entonces, ¿es verdad?, ¿me soltarán?"; "Claro". Se abrazó a la celadora hipando, hasta que recobró fuerzas para seguir. Entró en la ratonera, siendo el gato, pero firme: iba a salir.

Iba a salir.

Encarna se asomaba a cada rato a la puerta para mirar a izquierda y derecha. Suspirar y entrar de nuevo en la casa. Toda la tarde agitada, y es que no se acababa de fiar de que dieran la nota a Sara. "No vayas a casa, vente a la mía nada más leas esto"; se la escribió su nieto, un chico despierto al que le gustaba leer. En una

de esas cientos de salidas al umbral, la vio acercarse, abrió la puerta antes de que tocase la aldaba. “Pasa, rápido, entra”. Antes de cerrar, atisbó a izquierda y derecha. La hizo sentarse, le trajo una bebida caliente, le habló. “No has pasado por casa, ¿verdad?”; “No, vine aquí directa como pedías, ¿qué pasa?, ¿para qué tanto misterio?..., ¿están bien mis hijos?”.

“¿Eso es cierto?”; “Sí, don Vicente asegura que los vieron entrar en casa de su nuera”. La mujer se revolvió en su asiento. “Te he dicho mil veces que no es mi nuera, es la desgraciada que el estúpido de mi hijo eligió para su desdicha”.

La criada se mordió los labios; era imposible acertar con ella. Cuando le ordenaron darle la noticia, supo que era de las que la irritaban, pero a ver cómo la enteraba de quién era la casa donde entraron sin mencionar a Sara, nombre vetado, al igual que el de madre de sus nietos, o esposa de su hijo o la que viene a pedirle dinero. No acertaba nunca. Pero a ver quién dejaba ahora un trabajo.

“Me juró y perjuró, la muy arpía, que ya no contactaba con esa gentuza. Mentirosa. Una se implica, trata de ser justa, y así se comportan.

Pues hasta aquí.

Sabía lo que se jugaba. Lo sabe desde el primer día que se presentó aquí con esos dos desdichados. Conque se atenga a las consecuencias. Llama a Vicente y dile que dé la orden”; “¿Está segura, señora?”; El brillo peligroso del odio la atravesó. “Tu impertinencia te puede costar muy cara. He dicho que llames, así que llamas y te callas. Vete”. La mujer apretando los puños para aguantar la humillación sin saltar, fue al teléfono, ese que Andrés vigilaba expectante a que sonara en cada visita y reverenciaba, para pedir línea con el secretario.

Una vez sin testigos, la dueña de la orden se tragó las lágrimas, sin atreverse a pedir algo de beber por si se le quebraba la voz a mitad.

Lo primero que Andrés buscaba al despertarse, eran los ojos de madera del nuevo confidente; “Encontraremos el secreto de Luís”. La complicidad con los ojos, le animaba; desde que le señaló el lugar del mapa, le fue añadiendo poderes; no solo sabía lo que pasaba en ese cuarto, sino en toda la casa. Incluso el mundo. Se

sentía protegido. “¿Sabes?, en la otra casa tenía un gato que era como tú, me escuchaba. Solo que a ti no puedo abrazarte”, inquieto por si eso le ofendía, se apresuró a comentarle que daba igual, que saberle cerca le bastaba y le sobraba.

Era verdad. Tener un vínculo amigo le era necesario para no echar de menos a quienes iba dejando atrás.

Encarna cohibida, atendía a Sara, “Desahógate todo lo que necesites, hija”, apartando el rostro cuando a ella también se le escapaba el llanto a pesar de sus esfuerzos para contenerlo; “esos niñitos, dónde estarán ahora, qué va a ser de ellos”. Llevaba preguntándoselo desde que ella y el barrió entero comprendieron a por quién vino ese coche repleto de policías.

Faenaba en su cuarto desde donde veía la casa de Sara, cuando lo oyó: el ruido de esos motores oficiales es inconfundible. La gente se encierra en las casas, rezando a gritos en silencio, chantajeando a los dioses con promesas de todo tipo, si pasa de largo sin parar en su acera, vigilando con sigilo dónde se detiene: la necesidad de informarse supera al miedo.

La vecina, tras el alivio de comprobar que no se dirigían a su puerta, sintió cómo se le helaba la sangre cuando entraron, sin contemplaciones, en la casa de Sara. “Ay, los niños”, pensó justo cuando se escuchó gritar a lloros a la hija. Impotente, observó, consciente de que era lo único que podía hacer. Los sacaron con brusquedad, encajonándolos en el vehículo a la fuerza.

Temblando, paralizada por esa cobardía ancestral de la autoconservación, tuvo que sentarse porque las piernas se negaban a sostenerla. “¿Qué hacer?, ¿por qué a ellos?”. Se asustó de su propia voz, creyó haberlo pensado, no hablado. Decidió avisar a Sara.

La que ahora tenía ante ella, desconsolada.

-Lo siento muchísimo, es incomprensible, de entre todos los vecinos, por qué precisamente a vosotros que no dais qué hablar.

Sara sospechó conocer la respuesta: nada más invitar a entrar a los amigos de Antonio esa noche, supo que tendría consecuencia.

“No debieron venir a casa”, les culpó rencorosa. Pero a pesar del horror, quiso ser justa; ella les abrió la puerta, les invitó a su salón a pesar de ser consciente de que junto con ellos entraba algo más; cuando le comunicaron que su marido vivía, creyó que era la

esperanza. Ahora añadía la desolación. Entraron las dos.

En esa silla ajena se preguntaba si valió la pena la visita, esa noticia. Con las consecuencias boca arriba, se cuestionaba si cambiaría el conocimiento de Antonio vivo por la ausencia de los hijos. No quiso contestarse, se acogió a la imposibilidad de retroceder al pasado y elegir diferente, para encararse con el presente: tenía que encontrar al delator para desde ese hilo, tirar y llegar al paradero de los niños. Se enderezó. El odio que le nació contra quien los acusó, barrió el dolor. Al menos de momento.

Y la certeza de que vería a su hombre pronto, le dio fuerzas.

"Necesitamos tu intervención con esto". Isabel hacía tiempo que se había deshecho de los remordimientos; escuchaba atenta. "Sí sale bien, te irás a casa".

La joven se enderezó, la sangre le martilleó las sienes y tuvo que respirar hondo para entender las instrucciones. "Esta semana ingresará en tu celda una mujer que sabemos está enterada de quiénes y dónde van a armar una gorda". Silencio; hace meses que ni la refuerza ni se desmorona ni pide datos personales de la sospechosa, por entender ante los silencios, que la protegían, a ella y a la misión, del peligro de delatarse si decía lo que no debía conocer. El error de informar a las soplonas les salió caro: La mataron la misma noche en la que se le escapó lo que conocía de más. "Ya sabes cómo moverte y qué hacer", dando por acabada la entrevista, se abismó en los papeles olvidándose de Isabel que salió de la habitación conteniendo su esperanza, acostumbrada como estaba a disfrazar sus emociones. Fue tras la celadora. Benita ya no estaba; una vez cometida la labor de acercarla, creyeron que su amistad la debilitaría. Las separaron. No le extrañó que se desviasen del camino a la celda; si la víctima era de las relevantes, el simulacro de interrogatorio iba a ser de los duros. La interrogarían sin interrogarla pero con la crueldad que usaban para sonsacar información; una precaución elemental: sin huellas de tortura, las compañeras ya la habrían localizado.

"¿Está Elena?"; "¿Quién la quiere?"; "Soy Sara, la mujer de Antonio"; "Un momento".

La mujer, que había semiabierto la puerta con desconfianza, la cerró, se escucharon sus pasos internarse en la casa mientras susurraba, "No tardo, espere". Sara cansada hasta el agotamiento,

vivía los momentos como en sueños desde la búsqueda infructuosa de sus pequeños iniciada nada más salir de casa de Encarna; esas semanas estériles, de mutismo institucional, de negaciones, de puertas cerradas, de palabras ambiguas, de promesas vacías, le decidieron a irse con su marido. Pero antes la visitaría. A ella.

-La señora no puede recibirla ahora.

-Dígale que es urgente.

Amalia, que le disgustaba Sara tanto como a su ama, en esta ocasión le vino bien verla; la usaría para fastidiar a doña Carmen, una pequeña venganza; no cambiaba la riña por el mal rato que pasaría la señora. Con una sonrisa torcida le indicó que la acompañase.

-Señora, tiene usted una visita-, las dejó encerradas en el salón.

Doña Carmen tardó en reaccionar, cuando lo hizo, interrumpió el saludo dirigido a la visitante antes de reconocerla.

-Pero, ¿cómo te atreves, con qué derecho entras así en mi casa?, la mujer temblando de ira y del esfuerzo por levantarse del sofá.

Sara se acercó serena. Estaba más allá de eso; le expuso lo sucedido.

-¿Usted podría averiguar algo?-, ante esa mirada fría, que no supo interpretar del todo, apeló a sus sentimientos-. Son sus nietos, sus propios nietos, los hijos de su hijo. Ayúdelos a ellos, no a mí.

La anciana enfrente de quien jamás hubiese querido volver a ver, usó de su voz más serena para soltarle parte del veneno que la dominaba.

-Esos desgraciados perdieron mi sangre cuando me traicionaste. No, no me mires así, sabes perfectamente a lo que me refiero. Juraste que jamás tendrías nada que ver con esos asesinos y los metes en tu casa como si nada. ¿Creías que no me iba a enterar?, eso aún es más ofensivo. Tus hijos han pagado el precio, parece mentira que desconozcas que está ciudad está vigilada, que es imposible mantener secretos.

-Por eso acudo a usted, porque los conoce. Ayúdeme a encontrarlos.

Doña Carmen a punto estuvo de desvelarle el mayor de todos: quién era el responsable de esto. Se contuvo a tiempo; sería una mala jugada, el daño es máximo cuando se infringe más lento.

-No está en mis manos. Vete.

-Los encontraré, con o sin su ayuda.

Sara recordaba la escena con tanta viveza que se sobresaltó al abrirse la puerta; “Perdona, anda pasa, es que en estos tiempos una no se fía ni de su sombra: Elena está en el patio”, la mujer le franqueó el paso a la casa. Entró escuchando todavía las últimas palabras que le dirigió a su suegra, las que continuaron resonando durante el viaje de camino aquí, hasta ese pasillo que le acercaría al marido; aún sentía el eco del desprecio con el que la anciana la despidió.

Andrés, mapa en mano, inspeccionó la piedra donde estuvo Lina feliz, siguiéndole sentada mientras él se dedicaba a recoger medio bosque. “Este círculo marrón es esta piedra, seguro”. Tan solo quedaba descifrar dos dibujos más hasta el tesoro: un borrón azul y unos tachones rojos.

Anduvo un trecho hasta que distinguió algo indefinido y azulado al que se acercó corriendo para encontrarse con un pequeño claro descolorido. “Ha de ser esto”, retrocedió al inicio, tras la astucia de clavar el palo más largo que encontró en medio del llano. “Sí que es”, esa zona azul que distinguió antes, era el claro indicado ahora por la estaca; no le engañó la cercanía; las cosas son como se las ve de lejos. Siguió avanzando con el rojo en mente. “Rojo, rojo, ¿qué habrá por aquí de ese color?”.

“Pobrecita. Ven, siéntate aquí. Esta vez se han pasado”.

Isabel que entró cojeando, casi arrastrándose, se dejó caer al lado de Josefa. “Ven, ven, ya pasó”. La joven se echó a llorar por todo, por nada, porque pronto se iría de ahí, porque seguía ahí. No aguantaba más. Hacía siglos que no pensaba en su hermano ni en su madre ni en su padre al que no pudo ir a ver. Le daba igual. Ya no se sentía culpable cuando fusilaban a quienes había traicionado. De la primera sí. De esa le dolieron los siete tiros de gracia disparados a todas las ejecutadas esa madrugada, por no saber cuál sería el suyo.

Cómo le extrañaban esas detonaciones tras las detonaciones. Le costó mucho atreverse a preguntar por qué se escuchaban invariables, tras el tiroteo infernal de las ejecuciones de las seis de la mañana, y por qué las mujeres atendían a esos disparos tras el estrépito con los puños y labios apretados enumerando: uno, dos,

tres, cuatro, cinco. O seis. O siete. Lo más que se contó un día fue hasta nueve. Después, blancas, se apartaban para despedirse, cada una a su modo, de quienes a veces ni conocieron.

Al final decidió preguntarlo. “Son los tiros de gracia”; “¿De gracia?”; “Sí. Ya caídas se las dispara en la nuca, por si no están muertas del todo”; “¿Cómo no van a estar muertas del todo con la de tiros que disparan? Es atroz”; “En realidad, apuntan sin fijarse, solo aprietan el gatillo. Pueden, o no, darles. Más de una, y de uno, se habría librado”. Isabel, horrorizada, se guardó la información en ese rincón de la mente donde mantenía apartados los espantos que la superaban.

Ahora, separada por la insensibilidad levantada día a día, traición a traición, de esa madrugada, ese otro ahora, en el que llevaron a su primera víctima al paredón, cuando a cada disparo recordaba un poquito de esa mujer agradable que confió en ella sin reservas, compartiendo incluso anécdotas de los hijos; “el pequeño es tan travieso que no sé cómo hará mi madre para controlarlo”. Cada tiro la atravesó. Pero ninguno más.

Esta noche, harta de atrocidades, desbordada por la sensación urgente, de saberse incapaz de permanecer ni un día más dentro, se prepara para traicionar por última vez. O eso creyó. “Ya pasó, cariño, ya pasó”. Isabel siguió llorando mucho rato al lado de quien debía delatar, de quien la consolaba de las heridas reales tras el falso interrogatorio, abiertas otra vez. Y no solo las del cuerpo.

Los cementerios suelen tener las mejores vistas de los pueblos; zonas apartadas, umbrías, calmas, de cipreses vigilantes con suerte salvajes, sin domesticar por la poda. Sus tumbas de mármol, a las que se intenta no pisar, muestran con fotos, o solo con nombres, los que ahí viven en paz o no.

Se esparcen creando pasillos laberínticos desde donde se divierten desconcertando a quienes las buscan. “Por aquí, a la izquierda”; “Pero qué dices, para nada, mujer, ¿no recuerdas que hay que girar justo después del seto?”.

Pasearse entre esas imágenes escogidas, deslucidas por el sol, de quienes ya no tienen ese aspecto; leer los apellidos, fechas y nombres de los que hicieron la historia con sus vidas, manías, defectos, su día a día en suma, sin poder salirse ni un segundo del camino marcado. Atados en el tiempo que les tocó, ahora liberados

de su prisión, nos vigilan sin ojos desde más abajo de esas lápidas, y si tienen ganas y se esfuerzan por recordar, agitan la cabeza sacudiéndose la tierra para hundirse más aún en su nicho, tranquilos o no. Libres del tiempo, de la necesidad de ocuparlo, de la imposición de ellos mismos sobre él y de él sobre sus actos.

Andrés escuchaba discutir a una pareja de mediana edad, que nerviosa, con las flores algo mustias por el calor, no daba con la sepultura del pariente. “Siempre lo mismo, por Dios, qué cruz”; “Tú eres quien se equivocó al torcer más atrás”.

No había mucha gente, al menos que anduviese. Andrés sin ninguna prisa por encontrarse con quien había venido a buscar, dejaba errar sus pensamientos mientras leía las palabras eternizadas en piedra, tan poco originales que podían haberse intercambiando entre ellas, destacando inmediatamente las que aportaban algo más.

Andaba haciendo crujir la grava, se paraba delante de las menos atendidas, con flores secas o sin ellas, las que acumulaban polvo, las rotas, las apartadas. “No creo que esté muy cuidada”, se dio cuenta de que eso lo expresó en voz alta. Echó de menos a la hermana. Pero no a la que salió de la cafetería, sino a la que le contaba cuentos por las noches.

“Siento mucho lo de tu marido”; “Gracias”. Las dos mujeres sentadas en el patio interior no se decían nada adivinándolo todo. “Cuando fui a visitar al tuyo, no lo vi muy mal”; “No sabes cuánto te agradezco lo que haces; acogerme, ayudarnos”; “Ni lo menciones, tú harías lo mismo”; “Sin dudarlo- no pudo seguir con ese ritmo lento, tuvo que preguntar por lo que de verdad le importaba-. ¿Crees que saldrá algún día?” Silencio. “Algunos sí salen”. Se miraban esquivas, ensimismadas.

“A ver”, -Engracia, la mujer que había abierto la puerta a Sara, se les acercó, interrumpiendo adrede esa conversación, algo absurda y dolorosa, que no les conducía a ninguna parte-. “¿Es este todo tu equipaje?”-, era práctica, intuía que mirar hacia atrás o hacia adelante era ocioso. Aprendió a refugiarse en los detalles de lo cotidiano; ahora tocaba instalarla, hacer la comida, prepararle la cama. Nada de derrumbarse aventurando lo que no dependía de ellas, de nadie quizá-. “Sí, gracias, estas dos maletas son todo”; “Pues andando, te muestro tu habitación. Ya he añadido un puñado

más de arroz y después de comer, descansas. Por la tarde veremos qué te encontramos; a ver, ¿qué sabes hacer?"; "Lo que sea, me adapto a lo que haya"; "¿Coses?"; "Sí"; "Bien". Se fue dejando un revoloteo de rutinas que agradecieron.

"Entonces, ¿por qué estás aquí, Josefa?", esa pregunta por supuesto, no se la formuló Isabel de buenas a primeras. Su técnica había mejorado mucho.

Evitaba repetir el fracaso que le costó la vida a una predecesora, que con esa insistencia prematura, levantó las sospechas. "Oye, ¿no te interesas demasiado por la Susana?"; "¿Yo?"; "Sí, tú. No haces más que preguntarle"; "Como acaban de entrarla, pensé que así se sentiría mejor: hablar ayuda"; "Hablar sí, no contestar sin tregua"; "Pues vaya, no me había dado cuenta de que la molestaba. No lo haré más". Y no lo hizo, de eso se aseguraron las presas.

Su segunda delatada, Leonora, le costó de olvidar por la mirada de socorro que le dirigió cuando la sacaban a golpes; le pedía ayuda a ella, a Isabel, a su verdugo. Esos ojos suplicantes se le grabaron a fuego; "Una víctima más a mi cargo", un espanto más que mantener en el olvido.

Antes de instruir a presas vulnerables o camuflarse entre ellas, la directiva de la cárcel, pensó que con aislar a las reclusas peligrosas sería suficiente; "si no se comunican, son inofensivas". No fue así. Siempre encontraban el modo de divulgar esos secretos peligrosos, crear conspiraciones, amotinarse. Y cuando descubrían cómo fue posible esa corriente de información y lo bloqueaban, daba lo mismo: a su vez, ellas se ingeniaban otro modo.

Era una pesadilla.

Les constaba que hasta se intercambiaban noticias con los de fuera. Ya podían registrar a los visitantes o inspeccionar las celdas sin previo aviso, removiendo cada esquina, que los mensajes entraban y salían. La frustración les conducía a dictar castigos ejemplares cuando encontraban ese papel introducido en un doble fondo de la fiambrera, un código trasmitido mediante golpes en la pared o una frase con doble sentido en la sala de visitas, convirtiendo así el infierno de la cárcel en algo aún peor: una lucha sorda basada en sobreentendidos, normas subterráneas, y regida por unas reglas del juego que iban modificándose al ritmo de sus fracasos, logrando unos éxitos que cada día debían reinventarse.

Isabel era uno de esos instrumentos.

-Entonces, Josefa, ¿Por qué estás aquí?

-¿Por qué estoy aquí?, ah, porque me cogieron. Si no, ¿de qué?

-Pero, ¿cómo fue que te atraparon?, ¿alguien te delató?, a mí sí; por favor, no se lo digas a nadie-, lo dijo alarmada, los ojos espantados como arrepentida de haberlo dicho; las manos nerviosas rozándole el brazo para que supiera que dependía de su discreción. Entendió con el tiempo, que si das información y confianza antes, las mujeres se sienten seguras, agradecidas por la franqueza, y te la suelen devolver. Su pasado cambiaba en cada ocasión. “Por favor no se lo digas a nadie, por favor, ni a tu mejor amiga. Nunca se sabe”-, el espanto, real, lo mostraba a su conveniencia; un sentimiento auténtico alejado del momento en el que se originó, sigue siendo genuino-. “No te preocupes, no se lo diré a nadie”; “Gracias”, y dejaba de preguntar. En unos días, ella solita se lo diría.

Las pesadillas de Isabel ya no eran ni pesadillas.

“¿Qué tal te lo has pasado hoy?”, María, que desde que Andrés iba por las mañanas de excursión, le echaba de menos, siempre le preguntaba lo mismo cuando abría la puerta. “Muy bien.” Ahí dejaba el tema; no quería atosigarle, sabía por experiencia que cuando más quisiera saber menos diría él. Ella de niña hacía lo mismo.

“Hola, hija, ¿qué tal te ha ido?”, la ansiedad con la que la madre le preguntaba era lo que le hacía callar. Contestaba lo justo, “Bien”, la mujer insatisfecha, insistía, logrando un mutismo empecinado del que no encontraba justificación real, pero al que se acogía con toda la rebeldía de la edad. “Pues ya te lo he dicho: bien, ¿qué más quieres?”, la mujer al final, se hundía, lloraba suavemente y se retiraba, con lo que el sentimiento de culpa de la hija se recrudecía, aunque lo escondiese entre un confuso barullo de emociones, donde predominaba la necesidad de saberse dueña de su destino, lejos de esa continuidad generacional absurda, marcada por unas costumbres inamovibles que iba a derrocar: No se quedaría ahí.

Por la tarde, sin embargo, sin dominarlo conscientemente, era muy amable con su madre, quizá por el desplante, o por el secreto de su huida, queriendo compensar su ausencia futura con una presencia más activa; como ahorrando compañía para no deber nada nunca. Y eso notaba en Andrés, cuando después de salir del

cuarto donde iba directamente tras lavarse, se acercaba a ella, cariñoso y dispuesto a todo. “Umm, qué bien huele esto”, María, dejándole ser, se inundaba de ternura y de una culpa atrasada.

Ese medio día, el niño llegó más excitado de lo normal.

“Antonio Méndez, tiene visita”, esta vez sí sabía quien era.

No había pegado ojo en toda la noche. Volver a verla. ¿Se traería los niños con ella? No, esa primera vez, no; era inoportuno.

Elena tras la primera visita, adoptó la costumbre de regalarle una cesta llena de lo que podía meter dentro, como hizo con el marido. “No le enoja, ¿verdad?, que venga a verle, que le traiga esto. No es mucho, pero algo es algo”; “¿Cómo va a molestarme? Si ahora, al menos, tengo una razón para medir el tiempo”.

Y era verdad.

No supo lo que le costaba hablar con alguien hasta que la viuda de Manolo, regularizó sus visitas. Las palabras, mohosas por la falta de uso, se atascaban, eran las incorrectas; salían a trompicones, si salían, el silencio era su aliado ahí dentro y a él se había acogido. Al principio, esos jueves de visitas, le creaban ansiedad por esa pérdida de fluidez hasta que decidió practicar hablando en alto consigo mismo. Sus diálogos entre dientes, aparte de atraer las miradas y comentarios de los demás, le devolvieron las ganas de contar, por lo tanto, de pensar, de ilusionarse, de esperar.

“Elena, hoy te veo apagada, ¿ha pasado algo?”, la mujer se confundió, no creía que se le notase tanto. Desde que recibió la carta de Sara, donde le comunicaba el día que llegaría, sus emociones se habían disparado; no quería que viniese.

Hasta esa carta, había logrado disimular las visitas al marido de otra, sin confesarse que le consolaban de la muerte del suyo. Esas idas y venidas a la cárcel le ayudaron a mitigar su ausencia; los ojos de agradecimiento eran los mismos en los dos presos. Y eso que en el transcurso de esa primera visita estuvo a punto de no regresar; era un hombre demasiado adusto, cerrado. No era su Manuel. Pero a pesar de esa impresión cuando regresó de la cárcel y colocó la cesta donde siempre, encima de la fresquera para ir metiendo lo que buenamente sobrara, rompió a llorar. Sintió la soledad extrema. Si no llenaba la cesta, quedarían vacías las dos.

A cada jueves él estaba más cordial. Esa carta desbarataba por completo la fantasía, haciendo añicos una rutina acogedora: trabajo,

cesta, cárcel, visita, ilusión. Lo que peor aceptaba en su turbación era sentirse tan egoísta, por eso contestó a Sara, a vuelta de correo, que la esperaba en su casa, que no buscase alojamiento, que era bienvenida. Cómo se arrepintió de esas palabras, a la vez que se alegraba de haberlas enviado. Qué complicado todo desde la muerte de su hombre.

-No, no sucede nada. Bueno, sí. Que puede que en la próxima visita no venga.

-¿No? ¿Qué pasa? ¿Algo grave? Perdona, me dijiste que te irías. Normal, qué desastre, perdona mi falta de sensibilidad, no te veas obligada a quedarte por mí, bastante has hecho.

-No, no es eso-. Si hubiera escuchado esas palabras antes, se habría alegrado de verdad pensando que le importaba; ahora tocaban la llaga. Dolían. -No, no. Yo no vendré porque, si todo va bien, quien lo haga será Sara-. Se negó a mirarle; no tenía ningunas ganas de comprobar el brillo en los ojos de Antonio. "¿Va a venir?", instintivamente izó su rostro al contestar que sí. Lo que le vio fue ansiedad, incredulidad, y lo que procuró olvidar; allá en el fondo de las pupilas, la añoranza de lo querido y jamás olvidado.

"Antonio Méndez, si no sale ya, quedará anulada la visita". "Ya voy, ya voy"; salió de la celda dando mil vueltas a las palabras ensayada, inseguro por si las mezclaba, como si fuese una lección; caminó saboreando la realidad de un reencuentro soñado imposible.

Ahí estaba. Sin flores, con polvo, resquebrajada la lápida y sin originalidad las palabras. Pero él la sintió especial. La había descubierto igual que encontró, hacía ya demasiado, el secreto de Luís. Esa cueva tapada toscamente por unas ramas rojizas.

"Es esto seguro", el niño se lanzó contra un montón de ramas secas y arañándose brazos y piernas las apartó. Tapaban una abertura en las rocas. Entró. Olía muy mal. Mucho. No se veía gran cosa, esperó a que los ojos se acostumbraran a esa oscuridad densa y de paso, a calmarse.

Estaba en una antesala de tierra donde desparramados, había trozos de objetos incatalogables, a su izquierda la cueva se ensanchaba. Asomó la cabeza; la negrura le recomendó adentrarse cuando tuviera luz. Así que se dedicó a tocar, más que a ver, los objetos dispersos. Cuando notaba algo blando o viscoso, retiraba la

mano de inmediato y se la limpiaba en el pantalón con asco. Entre los sólidos reconoció un tenedor, una libreta, un zapato, trozos de tela, y lo que más le gustó: tres balas. No casquillos: balas. Se lanzó a ver si encontraba una pistola, no había ninguna. “Mañana vengo con luz”. Metió su mejor hallazgo en el bolsillo, pero antes de salir las dejó de nuevo; pensó que no tenía escondite en el cuarto para ellas.

Salió de la gruta. A los pocos pasos, anticipando que se reprocharía dejar ahí los proyectiles, entró, cogió uno, lo apretó fuerte en la mano, para ahora sí, irse. “No he de llegar tarde, no me han de castigar”, corría mientras ideaba cómo agenciarse velas y cerillas”. Los planes, las ideas, la emoción de haberse hecho con el secreto le hicieron llegar a la casa mucho antes de lo que solía. “Hola, ¿qué tal te lo has pasado hoy?”; “Muy bien, como siempre”.

Andrés, leyendo en la lápida el apellido, se reencontró con el suyo propio, el que no usó hasta hace poco por haber tenido que utilizar otros; los de cada familia de adopción. Sin darse cuenta, metió la mano en su bolsillo para acariciar la bala que pocas veces dejó de llevar consigo.

Cuánto tiempo le había costado encontrarse; empezó la búsqueda de sí mismo con solo los rostros borrosos de la hermana y la madre, el olor a menta del padre y la convicción de que el nombre que usaba no era el suyo: “Recuerda siempre cómo te llamas”; el jardinero invisible le confió su secreto junto al suyo; “es tu nombre; eres tú. Lo necesitarás”; cada noche se nombraba con sus apellidos reales, como en una oración. “No te olvides, así jamás te perderás”.

Tras unos torpes intentos de encontrar a su familia, supo por dónde buscar: por ese nombre repetido antes de dormir durante años; fueron sus dedos los que nunca le permitieron cerrar los ojos sin decirlo; se lo prometieron al hombre olvidado el último día que se vieron. Cuánto le echaban de menos sin saber que lo echaba de menos.

-¿Qué murmuras, Andrés?

-Mi nombre.

Mauro asintió. -No dejes de hacerlo, aunque te lo cambien; es lo que tenemos. Recuérdalo-.

-Sí, aunque no lo he de decir mucho rato seguido porque si no,

se emborrona y ya no es yo.

-Sé lo que dices, si repites algo una y otra vez, deja de ser ese algo; solo queda un sonido desnudo sin sentido.

-Sí. Es divertido al principio, luego da algo de miedo escuchar esa cáscara vacía de imagen.

-Bueno, tu nombre siempre te nombrará a ti. Y además, ¿sabes?, tenemos la suerte de saber cómo nos llamamos. Aquí los hay que vinieron demasiado chicos, llegaron sin nombre; nunca conocerán quienes son: les cambiarán todo, les darán la vuelta y los imaginaran a su gusto. No nos ha de suceder. Somos nuestro recuerdo.

Isabel se ubicó en su cocina: qué extraña se le hizo. No la reconocía. Vio las cortinas nuevas en las que estuvo atareada semanas, las sillas que compraron en esa tienda de antigüedades, la vajilla tan cara que usaba tan poco; cada vez venía menos gente a casa. Una cocina a juego con la casa: moderna, lujosa, inútil. ¿Dónde había vivido, en qué había invertido su tiempo, qué había hecho desde que se casó?

Aunque esa no era la pregunta correcta: lo que tenía que revisar era lo que hizo antes de casarse. “No era yo. Esa no era yo”, lo dijo en alto, pero sin convicción. Ya no. Siempre creyó que esa negación surgía del yo más profundo: para nada. Arañaba quizá, la superficie del montón de mentiras donde encubrió y lapidó quien fue. Quien es.

Solo una vez estuvo tan cerca de ese pozo como ahora mismo. Se asomó para comprobar su profundidad; la negrura mareaba. Se alejó del vértigo colocando más piedras y disimulos antes de alejarse. Ahora al menos no huía; todavía estaba ahí, en su borde.

“Era mi hermano. Era él”, trató de apartar mentiras. Eran tantas que supo que no podría sola. “Lo llamaré”, cogió de su bolso la servilleta en la que le escribió el nombre de la calle donde se hospedaba y el teléfono: “Toma, pregunta por mí si quieres que nos encontremos de nuevo. Entiendo que ahora estés desconcertada”. No quería ni tocarlo. Andrés puso el papel en esa mano sin voluntad suficiente para rechazar lo que rechazaba, “Ten”, Isabel, nerviosa, lo enterró en el bolso. “Luego lo tiraré”, pensó. No lo hizo.

“¿Cómo fue todo?, ¿qué necesitan para que pueda visitarlo?” Sara, alterada, no dio tiempo a que Elena se quitara el abrigo para

preguntarle a bocajarro. “Todo arreglado, a la próxima visita irás tú”; “Gracias. Gracias, ¿qué haría sin ti?”

Elena se giró para que no se le notara su confusión. La apreciaba, era una buena mujer, pero la había enfrentado a lo que era su vida sin ni siquiera darle ese margen para engañarse: le dejaba bien claro que mataron a su marido. Qué irracional confundirla con el verdugo aunque fuese su presencia la que mató ese último espejismo.

“No tienes por qué agradecerme nada. Tú habrías hecho lo mismo”; “Claro que sí, aunque has sido tú, y no yo”. Sara se acercó a besarla con un beso que se enmarañó entre las emociones confusas de Elena, usando el llanto como recurso final. “Perdona. Soy tan egoísta. Siento tanto lo de tu Manuel”. Las lágrimas arrecieron inundándola toda; había entendido su alma. La abrazó, y abrazadas y llorando, las encontró Engracia cuando llegó de la calle.

“Pero por dios, ¿qué os pasa?”, sin esperar respuesta las separó dándoles faenas. Una la puso a pelar patatas; la otra a preparar las berzas. “No queráis saber la de cola que había hoy en la panadería”. Su crónica de la mañana a rebosar de comentarios y cotilleos invadió la cocina y sosegó ánimos.

“¿Estás segura de que eso fue lo que dijo?”, Isabel asintió con la cabeza. Tras semanas de confidencias de poca monta para los intereses de la directora de la cárcel, aunque trascendentales para Josefa, donde las emociones, la rutina, los anhelos, pérdidas, familia, convicciones, se pasearon entre ellas envueltos en murmullos amurallados por una confianza que surgía franca.

Isabel, de verdad interesada por sus traicionadas, se involucraba en sus días, embebiéndose de ellos. Cuando estaban alma con alma era sincera; no fingía interés: lo tenía. Había desarrollado dos sensibilidades diferentes: una que vibraba y era solidaria con la suerte de sus víctimas, y otra, que fríamente, memorizaba los datos requeridos.

Jamás permitió la comunicación entre esas dos partes, desdoblándose.

Andrés comía ausente, la mente metida en la faena de cómo conseguir luz. “¿Qué tal el día por aquí?”; Joaquín de buen humor; sonrió a su esposa y al pequeño mientras le servían el segundo

plato. Le encantaba la carne recién hecha, María la echaba en la sartén justo cuando le oía abrir la puerta. La alegría nacía de los cambios ligeros pero firmes de Lina que mostraba más iniciativa, cantaba por los rincones que antes empapaba con su pesar, se encargaba de pequeñas cosas de la casa y ayer noche, se le acercó abrazándole para dormir: mantuvo toda la noche la misma postura para no alejarla, levantándose con un dolor de brazo terrible por esa posición incómoda. Pero feliz. “Bueno, contadme”. Eso hicieron. La comida trascurrió tranquila, en paz apartada de tensiones y tiempos muertos que la asfixiaran.

Bajo ese humor propicio, tanto Andrés como Lina, se atrevieron a entrarle esa tarde cuando lo sabían relajado en su sofá leyendo, y pedirle cada uno, lo que sin ese sosiego que mostró comiendo, se hubieran atrevido. “Hola, ¿puedo pasar?”; “Claro pequeño, ¿qué quieres?”, apartó el libro y le miró.

Día tras día le era más familiar ese rostro inquieto, hermoso y asustado. Iba cogiéndole cariño. Le gustó descubrirlo. “Dime”, el niño titubeaba. Sonrió. “Anda, sin miedo”; “¿Podría darme velas y cerillas?”; “¿Para qué las quieres, hombrecito?”; “Bueno, yo...”, Joaquín entendió que o le mentiría o se perdería en excusas. Qué más daba. No era una petición tan absurda. “Claro que sí”; se levantó seguido por el chaval hasta el aparador donde abrió el cajón de sastre y sacar, tras rebuscar un rato, dos velas y una caja de cerillas. “Toma. Pero ten cuidado; esto es peligroso si se usa mal”; “Lo tendré, descuide”. Joaquín le acarició ese pelo negro. El niño contento con su luz, se le abrazó, “Gracias”. Le miró irse. “Es un buen chico, debería prestarle más atención”. Sin entender por qué, se emocionó.

“¿Te has enterado?”, uno de los mayores se acercó a Mauro en el patio con la actitud de quien tiene ventaja en algo. “¿De qué?”; “¿No lo sabes? Han encontrado muerto a Miguel”; “¿Muerto?”; “Sí”; “¿Qué le ha pasado?”; “Eso no lo sé. Las profesoras y las monjas están como locas, no dejan que nadie se acerque a los aseos de arriba”; “¿Por qué?”; “Porque está ahí”; “¿Quién?”; “¿Quién va a ser?: el muerto”. Mauro intentó sonsacarle pero no disponía de más información, solo lo que había escuchado de uno, que a su vez oyó de otro; así es cómo viajaban las noticias, sobre todo, las prohibidas: rápidas, incompletas, inexactas.

A Mauro siempre le llamó la atención ese chico; callado, gris, como camuflado entre los demás. Por eso se le acercó un día. No recordaba con qué excusa hiló una conversación pero recuerda que cuando se hartó del laconismo del chaval y comenzó a batirse en retirada, le pilló en un parpadeo el brillo en unos ojos que mostraba fugazmente lo escondido. No se había equivocado con él; silenciaba un universo que no quería compartir, aunque se lo dejó entrever. Mauro con una sonrisa le transmitió que había atrapado el destello.

Desde ese reconocimiento mutuo, se siguieron la pista, nunca con palabras: eran iguales y eso les bastaba.

Supo leyéndole, de su apoyo a Gustavo.

Y de su decepción.

Lina golpeó suavemente a la puerta. “¿Si?”; “Soy yo”; “Ah, pasa”.

Entró revolviéndose los dedos entre las manos, delatando sus nervios: él esperó sin atosigarla; ya diría lo que quisiese. “¿Sabes?”, silencio defendido por una sonrisa de ánimo. “He estado pensando, en fin, creo que, si no lo ves mal. Bueno, ya sabes, pienso que debería ir”. Joaquín, preocupado por si había entendido bien a su mujer, le preguntó si estaba segura, si se sentía preparada, si no sería mejor esperar un poco más. “No. Debo seguir adelante, he de mirar atrás para no volver a hacerlo jamás: He de decirle adiós”.

Joaquín sensibilizado por la visita del pequeño, accedió. La abrazó rompiendo la promesa que le hizo la noche en la que intentó acercársela; “No me vuelvas a tocar nunca más. No soportaría quedar embarazada de nuevo”. Pasó un tiempo prudencial antes de probar de nuevo; a cada caricia que aventuraba su respuesta era tensa, se revolvía arisca alejándose. Dejó de intentarlo. En este abrazo la notó alerta pero no le rechazó. Se apartó con suavidad, y sin retomar dudas ni consejos, evitando ver aún sin ver, las cicatrices en sus muñecas, afirmó que esa misma tarde irían al cementerio. “Le diremos adiós juntos”; “Sí”.

“¿Cuánto hace que el niño se fue?”; Joaquín ahora sí preocupado por la tardanza de Luís, decidió hacer lo que su mujer le había insistido durante toda la tarde desde las seis, cuando tenía que haber regresado. “Mujer, si solo se va un cuarto de hora, hay que darle margen”; “Que te digo que algo va mal”; “Mira que te

gusta dramatizar"; "¿Cómo puedes estar tan tranquilo?". Sin ganas de discutir, argumentó para que entrase en razón: que seguro que en nada llegaba; le habrá entretenido una tontería; fíjate, si aún es de día. "Algo le ha ocurrido. Lo sé, ¿y si le ha cogido uno de esos?"; "Sabes que ya no queda nadie en el monte. Los eliminaron".

A las once de la noche, después de haber salido en su busca cuando dieron las ocho, de llamar a cada casa vecina y empezar a asustarse de verdad, fue a comisaría. Respondió a lo que le preguntaron, a pesar de lo irrelevantes que le parecieron muchas de sus preguntas. La angustia se instaló en la casa.

No la dejó ir a reconocerlo. Fue solo. Era él.

Lina no quiso asistir al entierro ni visitar la tumba.

Hasta ahora.

"Pues si lo que nos dices es cierto, debes sonsacarle cómo. La fecha no sirve de mucho". La directora consciente de que Isabel se estaba quemando y de que no les sería útil después de esto, cerró el juego. "Cuando nos informes del resto, te irás a casa".

Cuando se fue, cogió su expediente y garabateó lo habitual. En el fondo, había esperado que las demás presas la hubieran descubierto, evitándoles tener que integrarla afuera. Siempre es un trámite engorroso: papeleo, cambio de identidad, residencia. "Demasiado trabajo; esta gente no lo merece". Pero eran las órdenes. Suspirando cerró el archivo, "Que al menos valga la pena esta última delación. Habrá que ir encontrando otra chivata"; "Sí, señora". La subalterna que había permanecido invisible y callada, sobresaltó a la directora al contestar. Salió del despacho con la orden clara sobre qué buscar.

"Los niños, ¿están bien?", fue de las primeras preguntas que hizo Antonio; la más temida por su mujer, que no había dormido nada por la maraña de emociones sin resolver que le acompañaba desde que la apartaron de sus hijos.

Sabiendo que oír la contestación sería doloroso, lo bombardeó de palabras que le reconfortasen, le adelantaran lo mucho que le quería, apoyaba y dolía su vida ahí dentro. Prolongó el momento con cómo había sido la suya: los trabajos, la ayuda que hubo de pedir a la suegra, constatando por el rabillo del ojo, el gesto de disgusto del marido que se aguantaba las ganas de criticarla por haber acudido.

Con calma para no derrumbarse, le contó cómo era sus hijos: “Isabel, una mujercita, algo arisca, terca, a veces, con una intuición adulta de las cosas pero sin asimilarlas; una niña vieja”; a los dos les dolió la imagen. “El niño es todo bondad, quizá demasiado bueno. Me da miedo lo mucho que eso le hará sufrir”. Antonio se echó a reír, “Anticipando siempre. Tú estás igual, de carácter, de lista y de guapa. ¿Cuándo podré verlos?” Sara perdió las fuerzas para seguir dilatando la respuesta. Al menos, antes de dar la noticia terrible, le había ofrecido el esbozo de esa rutina diaria que antes le parecía gris, inacabable, muerta, y ahora recordaba como la mismísima felicidad porque en ella estaban juntos.

Con los ojos en los suyos, se lanzó al vacío contándole lo sucedido.

-María.

-¿Qué quieres ahora, Luís?

-¿Tú qué harías si alguien necesitase tu ayuda y supieras que es malo?

-Apártate no te moje con la lejía. Gracias, ¿cómo que malo?; ¿qué ayuda?-, María en plena colada de la ropa blanca, sudando por los vapores, intentaba seguir la charla del pequeño, recordó lo que le comentó del hombre del saco. A quién habría visto el crío. -A ver, Luís, ¿qué hombre malo?

-Ya sabes, de esos.

-No, no sé, y mira que te tienen prohibido salir más allá del encinar, así que no lo sobrepases ni un milímetro. ¿Te queda claro eso?

-Sí-. El niño decepcionado por cómo se estaba desarrollando la conversación, y fastidiado por esa repetición insistente de hasta donde le dejaban alejarse, se calló.

Se fijó en las burbujas de las sábanas dentro del agua hechas de su propio cuerpo de tela; bultos de lino blanco; ballenas que emergían y escondían; que si tocabas notabas vacías de agua, llenas de aire. Era divertido hundirlas. Le gustaba el olor que dejaban. Se entretuvo ahogando unas cuantas, hasta relajarse lo suficiente para volver a insistir con sus preguntas, olvidando que María a veces, se comportaba como sus padres; igual que un adulto. “Entonces, ¿qué harías?”; “¿Qué haría de qué?”; “En lo de lo ayudar”; “Pues si necesitase ayuda, y pudiera dársela, se la daría”.

María agobiada tendiendo, lo soltó sin pensar. Incluso olvidó esa conversación. “Cuidado no pises eso, anda, ayúdame con las pinzas; me las vas dando cuando te las pida, ¿vale?”; “Vale”.

Andrés encendió la vela en el umbral de la entrada a la parte más profunda de la cueva, fijándola con su propia cera a una piedra lisa que se agenció para eso. La luz escasa, fantasmagórica e inquieta, mareaba la penumbra moviéndose, iluminando a ciegas la cavidad negra que solo mostraba lo que le que alcanzaba el temblor de la llama luchando contra el viento.

Lo vio.

Dio un salto brusco hacia atrás mientras gritaba sin saber que lo estaba haciendo. El corazón iba tan deprisa que se asustó. Su cuerpo al retirarse apagó la vela. No le vino mal la oscuridad. No quería seguir viendo lo que la retina le repetía insistentemente a pesar de no verlo. Se sentó para recobrar el aliento y fijarse en lo que veía sin ver: el cuerpo sin vida de un hombre.

“Me habré confundido, seguro que no es eso, las sombras me la han jugado, será cualquier cosa; un tronco, una piedra. Ropas tiradas incluso”. Mientras nombraba posibilidades, entendía que no se las estaba creyendo. Había visto un cadáver.

Mauro intentó acercarse a los baños de arriba. Tenía que enterarse de lo que le había sucedido a Miguel. “Prohibido pasar”. Hizo como si se alejaba buscando un escondite. Lo encontró. Sí que estaban soliviantadas: la directora sofocada, las más competentes dando órdenes, y el resto ahí, paradas, estorbando con su presencia pasiva. “A ver, las que no estén haciendo nada que vuelvan a sus puestos. Tú, tú y tú os quedáis, sor Purísima Concepción, ve a por una manta, sor Magdalena, que nadie entre. Qué incompetencia”.

Las órdenes inútiles en el caos donde las emociones huían a pesar de los intentos por retenerlas, susurradas entre las que se retiraban para que no las escuchara la directora: “Pues a mí me da lástima. Digan lo que digan, era un niño inocente”; “Además él, tan callado siempre; jamás dio problemas”; “¿Por qué habrá hecho eso?”; “Igual fue un accidente”; “Hermana, por favor, por ahí no paso, ¿cómo va a ser un accidente colgarse de la viga?”; “Pues ya que lo nombráis, me apuesto lo que queráis, a que es eso precisamente, lo que nos obligarán a decir; Miguel Expósito falleció

debido a un desgraciado accidente"; "Sí, en eso te doy la razón. Pero no ha sido el caso"; "No".

Las mujeres atónitas por ese detonante de una realidad que ellas mismas creaban, cesaron de murmurar cuando se les llamó al orden: "Que os calléis, y de esto no comentéis ni una palabra. Ahora a arreglar lo de allá arriba de una vez".

El silencio fue unánime y simultáneo. Rumiaron para ellas los porqués, y desde luego, ninguna indagó tanto como para desentrañarlos: ni los dormitorios sin calor, ni las clases opresivas ni el ambiente lastrante les indicó nada. Y era lógico porque ninguna lo enfocaba así. Se veían como salvadoras de esos pequeños miserables que tuvieron la desgracia de nacer de padres equivocados. Su doctrina, sus ideas salvadoras, las guiaban, las cegaban para cualquier verdad ajena a esa superficialidad cosida a una manera de pensar demasiado estrecha, que no contempla la posibilidad de salirse de esas premisas machacadas a fuego. Mentes cerradas, porque abiertas corrían el peligro de dar acceso a emociones complejas, realidades terribles, motivos distintos. Es más fácil ir a favor de la corriente.

"Pobre niño"; "¿Estaba bautizado este?"; "Sí, este sí"; "Bueno, menos mal"; "No, si se ha suicidado está en pecado mortal, da igual que lo esté, es más, mejor que no lo estuviera"; "¿Tú crees?"; "Sí"; "No sé, se lo preguntaré al confesor"; "Eso"; Con esas preocupaciones se metieron de nuevo en su doctrina, en su corsé, cerrando deprisa la puerta entreabierta inconscientemente durante el estupor que permitió el paso a algo más profundo: la intuición de una verdad a la que jamás mirarían cara a cara. Dolería.

Mauro oculto bajo el hueco de la escalera, sí comprendía por qué su amigo sin palabras decidió irse para siempre. "Que jamás se entere Gustavo de que fue por su culpa que se mató. Que no se entere". Decidió vigilarlo.

Isabel, cansada de sí misma, salió de la cocina en bata. Abrió el balcón, necesitaba aire; respiró como lo hizo cuando la dejaron libre, cuando cumplieron su palabra, la que nunca creyó que formalizaran.

Respiró hasta que le dolieron los pulmones. "Puedes irte". La directora escribió un último informe en su dossier, donde se leía en rojo en la portada, "Informadora", las palabras que leerá su marido

cuando no pregunte más a ese administrador a quien le llegará el informe, dentro de muchos años, los mismos que ahora, Isabel recién liberada, tiene por delante.

La mañana era fresca, se le calaba la libertad por los poros; lo que veía no lo asimilaba: árboles, cielo, flores. Los ruidos le eran estridentes: esos pájaros, el sonido del viento, el murmullo de la gente caminando. La libertad le venía grande; los años encerrada entre paredes opresivas, ilusiones muertas, voluntades extremas, aún la tenían atada. Se mareó. Respiraba un aire demasiado puro. Ahora debía esperar a que la recogieran. “Doña Elvira vendrá por ti. Es una santa mujer que se encarga de las que salís. Que no me llegue ni una queja. No he de decirte lo que pasaría, ¿verdad?”; “No, señora. No daré motivos”. La directora la miró de arriba a abajo y suspirando le pidió que cerrara la puerta al salir; vio su espalda por última vez y antes de oír los pasos alejarse, la había olvidado.

Isabel, en su balcón, se ahogaba con la brisa igual que aquella vez; también salía de un encierro prolongado: su propia mentira.

“¿Cómo ha ido?”, Elena intentó que la frase sonara cercana, para nada inquisitiva. Sara no estaba para matices, los ojos rojos con los que la miró contestaron. “Tranquila. Todo irá bien”, aventuró una caricia en su brazo. “Gracias, se me pasará, es que..., los niños..., yo...”, fue hacia el cuarto sin acabar ninguna de las frases. Se echó sobre la cama, desesperada; contarle al marido lo que todavía revivía a cada palabra, a cada imagen, en cada sueño, contenerse para evitar hundirse ante él, la había dejado exhausta. “Te previne contra mi madre”; “No, no hagas eso, no me culpes más de lo que me culpo. Era su abuela, lo único que teníamos mínimamente como escudo ante ese caos de favores y miedos, en ese juego de poderes. No tienes ni idea de lo que es estar ahí fuera, sola, con dos niños, sin protección, lo poco que dan de sí las cartillas. No lo sabes, y no tienes por qué; yo no sé qué es estar aquí, solo, amenazado, sin noticias nuestras, escuchando las ejecuciones cada madrugada. No sabemos, pero no hemos de reprocharnos no saber. Tan solo procurar comprender lo que no vivimos. Por dios, que si no dejamos atrás lo que ya no es, no sobreviviremos ni a la vida, ni a nosotros”.

La entrevista terminó porque el tiempo no se detuvo, se dejaron de contar con palabras lo que intentaron con miradas, y esos

segundos, mientras los apartaban, se llenaron de ellas. “Qué me haya comprendido, qué sepa lo mucho que me duele todo menos estar aquí, con él”; “Qué entienda que sé que lleva la razón; lo venenoso ha de quedar fuera del futuro”.

Ahora lloraban los dos. Ella sobre la colcha, él hacia adentro.

Andrés encendió la vela de nuevo.

Se acercó a lo que antes fue un hombre; intentó vencer el miedo, procurando que las sombras ya de por sí siniestras que proyectaba la vela, no le asustaran más de lo que estaba ante la presencia de ese ser medio descarnado, medio vestido, completamente fuera de la vida. “¿Eres tú su secreto?”, alrededor del muerto había botes de conservas, un abrelatas, papeles arrugados, botellas vacías, cabos de vela y dos libros. “Seguro que Luís te trajo esto, se hizo cargo de ti, como de una mascota salvaje”.

Recordó cuando él y su hermana iban al nido cada mañana a darle gusanitos al pájaro que salió del huevo. Era emocionante pensar en él, sentirse útil, saber que te estaba esperando. O eso pensaba de chico. “¿Verdad que nos reconoce?”, Isabel le miraba, y asentía. A pesar de saberlo un cuco no dejó de alimentarle, lo trató como si fuese inocente de la destrucción de los huevos hermanos, así se libraba ella también de la culpa. “Sí, seguro que nos conoce”. El niño vibraba con cada gusano, cada miga de pan robada a su escasa rebanada diaria.

“Seguro que Luís dejó de comer muchas veces por ti”. Ahora que había descubierto el tesoro, tenía la necesidad de conocer todos los detalles de la muerte del niño. “Algo sucedió contigo que lo mató y lo voy a descubrir. Quizá es eso lo que me exige la cara de madera; Luís era su amigo, por eso me ha indicado el camino hacia ti”, se agachó para observar mejor cada objeto esparcido.

Lina fue a vestirse para ir al cementerio. O lo intentó. Asomada al armario, pasaba fila a las prendas tratando de elegir. Ninguna le gustaba: las oscuras por un luto que ya no quería llevar; las claras por una alegría que aún no sentía; las cotidianas por aburridas; las festivas por lo obvio.

Cuando se sintió al borde de las lágrimas, quiso dominarse sentándose en la cama; apartó las inquietudes con la lógica: “No he de ser débil, estúpida, irracional. Por dios que solo es ropa”, y

levantándose con brusquedad, agarró lo primero que encontró y sin mirarse, se la puso. Salió del dormitorio con una decisión en las pisadas que su marido, desacostumbrado a ese taconeo firme, escuchó alterado desde el despacho. Sentado ante los papeles del trabajo disimulaba su turbación leyendo, aunque lo único que lograban los ojos era pasearse por las palabras sin entender ni una. La mente se afanaba en no pensar, no reaccionar, no imaginar por lo que su mujer estaría pasando. Apartó las hojas sin sentido, y tenso, la sintió acercarse. Se abrió la puerta con la misma decisión que los pasos; una Lina rotunda le dijo que cuando quisiera, que ella ya estaba lista. Apartó el informe, se levantó y procuró dar normalidad a lo extraordinario: “Cojo el abrigo y nos vamos”.

María los observó irse desde la ventana de la cocina, escondida tras la cortina, sin atreverse a precipitar conclusiones.

-Lo que nos faltaba-, la directora lo comprobó en la agenda de nuevo.

-¿Qué pasa?

-Pues que es mañana cuando llega la comisión de las Señoras.

-¿Seguro?

-¿No te lo estoy diciendo? Mañana mismo. Lo había olvidado por completo. A ver cómo hacemos para que no se enteren de lo del niño ese.

-¿Miguel?

-No sé, ese; el que se ahorcó.

-Miguel.

-Como se llamase, ¿qué más da? Lo importante es que no metan sus narices en esto-. Calló unos segundos para situarse-. A ver, que a mí se me haya pasado no implica nada, ¿sabe quienes son las responsables de atender la visita?

-Las hago venir enseguida, Madre Directora, habrán hecho lo necesario, no se apure.

-Vaya a comprobarlo y dígales que lo prioritario esta vez es que no se enteren de lo sucedido.

-Sí, Madre Directora..., ¿les digo que vengan o no?

Los titubeos de su subalterna le irritaron; “Váyase, no se esté ahí quieta como un pasmarote”. La monja salió del despacho llorosa, como cada vez que le tocaba presentarse ante ella.

“Isabel, ¿estás dormida?”; “No, tranquila, ¿qué pasa?” Silencio.

Isabel se recostó apoyándose sobre los codos, esperando, apartando el sueño de golpe: era el momento de las confidencias; sabía reconocerlo, inconfundible en los preámbulos. Era este. Le iba a narrar lo que la haría libre. O a eso se aferraba. Al rato volvió a preguntarle; "¿Puedo contarte algo?"; "Lo que necesites". Ahora Isabel atenta, con sus sentidos alerta, se metió de lleno en su segunda faceta, ya no podía ser la amiga comprensiva; no lo soportaría. Había de ser esa joven fría que memorizaba cada palabra, fecha, nombre, cita, antecedentes. No debía permitirse palabras falsas de apoyo, de empatía, porque si no, se juntarían las dos partes: la amiga y la enemiga. No sabría salir de ahí. Su voz menos emocional, sus palabras sin calor, secas, le pasaron desapercibidas a la víctima porque tenía bastante atendiendo a su propia presión, a la necesidad imperiosa de compartir con alguien lo que le quemaba. Aún así, Isabel, cuando notaba su crudeza, añadía fórmulas más emotiva. "Sigue, preciosa. No pasa nada. Te escucho".

Y la escuchaba con tanta intensidad, que le dolía.

"Ya está hecho, Señora"; "Bien, retírate".

La viuda de Méndez había estado pendiente toda la tarde de lo que iba a sucederles a esos niños a los que jamás quiso reconocer como nietos, a los que nunca trató, ya no como hijos de su hijo, sino como criaturas.

Cuando venían procuraba no mirarles a los ojos, para no reconocer en esas formas almendradas los suyos propios, los que heredó su hijo, evitando fijarse en la expresión del pequeño al reírse, que era talmente la del padre de chico, su primogénito, su único descendiente: qué feliz le hacía verle reír, estar a su lado mientras jugaba tan serio con sus juguetes, hasta que por algo que solo él sabía, sonreía, iluminando su carita con ese pensamiento privado que no compartía cuando ella, su madre, le preguntaba suavemente por qué brillaba. "Cosas mías, madre", y ella le acariciaba el pelo, sedoso, igual que el de ese niño al que se negaba a querer porque era igual que el suyo; el que se fue dando un portazo haciendo temblar cada rincón de la casa, de los preceptos, del alma de quien se quedó dentro, destrozada por la ingratitud, los celos, la incomprensión. Devastada pero no vencida. El odio rellenó el hueco que dejó vacante la pérdida de lo que más

quiso. Y lo llenó a conciencia.

Isabel cogió su bolso para encontrar la servilleta arrugada escrita por su hermano, la que tuvo intención de tirar durante el camino a casa, la que le quemaba sabiéndolo entre sus cosas, la que al final no arrojó ni a las papeleras que fue encontrándose en la calle ni a la de su cocina. La dejó, pretendiendo haberla olvidado.

Al desdoblarla para leer la dirección y el teléfono, dudó en si llamar o ir. Lo inmediato sería llamar; no estaba preparada para algo tan inminente; descolgar, marcar y oírle. Necesitaba más tiempo. "¿Más aún?", se dijo irónica. "Más", contestándose al mismo tiempo que preguntándose, fue a vestirse con la voluntad fijada.

Salió de casa; sin conocer muy bien dónde estaba la calle que buscaba, echó a andar hacía la zona de la ciudad en la que la supuso. "Ya preguntaré por el camino"; no quiso mirar mapas donde se solía perder más que encontrar; esas líneas, dibujos y símbolos no le decían nada, más bien la acobardaban: la ciudad desplegada ante ella le abrumaba. "Ya preguntaré", sin prisas, se dejó llevar por sus pies a los que guiaba el pasado.

"Señor, ¿está bien?". Luís, tras haberse dado un susto de muerte al acercarse a lo que le pareció un montón de ropa y comprobar que era un hombre, se repuso y educadamente le preguntó por su salud. La camisa, teñida de rojo, los pantalones rotos, el cuerpo inerte dejaron de atemorizarle; su curiosidad era mayor que el miedo.

"¿Está bien?", repitió. El hombre le hizo un gesto para que se acercara, la voz no le llegaba. El niño dudó; el instinto de conservación le dictaba irse, las historias escuchadas de gentes echadas al monte, le empujaban. Cuánto le gustaba oírlas; atento a ellas en las plazas, en boca de las mujeres; le era imposible impedir unos escalofríos nacidos del sentimiento agridulce de la envidia y la prevención. Luego las constataba con María. "Entonces, ¿para qué están ahí?"; "Bueno, eso depende"; "¿De qué?"; "De quien te conteste"; "Pues contéstame tú"; "Yo no soy quien, pregunta a tu padre"; "Él dice que son asesinos y ladrones, que se dedican a matar y hacer daño a la gente de bien, que parece mentira, con la que se montó, aún tengan ganas de hacer frente"; "Ya lo tienes entonces; ¿para qué me preguntas?" Luís miraba al suelo y comentaba que también había escuchado lo contrario, que muchas

mujeres del pueblo los trataban de héroes. “Pero bueno, ¿cuándo has escuchado eso?”; “Cuando estábamos en la cola del pan, o en el mercado o cuando me dejas jugando en la placeta, ahí lo oigo. Las mujeres los admiran”; “Cada uno tiene su propia opinión de todo”; “Lo sé, por eso te pregunto a ti la tuya”; “Pues mi opinión me la guardo, has de saber que no es correcto ir preguntando a la gente sin más estas cosas: es peligroso”; “Ya”. El niño intuyó que María también los admiraba, que no quería decirlo porque era evidente que su padre no lo hacía. Levantó la vista del suelo, donde la situaba en las riñas, le pidió perdón por preguntar y añadió si podía ayudarla en algo. Nunca le fallaba. “Pues ahora que lo dices, ve mezclando esto”; en silencio supieron que se habían comprendido.

“¿Está herido, señor?”, se acercó con sumo cuidado para entender lo que le contestaba, sin haberse aclarado aún en si le temía o todo lo contrario.

“Sara”; “¿Diga?”; “Te he encontrado un trabajo en casa de doña Mercedes, es para coser y lavar”. La mujer le agradeció muy de veras el esfuerzo a Engracia que le había procurado un empleo del que vivir; sus escasos ahorros no debían ser la causa de abusar de la amabilidad que tuvieron de prestarle cobijo. Ella quería pagar por la habitación, colaborar en la casa. Además estaba lo de llevarle comida a Antonio, o lo que le mejorase la vida ahí dentro. “Gracias, claro que me viene bien, me viene bien lo que sea”; “Ay, hija, lo que sea, no, solo lo que se pueda”, sin entenderla muy bien, asintió. “¿Cuándo empiezo?”; “Esta tarde has de ir para que te den el visto bueno, y si te aceptan, seguro que ya mismo; anda arréglate y da buena impresión, que es lo que cuenta”.

“Pasen por aquí, señoras”, sor María Inmaculada estaba encantada con la visita mensual de las Señoras. Siempre ajena a la realidad, inmersa en ese mundo de normas fáciles, rezos que marcan las horas, o la revés, horas acotadas por las oraciones, sacrificios cómodos y rodeada de niños: era feliz. No intentaba traspasar esa capa de convicciones y ritos; desde niña se acomodó a ellos.

Su madre estaba orgullosísima de su pequeña, tan dócil y suave; un ejemplo para las compañeras de clase; un encanto para llevársela de visita; siempre quedaba bien, todo elogios. “Pues no te

quejarás; qué suerte de hija; miradla, es así como me imagino que fue la Santa Madre de chica"; "Ay, qué encanto de criatura". Las dos, madre e hija, se reforzaban con esas frases dichas en su presencia; procuraban merecerlas aún más en la siguiente visita. La niña se superaba en atenciones y halagos a la dueña de la casa de turno, la madre le achacaba bondades y méritos a cada sorbo de esos cafés.

Lo que ignoraban es que una vez cerrada la puerta tras sus espaldas, las que seguían merendando, se lanzaban a criticarlas sin piedad: "Pero habrase visto niña más insulsa; ya te digo; la verdad es que la madre tiene delito, no la deja ni respirar; ¿os habéis fijado lo cursi que viste a la criatura?; Además, ¿de verdad se cree que nos tragamos las "perfecciones" de la niña? Por dios, que no hay cría más repelente". Reían bajito, masticando celos, o despechos o simplemente dejándose llevar por los comentarios cáusticos. Pero ellas, animadas por sonrisas y adulaciones, sin querer ver lo ridículas que eran con tanta corrección almibarada, exagerada hasta lo grotesco, perseveraban en recorrer el camino de la perfección.

La niña aterrada de la vida más allá de esas normas, ni la quiso pisar, y cuando un chico se fijó en ella, hasta el punto de lograr derribar todos los obstáculos puestos por la madre y acatadas por la hija, acercándosela una mañana en los escasos minutos en los que estaba sola, porque la tutora entraba en el confesionario, declarándole que le gustaría verla, ella le miró como si fuese el diablo en persona; no por hablarle de amor a las puertas de la iglesia, sino porque le pareció agradable, guapo y se sintió muy extraña por dentro, como si algo cálido pero desazonador, la invadiera.

Se asustó tanto de estar viva que dio la espalda a todo, sin atreverse a intentar la imperfección y el error. Fue a esconderse a su cuarto, creyéndose segura, hasta que le llegó una carta del que todavía no la daba por perdida; leyéndola turbada, decidió esconderse aún más: eligió el convento.

Ahora rodeada de niños a los que no comprende ni quiere, está feliz acompañando a esas señoras tan parecidas a aquellas que la halagaban delante y se burlaban detrás. "Pasen, pasen, les voy a mostrar lo que han hecho en el taller los más pequeños", las

mujeres se paseaban por esos trozos de madera expuestos sobre las mesas a los que no hacían ni caso, mirándose entre ellas con complicidad, al borde de la risa, cada vez que sor María Inmaculada se excedía abandonándose al empalago.

"Mauro, ¿qué le ha pasado a Miguel?"; "Que ya no está, Andresito"; "¿Lo han venido a buscar unos papás?", era muy chico todavía, cómo decirle que se lo llevó la muerte, cómo contarle que él la llamó. "Verás, no, no se ha ido de esa manera"; "¿Se fue como los demás?"; "No sé, ¿cómo se fueron?"; "Para no volver"; "Pues sí, creo que así se ha ido"; "Ya, ¿tú crees que mi hermana y mi madre se han ido también?"; "Bueno, no lo sé, claro. Pero como no lo sé ni tengo modo de saberlo, pensemos que no, que volverán a por ti"; "¿Y si te equivocas?"; "Andrés, no se han ido como Miguel, eso te lo garantizo".

La sonrisa del pequeño iluminó la mirada que se había ido oscureciendo a medida que se adentraba en la duda del fin de todo. Para qué ahondar en temas penosos y que el chiquillo sufriera más de lo que le tocaba; él no mentía; le parecía imposible que las dos se hubiesen quitado la vida; "No se han ido como Miguel. Ya verás, las encontrarás, volveréis a veros".

Andrés recordó el cariño con el que Mauro le protegió siempre. Descifró más que leyó el nombre de su madre en esa tumba sencilla. Apretó la bala del bolsillo. "Las encontré, amigo".

Seguir la pista y encontrar a la madre y la hermana le había llevado años. Con el padre le fue imposible: lo arrojaron a una fosa común. "Pero se conocerá el lugar, digo yo"; "Hombre, hay varias". Andrés dolido, irritado por la parsimonia y tedio del oficial de prisiones, se notaba perder la calma. Respiró hondo. "Bueno, pues infórmeme de todos los lugares en los que se les solía enterrar". Los ojos del funcionario miraron por encima de las gafas de leer; sin entusiasmo, enumeró varias zonas que anotó intentando no enfadarse con él, un testigo, y puede que algo más, de los horrores que se dieron en esa prisión; un hombre, que aún cuando dentro de unos años sea libre de contar lo que vio, no dirá nada, que procuró que le resbalase su día a día para mantenerse cuerdo. Hasta justo una semana antes de morir. En ella su familia lo creyó loco porque empezó a hablar y hablar y hablar, contando sucesos inconexos, nombrando personas a las que jamás hubo comentado antes,

pidiendo a gritos papel para escribir. El médico que lo atendía desde su enfermedad, sopesó qué era peor: el esfuerzo de mancharlo con palabras si se lo daban o la obsesión incumplida. “Denle lo que pide”. Una vez con los folios en las manos, el lápiz no iba lo suficientemente deprisa, sus recuerdos eran más rápidos y no había papel en el mundo suficiente para plasmarlos. “No me da tiempo, no me da tiempo”; habló y contó y se vació de lo que en treinta años le había llenado de espanto. Murió cuando todavía le quedaba mucho que desvelar, incluido lo que no le dijo a Andrés; dónde estaba su padre. Dónde estaban todos.

Andrés se prometió visitar cada una de esas posibles tumbas comunes anotadas. En todas dejaría palabras para el padre: en una de ellas, uno de sus muertos las comprendería.

“¿Sí, quién es?; “Soy Sara, la señora me espera, es por lo de coser”; “Ah, sí. Pase”, la criada le franqueó la entrada. “Entra aquí, enseguida viene”. Sara nerviosa, quería que le dieran el trabajo; se había traído una muestra de bordado en el bolso. En su pueblo la conocían, pero aquí... Mientras esperaba observó el cuarto en el que estaba; qué parecido al de su suegra: tapetes, adornos caros, fruslerías inútiles, vitrinas abarrotadas, tapicerías barrocas, muebles rotundos. Se preguntó por qué odiar el espacio vacío parecía ser el denominador común de la gente con mucho dinero.

“Buenas tardes”, la frase le sobresaltó, demasiado ensimismada en lo que recordaba viendo. “Buenas tardes, señora”. Sintió los ojos críticos sobre ella, sobre sus manos. Se rehízo; le mostró la muestra. “No tengo muchos trabajos aquí. Le traigo esto como modelo. También lavo y plancho”. La dueña de la casa, doña Mercedes, una mujer altiva que creía que esa actitud despreciativa, reñida con la amabilidad, era ser digna, le cogió el trozo de tela y lo examinó de cerca. Le gustó. Pero no quería que lo notase la mujer que se lo había dado; sería imprudente. “No está mal”; “Gracias, señora”; “¿Podrías coser aquí?”; “Donde usted prefiera”; “Es que me gustaría bordar un mantel, la tela es muy cara; ya sabe”. Sara, sin atender a las insinuaciones ofensivas del porqué, contestó que ella cosía donde dijera la señora. “Vente mañana y empiezas. Ha de estar acabado antes de una semana, cuando demos la cena de aniversario”, “Mañana mismo estoy aquí. Traeré todos los colores de hilos, los modelos de letras y motivos para que elija”; “Me parece

bien", se dio la vuelta dejándola sola. La criada vino al ratito para sacarla del salón donde quedó, dudando si irse sin más o esperar.

"¿Qué tal ha ido"; "Bien, Engracia; comienzo mañana"; "Cuánto me alegro, hija", la miró de soslayo, adivinando su abatimiento le recomendó que no se dejará hundir por gente como ella, que solo es dinero. "No son ellas las que nos pisan, somos nosotras quienes las despreciamos, recuérdalo"; "Pero se parece tanto a..."; "Déjalo. Anda, ayúdame con la comida".

"Acércate, muchacho, sin miedo". Luís, que de hecho se había aproximado lo suficiente para oírle, dio un paso más cerca hacia el hombre ensangrentado. "No te haré daño, no temas"; "¿Qué le ha pasado?"; "Siéntate, anda, me cansa mirarte tan arriba". El niño no era alto pero él estaba más cerca de estar tumbado que sentado; el cuerpo le dolía tanto que los ojos acusaban cada movimiento innecesario. "Gracias, así me es más fácil hablar, ¿tienes agua o comida?"; "No, señor, ya me comí la merienda"; "¿No te quedan ni unas migas?"; "Pues no; si quiere, puedo ir a casa y traerle algo"; "¿Harías eso por mí?"; "Claro, señor. Sé donde está el pan duro, el que no echan en falta, le traeré un poco"; "Por favor, también coge agua, te lo agradecería infinito"; "Sí, eso es aún más fácil, señor"; "¿Cómo te llamas, pequeño?"; "Luís"; "Yo me llamo Rodolfo pero me llaman Don, porque fui una temporada a la escuela, ¿sabes?"; "Ah, pues, ¿cómo le llamo?"; "Como mis camaradas: Don". Luís se sintió importante; ahora era uno de los amigos de ese hombre al que le adivinaba una historia grandiosa, heroica, de cuento.

Inmediatamente olvidó temerle al imponerle la categoría de héroe; protagonista de hazañas de guerra, de aventuras de piratas, y ya puestos, de todas las que había leído y escuchado: Y él, Luís, su colega, era ahora parte de ellas. El herido le advirtió, antes de que se fuera, que no contara a nadie que se habían visto, que le prometiera que jamás diría dónde lo encontró. "Lo prometo", el niño emocionado por la complicidad del secreto salió corriendo a por pan, agua y lo que encontrase, sintiéndose importante por primera vez en su vida.

"Ahora no te atreverás a lamentarte, ¿eh?", Antonio miró disgustado al compañero de celda "qué malapata de comentario", pensó sin más ganas de enzarzarse. Él otro, aburrido, insistió buscando camorra. "De que nadie te visite, a tener dos mujeres, es

un cambio. No te quejarás, no. Y la de cestas que te traen"; "Eres un bocazas, mi mujer es solo Sara, Elena es la viuda del Manuel. Se te debería caer la cara de vergüenza insinuado algo así"; "Pues sí que te ofendes rápido"; "Deja el tema"; "Solo quería animar"; "Sí, eso será"; "¿Vais a parar vosotros dos con eso?, los demás queremos descansar, si tiene dos visitantes, pues mejor para él y peor para ti. Callad de una vez". Lo hicieron.

Antonio se irritó consigo mismo sin entender su malestar, no comprendía por qué se ofendió antes, ¿qué más le daba lo que dijeran?, pero sí le afectaba. Los sentimientos que Elena le despertó, la alegría de la espera, le renovaron. Nunca se lo agradecería bastante. Cuando Sara la reemplazó, hubo de sopesarlos de nuevo; porque hasta que redescubrió a su mujer, visita a visita, no pudo impedir echar de menos a Elena. Le costó varias noches percibir el espejismo que sentía por una, del amor real por la otra. Esos días de confusión estaban demasiado recientes, por eso el enfado.

Lo que ignoraba era que su acercamiento hacia Elena, le dio el trocito de realidad con que cubrir su necesidad; la de sentirse eje de otra vida. De ahí no quiso moverse ni cuando él se situó; estaba mejor con la ilusión que con la verdad, así que aquí se quedó.

"Elena, ¿me harías un favor?"; "Dime, Sara"; "Estaré demasiado liada en casa de doña Mercedes, he de terminar a tiempo el bordado, me es imposible ir a verle este jueves, ¿te sería mucha molestia llevarle tú la cesta y una carta?"; "No, claro que no, tranquila. Acaba lo que tengas que terminar"; "Eres un cielo, gracias, ahora mismo le escribo". Elena, turbada por lo bien que se sintió al anticipar que lo vería de nuevo a solas, le contestó que no, que para nada, que era lo mínimo que podía hacer, mientras a la vez, se veía lejana, hipócrita, despreciable. Cómo luchó contra las emociones, dedicando la tarde a ocultárselas, justificárselas y negárselas en un ciclo inacabable.

"Buenos días"; "Buenas, disculpe, ¿está Andrés?"; "Pues no, salió hace un buen rato"; "¿Sabe cuándo volverá?"; "Supongo que a la noche, no sabría decirle". Isabel sintió que su insistencia la hacía parecer sospechosa, la patrona de la pensión donde se alojaba su hermano la sopesaba mirándola de arriba a abajo. Eso, o era de nuevo su eterna suspicacia, la que le quedó de por vida desde su

encarcelamiento; le era muy difícil racionalizar que no la espiaban ni perseguían; lo inmediato era sacar conclusiones precipitadas, poco tranquilizadoras, ante cualquier frase, mirada o gesto.

Suspiró. Le preguntó si había una cafetería cerca y hasta cuándo dejaba tener visitas. “Si son femeninas, hasta las seis”; la mujer la miró con intención. “Ah, no se preocupe por eso, somos familia”; la dueña de la pensión no cambió de actitud, “Ya, bueno, hasta las seis, y hay una cafetería en la calle de atrás”; “Muchas gracias, muy amable. Si le trajera una nota, ¿se la daría?”; “Sin problemas”; “Gracias, hasta luego”; “Vaya con Dios”, cerró la puerta cuando perdió de vista a Isabel en el recodo de las escaleras. “Sí, sí, familia dice, con esa ropa. Si el otro pobre no tiene ni dos mudas, familia. Ja”, se arremangó de nuevo y reanudó la faena. “Pues están listas esas que nos creen al resto que nos chupamos el dedo”.

Isabel había deambulado más que llegado a la pensión apuntada por su hermano; se dejó llevar por las calles, atrapar por los escaparates, sorprender por la nitidez del aire, de sus pensamientos, como si una lluvia fina los hubiera barrido, esparciendo ese ambiente fresco que deja la tormenta tras de sí; tonificada. Respiró hondo. Ni se había planteado que Andrés no estuviese.

Dio la vuelta a la manzana, se metió en la cafetería, volvió a respirar profundamente; un esfuerzo consciente para alejar sus temores persecutorios. Se situó en una mesa cara a la ventana, pidió un café con leche cuando se le acercó, amable, la camarera. Haciendo tiempo, sacó una libreta, un lápiz; colocándolos en fila sin abrirla ni anotar nada; se dedicó a contemplar cómo fluía la vida a través del cristal. “Señora, su café”; se sobresaltó olvidada de dónde estaba. “Perdone, póngalo aquí, gracias”; la joven se alejó y ella también, al menos con el pensamiento, abismándose en la taza de café.

Ir camino del cementerio con Lina a su lado le producía una desazón cercana a la inquietud. Conduciendo, la había estado observando por el rabillo del ojo; no tenía intención de hablar, pensó que lo mejor era acogerse al silencio, como si fuese lo más normal del mundo ir al camposanto, cuando no lo era. Notaba su inseguridad, sudaba a mares.

Su mujer atenta a nada, callada, tampoco se arriesgaba a comentar lo extraño que era estar ahí, en el coche, a su lado, yendo a ver la tumba de Luís, como si no hubiese pasado nada, como si fuese lo habitual. Joaquín aventuró una banalidad para dar naturalidad a esa situación tan rígida, sin recordar lo dicho al segundo siguiente, con lo que agradeció la falta de respuesta de Lina; le habría sido imposible continuar la conversación.

Sara se pasaba los días enteros cosiendo en la casa para acabar a tiempo la mantelería. Le estaba quedando muy bien, doña Mercedes admiraba el trabajo a su pesar, con lo que equilibraba la mirada aprobatoria con la sequedad de los comentarios. “No está mal, sigue”. Le dolía el cuerpo y los ojos por la de horas en la misma postura, y el estar fijándose en el mismo universo de tela, hilos, colores, iniciales y flores; qué reducido era todo, pero lo prefería; si advertía que los pensamientos se le iban de ahí, de esa eme o esa rosa, si le traían a sus hijos sonriéndola mientras terminaba de remendar aquel roto, o esa manga, y ella, cansada del día aunque tranquila de estar en casa, les animaba a que le contaran lo que les había sucedido, y Andrés se ponía nervioso queriendo decirlo todo de golpe, sin saber estructurar las horas, descolocando los sucesos, dejándolos sin sentido para quien no los vivió, emocionado con lo que fuera que le llamó la atención, con esa lengua de trapo y esos gestos de impaciencia cuando se le atascaba lo que quería comunicar. Y ella, la mayor, dejándole hacer, con una ternura más de madre que de hermana, alta, pálida, con esos ojos tristes, profundos que sabían tener paciencia, ver más allá de las cosas. Cuando era eso lo que le traían sus pensamientos, se pinchaba con la aguja, poquito para no sangrar sobre la tela, pero lo suficiente para alejarse de esa otra labor, de esa otra casa.

Entonces canalizaba todos los esfuerzos en ese mantel para veinte que quizá ninguno de los veinte sabría apreciar, aunque insistiera la anfitriona en que apreciasen esa flor, esos tonos, esas letras bordadas. “Pues sí, muy bonitos, Mercedes”; “A mí me bordaron uno hace unos meses que lució mucho”; “Ya me dirás quién te lo cosió”, y comerán sobre él, manchándolo con los vinos, pasteles y migas. Esos pensamientos tampoco ayudaban; ver lo negro de las cosas nunca ayuda. El dedo meñique acababa las

jornadas cubierto de pequeños pinchazos, que le escocían durante la noche, manteniendo en las heridas cada recuerdo reprimido.

"¿Qué estás buscando, Luís?"; el niño dijo "nada" a la vez que se daba la vuelta, cerraba el armarito y procuraba calmarse del susto que le había dado María. "¿Cómo que nada?, algo estarás buscando ahí dentro"; "No, nada, de verdad"; "¿Ah, sí?, pues enséñame la manos, venga", el pequeño, tranquilo porque no tenía nada se las mostró con un aplomo quizá exagerado. La mujer sospechó todavía más de que algo tramaba, pero se le escapó el tiro creyendo que lo que buscaba eran sus dulces. "Pues que sepas, caballerito, que las magdalenas no las encontrarás. Ya puedes buscar, ya, que no te las comerás antes de hora", se quedó tan contenta ella y tan relajado él. "Jo, María, ¿dónde están?"; la risa de la mujer se la llevó al piso de arriba que le tocaba hacer las camas.

Luís, entonces, volvió a abrir el armario del pan duro, agarró el trozo más pequeño, pero en vez de salir corriendo hacia el hombre, desaprovechó la luz de la tarde buscando las pastas; se había olvidado de que las horneó esa mañana y de lo buenas que están recién hechas. "Luego iré", se dijo mientras, picado por la curiosidad y la gula, registró cada armario, cajón y recoveco de la cocina anticipando su sabor. No las encontró. Con rabia y culpa se asomó por la ventana; demasiado tarde ya para salir. Lo atrasó para el día siguiente: llevaría el pan y encontraría los dulces. Guardó la barra dura en su sitio de nuevo, sintiéndose fatal por haber fracasado. "Quizá el hombre se muera de hambre y será mi culpa". Esa noche se la pasó con pesadillas.

"No creo que venga", el hombre herido, dolorido, hambriento, se riñó por haberse hecho la ilusión de que aquel niño le traería comida, y quién sabe qué más. "Soy un idiota, siempre lo he sido, si no, de qué estoy aquí así. De esta no salgo". Procuró dormirse, sabía que así, al menos, se protegía del hambre, del miedo, que aunque se filtrasen en sus sueños el horror, el frío, el pasado y cada rostro dejado atrás, eran delirios; los manejaba mejor que los recuerdos.

Echaba de menos la fiebre, ese estado de duermevela continuo, de alucinaciones que nublaban la realidad. Ahora que la herida mejoraba, la vida apartaba las defensas. "Eso soy: un idiota".

Durmió soñando que no lograba dormir.

Andrés se alejó del cementerio para acercarse a la estación de autobuses. Siempre le deprimían esos lugares de tránsito que huelen a gasolina, negros por el humo, de gentes tumbadas en el suelo por estar ocupados los asientos incómodos de piedra, aferrados a los equipajes; no sea que encima se los roben. Ese ambiente de esperar lo que jamás llega. La impaciencia de los pasajeros en tierra, caminando como enjaulados sin ir a ninguna parte mientras aguardan subirse a los vehículos que se supone les acercan, o alejan, de donde están. Ese ambiente de esperanzas truncadas, anhelos hechos de parches, el olor del miedo, los nervios tensos. No, no le gustaba.

Sentado en una esquina esperó, como todos, a su autobús. Para distraer el tiempo, comenzó a contarse uno de sus cuentos preferidos, como cuando niño. Se narra el que siempre empieza igual: un hombre pelirrojo se le acerca y radiante, le pregunta si le reconoce; “Soy Mauro, Andrés, soy yo, ¿no me recuerdas? Anda, mírame a los ojos”; se asoma a ellos con la esperanza de que lo sea: sin duda lo es, su amigo. En ese punto cambia la trama porque la conversación depende de las circunstancias que atraviese. Ahora se hablaban de sus muertos, de sus reencuentros con los vivos, enterándole con mucho detalle, de lo de su hermana, su madre, su padre aún sin hallar. Y sonreía. Un hombre sentado en el suelo de una estación sonriendo para sí.

Con el café frío, Isabel escribía la nota que dejaría a la casera, si Andrés no estaba esa segunda vez; las palabras se amontonaban en las hojas de la libreta, demasiado pequeñas y estrechas para contenerlas todas, desbocándose, no cabían ahí. Se desesperaba intentando meterlas dentro de los márgenes de esas hojas blancas insuficientes. Si hubiese podido las habría escrito en la mesa, en el suelo, en las paredes; la cafetería entera no era lo bastante grande: las letras saldrían a la calle, subirían por los muros porque las aceras se les quedarían chicas, la ciudad, la provincia, el mundo era incapaz de albergarlas.

Su mano cansada por el esfuerzo de procurar apresarlas, retenerlas antes de que se fueran para siempre atropelladas por las siguientes, se resentía, aflojaba la presión del lápiz sin que su dueña pudiera evitarlo, paraba, girando la muñeca, dándose un

descanso mientras las ideas no lo hacían; seguían imparables, inaprensibles, descontroladas.

Ella continuaba escribiendo lo escondido en el fondo de su conciencia durante tantos años sin pararse a leerlo, sin querer saber. Lo sacaba a la luz con los ojos cerrados, con cuidado de no intuirlo aunque fuera con el tacto. Lo desenterraba sin mirarlo.

Esto era para su hermano, no para ella.

La camarera se le acercó para preguntarle si quería algo más; tenía que hacerlo, órdenes de la casa: no se debe permitir a ningún cliente estar sin consumir demasiado tiempo en una mesa, aunque estuvieran las demás libres "No, gracias", contestó sin darse cuenta de que hablaba.

La joven no se atrevió a cumplir con lo obligado: que entonces debía irse. La concentración de esa mujer la tenía intrigada, desde que entró se fijó en ella, no solo por la falta de clientes a esas horas, sino por sus ropas, su mirada, su actitud en general. No era vecina del barrio, que entran en comandita o a esperarse unas a otras; a esta no le molestaba estar sola. Es más, parecía que le daba igual hasta estar.

La camarera se retiró de la mesa consultando el reloj; el dueño no solía pasarse a estas horas, y si entrase, no tendría forma de averiguar que la mujer estaba allí dentro con una sola consumición, más de tres horas. La siguió observando desde la barra.

Al día siguiente, Luís se dirigió a la cueva con el pan, una botella de agua, sus tostadas del desayuno, una camisa rota y una manta que no servía para nada; las cogió del armario donde colocaban indefinidamente lo que les daba pena tirar, "por si acaso".

La culpabilidad le dio el camino. "Si cuando llegue está muerto, habrá sido porque no llegué a tiempo ayer. Y encima no encontré dónde escondió las magdalenas". Para disimular en casa que iba cargado, había tenido la astucia de esconder las cosas en una bolsa que dejó detrás de la verja principal antes de irse; él salió limpio, quizá diciendo demasiadas veces que solo iba a jugar un rato por ahí cerquita, que enseguida regresaba. "Vale, cariño. Ven pronto que hoy papá llegará antes y no le gusta la comida fría"; "Claro, mami. Estoy aquí al lado, vengo ya mismo"; "De acuerdo", la mujer siguió preparando las verduras.

Andrés sacó la bala del bolsillo con reverencia para admirarla

con calma. No había sido disparada, sabía de su poder, la capacidad de destrucción. “¿Has visto algún muerto, tú?”; “No”; los niños tenían esas conversaciones en el patio, lo comentaban con naturalidad, sin aprensión, con la curiosidad natural de los críos para todo lo del mundo adulto. “Mi hermano sí ha visto”; “¿Ah, sí?”; “Sí. A mí no me dejaron mirar, mi tía me tapó los ojos con sus manos; aún recuerdo que olían a lejía.”; “¿Qué pasó?”; “Estábamos en el salón de casa, mi hermano Alfredo escribía en su cuaderno, a mí me encantaba que me diera una hoja de su bloc y me dejase sus pinturas para pintar. Me gusta mucho”; “A mí nada”; “Bueno, pues estábamos ahí cuando escuchamos gritos y un montón de ruido, mi hermano aseguró que eran tiros. Dejó de escribir y yo de pintar, mi tía salió de la cocina y nos indicó que no nos moviéramos, pero mi hermano se acercó a la ventana; los muertos se murieron justo debajo. “Eran cinco”, me comentó él más tarde, “quedaron como si se hubieran dejado caer sin más”. Yo quise asomarme también, pero mi tía fue más rápida conmigo que con mi hermano y me tapó los ojos, impidiéndome acercarme a la ventana. No los vi por su culpa. Le hice repetir a Alfredo una y otra vez cómo eran esos muertos.

“Yo no sé si he visto gente muerta”; “Eso se sabe, ¿cómo no lo vas a saber?”; “Porque a veces veía a personas muy quietas, descoloridas, sentadas o de pie, y parecían cadáveres, pero de repente se movían. Así que no sé si habían estado muertos un rato o si disimulaban estar vivos”; “Mira que eres raro, Andrés”; “Ya”. Y seguían jugando con lo que fuera en el patio.

Isabel esperó casi una hora a que viniera a por ella doña Elvira.

No se impacientó; estaba fuera de la cárcel, respirando ese aire tan puro que la mareaba. La bolsa que le dieron al salir contenía la ropa con la que entró, aunque no le venía. La cinta del pelo sí: la reconoció en cuando se la entregaron, era la suya sin duda; la miró como cuando te paras a ver lo que fue y ya no es: ese lazo que tanto le gustaba lucir atado a la coleta, ahora le dañaba: no era esa niña, no era quien tuvo que haber crecido de ella. Un escalofrío la obligó a enterrar la cinta bruscamente en la bolsa; evitó fijarse en las demás cosas que le devolvieron: todo al bolso, bien adentro; que no se escape la niña a quien pertenecían esas cosas, que no resurja de entre su conciencia. Murió y no se la ha de molestar.

Dejó de intentar no pensar, porque un coche paró ante ella. Desde el asiento de atrás, una mujer muy arreglada bajó la ventanilla; con su mano le indicó que se acercara. No salió. “¿Eres Isabel?”; “Sí, señora”; “Pues entra, anda. Y date prisa que hace frío”.

Subió la ventanilla mientras se abría la puerta. Entró y se sintió extraña. Jamás había estado en un coche particular; si hubiera subido la niña, se habría sentido feliz; habría mirado el paisaje correr, emborronarse desde el cristal, habría recordado el viaje en tranvía, apretado la mano del hermano, comentado lo bien que olía la tapicería, que se mareaba debido a lo pequeño del sitio, por no poder levantarse, por ese olor, que era de gasolina y no sabía reconocer..., pero no era la niña: era ella. Así que se sentó lo más digna que supo con la bolsa negra, fea, sobre su regazo; procuró dar buena impresión a doña Elvira. “Muchas gracias, señora, por venir a recogerme”; “En fin, es algo que alguien tiene que hacer; nosotras, las del comité, creemos en la redención”; “Muchas gracias”, repitió inexpresiva. “Sí, creemos firmemente en que vosotras, pobres almas descarriadas, habéis hecho una buena labor ahí dentro, que os habéis esforzado para enmendar vuestros errores ayudándonos al contarnos lo que las demás, esas desgraciadas irrecuperables, quieren perpetrar contra las gentes de bien”; “Sí, señora”, lejos de entender las palabras ampulosas que iba soltando, intuía que su actitud había de ser humilde. “Claro. Gracias a ti, fíjate, se pudo detener un atentado que iban a realizar. Los culpables ya han pagado, no te preocupes, hija mía. Has hecho bien”. Eso sí lo comprendió porque sabía dónde pagarían esos rebeldes la deuda y cómo: No quiso oír de nuevo en su imaginación los tiros que resonarían, ni cómo los nombrarían uno a uno para seguir a los soldados, ni la angustia pegajosa, tensa, que dejaría su ausencia, ni los lloros desesperados a los que se darían los que quedasen. No quería verlo más.

El paisaje mezclado, descolorido, le ayudaba a vaciarse de todo. “Bueno, llegaremos pronto a la casa, ya ahí, veremos dónde colocarte, ¿qué sabes hacer?”; “Lo que usted quiera que haga, señora”; “Vale, eso lo pone fácil”. Doña Elvira la examinó sin disimular. Le caía bien la joven, era bonita, humilde, había servido bien. Necesitaba mujeres leales para la causa. Igual ella podía ser

su tutelada. La tendría a prueba. Se arrebujó en el asiento; sentía esa intuición que según ella era infalible; esa chica sería algo más que una criada, bordadora, cocinera o lo que fuese donde las colocasen. Se la quedaría. “Entonces, dime, Isabel, ¿sabes escribir?”; “Sí, señora”; “Bien”. Seguro que se podría lograr algo de ella. Suspiró orgullosa de su propio juicio, los trámites para mantener la delación en secreto serían más rigurosos; nadie lo sabría; su mente ideó una historia triste, conmovedora, de pobre niña que sufrió los reveses de un destino errático que la condujo a las oscuras celdas donde jamás debería haber estado. Le gustó tanto su tapadera, que se emocionó con ella; unas lágrimas de compasión le velaron la visión momentáneamente; suspirando, se las secó. “Ay, qué hermosa es la vida, ¿verdad, Isabel?, cuánto le debemos”; no escuchó la respuesta de la joven, concentrada de nuevo en los detalles de su historia.

“¿Has visto a Elena?”; “No”; Sara contestó extrañada a Engracia porque no solía ser tan vehemente. “Pues vaya, ¿sabes dónde estará, o cuándo dijo de regresar?”; “Creo que fue a la plaza, ¿quiere que vaya a buscarla?”; “No, gracias, voy yo. O mejor no, ya vendrá ella”; “¿Qué ha ocurrido?”; “Ay, si es que se veía venir, mira que se lo dijimos, pero nada, ella erre que erre, se metió de cabeza en la boca del lobo. Y claro, pues acabó mal”. Sara dejó que se tranquilizara sin preguntar; ya se enteraría. La mujer alterada cogió un trapo y comenzó a quitar el polvo a los muebles, se movía deprisa, en vez de limpiarlos parecía pulirlos de la energía con que aplicaba el paño. Sara no comentó que ya estaban limpios. La dejó hacer, continuó con lo suyo. Iba contando los ayes que dejaba escapar, sabiendo que pronto tendría que añadir algo más. Así fue. “Se lo dijimos todas, mira que se lo dijimos. ¿Cómo es posible ser tan estúpida?”. Sara seguía callada, la dejaba hacer. “Es que si hubiese sido la primera vez que ocurre algo así, pues vale, ¡pero no!, esto sucede a cada minuto”. Volvió a pasar el trapo por la mesa a la que había limpiado dos veces. Se detuvo. “¿Tardará mucho más en regresar?”; “No creo, se fue hace un buen rato”; “Es que no quisiera que se enterara por otras de lo de Carmela”; “Claro”; “Eran íntimas, coincidían en la cárcel cada jueves, las dos con sus paquetes, con las ganas de hablar de sus hombres en esas esperas tan largas donde fueron haciéndose amigas. Y era buena gente, la

primera vez que la trajo aquí lo vi, pero también entendí que se guardaba un secreto, lo supe cuándo me contestó el tiempo que estaba su hombre encerrado: mucho, demasiado. Fue de los primeros apresados en los montes; de sus compañeros no quedaba ni uno; las sacas, ya sabes. La miré con intención, ella desvió sus ojos al suelo, unos preciosos, la verdad; “Sí, eso me anima con mi Manuel; igual a él también le permiten vivir”, comentó la pobre Elena, qué inocente; no entiende que los demás actúen distinto a lo que ella haría; no lo comprende. No quise decirle nada. Dios me libre, además solo era una intuición. No seré yo quien acuse a nadie sin pruebas, ni con ellas, porque al mirar de nuevo a Carmela, cuando Elena soltó semejante simpleza, recibí de ella una mirada llena de inteligencia amarga que me confirmó cómo mantenía vivo a su hombre. La chica tuvo la generosidad de animarla, “Igual lo dejan en paz”, se despidió al poco rato, “Me voy ya”; “Pero no, quédate un ratito más”; “No, gracias, en serio me he de ir”; la despedimos en la puerta; “Ya sabes dónde está tu casa, pásate siempre que quieras; nos vemos el jueves que viene”, Carmela me miró a mí, esperando que ratificara la invitación. Y lo hice. Claro que lo hice; no seré yo quien juzgue. Ella lo hacía por su hombre. “Ven cuando quieras”; Elena no comprendió por qué Carmela se echó a llorar de repente. “Muchas gracias a las dos”. Y mira, pasó lo que tenía que pasar: ahora me creerá. Ay, qué vida de perros”; Sara intuyendo vagamente lo que había sucedido, dejó que frotara la misma mesa por quinta vez.

“¿Tú a quién vienes a ver?”; el carcelero que preguntó a Carmela, la apartó del resto para hablarle. Ella se asustó mucho; no se le había pasado por alto que la observaba con demasiada insistencia en cada visita. Nunca llevaba nada prohibido pero sabía que eso daba igual; le habían contando tantas atrocidades sobre cómo trataban a los sospechosos de incumplir las normas, que solo la necesidad de ver a su marido, le ayudaba a pasar por ese trance que la aterraba. “Vengo a visitar a Pedro Garzal”; “Pasa por aquí”; “No llevo nada, se lo aseguro”; “A ver, ¿tú quieres verlo o no?”; “Sí, señor”; “Pues ven conmigo sin montar escándalos, ¿entendido?” Carmela, aterrorizada, se calló, le siguió sin rechistar a un cuartucho casi vacío: solo una mesa, dos sillas, y mucha humedad. Le ordenó sentarse mientras él se quedaba apoyado en la mesa.

No controlaba su cuerpo, que temblaba, ni comprendía lo que le decía. Intentaba anticiparse, protegerse del dolor de unos golpes que no llegaban: “Registre la cesta: no hay nada prohibido”; “Deja la cesta en paz y contéstame a lo que te he preguntado”. Ella lo miró con pavor: no había escuchado nada, qué iba a responder a eso. “¿Perdone?”; “Parecías más espabilada ahí fuera, menos mal que no es tu inteligencia lo que quiero”; se echó a reír con una risa cascada que le dio a Carmela la certeza de por qué la había traído ahí. Sus ojos fueron directos a la esquina más alejada del cuarto; atravesando las sombras de la habitación, distinguieron un jergón apoyado sobre la pared. El mundo se le cayó encima. “Dios mío, que esto no me esté pasando, por todos los santos, que esto no me esté pasando a mí ahora”; “Tú misma, pero sabes quién escribe las listas para la saca, ¿no?”; la miró con intención. “Si al final no vas a ser tan tonta como pareces”. Ella empezó a balancearse sobre sí misma sin darse cuenta, el pánico la tenía petrificada; no oía, ni veía, ni sentía. Solo se mecía. “Ya me dirás qué vas a hacer, pero deprisita que no dispongo de todo el día, no como otros que solo sirven para vaguear y molestar a la gente de orden”. Carmela lo vio sin verle y le contestó sin contestarle.

Luís entró en la cueva, despacito, tanto por miedo como por si estaba durmiendo quien aún le asustaba; sabía que los enfermos necesitan dormir mucho. Es con lo que le machaca su madre cuando tiene fiebre: deja ya de leer y de pintar, no te agotes; duerme, que te curarás antes. Recorrió el espacio angosto con sigilo. Cuando se acostumbró a la falta de luz lo distinguió. Estaba medio acostado. El niño atento, inmóvil, detuvo su aliento para detectar si él respiraba. Sin verlos, notó que los ojos del hombre le miraban. “Hola, chaval”; “Hola, señor, perdone, ayer no puede venir”; se precipitó a justificarse, agradecido a la oscuridad porque no delataría que había enrojecido; qué rabia le daba ese calor en la cara siempre que le pillaban en falta, como decía María riendo; “Es muy fácil descubrirte”, eso aún le subía más los colores. “Tranquilo, lo importante es que estás aquí, ¿has traído algo?”; “Claro, señor”, medio ofendido por la duda, medio orgulloso por su logro, le acercó la bolsa; “Tenga”. El hombre se abalanzó a abrirla.

Andrés se subió al autobús que le llevaría de nuevo a la ciudad sin interrumpir el diálogo con Mauro; el tiempo de espera se había

agilizado, desentumecido por las palabras inventadas. Se sentó al lado de la ventanilla; su mente iba más rápida si miraba fuera. Interrumpió unos minutos la conversación para situarse en la realidad, atender a los demás pasajeros. Cuando arrancó el vehículo, la reanudó. Quería, sobre todo, la opinión de su amigo sobre la reacción de la hermana, él le tranquilizaba, “Tienes que darle tiempo, eso ya lo sabías”; “Sí, claro.”; “Yo creo que lo que te preocupa no es lo que siente ella, sino lo que has experimentado tú al verla, lo que te confunde son tus emociones”; “Siempre comprendes lo que no alcanzo a entender, creo que tienes razón. Algo se me ha removido por dentro.”; “El haberte acercado a visitar a tu madre muerta, no sé, me da que has iniciado todas las jugadas emocionales a un tiempo, como para amortiguar el ruido en una solo”; “Ya”; “Y en realidad el resultado es más confusión. Cuando decidas asimilarlas una a una, te costará más”; “Ya”; Mauro se rió, “desde chico que contestas con ese monosílabo”. Andrés sonrío viendo su imagen superpuesta a los árboles, viendo, sin estar, a su amigo.

Lina y Joaquín salieron del coche, anduvieron hasta, que cerca de la puerta del cementerio, ralentizaron el paso; no estarían ni a diez metros pero como si fueran diez kilómetros; andaban sin lograr alcanzar la verja. Qué lejos. Una eternidad les costó traspasarla. En el umbral hubieron de pararse agotados: cruzar lo impensable no es fácil; traspasar la frontera entre los muertos y los que esperan morir, visitar el alma de los que más se quisieron siendo aún vivos, es casi imposible; muchos apenas consiguen un simulacro de visita. Solo si de verdad dejas unos minutos quien eres para acercarte a lo que serás logras atisbar sus presencias.

Los padres de Luís sí buscaban su espíritu para decirle adiós, para decirle hola. Para comprender por qué no existe un porqué de su ausencia.

Andrés pensó que lo mejor sería traerse todo lo que estaba en la cueva a casa. Con lo que comenzó a pensar dónde escondería lo que trajese y en qué bolsa lo transportaría. Lo segundo sería fácil, le pediría a María su cesta de mimbre, esa medio rota, aunque no tanto como para tirarla, “¿Para qué la quieres?”; “Es que así podré cargar más cosas de una sola vez”; “¿Qué cosas?”; “Las que me pidas”. La risa de ella siempre le animaba, franca, real, espontánea,

contagiosa. “Ya sabes, lavanda, romero, tomillo, me estoy haciendo un experto”; “Sí, es cierto, anda toma. Para ti.”

De regreso al cuarto ideó un lugar seguro, de fácil acceso; nada de mover la estantería. Allá donde mirase le parecía obvio, “aquí me lo van a encontrar enseguida. Bah, lo meteré en el baúl debajo de la ropa, no abultará demasiado. El asunto está en ir trayéndolo para investigarlo mejor, no tienen por qué venir a registrarme. Eso ya no pasa.”

Recordó inevitablemente la primera revisión del orfanato. Ajeno a esas inspecciones rutinarias en las que les requisaban sus cosas más apreciadas o les castigaban si las catalogaban de sospechosas. Nunca se sabía el cuándo de esos controles, así que los niños se ingeniaban cómo guardar sus pertenencias lo más eficazmente posible con escaso éxito; más tarde o más temprano se hacían con lo que más querían o les delataba: muñecos, piedras, caramelos, dibujos prohibidos. Te despojaban de aquello con lo que soñar. Cuando le arrebataron ese trozo de cristal de color inestable según lo movieses, añoró su casa donde le respetaban sus tesoros, los que iba encontrando en los paseos cuando la hermana le ayudaba a elegirlos de la caja especial y juntos repasaban sus cualidades. O su madre, que sin que se diera cuenta, registraba su cuarto, como en el orfanato, pero no para dejarle sin asidero emocional, sino para enternecerse con esa rama, con ese papel irisado, con cada objeto inútil y maravilloso que le iban describiendo la personalidad de su pequeño; los sopesaba emocionada, encontrando en ellos los sueños del hijo que le trasmitían unos escalofríos agridulces mientras comprobaba la inocencia de un niño, el suyo, que aún encontraba magia en los objetos más torpes.

“Lo meteré en el baúl hasta que me haga con un lugar mejor.” Con esa decisión se sintió seguro, sin saber que lo estaba por encontrarse a salvo él, no los objetos. Esa casa se iba convirtiendo en la suya de verdad. Cada día se sentía más parte de ella, menos extraño. Recordó vagamente que enterarse más sobre Luís fue una estratagema para afianzarse en la familia; el objetivo había cambiado radicalmente con el secreto: esa cueva se habían convertido en una aventura. Una real, no como las que se contaba desde siempre. Era real su vida, Lina, Joaquín, María, Luís. Sobre todo, empezaba a ser real él.

Salió con su cesta.

"¿No regresó?"; "No, señora, Andrés no está en casa"; "Le doy entonces esto para que se lo dé usted, ¿puedo?"; "Sí, señora. No tenga cuidado que yo se lo entrego"; "Gracias, dígale que tuve que irme, que me fue imposible esperarle más"; "Sí, ya le diré que su "hermana" estuvo aquí para verle", el tono de la casera era evidentemente cínico, Isabel ni lo detecto ni quiso detectarlo. "Gracias". Salió del patio para perderse de nuevo por las calles en dirección a casa. "Espero llegar antes que Roberto, no me apetece nada inventarme sobre la marcha dónde estuve, qué hice, cómo estoy." Tuvo suerte; no estaba. Pudo sentarse en el salón sin preocuparse de contenerse, de enmascarar su caos, sin cambiarse de ropa enseguida ni preguntar qué tal el día, cómo iban las cosas, qué quería cenar. La vida de repente se le cayó encima; el decorado se le desmontó. Esa era su rutina, una de la que comenzaba a renegar, la misma que encontró atractiva cuando se la presentaron. Cerró los ojos para abrirlos el día en el que su benefactora, doña Elvira, le comentó que la quería cerca, que fuese su secretaria; qué orgullosa se sintió de haber logrado su confianza, la que le costó una sumisión completa, liviana si la comparaba con la de la cárcel. Abandonó ideas propias, cuentos y recuerdos; los hubo de esconder en la celda y mantenerlos presos en libertad. Intuía que sería mejor para ella.

Abrió los ojos de nuevo, el salón desenfocado por la realidad le obligó a retrotraerse. "Isabel, ven un momento; te presento a Roberto, uno de nuestros abogados"; "Encantada", ese primer encuentro, apadrinado por Elvira, lo supo aprovechar; la sonrisa más encantadora, los gestos correctos, las preguntas a tiempo. Supo qué hacer. Quien sería su marido comenzó a frecuentar el despacho.

Ahora la casa, la vida impostada que eligió, el pasado expuesto en la cafetería, que por mucho que evitó mirar supo que había visto, se le caían encima. Sentía a Isabel luchando por resurgir de esa Isabel impuesta. "Menos mal que Roberto no ha llegado todavía", empuñada a esas palabras, sin saber qué más decirse, esperaba.

Andrés acostumbrado al muerto, se decidió a hablarle; le contó que Luís ya no estaba, le preguntó si sabía cómo murió. "Verás, no me atrevo a averiguarlo de María. Creo que fue un accidente". Lo

miró de frente, a las cuencas vacías. “Porque no lo matarías, ¿verdad?” Negó con la cabeza. “No, tú no lo hiciste. Erais amigos, seguro. Aunque quizá sí conoces lo que sucedió. O igual no. Puede que la muerte de Luís fuese lo que te mató a ti: sin él no tenías ni comida ni compañía, jamás supiste por qué no regresó contigo, es posible que hasta te enfadaras con él para luego arrepentirte y preocuparte, ¿no?, incapaz de ir a buscarle, atrapado aquí. Qué mal te lo debes haber pasado con esas dudas, ese miedo. Qué solo”. Lo dijo con la complicidad del que sabe de lo que habla.

Su imaginación, siempre protectora se le disparó, imaginó cientos de finales y comienzos para esa amistad de dos muertos antes de morir. Le cogió la mano, acariciando los dedos descarnados, cuando le informó de que Luís murió.

Mirando más allá de esa calavera hueca, le contó también su propia vida, sus idas y venidas, anhelos, proyectos. Abandonó el interés por la amistad entre ellos para instalarse en la confianza de un nosotros; ahora era su secreto, su confidente. “Eres como mi gato, el de la otra casa, siempre atento”.

Iba por un camino peligroso, obsesionado por visitar a su muerto, ensimismando y callado. María lo detectó. “Estos días estás de un serio, dime, ¿te pasa algo, pequeño?”; “No, nada, ¿por qué lo preguntas?”; “Antes me contabas lo que sucedía en el orfanato, cómo fueron tus otras casas. Ahora no sueltas prenda”. Era cierto, sus recuerdos los reservaba para su nuevo confidente sin quedar ninguno para nadie más. La mujer preocupada, se prometió vigilarlo, “uno se me fue por ignorar mi intuición. No sucederá de nuevo. No si depende de mí”.

Andrés intuyendo que sería bueno retomar el hilo de la amistad con María, aún sin muchas ganas, sacó el tema de Gato, de cómo le consolaba, los secretos que se contaban. Lo que lejos de tranquilizarla, le reafirmó que algo pasaba.

Sara vivía angustiada. En cada visita al marido se despedía como si fuese la última; las sacas eran más frecuentes tras un parón sospechoso que los presos recibieron alarmados. “Ya verás, ya. Si ahora no nos matan. Luego será peor, no lo dudéis”; “Esto siempre da mala espina, vete tú a saber qué estará pasando”, pocos lo tomaban por bueno. Entre ellos se filtraban las noticias que jamás deberían haberles llegado; para eso estaba la censura de

cartas, las prohibiciones irracionales, las visitas restringidas y los registros sistemáticos; todo ese celo aberrante enfocado a aislaros aún más del mundo, enterrándoles más allá de los muros de sus celdas. Pero la represión tiene resquicios, roturas creadas por la voluntad, por dónde se colaba lo que sucedía afuera. Con lo que iban receptando, construían el mundo, uno donde era inevitable trazar, por pura desesperación, acontecimientos imposibles, movimientos militares inviables, libertades utópicas, reconocimientos ilusorios. Uno que les desilusionaba día a día, empeñado en seguir las normas frustrantes de la realidad; la que no sabe de sueños ni posibilidades, la que les despierta de madrugada con una lista de nombres, detonaciones, trabajo extenuante inútil, carencias de todo tipo. La que van sobreviviendo.

Sara se esperaba, alegre, a verle salir de la sala de visitas: las lágrimas para cuando saliera, las dudas para luego. “Hasta el próximo día, cariño, ¿te abriga bien la bufanda?, ¿necesitas algo más?”

Una vez fuera, las mujeres se esperan unas a otras espontáneamente, para hablar de todo y de nada, dando razón de sus rutinas, pidiéndose y haciéndose favores mínimos, vitales; “toma, te he escrito la receta que me pediste”; “Sí, este bordado lo sé hacer, ya te lo enseño”; “pues claro que te cuido a tu niño este sábado”; “No, lo siento, de eso no tengo”. Entre todas procuraban un espejismo de normalidad. Se deshacía el grupo tal como se hacía; sin premeditación.

La acera que enfrentaba la cárcel se quedaba sola, vacía, llena de la energía obstinada de esas mujeres que parpadeaban para soportar la luz de lo evidente, que atravesaban la semana como podían hasta que las horas las traían a ese punto de reunión de nuevo, buscándose con la mirada, aliviadas de verse, porque una ausencia entre ellas era la simetría de una pérdida entre ellos.

Joaquín, conducía callado en el camino de regreso a casa, se sorprendió al escuchar a Lina, que con voz temblorosa pero firme, le pidió que la llevara a la ciudad. “¿Ahora?”; “¿Hay algún problema?”; “No, no, claro que no, solo que me extraña, ¿para que quieres ir?”; “Porque quiero ir, no tiene que haber siempre una razón, ¿o sí?”. El hombre negó con la cabeza. Cuando le fue posible cambió la dirección. El silencio continuaba tenso,

insoportable.

Realmente Lina desconocía el porqué de ese capricho espontáneo. Lo que sí sabía es que a casa no quería regresar; demasiadas lápidas. Demasiada desolación en una, donde estaba su pequeño para la eternidad. Apartaba de sus ojos lo que ya no tenía delante con un gesto brusco, inútil; la tumba regresaba con una nitidez mayor, absoluta, más real incluso que cuando estuvo ante ella. La pensaba recordando el más mínimo detalle con una claridad hiperrealista: esa mancha de tierra; las cavidades de las palabras gravadas más oscurecidas; las vetas del mármol de diferentes blancos; las flores frescas; las secas; la grava crujiente cercana; esa araña que corría a lo largo de la grieta.

"¿Queda mucho?"; "No, tranquila, en unos diez minutos estamos, ¿dónde quieres que aparquemos?, las tiendas estarán cerradas, ¿nos tomamos algo?, ¿un café a dónde solíamos ir?", las preguntas le salieron desordenadas, nerviosas, sin sentido; nacidas para tapar los huecos del silencio, para eludir las palabras que sentía querían escaparse; aquellas que antes había esperado, necesitado; las que ahora, al adivinarlas agazapadas cerca, temía. "Por favor, que se las guarde unos días más", se sorprendió evadiéndolas, "por favor, hoy no. No en este momento"; lo que hubiera dado por compartirlas, lo que daría por retrasarlas. Se sintió anulado, cobarde; no le gustó; algo se le desencajó por dentro; la compuerta, cansada de contenerlas, cedía.

"Me apetece andar, vamos al paseo de la avenida"; "Vale". Si caminaban sería más fácil mantenerlas a raya, en silencio, inconsciente de su rebelión interna.

Qué equivocado.

"María"; "¿Sí?"; "¿te puedo preguntar lo que no debería?", la mujer que se esperaba esto desde hace días, le dedicó la sonrisa más tranquilizadora que supo para transmitirle confianza; "Que no se guarde nada, que no haga como Luís, como yo, cuando la tensión con mi madre era tal, que me mantenía callada, o mentía".

Andrés se lo preguntó bajito, como si la casa atenta, le escuchara; espiándole para chivarlo a los dueños; "dice lo que no debe ni le importa", se encomendó a los ojos de madera; ellos la silenciarían porque los sabía expectantes ante la pregunta.

"¿Cómo murió Luís?"

No le pilló desprevenida; era una de las posibilidades que barajó; quién no estaría atormentado por un fantasma al que se debía reemplazar. Entendía la necesidad de exorcizarlo, donde el primer paso sería saber de su muerte.

Lo que sí le cogió de sorpresa fueron sus propias emociones al recordarlo. Pobre criatura. Mientras le contaba que lo encontraron muerto dentro del pozo cerca de los nuevos terrenos, roto, la voz se le quebraba; lo veía sentadito, discreto como era, con esos ojazos limpios, esa expresión asombrada, la ilusión de levantarse cada día intacta. Estaba delante de ella, mirándola. Se secó los ojos húmedos, parpadeó para limpiarlo de la retina, para ver a Andrés, no a él, y ocurrió algo extraño: Luís no desapareció, tan solo se apartó, dejó de solaparse con el otro para colocarse a su lado. Los dos niños, uno como sombra del otro, la escuchaban atentos. "¿Cómo lo encontraron?"; "¿Cómo me encontraron?", dijo el eco infantil. María reaccionó; no era un espejismo del recuerdo: era real. Luís no supo cómo murió: solo lo hizo. Estaba perdido, sin entender que la vida le abandonó. Se alegró de volver a verle, quizá podría enmendar su error, preguntarle qué le pasó, por qué cambió tanto, por qué murió.

Ahí estaban los tres, queriendo averiguar qué le sucedió al que había dejado de ser, al que necesitaba irse porque se había ido sin saberlo.

"¿Y Elena?"; "Aún está en su cuarto". Sara y Engracia se lo preguntaban a cada rato, pendientes. Pero no salía. "¿Cuánto hace que está encerrada?"; "toda la mañana, ni ha probado bocado"; "¿Crees que deberíamos entrar, no sé, con cualquier excusa?"; "lo mejor es dejarla en paz hasta que decida salir. En todo caso, esperemos a mañana".

Elena seguía tumbada en la cama, tapada con un revuelto de colcha porque sintió frío, sin ganas de meterse dentro, sin fuerzas para cambiarse de ropa, de postura. La noticia de lo de Carmela le atormentaba, le dolía que no se lo hubiera contando; esa falta de confianza, ese temor al rechazo, pero lo que le amargaba era que Carmela, conociendo un método para que el nombre de su hombre se excluyese de las listas mortales, se lo guardara para ella. Había un modo para retrasar la muerte y ella lo usaba sin comentárselo, sin parpadear siquiera. Ráfagas de odio se le mezclaban entre la

pena, el dolor, la muerte y la imposibilidad de lo posible porque no había nada que hacer. Ya había sucedido. Gritaba hasta calmarse, sollozando cuando acallaba el grito atrapado, contenido, para no asustar a las demás que las sabía atentas.

¿Qué se puede hacer cuándo no hay nada que hacer?

"Hola, pequeño, ¿no has visto a nadie hoy tampoco?"; "No, Don, a nadie, siempre me lo preguntas", Luís ofendido por la falta de confianza le contestó airado. "No te enfades, hombre. No es que no me fíe de ti, es que ellos saben cómo moverse". El niño se acogió a la excusa porque la emoción de lo que le traía superaba la ofensa; "Mira", le acercó la cesta. "Oh", el hombre herido sabía que debía asombrarse de lo que iba sacando: un pan, un barullo de ropa blanca y un envoltorio torpe de forma rectangular. "Es para ti"; "Gracias", hizo un esfuerzo para no devorar el pan antes de abrir el regalo. "Ah. Un libro", lo miró del derecho y del revés, lo tocó con mimo, casi asustado lo abrió. "Qué bonito, gracias, chaval"; "Es mi favorito, así cuando estés solo, no lo estarás tanto". Le pasó los dedos por la página abierta; se pararon en la ilustración del final. Sus ojos se detuvieron ahí, abrumados por esos signos incomprensibles negros que nunca dominó. No sabía leer, no le dio tiempo en sus pocos meses sentado en el aula. Don Gregorio era buena gente, no quiso que su padre se lo llevara para trabajar al campo, se ofreció a darle clases en su casa después de la jornada, "gratis, no se preocupe"; "No, no, estará demasiado cansado". El profesor insistió hasta que reconoció ese gesto sombrío en muchos padres cuando le venían a quitar a sus alumnos: el de los amenazados por el miedo a saber, el de la ignorancia desconfiada que se asustaba de lo desconocido, del espanto a perder autoridad ante los hijos si aprendían lo que ellos ignoraban. Solo les quedaba el rechazo, la burla. "No, gracias, esto no les sirve de nada, míreme a mí, aquí estoy ganándome el pan sin necesidad de llenarme la cabeza con tanta monserga, ande, que ya no vendrá más el crío. Ya es casi un hombre, pronto cumplirá los siete, se le necesita en casa, no sentado aquí haciendo nada". Don Gregorio vencido veía cómo se iban yendo uno tras otro sus alumnos, seguía su marcha, la del hijo y padre, a través de las ventanas no muy limpias del aula, nublado por las lágrimas de rabia, impotencia y pena que le daba verlos partir a un mundo mudo, limitado, más cruel, más solos,

indefensos y grises. Pocos aceptaron sus clases nocturnas, menos siguieron con ellas, pero él cada mañana entraba en el aula con el entusiasmo de enseñar, con la energía de quien se sabe en una carrera contra el tiempo que ha de ganar; los miraba, niñitos de ojos curiosos que crecían demasiado deprisa, que se les arrancaba de esos pupitres demasiado pronto, arrojados sin medios a una vida estéril porque se les cortaba las alas sin pestañear.

Él, cada mañana, procuraba que lo que les contase permaneciera en ellos, escondía entre las palabras que les regalaba el germen de la curiosidad, de la apertura al mundo interior; el que les debería conducir por ese universo con más armas, más competentes. Nunca perdió la esperanza de que alguno de esos niños mantuviera la capacidad de asombrarse, de cuestionárselo todo, de aprender.

Ahora Don, mareado por esos símbolos, procuró reconocer los que intentaba recordar de esa gran pizarra del aula. La “a”, y la “d”, más abajo, la “r” y la “s”, los dedos, descansando debajo de cada una, se alegraron de volver a encontrarlas. “Gracias, pequeño, gracias por esto”; ahora sí lo dijo de verdad; hasta se le olvidó el pan.

“Su hermana de usted ha venido a verlo, como no estaba, le ha dejado esto”, la patrona, sin evitar un tono de sarcasmo, le acercó las hojas que Isabel le había confiado. “Muchas gracias”, las cogió, se fue a su habitación sin tener muy claro si se sentía aliviado o culpable por no haber estado cuando ella vino. Cuando se tumbó en la cama, agotado, supo que había sido mejor así, preferiría leerla a verla, a oírla. No tan pronto. No desde la visita a la tumba. “Igual no ha sido una buena idea, Mauro”, se resistía a despedirle, aunque no había hablado al recuerdo fantasma desde que bajó del autobús, tampoco lo había desconvocado. Seguía a su lado porque le contestó si hubiese preferido anhelar verla por el resto de su vida, o encontrase con ella como con su madre hacía unas horas. “Tienes razón, pero es que, no sé..., no es ella, ya no lo es”; “¿y qué querías?, ¿un reencuentro emotivo, que permaneciese tal como fue: con su pelo negro, sus cuentos, su apariencia de niña? Sí, ya sé que muchas veces has creído localizarla así por la calle, que nos ves a todos andando, o en los autobuses, o dentro de las tiendas, con el mismo aspecto de antes; que te quedas parado observando

esos dobles infantiles, queriéndonos saludar, abrazarnos, hablar, hasta que caes en la cuenta de que es imposible que seamos nosotros, no ya los que murieron, sino todos. Han pasado años. Esos niños no son nosotros. Recuerda que hasta en una ocasión, creíste que te encontrabas contigo mismo"; "No te rías; es cierto. Vi a ese niño y lo reconocí: era yo. Tenía que acercarme, contarle cómo me había ido, que me dijera lo que le había pasado entre tanto, mientras yo crecía. Me acuerdo". Mauro, que no estaba ahí, le miró con esa ternura con que lo miraba desde ese primer día cuando le asignaron a su cuidado. "Nunca cambiarás, y es bueno que así sea, anda, lee la carta de tu hermana. Venga, yo me quedo aquí quieto. No te molesto".

Estaba muy cansado, tumbado mirando el techo, recordó sin venir a cuento, esos ojos en la veta de madera de esa otra habitación; se agitó bruscamente: "Eran los ojos de Luís. Eso es lo que eran. ¿Cómo no me di cuenta entonces?". Cerró los suyos para verlos mejor y no los abrió en horas. Quedó dormido, boca arriba, con los papeles repletos de las palabras de la hermana que pacientes esperaban a contarle lo que ella jamás quiso decirse. Si Mauro hubiese estado ahí, no habría resistido la tentación de leerlas; su recuerdo sí se dejó tentar, leyéndolas con la excusa de saber, si tras ellas, necesitaría su ayuda.

"¿No es fantástico que Roberto haya pedido tu mano, Isabel?", la joven sonreía con la mirada vacía como aprendió a hacer, mientras asentía y se ruborizaba, eso lo dominaba a la perfección también; los ojos dirigidos al suelo, en actitud modesta, recordaba cada maniobra hecha para que efectivamente el joven prometedor que visitaba la casa de doña Elvira hiciera lo que acababa de realizar; cuántos encuentros casuales medidos al milímetro, miradas intensas pero contenidas, palabras como al azar dirigidas con precisión, roces sutiles de unos dedos, un parpadeo, un suspiro. Tanto trabajo. Ahora se pregunta si es esto lo que quiere: un matrimonio, una posición desahogada, lujosa incluso, vida social, una casa para ella, un lugar lejos del vacío. El espejismo todavía no era real, un esfuerzo más. Un poco más. "Señora, ¿usted cree que a él no le importará...?, ya sabe, lo de la cárcel... "No, pequeña, sé que no, él es un buen cristiano que comprende el error que hicieron contigo, es más, la compasión que te tiene por esa desgracia hace

que te quiera más. Lo sé. Eso no te ha de importar". Y vaya si lo sabía, a doña Elvira también la había manejado, vigilando reacciones, escuchando palabras, espiando visitas. Sonrío sin poder remediarlo; qué pena que solo ella sepa lo bien que ha conseguido lo que parece trabajo del destino. Un poco más. "¿Usted cree, entonces, que debo aceptar?"; "Querida niña, claro que sí. Sin ninguna duda"; "Pues entonces, doña Elvira, diré que sí"; "Ay, hija, qué feliz me haces, nunca una pupila mía llegó tan alto. Ya verás, tu boda va a ser de las que se comenten durante meses. Yo me encargo". La solterona se dedicó a los preparativos como si fuese su propia boda. Isabel la dejó hacer.

"¿Qué piensas?", a Joaquín le pilló su mujer con la guardia baja, caminado por el paseo. Delante de un café habría estado prevenido pero así... Tardó en reaccionar. Intentó la dilación. "¿Qué pienso de qué?"; "Pues de lo que sucedió". La visión del cuerpo del niño en comisaría, las miradas de los demás que le observaban con discreción aterrada, el dolor, la sensación de irrealidad, el horror al pensar en cómo decírsela a ella, a la madre. No quería entrar en esos recuerdos, escuchar la teoría de la policía, de la guardia civil, la certeza de que se escondían algo, la cobardía que le impedía atar mejor los cabos sueltos evidentes en lo que le contaban qué pasó. "Mujer, ¿crees de verdad que nos hará algún bien repasarlo ahora?"; "Es ahora cuando lo necesitamos, justo después de haberle venido a ver. Se lo debemos". Esas palabras le sentaron mal; ¿cómo se atrevía a pluralizar? ¿Cómo que se lo debemos?, la miró con rabia pero no de frente, necesitaba calmarse antes. Ella no podía, no debía ser protagonista de ese "debemos", ella que se ovilló en casa, segura, acompasada por las lágrimas, inmersa en su dolor egoísta, donde no le dejó entrar, apartándolo, dejándole fuera para que él gestionase la vida que sigue a pesar de esa muerte; lo mandó lejos para poder quedarse a solas con el dolor de su hijo arrancado, como si no fuese de los dos, cómo si su sufrimiento fuera de peor calidad, o no llegara al de ella. Qué fácil, qué cómodo desgarrarse sin lidiar con el día a día, abandonarse de todos, de todo, encerrarse en ese mutismo suave, hasta llegar a la traición completa con la decisión de morir, de abandonarle completamente al dolor. Cómo se atrevía ahora a incluirse en ese debemos. Apretó los puños. Estaba tan enfadado que se sentía sorprendido y

asustado de la reacción; eran sus emociones reales, las que jamás se decía, las que contenía a presión para seguir conviviendo con ella, con él, con la vida. Ahora se desbordaban. “Lo siento, Lina. Ahora no quiero hablar de nada”. Se atrevió a colocar su rabia, su negación, su necesidad de calmarse a su petición. Dejó de pensar en mimarla, algodonarla para situarse él antes que ella. Le gustó. Se sintió bien, como hacía meses que no se sentía.

Lina no supo qué contestar, algo más allá de su egoísmo le sacudió, notó la determinación de su marido, la adivinó a punto de explotar entre las palabras que le habían ofendido: ¿cómo es que no quería hablar, ahora que ella estaba preparada después de tanto tiempo, cómo se atrevía a negarse, no veía su esfuerzo?, eso es lo que habría querido decir, pero algo la frenó.

Le cogió la mano. Siguieron paseando de nuevo en silencio.

“¿Qué pasó, María?”; “No sé si soy la más adecuada para contártelo”; “¿A quién se lo pregunto entonces?”, en eso tenía razón Andrés. La mujer apartó las verduras y se sentó. “Bueno. Pero lo habrás de mantener en secreto, como si no lo supieras”; “Claro”. Le acarició la mano, procuró obviar que también veía a Luís como una sombra del otro; un eco visual. “Si es él, que me escuche si lo necesita, y si es mi pobre imaginación atormentada que se enfrente de una vez por todas a mi error, al descuido en el que le tuve al final”, sin inmutarse, narró lo que le dijeron que sucedió esa tarde en la que le encontraron sin vida dentro de ese pozo, cuando el padre dio el aviso por la noche, porque aunque la madre estaba preocupada desde hacía rato, él no quiso movilizar a nadie, “Creo que esa espera la lleva clavada el señor y que la señora no se la perdona ni olvida”. Siguió contando que al dar la alarma se pensó en una chiquillada normal, pero que se fueron asustando cuando alguien comentó que igual se había topado con ese indeseable aún sin apresar, el que se escapó de la redada y no vino voluntario a entregarse cuando se pregonó que habría armisticio, al que creyeron muerto; el que, dios no lo quiera, podría haber cogido al niño.

La búsqueda de un crío travieso se convirtió en una batida humana.

“Pequeño, ten cuidado. De verdad que me fío de ti, no te enfades; es que no es un juego. Son peligrosos. Si los ves, corre en

dirección contraria a ellos, escóndete, borra tu rastro, métete en zonas inaccesibles para ellos: agujeros, ríos, matorrales", Don le hablaba al niño como si fuera un nuevo integrante de la guerrilla, como lo hacía con los que entrenaba; le estaba señalando los puntos básicos para sobrevivir a las redadas. Su mente nublada, ofuscada, le engañaba; no era un camarada, era un niño; no era un joven echado al monte, era un crío impresionable que se sentía héroe de cuento.

Luís recibía las palabras con un entusiasmo desmedido; vibraba con la emoción del miedo, el peligro de los actos desesperados, las enseñanzas de una supervivencia extrema.

Esa última conversación los mató a los dos.

Si Luís hubiese estado escuchando a María como ella creía, habría ido recordando esa tarde: Lo impresionado que estaba escuchando a Don, lo importante que se sentía por creerse buscado por las autoridades, qué tonto, lejano y avergonzado por haberle temido a él. "No te preocupes. No hay peligro si no lo has dicho"; "Nadie lo sabe, Don", siguió atento a sus indicaciones, grabándose a fuego cómo huir y despistar, cómo sobrevivir y luchar, cuando un recuerdo súbito le dejó paralizado: sí les había hablado de él, les comentó a su madre y a María que había visto al Hombre del Saco. "Qué estúpido fui, qué miedica", la idea se agrandó, angustiosamente aumentada por su imaginación: "a ver si ellas han dicho algo sospechando quién es, con quién me veo". Ese temor no lo quiso compartir con Don, no ahora que lo trataba como a un igual; se le pegó al cuerpo hasta el escalofrío. Las palabras del guerrillero herido aumentaban la ofuscación, memorizaba las confidencias, las enseñanzas, y con la precaución de lo que ya creía una búsqueda inminente de sus huellas, preguntó para saber de mejores estrategias: debía evitar su captura.

La tensión absorbente, creciente, hizo que se le pasara el tiempo de irse; desatendiendo las sombras, que alargándose por la cueva, le mostraban la hora; se le había ido la realidad, una en la que, justo en ese momento, su padre sí tenía razón cuando comentaba a su esposa que el niño se habría despistado, que no era tan tarde, que tranquila, que ya llegaría a casa.

Luís permitió entrar aún más a las sombras sin reaccionar. La noche aguardaba fuera de la gruta. Su mente ocupada por el

peligro. “No te quiero echar, pero, ¿no es ya muy tarde?”; “¿Tarde? No sé”, salió del ensimismamiento y de la cueva para comprobarlo; entrar en la oscuridad del exterior tuvo el efecto de una bofetada: en un segundo dejó de ser ese combatiente acosado para ser Luís, el niño que iba a recibir un castigo de los grandes. No le gustó la sensación de cobardía ante la riña paterna; echaba por tierra las emociones del héroe de la tarde.

“Sí que es tarde, me voy”; “Ten cuidado”, Don le advirtió que el monte es completamente diferente por la noche; “los ruidos, los animales, la topografía, todo cambia; tu imaginación hace el resto. Ve despacio; ante la duda, párate, busca donde esconderte hasta que pase el peligro. Y si no vienes mañana, tranquilo; sé lo que es que le castiguen a uno”, la sonrisa nostálgica, tierna, medio burlona, no la vio el niño, pero sus palabras le hirieron en lo más hondo: él no era un chiquillo atemorizado por sus padres: era un maquis experimentado. No quería rebajarse a ser quien era; la emoción de la huida proporcionaba más sentido al momento que el miedo a un vulgar castigo.

Con la fantasía llevada al límite, su capacidad de observación se distorsionó para encajarla: atravesaba el monte bajo el parámetro equivocado.

Al principio el mismo campo con sus crujidos, sus animales nocturnos, le daban pie para representarse en plena batida, para figurarse ser un valiente acosado huyendo.

Mientras él adecuaba el entorno a su imaginación, la Guardia Civil ya lo estaba buscando. La realidad y la fantasía se encontraron cerca del pozo. Luís los vio; durante una fracción de segundo quiso ir hacia ellos, como el niño perdido que era en ese bosque inhóspito y oscuro, aliviado porque le habían encontrado, pero no logró eliminar al protagonista de sus historias preferidas, no pudo apartarlo, reaccionar. El héroe prevaleció, las maniobras del guerrillero dominaron. Vio el pozo, no lo pensó dos veces. Se metió dentro con sumo cuidado, agarrado a la cuerda, buscando con los pies el saliente de piedra donde apoyarlos. Atento al enemigo, sin hacer ruido cuando los sintió cerca; dejando escapar la única forma de salir de ahí.

Cuando lo intentó, ya no pudo. La cuerda, podrida, se le deshizo en las manos.

“Entonces, ¿lo encontraron el pozo?”; “Sí”; “Pero, ¿cómo pudo caerse?”; “No se sabe. Lo encontraron a los tres días de desaparecer, pobrecito mío, qué solo estuvo, qué miedo pasaría”, el eco del niño, asombrado, seguía la narración; él no recordaba haber muerto, solo estar en ese pozo, agarrado a la cuerda, haciendo tiempo para que se fueran los malos. Tuvo que hacer memoria para acordarse de que le entró hambre; hacía mucho que se había pasado la hora de la cena; apartó esa idea, era valiente; no cenar era secundario.

“Y al hombre ese, ¿lo encontraron?” Andrés tenía la certeza de que su amigo el esqueleto, era ese hombre. Aún así, preguntó. “No, se les escapó. En comisaría dijeron que Luís cayó por accidente. Del hombre se olvidaron”.

Pasaban los días y el niño no venía.

Don se sobresaltaba a cada crujir, alzaba la voz bajito preguntando si era él, Luís, para callarse de inmediato, aterrado, por si no lo era. En su mente se barajaban las posibilidades más absurdas y las más realistas: castigos severos, enfermedades, delaciones, traición, enfado. Aunque con ninguna acertó; jamás imaginó que su pequeño amigo estaba a escasos metros de él, agonizando. Muriendo como él, sin comida, de frío, sin agua pues la del pozo estaba corrupta, de soledad y de miedo.

Luís tardó menos en irse; perdió el equilibrio precario en el que estaba, soltando la cuerda inútil para izarlo, cuando le venció el cansancio. Pasó de muerto a vivo soñando. Quizá por eso no había despertado todavía; desorientado en las brumas de la nada, seguía creyéndose a salvo. En su tiempo sin tiempo seguía aferrado a la soga podrida, apuntalado en el repecho del pozo, helado, con hambre, orgulloso de su huida. A veces, se figuraba que estaba en casa, en su habitación, donde había otro niño de ojos verdes, moreno, al que miraba desde arriba, en al altillo, solo que su cuarto no tenía ninguno; eso le daba qué pensar. Sus pasos sin tiempo le llevaban a María, a sus padres, desdibujados por una tristeza gris, un dolor contenido. Le miraban sin verlo, como si no estuviera. No entendía nada, qué sensaciones más extrañas, mientras sin saberlo, soltaba esa cuerda vana que le quemaba las manos de lo fuerte que la apretaba. Y ese frío.

Don también estaba helado, la herida no se cerraba, las camisas

que le trajo el niño, empapadas de sangre, ya no ayudaban, la comida acabada, el agua inexistente, solo el libro seguía ahí, a su lado; sin saber bien cómo reconoció todas las letras, las pudo unir, formó palabras que le contaron historias, que se mezclaban con la suya, con la de los demás compañeros, con la vida.

"Qué solo tuvo que sentirse". María sobrepasada se dejó ir, las lágrimas empañaban la visión de los dos niños, ahora sabía que Luís también estaba enfrente con esos ojos asombrados suyos, "Perdona, cariño, perdona que no estuviese ahí". Luís, desconcertado, no comprendía bien del todo aún, "sí que estás, estás conmigo", Andrés supo que no eran para él esas palabras, las escuchó un poco asustado, Mauro siempre le decía que la gente cuando muere, no muere, "se queda con nosotros pero no la vemos, aunque no son fantasmas ni nada, no dan miedo, no es eso"; "Ya, pero si están sin estar, ¿para qué sirve que estén?"; "Bueno, no sé, siempre preguntas cosas sin sentido, qué más da, están y punto". "Quizá es para esto para lo que están", pensó, contestándose la pregunta que Mauro, enfadado, no le supo aclarar. María miraba a través de él; ni intentó enfocar donde ella lo hacía. Sus dedos recordaron, agitados, al hombre que se olvida, al jardinero invisible en el recuerdo y el niño, sin entender por qué, recuperó lo que le decía, palabras sin dueño, que le confortaban siempre, que las tomaba como propias y no lo eran; "Lo que ves no es lo que es; hay tantas cosas que no ves y son", esas frases incomprensibles sin más, a veces, resonaban en su consciencia. "Debe ser esto algo que no veo ni entiendo, pero es".

Cogió la mano de la mujer, quedaron en silencio, ella mirando a Luís que trataba de apresar el tiempo, él adivinando lo mucho que tendría que contar al esqueleto de la cueva.

Andrés, en la cama de la pensión, acarició la bala; sin saber por qué, o sin querer saberlo, recordó el día que le contó al cadáver lo que había oído de Luís: "Se murió en el pozo, en ese que está aquí cerquita. No te traicionó, eras su secreto, su amigo. Como ahora eres el mío". Miraba al esqueleto a las fosas de los ojos, ya no le daba miedo en absoluto, aprendió a abismarse en esas cuencas; si estaba el rato suficiente, veía luz, "quizá sea su alma", un destello inquieto, velado que difuminaba el resto. Esa ilusión óptica le tenía admirado. Le hablaba a ella. "No quiero que pienses mal de él. No

te abandonó. Ahora te he encontrado yo y seguro que es por algo, solo que no sé por qué". Andrés se sonreía de su propia ingenuidad de chico; recordaba claramente lo convencido que estaba de que el muerto le escuchaba, que estaba ahí, que tenía una misión. La sonrisa se le fue enseguida cuando vio la carta que le dejó su hermana. "Isabel"; ella era también como ese guerrillero, alguien vacío de sí mismo al que se tenía que hacer un esfuerzo para encontrarla tras sus ojos. No tenía claro querer realizarlo. Buscarla en los registros todos esos años, entre polvo, archivos interminables, expedientes que le llevaban a otros expedientes, conversaciones con los funcionarios aburridos de sus trabajos, sin energías, con pistas de apellidos que le conducían a nuevos apellidos, a callejones cerrados, a más expedientes polvorientos guardados por hombres grises desganados. Hasta que la encontró. Para esto. Para conocer que fue una informadora, que traicionó, olvidó, se ocultó de sí misma, de la niña valiente que le llevaba a pasear bajo ese sol, la que le contaba los cuentos con los que aún convive. No sabía si quería continuar su búsqueda.

Siguió acariciando la bala hasta que la patrona llamó a la puerta, "¿va a cenar hoy?"; "Sí, gracias"; no tenía hambre; la necesidad de retrasar la decisión es lo que le impulsó a comer. Guardó la bala en el bolsillo y las palabras de la hermana en el olvido. Al menos, durante un rato.

"¿Puedo pasar, Elena?"; "Sí". Sara entró en la habitación, estaba oscura, cerrada; no la distinguía entre la negrura. "¿Estás bien?"; "No". Se sentó en el borde de la cama sin decir nada más. Esperó. "Ella sabía cómo salvarlos y no lo compartió"; "No te engañes, no era un modo; al suyo también lo mataron, el precio no valió la pena"; "¿Cómo puedes decir eso, cómo, teniendo al tuyo ahí dentro, te atreves a decir que no vale la pena un mes más, una semana más, un día más?, ¿cómo puedes?" Sara se ofendió, sintió como las mejillas se le encendían; la estaba juzgando, insinuando con descaro que no amaba a su marido. Se mordió la lengua: ella todavía podía visitarlo, su amiga no. Ya se calmaría, no tenía por qué justificar su cariño ante nadie. "No sabes lo que estás diciendo, ya verás, cuando..."; "Tú eres quien no tiene ni idea. Ni idea. Parece mentira que no hayas aprendido, con lo que te ha caído encima. O eres estúpida o cobarde. No se me ocurre más". Sara, confusa,

enfadada, al borde de gritarla, optó por levantarse, irse, dejarla atrás. “Eso, eso, tú vete, con esa dignidad tuya tan inútil, con esa conducta de ciega, como si no pasara nada. Eso, anda. Así le va a tu hombre, que no sabe si te quiere todavía”. Elena asustada de haber liberado su secreto, se incorporó de la cama; “No lo ha escuchado, esto no lo ha podido oír, lo dije justo cuando cerró la puerta, no lo ha oído”, se quedó tensa, a la espera de si volvía a entrar para pedirle explicaciones, o si los pasos se alejaban. Silencio. Ni pasos ni el picaporte abriéndose. “No puede haberlo escuchado, por favor, que no lo haya podido haber escuchado”.

Sara sí lo oyó. Petrificada tras la puerta negó lo oído de refilón mientras cerraba: no era lo que había escuchado; “no será eso, me confundí. Eso no lo dijo”. Dos silencios aterrados a cada lado de una puerta cerrada que ninguno de ellas quiso volver a abrir.

“Antonio, lo siento. Yo ya no debería venir a visitarte”; “No, hazlo, me encanta verte”; “Ya tienes a tu mujer”; “Eso da igual, no sabes lo que me ayudaste antes de que llegara, verte siempre me recuerda que recuperé la esperanza”; “Muchas gracias, de verdad creo que no debo venir cuando ella no pueda, que te traiga la cesta Engracia”. Elena tentaba, acorralaba el diálogo, esperando más halagos, los disfrazaba de modestia, escondiendo la necesidad de oírselos decir; un coqueteo verbal donde apartaba el sentimiento de traición, la desazón que le creaba contarle luego a Sara el encuentro; “¿Todo bien?”; “Mujer, triste por no verte, pero sí, bien”. Ella seguía hablando, Antonio le preguntaba por su mujer, respondía de pasada, más bien fría, cambiaba a otro tema más general, paseando las palabras por callejones que le llevaran a escuchar lo que quería, olvidando al instante lo que le rompiese la ilusión de los jueves: un punto fijo en el sinsentido de esa vida que se le vació. Quería sentirse viva por encima de estar viva.

Siguió presionando las emociones. “Si quieres, seguiré viniendo siempre que Sara no pueda”; “Claro que quiero. Claro que sí”; “Es que la pobre se pasa los días cosiendo, y muchas veces no dispone de este rato para venir”; “Eres muy amable acercándote tú en su lugar, con la de cosas que tendrás que hacer”; “No, qué dices, para nada”, la conversación se estaba atascando, el tiempo agotando, debía llevarse algo bueno del día, le sonrió con cariño, él le devolvió la sonrisa. “Se terminó la visita, todos fuera. Deprisa”; “Vaya, qué

rápido ha pasado", suspiró mirándole, "Cierto, muchas gracias, hasta cuando nos volvamos a ver"; "Eso. Adiós"; "Adiós, dile a Sara que la quiero"; "Se lo diré". No lo hizo.

De camino a casa, fue recuperando la conversación, cambiando gestos y significados, deformando palabras, hasta encajarlas donde y cómo quería.

"¿Qué tal tu día?"; Isabel que aún habría deseado que su marido llegase más tarde, contestó que bien, y atajó cualquier pregunta interesándose enseguida por el suyo; esa táctica tan trabajada, le permitía seguir un rato en su mundo, él no oponía resistencia; prefería contar que escucharla, sobre todo cuando sabía, por sus ojeras, despistes, ausencias y vaguedades, que estaba otra vez atascada donde siempre. Con lo que le expuso su día al detalle, hora tras hora, para evitar silencios durante la cena, asegurando la noche tranquila.

La mujer consciente de ambas maniobras, como él, le escuchaba sin oírle; servía la sopa, cortaba el pan, asentía, preguntaba con monosílabos hasta que, de repente, algo se quebró. No supo detenerse. "Déjalo, Roberto. No nos cansemos más. No funciona. Ya está bien; separémonos". Él aún terminó la frase, la había oído, pero no entendido. Calló, se dio unos segundos para asimilar. La miró, preguntó, por si acaso, lo que le volvió a confirmar; dejarlo, romper definitivamente lo roto, liberarse. Le entró miedo. Desde luego sí había fantaseado con dejarla atrás, llegar a casa y no tener esa angustia por si estará bien o mal, no volver a tener que disimular tensiones ni tapar las suyas para que no estallasen situaciones antiguas que aborrecía por lo inútil. Claro que lo pensó, pero ahora, no sabía bien por qué, un nudo en el estómago, un frío en las manos se resistía a recoger el guante, el desafío. "De verdad que no deberíamos hacernos esto, Roberto. Separémonos, déjame libre para llorar sin disimulos, hazte el favor de guardarte tu amabilidad fría, vacía. En serio. Basta ya"; "Pero mujer, ¿qué te ha pasado hoy?", esta pregunta sí la hizo con interés, como al principio de su vida juntos, agitado por ese antiguo querer conocer, incluso volver a protegerla. Le cogió la mano. "Dime qué te ha sucedido hoy". Lo hizo.

"Algo pasa, de nuevo aceleran las sacas"; "Sí, al de la Amalia lo sacaron ayer. La pobre ya no lo vio, el viaje solo le sirvió para

recoger sus cosas; se enteró ahí mismo, en la cola, junto a mí, me dio la cesta para el mío; “que sirva para alguien esto”. No he pegado ojo, aterrada de que me pasara lo mismo”; “¿Qué habrá sido?”; “Pues represalias, vete tú a saber, como si necesitara excusas para matarlos”; “Eso es que tienen el miedo en el cuerpo, que me dijo mi suegro, que se escucha la radio prohibida, que las cosas están cambiando, que pronto vendrán a librarnos de esto, que me espere, que ya verán”; “Shhh, calla loca, ¿quieres que nos detengan hablando así?”; “No seas tan cobarde, desde aquí no pueden oírnos”; “Desde aquí no, pero tienen oídos en todas partes”; “Vamos, venga, ¿de verdad crees que alguna de nosotras puede ser una soplona? Nos conocemos, todas tenemos alguien ahí. Estás loca”; “Yo me callaría”; “Es cierto que…, quizá, no sé”.

Apartaron los temas peligrosos disfrazando a las palabras de rutinas, consejos y recetas. Las mujeres que esperaban a que abriese la cárcel, se asustaron en silencio, preguntándose por qué, sin compartir suposiciones. Las más íntimas se cogieron de las manos para que se hablaran mudas, entrelazándose. Miraban hacía la puerta, luego al reloj. No abrían. Cinco minutos de retraso. Quince. Treinta. “Hoy no los veremos”; “Calla, agorera”. Sesenta. “Voy a preguntar”; “No, no vayas, a ti te conocen, saben quién es tu hombre”. Setenta minutos. “Yo iré, me tiene menos vista”; “¿Qué te han dicho?”; “Que nos vayamos, que somos estúpidas, que si no nos hemos apercibido que hoy no abren”; “Canallas”; “Yo no me voy”; “Ni yo”; “Ni yo”; “Pues yo tampoco”; “¿Y con eso qué ganamos?”; “Nada, pero al menos, protestamos”; “¿Y si es peor?”; “¿Peor?; “igual así el próximo jueves tampoco abren”. Las opiniones se dividieron entre las que se querían quedar y las que veían en ello una represalia segura. Las segundas se fueron, desaparecieron, sin que se dieran cuenta las que permanecieron de pie en la acera de enfrente, ajustándose más los pañuelos, aferrando las cestas con fuerza, armándose de valor y paciencia. Iba a ser una larga espera.

“No va a venir más”, el dolor de la herida ni le dolía. Los pensamientos erraban sin detenerse en ningún punto concreto, repasando cada instante a un tiempo nítido y borroso; mezclaba con lógica de alucinado el pasado y el presente con unos futuros que jamás fueron ni serán; combinaciones de lo que pudo haber sido y no fue. Un pandemónium de hilos que se cruzaban, entrelazaban,

se soltaban, mientras observaba su vida y la que nunca fue: No distinguía entre la real y las probables, entre la imposible y la que ahora se le escapaba por la herida abierta, por la duda, la certeza, el dolor, el estallido de luces y sombras que le sumían en una inconsciencia consciente de sí mismo y de la nada.

"No vendrá".

Ahí quedó enturbiado por emociones inconexas, hasta que una voz, que jamás podría oír porque ya estaba muerto, le aseguró que quien no vino, no fue por abandono, sino porque corrió su misma suerte. Se agitó; le vería de nuevo, con un esfuerzo, le buscaría. La voz continuaba contándole unas situaciones que le llegaban lejanas, ausentes, le decía lo que no comprendía, porque no trataba de él, sino de otro niño. Él debía encontrar a Luís.

Eso quería Andrés, que ese resplandor tras las cuenca vacías de su amigo muerto, fuese a reunirse con Luís para decirle que le esperó, que nunca le creyó un traidor. Para ayudarle, acariciaba los huesos de esa mano descarnada, sin asco mientras le contaba cómo sucedió todo; le hablaba, confiándole lo que sucedió y lo que no, porque sin darse ni cuenta, filtraba sus propias confidencias.

"¿Estás segura de que era él, tu hermano?"; "Tanto, que no quise creérmelo". Roberto la miraba como antes, cuando la descubrió en casa de doña Elvira; misteriosa, fuerte, dramática, compleja. Un reto en el que quiso involucrarse y que hacía tiempo abandonó en el estante de la indiferencia. Al reencontrar esa curiosidad apartada, la acarició, mimándola, con la culpa del olvido, recordando lo mucho que le atrajo: "Cómo pude relegarla, sola, sin atención".

Isabel notaba ese interés renovado, se expresaba con seguridad, decidida a soltar amarras, dejar de fingir; las palabras sinceras, que antes en esa cafetería, quedaron agarradas al papel, se sentían libres para irse sin más. Le contó el horror de los primeros días, el miedo atroz, el helor glacial de las miradas, de la celda, el espanto tras cada sonido, el hambre, la nostalgia. Las vidas atroces de todas, de los niños sin vida aún vivos, de las madres sin hijos aún con hijos. Los gritos espantosos que quebraban el alma, reduciéndola a trocitos de los que cada vez le era más difícil recuperar. Benita, el pacto, las traiciones, cómo se alejó de quien era para no encontrarse más.

Lo dijo serena, como si hablara de otra, y era de otra de quien hablaba. Roberto lloraba en silencio sin entender bien por qué ni de quién. Cuántas palabras enquistadas surgieron sin timidez, quizá algo deformadas por el encierro, pero libres al fin.

"¿Quieres hacerlo, Isabel?"; "Si no salgo de aquí pronto, me moriré". Benita intuía que en realidad ya estaba muerta; no era la misma. Recordaba que al principio de su trabajo todo le dolía, la compasión le ahogaba cada noche con pesadillas, cada mañana aterrada porque debía trabajar, ver, oír, presenciar esas horas interminables de una rutina espantosa.

Hubo de apartarse, insonorizar sus sentidos, dejar de ver, oír, no presenciar lo que veía y oía. Miró a la joven, la entendía. "Vale, tranquila, les diré que sí lo harás"; "Gracias". Isabel sin pertenecer a nada, a nadie, desubicada, deambulaba por las celdas, asustada de lo que ocurría delante de ella, horrorizada con las historias que una vez no quiso creer, hasta que le fue imposible engañarse; se repetían demasiado a menudo, cambian las protagonistas, no las realidades. Aceptó. Y con eso no se alejó del horror; se metió de lleno en él. Ahora era doble testigo de esas verdades imposibles: asistía a ras de suelo, con las presas, a sus rumores, vejaciones, sinsentidos, y desde arriba, en los despachos, a los porqués, a los finales, a las mentiras por conveniencia, a los engaños que les vendían como soluciones. Y siendo un eslabón que podría haber dado la vuelta a la información, no atinó a verlo; impresionada por lo que iba descubriendo, jamás se le ocurrió contar a las presas lo que observaba. Su entereza dislocada no aguantó: nunca se le cruzó por la mente compartir la otra cara de la verdad. Se guardó los secretos de un lado y delató los del otro. Nunca fue un puente. Solo agua empantanada.

Una vez sí lo intentó. Con lo de Marga, pero desaprovechó la oportunidad. Con lo que le costó acercarse a ella, aislada como estaba en la sala de maternidad, esos tres días antes de su ejecución, reposando del parto, superando la noticia que le dieron, "nació muerto", esperando sin pena el día en el que todo daría igual, agotada, vencida. Isabel fue para decirle que su bebé estaba vivo, que ella lo vio, que era niña, que lloraba mucho, que se la dieron a una mujer rubia, que la acogió con alegría, que el marido firmó muchos papeles mientras hablaba con un hombre bien vestido al

que no se le entendía, esparciendo palabras lejanas. “Tu hija vive, se la llevó esa señora alta y rubia y contenta”. Pero no se atrevió. No dijo nada, solo le cogió de la mano y le dio la comida, que a eso había ido.

Cuando volvió a presenciar cómo otro bebé, muerto para la madre, cambiaba de padres, se acostumbró; dejó de impresionarse, olvidó que alguna vez quiso contarlo.

“Benita, diles que sí, que lo haré. No aguanto más aquí dentro, si no salgo pronto...” Isabel lloró hasta vaciarse de remordimientos, necesitaba insensibilizarse de los horrores para ser ella misma uno más.

Cuando Roberto vio de refilón la palabra “confidente” escrito en rojo en el expediente de su mujer, cuando su amigo le recomendó dejarlo estar, se lo tomó al pie de la letra; lo apartó por completo. Ahora Isabel le contaba lo que ni quiso imaginar, le decía fríamente lo que es la traición, los engaños utilizados, las técnicas, la manipulación, el endurecimiento, el salvarse a costa de alguien. La cabeza le daba vueltas, su compasión chocaba con esa verdad cruda, sin adornos del delator. Quiso suavizarla, preguntaba intentando escuchar justificaciones, atenuantes, pero su mujer una vez abierta la puerta, se negaba a cerrarla: contó y contó y contó, casi con crueldad, lo que hizo, sin ahorrarse nada. “Basta, Isabel, no te hagas esto, déjalo ya, no conduce a ninguna parte”; “A quién no lleva a ninguna lugar, ¿a ti o a mí?”, sus ojos vacíos buscaban de nuevo las celdas donde sobrevivió, los rostros traicionados, las atrocidades cotidianos. “Quiero separarme, empezar de nuevo”. Él ni contestó, incapaz aún de respuesta; reestructuraba la imagen de ella desde el principio, tratando de encajarla en esa personita dulce, frágil, aterrada, víctima de un error con la que se casó. “Pero yo...”; “¿Quieres té?”, sin más se levantó de la mesa con una seguridad en sí misma que le asustaba y reconfortaba a un tiempo. Preparó la tetera.

“¿Entonces Luís murió ahogado?”; “Luís murió solo, en ese pozo, pobrecito, qué asustado debió estar”. María buscaba el eco del niño, que confuso, abría los ojos, espantado, “estoy muerto”. Y un alivio le recorrió entero, ahora tomaba sentido lo absurdo; miró su mano, la vio cogiendo la cuerda, la sintió soltándola, su cuerpo dormido cubierto por el agua, esa que sabía rara, tan fresquita. No

despertó porque al caer su cabeza golpeó contra el saliente de más abajo; pasó del sueño al desmayo. “Estoy muerto, por eso las cosas son lejanas, inasibles, turbias, me muevo sin moverme; no logro ir a otro lado que no sea el pozo o mi cuarto. Estoy muerto: soy libre”. María fue testigo de cómo ese contorno impreciso fue desvaneciéndose junto con los ojos de su pequeño; los últimos en irse, que la miraron agradecidos, quizá un poco inquietos, quizá no. Luís se marchó. Andrés sintió un escalofrío. María le abrazó fuerte a él y al recuerdo de quien ya se había ido. Ahora sí.

“Perdona, he sido muy egoísta”, Lina caminando al lado del marido, atravesó el silencio de nuevo. A Joaquín no le importó, su tensión se había relajado al hablarle. “No veía más que mi propio dolor, ni a ti, ni a Luís, ni a nada”; “Ya”, en otro momento lo habría suavizado, consolándola, poniendo palabras en su boca; “no mujer, eres su madre, el dolor te nubló, no pasa nada”, pero no lo hizo, cansado de anteponerla, lo dejó así, además sí la creía egoísta. Lina que esperaba el apoyo, se turbó de nuevo; lo de enfrentarse a las cosas no era su fuerte. Silencio. Pasos. “Lo siento”, procuró llamarle a compasión de nuevo, “Ya”, no entró en el juego. Se detuvo. “No quería que muriese”; “Ni yo tampoco”; “Pero tú no hiciste nada cuando te dije que algo iba mal esa maldita tarde, no saliste corriendo, te quedaste parado. Quién sabe, si hubieses ido a buscarle antes, él seguiría vivo”, lo soltó acusándole, diciendo que le creía responsable. Joaquín se alegró: tanto miedo a que ella le culpara y ahí estaba, y no le importaba, no sintió la necesidad de justificarse ni los remordimientos le paralizaron; había abierta la puerta de los reproches y en ella cabían los dos. Su voz firme, sin tensión ni enojo, enumeró su frialdad, pasividad, intento de suicidio, comodidad, ausencia, castigos; le dijo lo lejos que se había ido, lo apartado de su escondite aún tan a la vista. Le dio igual los ojos húmedos, los labios incapaces de soltar palabra, las piernas que necesitaron de un banco para sostenerla. Siguió hablando, sentado a su lado. “Es lo que es, Lina. Las cosas son así: Luís ya no está, pero nosotros sí”; cogió su mano como una prueba; “si la aparta, me levantó para irme sin vuelta atrás”. Ella no la retiró. Temblando lo abrazó. “Lo siento tanto”, esta vez sí lo dijo de verdad, “Lo sé”, él también lo dijo de verdad.

Y si hubiesen ido a ver la tumba de su hijo en ese momento, lo

habrían encontrado, porque cuando la visitaron hacía apenas una hora, él estaba en la cocina escuchando su muerte.

"¿Por qué no lo intentas?"; "Ya te dije que para mí esa mujer está muerta"; "Esa mujer es tu madre y si alguien sabe dónde están nuestros hijos es ella. Por dios que no entiendo cómo puedes anteponer tu odio a ellos"; "Pues si no lo comprendes, no hay nada más que decir"; "Antonio no seas así, ¿de verdad no te importan, no quieres recuperarlos?"; "Es increíble que aún no la conozcas; es esto lo que quiere, que te arrastres, jamás te dirá dónde están, ¿no lo ves?"; "Son sus nietos, por amor de dios"; "De verdad, que con las que te ha hecho pasar, me parece imposible que creas que te va a dar algo"; "Es que..."; "¿No sabes aún quién nos delató?, ¿quién avisó a la Guardia Civil de lo que íbamos a hacer?"; "No. Eso sí que no me lo creo"; "Por favor, mujer, no puedes ser tan cándida, ¿de verdad no sabes que fue ella quién lo hizo? Cierto que no caí al principio, éramos siete en el grupo, la filtración pudo venir de cualquiera, aunque juramos no comunicar a nadie dónde íbamos, quién sabe, siempre sin darnos cuenta, dejamos alguna pista: un papel, una anotación, una palabra de más o de menos. Yo mismo sin querer, te dije más de lo conveniente"; "Pero nunca dudé, te creí muerto. Si no llegan a venir esa noche a casa tus amigos, jamás me habría enterado de que no estuviste donde ibas a estar, donde cayó esa bomba que arrasó con todo y con todos. Te enterré, Antonio, aunque no encontrara nada de ti, habías de estar; tú eras parte de ese horror informe, negro, confuso de huesos, objetos y dolor: no podía ser de otro modo. Nunca habría adivinado que no estuviste ahí, que os habías ido a descarrilar ese tren, que el lugar siniestrado fue una tapadera. Ojalá lo hubiese sabido, ojalá hubieras sido más descuidado en tu secretismo: no sabes lo que fue creerte muerto, no encontrarte entre los cadáveres que íbamos a visitar cada día todas las esposas, madres, hijas para reconocer algo, lo que fuera que pudiéramos llevarnos con nosotras para enterrarlo, para daros paz. Y los niños, por dios, tus propios hijos; darles la noticia. Cómo pudiste hacernos eso"; "Lo siento, quién iba a adivinar lo de esa bomba, justo ahí. Lo siento tanto, yo mismo no lo supe hasta mucho más tarde, lo de nuestra coartada bombardeada. Quién iba a preverlo. Bueno, ya pasó"; "¿Cómo que ya pasó?, ¿cómo te atreves a decir eso cuando tus propios hijos

podrían estar muertos?, ¡¿cómo te atreves?!"; "Perdona, lo siento. Tienes razón. Pero como dijiste, no nos reprochemos lo inevitable"; "Cierto, cierto. Lo único que quiero es saber dónde están, si siguen vivos, por dios, mis pequeños; qué miedo deben estar pasando, solos; creerán que los he abandonado..., y es verdad"; "No, no te culpes de eso, no puedes hacer más de lo que hiciste, de lo que haces, sigues moviendo hilos, sigues..."; "Por eso mismo quiero hablar con ella, ¿no lo entiendes?"; "Es lo que quiere, humillarte aún más. Y que sufras cuando no te diga ni palabra"; "He de intentarlo, si es por esa tontería de la humillación, hace tiempo que me tragué el orgullo, o qué te crees que era ir a verla cada mes para llevarle lo que le cosía, para que me lo malpagara, me escupiera cada moneda a la cara proclamando su generosidad. De verdad que los hombres, en esto, no tenéis ni idea de lo que es el honor: no es ir con la cabeza alta, es evitar que los hijos mueran de hambre, de frío, de sombras. Eso es lo que importa"; "Mujer, cada uno tiene su manera de ver las cosas. Aunque lo que sí creo es que no están muertos, tan lejos no habrá ido, estarán en cualquier hospicio. A mí me delató pero no me dispararon, tenían la orden de mantenerme con vida. Vi cómo a Cristóbal lo acribillaban a mi lado. Los demás se dispersaron; yo me quedé paralizado observando cómo caía ante mí; qué lento cayó, tardó una eternidad, sus ojos no entendían, sus manos instintivamente se fueron al agujero enorme que le dejó la bala en el estómago, la sangre se esparcía, llenándolo todo de muerte. Solo cuando estuvo en tierra miré al que disparó, él también me miró; bajó el arma. Tenía orden de no matarme, estoy seguro. Nos cogieron a todos. De los siete, solo quedamos dos"; "Lo que me cuentas me da más razón, no me la quita; tiene su límite; ha de decirme algo, y si no a mí, a ti. Pídeselo tú"; "Eso ni hablar"; "Sois iguales, tú y tu madre. Igual de absurdos, orgullosos, odiosos, igual de equivocados. Si por vosotros fuera el mundo podría estallar en mil pedazos antes de dar el brazo a torcer, ¿es que no lo ves? Por dios santo, ¡son tus hijos!"

"Señora"; "¿Sí?"; "Es necesario que firme esto"; "Te dije que no me molestases más con todo esto. No quiero conocer dónde están"; "Pues usted firme sin leer, pero ha de hacerlo"; "Trae mis gafas". La viuda de Méndez firmó por primera vez en su vida un documento sin revisarlo. "Ya está, espero que sea lo último", su tono imperativo

sonaba amargo, no altivo, el secretario que la conocía de siempre, de cuando su marido, el respetable don Antonio Méndez, aún vivía y le ayudaba a llevar sus negocios; sabía cuándo no debía ni respirar ni comentar, conocía cómo hacer las cosas bajo mano, que pareciesen lo que no eran, que supieran mentir sin llamar la atención, que dieran beneficios sin escándalos, que sostuvieran ese frágil equilibrio al que un solo número de más o de menos, podría derrumbar aplastándolo todo. Pero él sabía. “No se preocupe, no creo que la incomode con este asunto más”; “Pues a ver si es verdad, Vicente. Di en la cocina que tendré invitados a comer hoy, por favor”; “Sí, ahora mismo”. Le daba más bien igual que le encargara algo tan alejado de sus tareas, hacía tiempo que era mayordomo, secretario y confidente de quien, en sus tiempos, fue también algo más, algo que jamás supo su jefe; debía asegurarse el puesto, había de hacerse necesario a quien era evidente que pronto sería viuda. Y le salió bien.

Sara llegó a casa alterada. Se cerró en la habitación. “Pues sí que llevamos buena racha, si no es una, es la otra, ay, dios, qué cruz”, Engracia murmuraba siempre lo que pensaba, no era consciente de que lo hacía, de que sus pensamientos quedaban expuestos y vulnerables. Siempre se extrañaba de que los demás supieran exactamente lo que pensaba y negaba lo que era evidente para el resto, “no es posible que esa lo sepa, jamás he dicho nada a nadie del tema; ha de ser adivina, o peor, bruja, sí eso es, una bruja”; “A mí no me llames bruja, que no te lo consiento”, y asustada de verdad porque acababan de leerle la mente de nuevo, se iba a otro lado murmurando sus temores convencida de que solo los pensaba. Sara y Elena se divertían torturándola con esto a veces, con cariño; lo dejaban cuando le notaban a punto de creerse loca. Pero esta vez, Sara no tenía ningunas ganas de tomar el pelo a nadie.

Necesitaba aclararse las ideas; replantearse las prioridades. Repasó su día a día desde que llegó, tenía que sopesar si debía seguir como hasta ahora, calibrando pros y contras, aceptando si era esto lo que soñó mientras iba en la búsqueda de esta rutina que pensó maravillosa, alejada de la que hubo de soportar mientras tuvo a sus niños. Ahora tenía a su marido cerca, podía visitarlo casi cada jueves, seguía trabajando igual de duro que antes, cosiendo,

lavando, planchando para otras, pero al llegar a casa no estaban los pequeños, cuánto trabajo le daban, cómo se quejaba sin saber que ahora echaría de menos los baños, las sonrisas forzadas que sabía que tenía que darles, los paseos, los cuidados, los sustos ante sus fiebres, la preocupación eterna de ese sinvivir que dan las criaturas, y si esto…, y si aquello... Se echó a llorar: lo que daría por tener que escuchar la narración sin sentido de Andrés, con las aclaraciones al margen que le daba Isabel, procurando una paciencia que ya no tenía a esas horas, aunque sintiendo que a cada palabra del pequeño se olvidaba más del día horrible que había tenido, acomodándose a su discurso, viendo el mundo desde sus ojos, compartiendo la maravilla de apreciar de nuevo lo pequeño; "sí que es bonito, cariño; claro que puedes, cielo. No, eso no. Bueno, ya veremos..." Ahora no tenía que hacer ese esfuerzo sobrehumano, y no podía soportarlo. Cuántos remordimientos la acosaban, "pude haber sido más cariñosa, no me costaba tanto; debía haberles gritado menos; pobres, qué mala madre fui". Invariablemente se maldecía, se aferraba a la almohada porque a ellos no los tenía y no sabía bien qué abrazar.

Debía elegir; buscarlos, o conformarse con ver a su hombre un rato a la semana: un segundo feliz entre la sequía interminable de las horas restantes.

Eligió.

Joaquín y Lina siguieron sentados en el banco en silencio, convencidos de que se hablaban; sus mentes sí lo hacían, las palabras se precipitaban a la vez, les era complicado entresacarlas, seguir una línea de pensamiento, el esfuerzo era evidente; reflexionaban sobre lo que había sido su vida desde la muerte de Luís.

Si alguien les observara, encontraría una pareja muda, cogida de la mano, con la mirada puesta en ninguna parte porque era a ninguna parte adonde miraba viéndolo todo.

Las dudas de los dos eran las mismas: adónde irían ahora que las cartas estaban sobre la mesa. Saber y reaccionar bien, no siempre va junto. Es fácil esconder lo descubierto, ampararse en las rutinas deformadas, disimular que se estaba disimulando. Él se negaba a que las cosas siguieran igual; no lo iba a soportar ni a permitir. Ella, aún aturdida por reconocerse tras la cobardía, no

estaba preparada para más, aunque intuía que el tiempo se le estaba acabando.

Le miró de reojo y buscó, entre los sentimientos enquistados, si seguía queriéndolo, si se había acostumbrado a simplemente tenerle cerca. Demasiados trastos ahí dentro; no lograba encontrar nada, las emociones agazapadas tanto tiempo no estaban por la labor de exponerse sin más. Se apretaron las manos. A la vez. Pero cada uno por una razón diferente, o no tanto. Su vida juntos es la que estaba en juego.

"Vámonos a casa, ¿te parece?"; "Bueno, pero andemos un ratito más"; "Hasta el final del paseo y regresamos; tengo cosas que hacer"; "Está bien, si hay algo abierto, entremos y compremos unos dulces para Andrés"; "Buena idea".

Andrés, desde que descubrió el tesoro de Luís y supo cómo murió, no tenía mucho más que hacer. Visitar el esqueleto perdió el encanto: ya no veía esa luz tras los ojos vacíos, tenía la sensación de hablarle al aire; antes sí le escuchaba, ahora era evidente que no había nadie ahí.

Su duda era si debía o no revelar el secreto. Preguntárselo al cadáver era absurdo, no contestaría: estaba vacío. Si se lo insinuaba a María, iría directo al desastre; le sonsacaría la información sin darse ni cuenta. Guardárselo para siempre no le parecía justo. No sabía a quién recurrir. De repente se acordó de los ojos de madera; ellos le aconsejarían. Los buscó atentamente, pero ya no estaban, ni ellos ni la cara. Él también se había ido. Suspiró y decidió aguantar unos días más, a ver por dónde tiraba.

"¿Puedes bajar, Andrés?" Lina y Joaquín le llamaban, habían encontrado una panadería abierta y comprado dulces, querían merendar juntos. "Sí, claro, ahora mismo", se encontró con sonrisas, pasteles y palabras solo dedicadas a él. Iban con precaución, pero iban. "Entonces, ¿tenías muchos amigos ahí?" Lina usó ese eufemismo después de haber estado dando vueltas a cómo llamar al orfanato, se rindió. Solo quería saber del niño, no más. "Muchos, no; tenía a Mauro"; "Qué nombre tan bonito". Andrés sonrió amablemente, consciente del esfuerzo para agradarle. "Y, ¿a qué jugabais?", Joaquín intervino algo torpe. "¿Quieres otra pasta? Coge las quieras, hoy es un día especial"; "Gracias", tomó otra más. "No jugábamos a muchas cosas, la verdad, pero Mauro y yo

hablábamos un montón".

Cuando acabó la merienda los tres estaban agotados pero contentos. El intento desmañado de ese primer acercamiento sin la sombra de Luís, los había mantenido en tensión, conversando con la cautela propia de un campo minado donde cualquier palabra podría estallarles dañando unas propuestas aún tiernas

El observador inexistente que los viese antes en el banco, callados, con las manos anudadas andando, eligiendo los dulces, los vería ahora sufriendo con ese niño mientras desligaban frases que tejían entre los tres para extenderlas de nuevo y crear una sensación de normalidad. No entendería nada a menos que fuese sabio, entonces reconocería la voluntad obstinada, ciega, que se pone en los comienzos.

"¿Es eso lo que quieres?"; "Sí"; "Estás loca"; "No, Elena, no lo estoy, y no voy a ofenderte diciéndote que si tuvieras hijos, me comprenderías"; "Pues haces bien porque no te comprendo, abandonar aquí solo a tu hombre por unos niños que no sabes dónde están, ni siquiera si siguen vivos. Él está aquí, vivo, y te necesita"; "Perdona, no quiero ser brusca, pero sinceramente creo que no es asunto tuyo". Engracia apreció que de ahí se podía liar e intervino preguntado lo más anodino que se le vino a la mente. "Entonces, ¿fuiste a por lo de la señora Emilia, Elena?" No contestaron, aunque logró que callaran; las dos hicieron el enorme esfuerzo de morderse los labios para impedir que salieran sus reproches y justificaciones. Siguieron con sus tareas bien lejos la una de la otra.

"Con lo buenas que son, pero qué distintas, y es que las dos tienen razón. Ay, qué tiempos estos", la mujer se quedó murmurando en el salón donde aún se sentía el choque frontal, cargado el ambiente de anhelos y frustraciones. Elena apartó de repente los guisantes que estaba limpiando sin más, y se encerró en su cuarto, de camino le dijo a Engracia que no cenaría, que la dejasen en paz, que ni se les ocurriese llamarla para nada. "Ay, hija, tranquila, te guardaré algo por si te entra hambre luego", no le dio las gracias. Con un portazo reafirmó lo dicho.

La mujer tras un ratito quieta mirando por dónde había desaparecido la joven, murmurando como siempre, se dirigió a la cocina para terminar de limpiar la verdura; lo que se decía era

ininteligible; como sus rezos en latín, donde se mezclaba lo correcto con lo inventado para llenar los huecos de la memoria.

Sara, en el patio, seguía alterada; barría con una furia que le venía bien para liberarse de la rabia que le mordía por dentro; una mezcla de fracaso, la que añadió la discusión y sobre todo, la que nacía de las dudas de su decisión indecisa aún, que la acorralaba eligiese la opción que eligiese. De eso era consciente. Barrió con tanta saña que rompió una de las macetas; de un escobazo cayó al suelo el tiesto, desterrando la tierra que mostró las raíces del pobre geranio rojo inocente que pagó el precio. Sus hojas brillantes la miraron desde el estropicio, destacando entre la negrura de la tierra mojada. Recobró la calma; con mimo, hablándole despacio, lo recogió como si fuese un pez fuera del agua, buscó otro recipiente, lo reubicó regándolo, limpiando sus hojas. Los geranios sobreviven con facilidad; da igual dónde estén: están.

Suspiró. Iría a por sus hijos. Se lo diría a Antonio mañana jueves.

"Isabel, ¿de verdad quieres que nos separemos?, lo de tu hermano ha sido impactante, no lo dudo; creo que deberías darte un tiempo"; "¿Más? ¿Más tiempo aún?"; "Mírate, estás alterada. Piénsalo con calma"; "No, no es eso, para nada. Estoy serena; quizá por primera vez en años estoy tranquila"; "Entonces hazlo por mí. Date unos días. Espera". Dio un sorbo a la taza. "Solo unos días"; "Gracias". Se escuchaba cómo el té iba desapareciendo de las tazas. "Invita a tu hermano"; "No es una buena idea"; "Hazlo, por favor"; "Pides mucho, tú"; "Invítalo"; "Ya veré"; "Gracias"; "Muchas veces me estás dando las gracias, hace siglos que te da exactamente igual lo que me pase, lo que pienso, lo que quiero"; "Es injusto lo que dices"; "No, y lo sabes"; "¿Y tú?, ¿cuánto hace que te no te importa si estoy o no? es más, ¿cuánto hace que prefieres que no esté?"; "Puede que el mismo tiempo en el que retrasas tu llegada a casa". Habían abierto una puerta que se negaba a cerrarse; una corriente de aire gélido vino a airear el espacio estancado de las costumbres creadas, las mentiras cómodas, las ilusiones apartadas y la vida común rancia.

Qué frío hacía.

Elena ofuscada, no entendía por qué le afectaba tanto que Sara se fuese para buscar a los niños. Algo le perturbaba, le molestaba,

la desazón le llegaba hasta el punto de pensar en su amiga con odio; “es una cobarde, se va, lo deja; ella que lo tiene vivo, se marcha”, ahondó en si le venía de ahí la ira excesiva, de que lo abandonase, de que tuviera un marido que dejar y ella no. “Eso no es. Hay algo más. Igual es la esperanza de encontrar a sus pequeños. A nosotros no nos alcanzó el tiempo para tener hijos; el que esperábamos no sobrevivió al nacimiento, mucho antes de vivir, murió. Luego le apresaron, ¿será eso, la envidia?”, esperó a que algo en su interior le confirmase o negase esa hipótesis. Se dio la vuelta poniéndose boca abajo. Miró el suelo. Se cansó de observar las baldosas vacías. Otra vez boca arriba. “No es eso”. Le costó horas y docenas de sugerencias reconocer, que lo que le dolía no era que se fuese, que lo dejase, que tuviera hijos por quienes luchar. Lo peor era que lo supo desde el momento que le comentó que se marchaba. El rencor le venía de querer ocultarlo, de contenerlo, de enterrarlo: su furia nacía de la alegría que le dio saber que se iba, que quedaba sola sin competencia, que Antonio sería para ella, como antes. Esa idea le era insoportable, incompatible con quien creía ser: una mujer honesta, sensible, que jamás le robaría el hombre a una amiga.

Tenía que conciliar quien era con lo que realmente era, o sería.

Se agotó de tanto llorar, pero sintió cómo la ira se disolvía. Ella también eligió, y como su amiga, lo justificó.

Andrés, después de la cena, sin decidirse si quería o no, se metió de lleno en la carta de la hermana donde estaba una vida que se alejaba de la Isabel que conoció. Y era justo. Él tampoco es ese crío con quien convivió. Ignoraba dónde estaban esos niños, suponía que desaparecieron en el coche. Los dos. Fue la última vez que estuvieron juntos; su infancia se quedó en el vehículo, no salió cuando los obligaron a irse del auto: permaneció dentro. Quizá, si existiera la imposible posibilidad de entrar de nuevo en ese coche, lograría encontrarla, ahí, con ellos; una infancia que los mantuvo cogidos de la mano para consolarse y darse ánimos, como hacían cada noche en su casa. Ella hablando suavito, él dejándose tranquilizar, aterrorizados, sin tener idea de lo que les estaba sucediendo.

Esos dos niños seguían encerrados, jamás salieron. Cómo serán ahora; después de tantos años eternamente asustados, sin

comprender ni anticipar el segundo siguiente, aferrándose a la seguridad de estar juntos. O por el contrario, igual han dominado la situación y crecido unidos, sin rasgaduras ni miedos ni cambios, seguros dentro de ese limbo absurdo. No, eso no habrá pasado. No se habrán hecho mayores, su temor seguirá entre ellos porque sin movimiento no hay cambio. Mejor no buscar ese coche fuera del tiempo; dejarles eternamente a salvo aunque sea condenándoles a ese momento de espanto sin resolver. Pero uno al lado del otro.

Volvió a leer a su hermana. Ahora sin rencor. Fue la manera que encontró de salir del auto otra vez. No era quién para juzgarla. Él menos que nadie. Leyó.

"Entonces, ¿te vas?"; "Sí"; "Nada de lo que diga te hará cambiar de opinión, ¿verdad?"; "No"; "Ella no te va a decir nada, te consta"; "Me da igual", "¿Qué es distinto? Sabes tan poco como cuando decidiste venirte aquí"; "No, ahora lo sé; tengo la certeza de la sospecha: jamás me habría ido conociendo su culpa"; "No me cabe en la cabeza, de verdad, que no lo entendieras"; "Para ti es todo muy fácil, ¿no?, fácil porque al odiarla, le presupones todos los horrores, fácil porque sabías que te delató, fácil porque verla como un monstruo no te supone esfuerzo. Pues bien, yo ignoraba que estuvieses vivo, ¿cómo iba a imaginármela como una traidora?, la vi más bien, como una tabla de salvación cuando se me cerraron las puertas por ser viuda del bando contrario. Cuando por ese estigma era una apestada y si alguien se atrevía, como si contaminara, a que le tocase la ropa para lavarla, zurcirla, plancharla, abusaban pagando lo mínimo, si pagaban. Y los niños creciendo sin nada. Tuve que tragarme el miedo, el orgullo, tu orgullo que hizo que tardara tantísimo en acudir a su puerta. Nos trató mal, pero me dio faena, mal pagada pero pagada. Eran, son, sus nietos. Cómo iba a pensarla capaz de esto. Ahí está el cambio. He de ir a por ellos pasando por encima de una gratitud que creía deberle". Silencio. Habían llegado a ese punto donde ninguno se escucha, convencidos cada cual de su verdad, sordos a los argumentos que solo ayudan a confirmar las propias ideas, no las del otro. "Vete, pues. Pero prométeme que regresarás, pase lo que pase"; "Eso, cariño, no lo dudes".

"¿Está Isabel?"; "¿Con quién hablo, por favor?"; "Soy Andrés". Roberto, que en otra ocasión habría preguntado qué Andrés, le dijo

a su mujer que su hermano estaba al teléfono. La primero que pensó fue decirle que le mintiera, “Dile que no estoy, que no sabes cuándo...” Lo desechó antes de terminar. Respiró hondo y pálida se acercó el auricular. “¿Si?”; “Hola, soy yo. Te he leído, ¿quieres que volvamos a vernos?, tenemos mucho que contar”; “¿No te importa?”; “El qué, ¿que hayas sobrevivido?” Isabel se derrumbó, tuvo que sentarse en la silla de al lado del teléfono junto a la mesita donde siempre hay una libreta y un lápiz para anotar los encargos para el marido.

Los dos hombres, cada uno a un lado de la línea telefónica, se sintieron impotentes, Andrés incordiando el cordón del aparato entre los dedos nervioso; Roberto torturando las gafa al ubicarlas con un tic sobre la nariz, lo que en él, indicaba desconcierto.

Serenando la voz, la hermana y esposa contestó que sí, que se vieran, que dijera dónde y cuándo y que acudiría. “Pues si quieres, en la misma cafetería”; “¿En la del otro día? De acuer...”, la frase inconclusa la apartó el marido que cogió el auricular para decirle a Andrés que se acercase a casa, que lo que tenían que hablar no era para escucharse en una cafetería. Le dio las señas y le citó para las seis de la tarde. Colgó. Isabel no protestó, se levantó y se encerró en su cuarto.

Engracia acompañó a Sara a la parada del autobús, Elena la había despedido en la puerta. “Adiós”, procuró diluir la tensión. “No quiero que te vayas enfadada, cada una hace lo que cree que debe hacer”; “Sí, tienes razón, muchas gracias por todo”, la abrazó, y aunque le pilló por sorpresa, se dejó hacer devolviendo el abrazo sin mucha convicción, “Gracias de corazón por lo que has hecho por mí y por lo que harás; saber que no va a estar solo, que le visitarás en mi nombre, me ayuda a irme”, Elena, roja, balbuceó cuatro palabras y mirando el reloj, le metió prisas, “Anda, no hagas tarde y lo pierdas, vete. Ya nos escribes cuando llegues y nos tienes al día”; “Claro”; “Adiós”; “En nada estoy aquí de nuevo”; “Sí, eso”; “Adiós”.

Sara con la maleta, Engracia con la bolsa de comida que le había preparado para el viaje. “Ay, hija, que todo vaya bien”; “Todo irá estupendamente, los caminos son seguros, no es como antes”; “Sí, bueno. Nunca se sabe, tu reza a san Cristóbal, el patrón de los viajeros”; Sara se rio con cariño, “para no ser amiga de iglesias

tienes mucha fe en sus santos"; "Ay, una cosa no está reñida con la otra, hija, los que me hacen desconfiar no son ellos, sino quienes los pretenden controlar; esos son los que no me hacen ni pizca de gracia. Ya lo sabes, así que tú rézale que no cuesta nada, y si ayuda, pues eso que te ganas". El autobús llegó a la plaza casi puntual, solo veinte minutos de retraso en los que se fueron acumulando personas, maletas y niños corriendo, "ya viene", las gentes que habían estado más o menos quietas, se apresuraron a coger los bultos, a despedirse, a dar recomendaciones de última hora, abrazos apresurados, besos rápidos. Los críos, aún más inquietos, se ganaron varias riñas y algún cachete. Sara abrazó a Engracia, que sin quererlo, se emocionó, limpiando los ojos en su delantal sempiterno, "Ay, hija, que todo sea para bien"; "Lo será, en cuando llegue, os escribo, y si las cosas funcionan como deberían, pronto regresaré con mis niños. Qué ganas de que los conozcas, os gustaréis enseguida"; "Claro que sí", la mujer se sonó, "que vaya bien, hija. Cuídate mucho, les das un beso de mi parte en cuando los veas"; "Sí, adiós, enseguida estaremos aquí".

La gente se dividió: los que entraban apresurados en el autocar; los que se aupaban cerca de las ventanillas para despedirles, y los niños correteando a su alrededor. "Vale, suban, que ya es hora", el conductor inexpresivo, cerró la puerta, paseándose por el pasillo del autocar contando el pasaje para comprobar que era el mismo número que los billetes entregados. Anotó algo en la hoja de ruta, y a la voz de "nos vamos", encendió el motor que agitó el autobús con desgana. "Hale". Se despidieron con gestos, pasajeros y amigos, separados por las ventanillas y la distancia anticipada; algunos aún gritaron recomendaciones de última hora que no escuchaba nadie; el ruido del autocar en marcha lo impedía. Arrancó. Los pasajeros se acomodaron para el trayecto, los de afuera se resistían a saberlos ausentes. Los niños echaron a correr tras él, como siempre, hasta que abandonaba del pueblo tras la curva del puente viejo, donde por mucho que lo intentaran, sus piernas no lo alcanzaban; sin aliento se detenían, jadeando, para ver cómo el humo del tubo de escape pasaba de negro a blanco, alejándose hasta confundirse con el polvo.

Los que se habían quedado en la plaza permanecían un ratito más ahí, quietos, mirando con insistencia el vacío donde antes

estuvo el autocar, como si todavía pudieran sentirlo, acostumbrándose a su ausencia. Ya no estaban. Casi a la vez, con un parpadeo, rompían el embrujo charlando entre ellos de cosas triviales, para lentamente regresar a la rutina. Engracia murmurando se dirigió al mercado; “Ya que estoy cerca, voy a ver a cómo está la verdura hoy”, los ojos seguían rojos, “esta chica..., en fin”.

“María”; “Dime”; “Luís se ha ido, ¿verdad?”; “Sí, cariño, se ha ido”; Ninguno de los dos tuvo que explicarse: Él ya no estaba. Andrés supo esa tarde que podría llamar padres a los que le habían acogido. Que sí sería su casa definitiva. “Yo no lo he echado, ¿no?”; “No, cielo. No has sido tú. Él tenía que irse; ya no estaba aquí de todos modos; en cualquier caso, le has ayudado a partir”; “Es que no quisiera haberle tirado”; “No, no lo has hecho”. Lo abrazó, el niño estuvo a punto de contarle el secreto, pero por alguna razón decidió que no, consciente de que si no lo decía en ese instante, jamás lo haría. No lo dijo, pero se prometió descubrir quién era el hombre muerto de la cueva.

Una promesa más.

“¿Qué quieres?”; “Mauro, ayer por la noche escuché algo muy raro”; “Ya, un aullido, ¿no?”; “No sé, como lo que hacen los perros cuando les duele algo”; “Eso es un aullido, no sabes nada”; “Ah, vale. Pues sí, eso oí, ¿qué es?, ¿hay perritos aquí?”; “No, no son perros, ni lobos ni gatos”; “Vale, pero ¿qué es?”; “Somos nosotros”; “¿nosotros? Yo no he sido”; “Me refiero a que ese grito lo hace uno de nosotros, uno de los niños de aquí. No siempre el mismo, cambia cada vez; el que ya no puede aguantar más. Da igual quien lo haga, los lamentos son idénticos”; “¿Qué les duele”; “Ojalá nunca lo sepas”; “¿Tú has gritado así?”; “No, aún no”; “Yo no quiero que te duela nada, no quiero que aúlles. Da mucho miedo”; “Sí, se te mete dentro y nunca vuelve a salir. Es el grito de quien ha dejado de esperar”; “¿esperar?, ¿a qué?”; “No sabes nada”; “No, mucho no sé, pero tú me ayudas”, la sonrisa que Andrés le ofreció es lo que Mauro supo que necesitaba, el porqué ese niño destacaba entre los demás, el porqué le quería tanto. “Sí, yo te ayudo. Anda, date prisa que llegaremos tarde y no quiero que me castiguen por tu culpa”; “Vale”.

“¿Tú también escuchabas esos lamentos donde estabas, Isabel?”. Andrés llegó puntual a casa de la hermana. Había salido

pronto para no perderse, trajo una bolsa de papel algo grasienta con unos bollos. No sabía quién abriría la puerta. Lo hizo ella. “Toma, no sé si te gustarán”, Isabel cogió los dulces con cuidado de no mancharse, “No tenías que haberte molestado, gracias”, escuchando las banalidades que se intercambiaban, nadie habría deducido los temas que tocarían esa tarde, ante esos pasteles junto con el café: se dijeron las cosas más atroces, y lo peor de todo, es que lo contaban como algo normal, con el mismo tono que usaron en la entrada. “Sí, en la cárcel esos lamentos eran constantes, las mujeres que gemían así tenían los ojos muertos, la mirada vacía. No hablaban; se expresaban con ese grito sordo, atroz, que a veces a coro, iba llenando la celda, la noche, a nosotras”; “Cierto”; “¿Cómo pudimos soportarlo, Andrés?”; “No pudimos”; “Cuando las escuchaba me juraba a mí misma que jamás, jamás, sería una de ellas. Nunca gritaría de ese modo”; “Desde que Mauro me comentó que eran nuestros compañeros, me entró una gran curiosidad por verlos, por saber quiénes eran, qué les pasaba. Se lo dije a mi amigo, recuerdo cómo me miró; “no querrás conocerlos, te lo aseguro”; “sí, sí que quiero”, y tuvo razón, a la mañana siguiente mientras estaba en el patio, se acercó a mí “ven”, le seguí y me dejó al lado de un niño demasiado quieto, no es que los demás nos moviéramos mucho; estaba prohibido, pero su inmovilidad inquietaba. Mauro nos dejó a solas. Le saludé, no reaccionó ni miró en mi dirección, seguía ahí, pensé que era sordo, así que le toqué el brazo, dio un salto hacia atrás tan repentino que me asustó, se dejó caer al suelo y fijó en mí sus ojos de una forma terrible; no era temor lo que reflejaban, era algo más espantoso. Le consolé, sin tocarle por si acaso. Le mostré lo que tenía en el bolsillo; una bonita piedra brillante que ni vio, inmerso en su miedo, incapaz de atender a nada más. No se movió en todo el rato en el que estuve hablándole, su mirada se fue vaciando de esa expresión atroz hasta que regresó al vacío. Me fui llorando sin saber por qué lloraba, y hasta que no me calmé no se acercó Mauro que había estado siguiendo la escena de lejos; “es lo que es, no se puede saber qué les ha conducido a ese otro mundo. No podemos ayudarles”; “Yo lo haré, estaré cerquita por si me necesita”; “Haz lo que quieras”. “¿Y le ayudaste?, ¿pudiste hacerlo?”; “No. Vivía fuera de la vida, no conseguí acercarme ni siquiera a su mirada. Jamás me vio”; “Yo

también quise ayudar a las chicas que parecían distinguir lo que nadie más advertía; hablaban en susurros ininteligibles, describían trocitos de recuerdos suyos como si estuvieran pasando ahora, pero no sucedían, atrapadas en esas imágenes que se les representaban una y otra vez, siempre igual, sin posibilidad de cambio alguno, no como nuestros cuentos a los que les quitábamos lo que nos disgustaba. No vivían aquí. Su universo era tan monstruoso porque estaba cerrado a todo. Hasta a ellas mismas"; "Yo seguí contándome cuentos"; "Yo no, yo dejé de hacerlo". Roberto, que no estaba en el salón pero sí cerca para escucharlos, se preguntó si quería seguir oyéndolos. No se veía con fuerzas.

"Quiero ver a la Señora". Amalia, sin saludarla, la aparcó como siempre en la entrada. Tardó mucho más de lo que acostumbraba. "No está"; "Vamos, mujer, esto es absurdo, si fuese verdad me lo habrías dicho nada más abrirme la puerta. Dile que quiero verla y que no me iré hasta que me reciba"; "No está ni estará; márchate" y la empujó afuera; como no se esperaba esa reacción, la sirvienta logró sacarla de la casa, cerrar la puerta deprisa y dejarla atónita, alterada, y cuando se dé cuenta de lo que ha pasado, humillada. "Pues bien, la veré sea como sea". Se sentó en uno de los bancos de la calle más cercanos a la casa, el que daba a la ventana del salón, dispuesta a esperar lo que fuese necesario. Vaya sí la recibiría. No era la primera vez que tenía que pasar tiempo a la intemperie aguardando.

Cuando lo de las mujeres en la cárcel, cuando se les negó ver a sus hombres, se turnaban en la calle, quietas, mirando fijamente las ventanas cerradas donde estaban ellos. Estuvieron tres días sin desocupar la calle alternándose; las que no podían quedarse traían comida, ánimos y bebida caliente en termos. Se contaban las novedades; las que sabían o intuían ciertas, aunque los rumores se pegaban a las certezas haciéndolos difícil de separar, de discernir. Las más alarmistas se hacían eco con lo peor de las dos versiones, las demás procuraban no precipitarse en la angustia. El cansancio, los nervios, el horror anticipado de la ausencia, el rumor insistente de que ya se les había fusilado, las tenían calladas, clavadas al suelo, a la esperanza.

"Igual se trata de un traslado"; "Sí, no sería la primera vez que se les cambia de prisión"; "puede", daban golpecitos con los pies

para calentarse, se turnaban para apoyarse contra la pared y descansar el cuerpo porque no querían sentarse; no sabían bien por qué pero sin que nadie lo dijera, la espera la realizaban de pie, como si sentadas indicasen debilidad, o se desdeñara la amenaza ahí, al nivel del suelo. Fuese como fuere ninguna hizo el amago de intentarlo. Había momentos de agotamiento donde creían que jamás había estado en otro sitio en su vida que no hubiese sido esa calle, en esa postura, atisbando sin distinguir esas ventanas clausuradas, incapaces de imaginar más pasado o presente, menos todavía un futuro. “Algo nos habrán de decir”; “Fijo, quieras que no, tenernos aquí no les hará gracia”; “¿seguro que hacemos bien? A lo peor su represalia va a fastidiarles todavía más”. El miedo estaba repartido entre esa duda y la certeza de que más tarde o más temprano aplicarían la fuerza contra ellas. “Pues cuando vengan, vendrán, mientras tanto de aquí no nos mueven”. Las horas pasaban y no pasaba nada.

Sara permaneció en su banco.

“¿Sigue todavía ahí?”; Amalia se asomó con discreción a la ventana para mirar a través del cristal reluciente sin apartar apenas los visillos. “Sí, señora”; “Por dios, qué obcecación más torpe. Pues ya puede esperar la vida entera ahí abajo”; “Sí, señora”; “No sé qué creerá que va a ganar haciendo esta estupidez, bah, ya se irá”; “Sí, señora”. Se pasó la mañana espiando por la ventana, prisionera en su casa, durante toda la tarde y parte de la noche. Cuando despertó agotada de mal dormir, lo primero que hizo fue pedir el parte; “sigue en el banco, señora”; “No es posible, simplemente no es posible, ¿ha llegado ya Vicente?”; “No, pero estará a punto, es su hora, señora”; “Cuando venga dile que entre en mi despacho directamente”; “Sí, señora”. Nunca se le hizo una mañana más larga a la viuda de Méndez, atenta a quien fuera que llamase a la puerta: el lechero, el del ultramarinos, la lavandera. “¿Por qué tarda tantísimo?”, la paciencia nunca estuvo entre sus virtudes. Amalia procuraba alejarse de su señora; reconocía esa tensión que solo acarreaba riñas y más faena si te descuidabas, voceando su impaciencia y preguntando sin esperar respuesta qué cuándo iba a venir ese vago vale para nada de su secretario, hasta que llegó, no más tarde de su hora habitual; la que había madrugado era ella dilatando el tiempo y destrozando los nervios de los de la casa, que

ni se atrevían a respirar; se cocinaba, limpiaba y recibía a los recaderos con un silencio cortante que no extrañaba a nadie; "¿Qué le ha pasado hoy?"; "Nada, ni preguntes, métete en tus asuntos", el lechero, un chismoso aburrido no hizo caso, y esperó al del ultramarinos que subió detrás de él. "Oye, ¿no crees que algo va mal dentro?"; "Sí, la Amalia está más desagradable que de costumbre"; "Y ya es decir", se echaron a reír mientras uno ofrecía de liar al otro. "Qué casa más rara"; "Sí, cuando más ricos, más incomprensibles"; "Siempre están a la que salta"; "Normal, a ver, tal como están las cosas"; "No sé, no hablemos de más"; "Sí, ahí te doy la razón", acabaron los cigarrillos en silencio. Sara los observaba desde su puesto, al igual que veía los visillos oscureciéndose con la silueta de su suegra o la criada. Saber de su nerviosismo le ayudaba a soportar el agotamiento y el frío, consciente de que no resistiría mucho más en ese banco sin ayuda. Contemplando a los dos hombres que recordaba de cuando iba ella misma a la casa, se le ocurrió cómo procurar apoyo. Si todo seguía su rutina inalterable, y por lo que había visto eso parecía, en nada, se acercaría la bordadora; la mujer que recomendó para cubrir su puesto. Antonia la ayudaría.

A Isabel y su hermano se les escapó la tarde, la noche, y ya al alba, cansados de hablar, entumecidos de recordar, atropellados por las palabras del otro, aliviados por compartir las suyas, callaron a la vez para sentir la luz que tímida y rosada desmenuzaba las sombras negras hasta desdibujarlas. Roberto se había dormido en el sofá, escuchándoles. Ellos no se movieron de la mesa para viajar al orfanato, la cárcel, las diferentes casas de acogida, las celdas, los archivos, las calles, la boda, las pensiones, el hogar propio donde estaban tomando el presente en tazas de porcelana, compartiendo el pasado en los posos. La claridad del día entró en el salón, empujando y situándose en haces de luz. Los hermanos exhaustos se abandonaron cada uno en un sofá y durmieron soñando que estaban despiertos y juntos.

Roberto se despabiló al sentir que el murmullo de sus voces había cesado. Abrió la puerta con cuidado y los vio dormir. Cerró con más cuidado todavía y se sentó a su mesa, cogió papel y anotó con prisa para no olvidar, lo que había escuchado a través de la pared. Qué rabia le dio haberse transpuesto pero estaba

convencido de que en sueños los oyó; si se esforzaba lo suficiente podría escribir lo que hablaron mientras él los escuchaba sin oírles. El silencio, la pluma sobre el papel, la luz cada vez más poderosa del día: uno nuevo.

Al rato, Sara vio a la bordadora que salía de una bocacalle. Miró rápidamente hacia la ventana para comprobar que justo ahora nadie la espiaba y se levantó para abordarla. “Hola, Antonia”, la mujer se la quedó mirando como cuando sabes que conoces a alguien pero no lo reconoces en ese momento, hasta que lo hizo. “Sara, qué alegría”, se besaron, “¿qué haces aquí?, ¿va todo bien?”, en esos segundos le había dado tiempo a preocuparse por su empleo; puede que se lo reclamase, sería lo justo, pero ahora le venía fatal, ahora o cuando fuese; en casa eran cinco y solo entraba su sueldo y lo que lograba agenciarse el mayor de los hijos haciendo recados, los otros eran demasiado chicos aún y la madre la tenía inválida. “¿Qué cuentas?”; “Pues ya ves. Oye, me gustaría pedirte un favor”. Antonia apretó los puños: por favor que no me quiera quitar el puesto, por favor que no me quiera quitar el puesto. “Dime”; “Es muy largo de contar y no hay tiempo; el hecho es que he de hablar con la señora y ella no me recibe, así que he decidido quedarme en ese banco molestándola con mi presencia hasta el día del fin del mundo si es preciso, pero no tengo ni ropa de abrigo ni comida”, la miró, “dinero sí tengo”, la mujer que aún estaba alterada creyendo que el favor sería que le devolviera el empleo, se alivió tanto que le dijo que claro, que lo que quisiera, que ella le traía lo que necesitase, o su pequeño, que estaba muy mayor, sin darse cuenta de lo que decía; qué suerte, no le apartaba de los encargos, encima le daba más. “Gracias, eres una amiga”; “Ni lo menciones, para qué estamos sino para ayudarnos, anda cuenta”; “No, no puedo alejarme del banco y tú tendrás que entrar; recuerdo lo mal que llevaba la impuntualidad”; “Tienes razón, pero cuando termine, me acerco y me dices”; “No, no vengas, no deben verte desde arriba. Me esperas aquí mismo y te doy lo que necesito por escrito, ¿vale?”; “Bien, pero no sé leer?”; “Ya, ¿y tu chico?”; “Sí, él sí”; “que lo lea él entonces. Muchas gracias, eres mi salvación”; “Nada, tranquila, no es para tanto”, se despidieron. Sara corrió hacia el banco esperando que en esos minutos nadie se hubiese asomado. Le vino bien moverse; solo al levantarse notó lo entumecida que

estaba, “al menos estoy sentada, incluso puedo tumbarme; con lo de la cárcel fue peor”.

A ella le tocó una noche entera de guardia y una mañana, pero no vivió la tarde en la que todas creían que ahí mismo las mataban. Se lo contaron tantas veces, de tantas maneras distintas, que lo recuerda como sí de verdad hubiese estado de pie en la calle, cuando ese furgón negro se les acercó para interponerse entre ellas y la cárcel, su blindaje lo interrumpía unas ventanillas diminutas, casi ridículas, que no alcanzaron a entender su uso hasta que vieron salir por ellas los cañones de unas armas apuntándolas. Tras ese coche vino otro estacionando al lado del furgón del que se bajaron cuatro militares para situarse armados cara a ellas. Los soldados de la entrada de la prisión se les unieron. Ninguna dijo nada, ¿para qué?, sabían lo que cada una estaba pensando.

“Hola. Antonio”; “Hola, Elena. Gracias por venir”; “Ni lo menciones”; “Claro que sí: eres un ángel”; “No, para nada, soy solo una mujer”, se echó a reír temerosa de haber ido demasiado lejos, nunca sabía a qué atenerse; a veces creía que la miraba como quería que lo hiciera, certeza que le duraba lo que un parpadeo, jamás lo suficiente como para atreverse a ir más allá, expresarle lo que sentía, lo que representaban esas horas vacías que pasaban sin verle. Era una lucha continua entre lo que imaginaba y lo que su sentido común le indicaba falso; demostrándole lo necia que era, lo estúpido de esos sentimientos románticos en los que se envolvía, consciente del ridículo cuando los contrasta con la realidad, perdiendo el derecho a verle, a soñar.

Así que en cada visita se enlazaba al mismo círculo; primero buscaba indicios que le permitieran cruzar la frontera entre el deseo y el hecho, atenta a cualquier gesto que le hiciese, dominando los suyos, que contenidos, revelaban ambigüedad: esa frase, ese pestañear, ese suspiro, aquel regalo, una pregunta..., ahí quedaba todo, en nada, en equívocos que la torturaban cuando repasaba cada detalle de la conversación donde cerraba el ciclo sintiéndose necia, cursi, y encima desleal.

La lucha era constante; la angustia de mostrar sus cartas o no, se agravaba con la realidad emergente a su pesar, de saber, que en el fondo, no tenía ninguna baza, que era la única jugadora en esa partida. Cada noche se prometía apartar esa cría estúpida que

actuaba en ella, dominándola. Cada mañana necesitaba acogerse a la ilusión de ser amada para sobrevivir al día.

Y ahí estaba atrapada pero viva.

Isabel se despertó agarrotada y desorientada; le costó reconocer su salón. El brazo sobre el que se había apoyado, le dolía. Se sentó con dificultad, descubrió la figura de su hermano; recordó. No sabía si alegrarse o todo lo contrario: cuánto le había buscado. Y ahí estaba. Se acercó con mucho cuidado para no despertarle. Le observó dormir. “Es él, sin duda. Tiene la misma expresión que de niño, el mismo respirar, la postura, jamás dejamos de ser quienes somos a pesar de los años, hay gestos que nos definen, que nos acompañan a través del tiempo a pesar del tiempo. La carita del hermano se superponía sobre el rostro del hombre. Su mano acarició el contorno sin tocarle; cuando chicos esa caricia le aseguraba que dormía, si iba a buscar por la casa para enterarse de lo que la madre les ocultaba, o simplemente para acunarle sus sueños; qué plácido ese pequeño rostro, ese abandono infantil, la ternura le empujaba a abrazarle, besarle, aunque lo despertara.

Cuánto tiempo sin sentir esa emoción. No pudieron tener hijos y se negó a adoptar; le daba pánico pensar de quién sería ese niño, nunca suyo a pesar de serlo. Cada vez que lo abrazara vería en él a esos bebés negados a sus compañeras. No, no podría acoger a ninguno. Ahora en el sofá, a pesar de que Andrés no era su Andrés, le invadió el mismo cariño de antes, anegándola. “¿Por qué nos han hecho esto?”, pero sabía que no solo era víctima; fue verdugo: las circunstancias nos determinan, sobre todo, en cómo las hemos afrontado. Se sintió bien sin esconderse de su verdad: habría de enfrentar el resto de su vida haciendo algo más que mentir, esconderse o compadecerse.

“Hoy están nerviosos”; “Sí, se puede cortar el aire”; “Malo”. Antonio y sus compañeros de celda notaban como los demás, que algo iba torcido, lo que no era buena señal. Las sacas se aceleraban cuando días antes los guardas se mostraban tensos, sin hablarse unos con otros, a no ser por un bisbiseo apresurado y cauto entre los más amigos. El ambiente se espesaba de tal manera que la opresión era real; costaba respirar. Cada prisionero lo sobrellevaba a su modo: unos hablaban sin parar, les escucharan o no; otros, taciturnos, quedaban absortos con la mirada ida, puesta

en el infinito; los más se activaban andando, haciendo flexiones, moviéndose como para canalizar el miedo, para alejar la realidad que acallaban o suspiraban sin suspiros, inertes, preparándose para cuando estuviesen muertos. Los menos se aferraban a sus ideales, susurrándose discursos oídos, recitando palabras prestadas, tarareando himnos prohibidos. Sus reacciones añadían angustia a la incertidumbre general. Y el caos contenido iba filtrándose.

Una de esas veces les comunicaron que no habría visitas hasta nueva orden cuando ya estaban en fila para recibirlas. Las preguntas se solapaban desordenadas, quedando en suspenso sin la respuesta de unos guardias mudos que los encerraron de nuevo exigiendo silencio a golpes a cada intento de saber qué pasaba. Dentro de las celdas, los que tenían tragaluces a la calle, se asomaron subiéndose unos sobre otros para enterarse de lo que sucedía con sus mujeres, y en un morse rudimentario informaron al resto de lo que veían. “Se han quedado ahí paradas, de pie”. Iban con cautela, si los sorprendían, les cegarían las ventanas perdiendo ese mínimo contacto con el exterior que entraba por ellas. Fueron testigos de cómo al tercer día por la tarde, ese furgón y los soldados las apuntaron. El pánico por sus propias ejecuciones se desplazó al horror de intuir que la muerte las visitaría a ellas primero contra toda lógica; “Están locos, cómo van a disparar a sangre fría”; “Pues si eso es lo que les debería frenar, están acabadas”; “No pueden hacerlo, no pueden”. No se atrevían a respirar, ni ellos ni ellas. Las armas encañonaban sin razón a quienes esperaban sin esperanza que no dispararan. Entonces una del grupo comenzó a cantar. Se le unió otra. Y luego otra más; tímidamente el coro creció hasta que todas se cogieron de las manos y cantaron con la vista enfocada hacia las ventanas sin ver los fusiles, los soldados, la calle y el futuro sin ellas. Cantar les impedía pensar en los hijos, en los padres mayores que las aguardaban en casa, les ayudaba a apartar cualquier idea práctica que anticipase, unos segundos, ese segundo. Cantaban esperando sin esperar nada.

Los hombres, en cambio, callaban. Cerraban los ojos concentrados en ellas, sus mujeres: madres, hermanas, hijas, amigas. Ellos sí se aferraban a los recuerdos, a lo único que les quedaba de quienes ahora cantaban mientras la orden de disparar, o no, seguía congelada.

Sara sentada en el banco aguardaba a que el pequeño de Antonia le trajese comida, bebida y abrigo. De ahí no la movían. Iba a ser su segunda noche y aún no tenía ganas ni fuerzas para plantearse, si lo que estaba haciendo servía para algo o debía intentar otra estrategia, aunque no sabía cuál ni quería en ese instante saberla. No era el momento. Resistir era lo único que la guiaba.

La ventana del salón estaba iluminada, las de la cárcel, mezquinas hasta en eso, no. En su duermevela, envuelta en ese estado alucinatorio del sueño interrumpido, fatigado, confundió las ventanas; el chal de lana que le trajo el crío de ojos grandes y curiosos, la arropaba, se abrazaba a él como lo hizo con la mujer que estuvo a su lado de pie, apoyándose espalda contra espalda para procurarse, al menos, un frágil descanso esa noche. Fue esa misma mujer quien, más tarde, le explicó cómo, sin saber por qué, se pusieron a entonar esa canción, una que no lograba recordar, y en la que se fundieron: "Te aseguro que esa música nos alejó del momento; dejamos de estar ahí atrapadas como conejos, nos olvidamos de pensar, de temer, de ser. En serio, en mi vida había sentido algo así. Nunca; ni cuando se llevaron a mi Marcos. Nos pasó a todas. Entonces ellos se retiraron: las armas desaparecieron".

"¿Qué están haciendo?"; "Cantan"; "¿Qué?"; "Que están cantando"; "Las van a matar"; "No, no: dan miedo; no me gustaría ser uno de los de ahí abajo, es como si estuviesen locas"; "Han dado un paso hacía ellos"; "Esto va a ser una carnicería"; "No. Se retiran, han bajado las armas"; "¿Por qué?, aunque les cuadripliquen en número, ellos tienes metralletas, pistolas"; "No sé, igual la que se montaría con esta matanza sería demasiado llamativo, sin justificación"; "Sí, puede que no quieran echar más leña al fuego, con la última ejecución se les echaron al cuello"; "No sé, el asunto es que se retiran"; "Y ellas, ¿qué hacen?"; "Siguen cantando"; "Cuidado, vienen los guardas: bajad de ahí".

"Y ¿sabes?, dejamos de cantar a la vez, y en silencio, sin más, nos fuimos a casa, sabiendo que al día siguiente sí habría visitas".

Sara se sentía mal, casi celosa, por haberse perdido esa tarde. Le hubiera gustado comprobar cómo habría reaccionado ante el miedo a morir, sentir esa energía primaria, colectiva, que les hizo

actuar a la ofensiva con las únicas armas que disponían: sus cuerpos como muro, su determinación a no rendirse, su voluntad a no ceder ni ante las balas.

Ahora aunque distinto, era lo mismo; permanecería en ese banco hasta que le dijeran dónde estaban sus hijos.

“Y ahora, ¿qué vas a hacer?”; “¿A qué te refieres?”; “Bueno, me has encontrado, ¿y ahora qué?”; “Eso depende también de ti, ¿tú qué quieres, Isabel?”, se quedó callada; no recordaba la última vez en la que alguien le dio a elegir, decidir le venía grande; solo obedecer y disimular. “No lo sé, ¿qué podría querer?, ¿a qué tengo derecho a querer?”; “Ni se te ocurra caer en la autocompasión, esa excusa tan pobre como el olvido”; “Tienes razón”, le miró de frente agradecida, asombrada, “ahora eres tú, no yo, quien sabe más. Cuando niños me sentía importante porque me preguntabas, necesitabas de mi experiencia. Y ahora, fíjate, no sé nada”, Andrés le iba a decir que por ahí no, cuando su risa le frenó. “Siempre has estado conmigo; era a ti a quien preguntaba lo incomprensible, la que me contaba los cuentos en tu ausencia: yo hacía de ti contestándome como creía que lo harías: sí, me has acompañado estos años”; “Pero no era yo, era el recuerdo de quien fui para ti”; “Sí, ¿y qué?, sin tu recuerdo habría estado mucho más solo”; “Yo no tuve esa fortaleza, os dejé ir a los dos; a ti y a mamá, me abandoné porque no supe reteneros”; “No lo creo, no fue tu culpa; lo que viste, lo que tuviste que presenciar; no era tu lugar, eras demasiado pequeña para convivir con problemas adultos”; “no supe entender”; “de acuerdo, por eso mismo te pregunto qué quieres hacer”, entonces Isabel entendió la pregunta, comprendió lo que podría hacer, lo que quería hacer. “Sí. He de saber de aquellas a las que traicioné, a las que dejé atrás; en mis sueños cambio sus destinos porque no estoy, las sueño sin mí, jamás estoy, por eso sus vidas siguen adelante. Mis sueños más hermosos son aquellos en los que no existo”; “Te comprendo”; “Quiero que lo que me queda de vida sirva para paliar lo que hice por estar viva”; “Vale”, Isabel se rio; “de chico, siempre contestabas así. Aún somos nosotros”, él la miró a los ojos: “Sí. Mauro tenía razón”.

“No puede ser que continúe ahí”; “¿Pasa algo, señora?, está pegada a la ventana”; “Es esa..., esa..., no tengo ni nombre, es esa desgraciada de Sara”; “¿Ha regresado?, no lo sabía”; “Pues te pago

para que sepas, dime cómo deshacerme de ella. No lo soporto"; "¿Le ha dicho qué quiere?"; "No, no sé qué quiere, no la dejé entrar", el secretario la miró disimuladamente, claro que sí lo sabía: era lo que desde que dio la orden para alejarla de los niños, esperaba que pasase, "Ha tardado mucho, pero ahí está", se dijo mientras se asomaba a la ventana con cuidado. "¿Qué quiere que haga?"; "Pues lo que sea, pero que se vaya". La observó con discreción, estaba afectada. Ella no era tonta, al igual que él, debió esperar su reacción. No acababa de comprender los nervios, la falta de aplomo en esa mujer dura, impasible, fría. Algo se le escapaba. Se sentó en el sofá sin pedir permiso, sabía cuándo podía hacerlo, en qué ocasiones él volvía a ser el hombre que compartió secretos, sábanas y confianza con ella. "A ver, Carmen"; se arriesgó con su nombre de pila; no se había equivocado, la mujer respondió con la complicidad del pasado. Se sentó a su lado. "Dime. ¿Qué pasa?, ¿desde cuándo una mujer en un banco de la calle te saca de tus casillas?"; "No lo sé, no sé por qué". Lo miró con angustia. Sí sabía por qué. Y él lo entendió cuando se asomó a la tormenta que se agitaba detrás de sus ojos. No se atrevió a decir en alto lo que descubrió: que también era humana, que le importaban sus nietos, que se arrepentía de lo hecho, que Sara le impedía arrinconar la culpa. "Ha de irse de ahí". La voz le salió estridente, las manos se movían frenéticas, los ojos ahogados en la conciencia. "Llama a quien sea, ¡que se la lleven!". No se levantó, se hundió en el sofá, apartó el bastón que tanto admiraba su nieto. Vicente apostó consigo mismo que, a pesar de todo, no lloraría. Ganó. La mujer simplemente se dejó ir, su aspecto siempre cuidado manteniendo a raya la edad, una que disimulaba muy bien, se resquebrajó: en ese sillón se había sentado una mujer madura pero se levantaría un anciana cansada, abatida, sin energías. Fue el principio de su fin: jamás volverá a recuperar sus fuerzas, su apariencia, su mando.

Vicente lo comprendió así: por fin sería él quien mandase de verdad. El brillo astuto en su expresión habría alarmado a Carmen si hubiese sido capaz de percibirlo, pero estaba más allá de sí misma. Él se levantó triunfante, sin disimular, para qué ya, y tomó las riendas de la situación, de la anciana, de la casa y de la fortuna. "Tranquila. Yo me encargo". Un destello último de intuición hizo que la dueña recuperará por unos segundos el control: anticipó su vida,

su final, quién mandaría desde ahora mismo; quiso revelarse, se incorporó un tanto, lo justo para que el secretario lo notase y con un repentino pavor, creyese que se había equivocado por completo al pensarla acabada. Se miraron como solo dos personas con el alma a flor de piel lo hacen. Ella sabiendo y él sabiendo que lo sabía. Las cartas sobre la mesa sin posibilidad de esconderlas de nuevo. Ahí estaban, cara a cara: dos seres absolutos, enfrentados en un duelo sordo. La mujer ambiciosa cedió; estaba cansada; regresó la anciana a la que permitió entrar para quedarse. Él ganó. “Ya lo arreglo, tranquila. Amalia, trae un té para la señora”. Salió del cuarto.

“Fui a visitar la tumba de mamá”, Isabel sorprendida por el cambio de tema, le preguntó cómo se había enterado dónde estaba. “Pues como supe de ti, indagando, revolviendo expedientes”; “Pero eso lo hice también y jamás os localicé”; “No fue fácil”; “¿Insinúas que me rendí pronto?”; “No”, Isabel se avergonzó de ese pronto suyo tan suspicaz; cómo le dolía quien era, “Joaquín y Lina, mis padres adoptivos”, aclaró a su hermana, “me animaron a encontrarme, a buscar. Ha sido un viaje laborioso entre papeles que llevaban a otros papeles, archivos similares en diferentes edificios, polvo y olvido en todos. Complicaciones burocráticas, obstáculos enmarañados; sin ir más lejos, a mí me cambiaron de apellido tres veces. Normal que no me encontraras. Y eso es poco; miles de personas perdieron su identidad, sus raíces, su esencia entre tanto transvase. Son muchísimos los que ignoran quienes son; cientos que desconocen que no son quienes son: les arrancaron lo que habrían sido sin más”; “Nunca te había oído hablar así”; se rió, “Nunca es desde ayer, pero sí, tienes razón, son pensamientos que no comparto, que no expreso, quizá por eso han salido tan vehementes. Solo los hablaba con Mauro”; “¿Tu amigo?”; “Sí, él me revelaba lo invisible, enfocaba lo que hay más allá de las apariencias; me enseñó a traspasar los reflejos de la realidad.

Muchos de nosotros cambiaron su modo de pensar, repudiaron las ideas de sus padres. Nos decían que eran malvados, que estaban en contra de la razón, que teníamos suerte de estar ahí para no caer en el mismo pozo diabólico de nuestros progenitores. Éramos tan pequeños, no entendíamos por qué éramos mala semilla, solo queríamos agradar, que no nos riñeran; si se había de

cambiar, se cambiaba. Cuántos efectivamente les siguieron, desdeñando la postura que enfrentó a sus padres contra los que ahora, vencedores, reclamaban la verdad absoluta. Pocos se cuestionaron quién tenía razón, y menos aún, comprendieron algo. Qué manera de enterrar lo que hicieron con palabras, cuántas atrocidades en nombre de las dos partes, qué abismo se abrió tragándonos, y sobre todo a nosotros, los niños, los más indefensos, los más manipulables porque aún nos faltaba experiencia, vida, cariño, cuentos, sol", la miró, "cuántos paseos me imaginé andando al sol de tu mano, bajo esa humedad gris imperante que nos atrapaba por completo como una gran tela de araña gigante"; "Sí". Y sin hablar más se lo dijeron todo.

"¿Me puede pasar con García?"; "¿De parte de quién?"; "De Vicente Alberola"; "Un momento, no cuelgue", el policía de guardia, fastidiado porque no le gustaba nada entrar en el despacho del jefe, hombre irritable que ya le había abroncado dos veces esa mañana por naderías, llamó con cuidado a la puerta. "Pase"; "Que le llaman por teléfono, señor"; "¿Y?, ¿quién es?"; "Don Vicente Alberola, señor"; "¿Sabe qué quiere?"; "No, señor"; "Pues se lo pregunta, y si es importante me lo pasa, si no, le da largas. Menudo día llevo para que me vayan interrumpiendo sin razón"; "Sí, señor", se marchó a contestar el teléfono de nuevo, molesto por sentirse agitado; odiaba esa parte de su carácter, esa debilidad ante la autoridad. "Que dice que está muy ocupado ahora, que me diga para qué lo necesita, señor", Vicente que no estaba tampoco para que se le ninguneasen le gritó que se dejase de necedades y le pusiese con su jefe de inmediato, a lo que el policía contestó que el comisario había exigido saber para qué se le requería. La irritación del secretario de la viuda de Méndez fue en aumento sin entender ni él mismo por qué este formalismo, normal además, le estaba alterando tanto, pero estalló y con una agresividad gratuita le pidió el número de placa al agente, asegurándole que si no le pasaba con García de inmediato se fuese despidiendo de su puesto; le amenazó con personarse en la oficina para desbaratarle la vida de una manera que no podría ni imaginar. El agente de policía angustiado, no sabía qué sería peor para él: si colgarle a este, o molestar al jefe. Murmuró al teléfono lo que no entendió ni él, y ya sudando a mares, tocó de nuevo a la puerta del comisario. Un "qué pasa ahora" que

se escuchó hasta el último rincón de la comisaría, le atragantó lo que tenía pensado, y con una voz que no supo de dónde le salía, le mintió diciendo que don Vicente Alberola le solicitaba por asuntos que no podía comunicar a un simple subordinado. Eso pareció calmarlo. “Vale, pásame la llamada”. Es lo que hizo antes de salir afuera un rato a echar un cigarro para tranquilizarse, que aún le quedaba jornada por delante.

“A ver, Vicente, ¿qué es eso tan secreto y urgente que no puede esperar?”; “La señora Carmen quiere que detengan a una mujer que la está molestando”; “¿Molestando?, ¿cómo?”; “No se va. Entró en la casa para pedir imposibles y cuando la echaron, se sentó en el banco de la calle de enfrente y ahí está ya tres días, vigilando la casa”; “Pero, ¿ha hecho algo más?”; “¿A qué se refiere?”; “Por dios que espesos están todos hoy, pues a que si ha creando problemas violentos, como arrojar piedras o gritar o... ¡yo que sé!, tú sabrás por qué dices que es una amenaza”, rugió el comisario. “Quiero que la detengas, que te la lleves de ahí”; el secretario lo dijo sereno, consciente de que con ese tono se dominaba siempre la situación con los que creen que mandan. “Como comprenderás, no puedo ir por las buenas y detenerla sin más”; “Mira, que soy yo con quien estás hablando: a mí no me vengas con esas, ¡pues claro que puedes!”. García se mordió la lengua, cierto que podía; entre los dos habían realizado más irregularidades de las que sería conveniente recordar. Quiso zanjar el asunto rápido. “Dime quién es, no sea que nos llevemos a otra que no tenga nada que ver con el asunto”; “Es su nuera: Sara”; “Ya veo. Tenía entendido que se había ido”; “Regresó”; “Y una vez la tengamos: ¿qué hacemos con ella?”; “Por lo pronto sácala de ese banco, métela en una celda de la comisaría, y ya hablamos”; “Bien, pero recuerda, procura no meterme en más enjuagues tuyos o de tu señora porque todo tiene un límite y las cuentas dejan de salir”; “Tú haz esto”. Y colgaron justo cuando el agente entró por haber acabado de fumar.

“Tenga”; “Gracias, cielo”, el hijo mayor de Antonia le llevó de nuevo pan y algo de sopa caliente, “Mi madre me ha dicho que le pregunte si quiere otra cosa”; “No, no hace falta”, le pasó la mano por el pelo después de darle unas monedas, “¿Cuántos años tienes?”; “Doce, señora”; “Mi Isabel tiene catorce, casi quince”; “Si no quiere nada más”. Sara entendió que quería irse, aunque le

habría gustado hablarle, saber más de él, tenerle un ratito cerca recordando cómo es estar con un niño, le dijo que no gracias, no quiero nada más, cariño, y le vio marcharse corriendo hacia la plaza.

Estaba cansada, se tomó el caldo con el pan procurando no pensar demasiado sobre la situación tan absurda en la que se había metido: de este modo, en ese banco, cómo iba a recuperar a sus hijos. Qué lejos estaba de su marido de nuevo, qué estupidez estar ahí sentada, muerta de frío y hambre en esa tierra de nadie, a quién creía que estaba intimidando, qué presión suponía estar ejerciendo. Su mente pensaba por libre independientemente de su voluntad, impregnando la sopa y el pan de derrotismo, dudas y fatalidad; justo lo que debería evitar.

Unos policías que llegaron por detrás y no detectó, la sacaron de sus pensamientos, situándola en la realidad, una que le quitó del banco, la mantuvo lejos de su hombre y siguió sin darle información de sus hijos.

"¿Hay carta de Sara, Engracia?"; "No, hoy no". Elena nunca sabía si alegrarse o todo lo contrario cuando no recibía noticias; por un lado no había de hablar de ella con Antonio cuando iba a visitarlo, y por otro, verle preocupado por su mujer le mortificaba. "Tranquilo, no es nada, ya verás que mañana mismo llega carta", y pasaba a cambiar de tema apresuradamente para animarlo, sobre todo, para reconducir la conversación por donde quería, haciendo surgir palabras con las que fantasear que no le era indiferente. "¿Qué quieres que te traiga en la próxima visita? Tú pide y veré que se puede hacer"; "No, nada, gracias, ya haces demasiado"; "No, no, lo que necesites. Pronto acabaré un jersey que te estoy tejiendo, espero que las medidas sean las tuyas", le sonrió tímida, él le devolvió la sonrisa lejano. Pero le valía, se engañaba sin demasiada dificultad: le iba su ilusión en ello.

Frase a frase se acostumbró a creer que era a ella a quien esperaba, no a Sara y sus novedades. Como disimulando, lo acomodó en su vida y la vida la amoldó a él; a su nuevo hombre, aunque en el fondo sabía que no la consideraba como anhelaba. Esa necesidad de que la sintiera como quería fue lo que le llevó a decir que sí cuando las cosas se empeoraron con las sacas. Ese sí que pronunció su amiga Carmela, el que tantas dudas le creó a

pesar de las evidencias: tanto su hombre, como el de la que accedió, ya no estaban. Pero cuando la mente se atasca golpeándose contra la realidad, es muy difícil rescatarla; a veces romper el cristal que nos separa de la verdad solo se logra con lo que se intentó evitar. Y el suyo se hizo añicos.

"¿Qué es lo que más recuerdas, Andrés?"; "¿De qué?"; "De los primeros días, de cuando aún pensabas que estarías de paso en ese orfanato, qué es lo que más te llamó la atención"; "Ya, bueno, todo me era extraño: tanto niño, los uniformes, la comida, el olor, esas escaleras infinitas que conducían a pasillos enormes que se abrían en docenas de puertas, que al traspasarlas te internaban en mundos distintos; aulas llenas de mesas y sillas y esos tableros donde pintaban las profesoras, pero lo que más me impresionó...", Andrés se abismó en las imágenes guardadas de esos primeros días, dejando la frase en suspenso. Su hermana paciente, sabía dónde estaba; esperó tratando de no irse ella misma también a sus recuerdos.

"Anda, pasa", Mauro le acercó al aseo donde se lavó y supo valerse solo, sin apenar mojarse, por vez primera. Fue muy rápido ese primer contacto con el baño. Cuando dispuso de tiempo, entró de nuevo para contemplar lo que antes, con las prisas, apenas vislumbró. Era enorme, tenía puertas en un lado y al otro, una pila larga con muchos grifos de los que salía agua si los girabas. Las paredes relucían con baldosas blancas de tacto frío y suave. Le gustaba tocarlas con la mano mojada, resbalando sobre ellas. Olía raro, luego supo que era lejía, desinfectante y humedad. Le gustaba pasarse cuando lo acababan de limpiar; los suelos mojados relucían, la porcelana de las tazas, los grifos, la pila de loza.

Cada uno tenía una toalla para secarse y de la que eran responsables, si la perdían o manchaban antes de hora, castigo seguro. Él jamás había visto un cuarto como ese, blanco, enorme, con agua sin tener que ir a buscarla en cubos, donde había hasta una ducha de la que salía agua a voluntad. Le apasionaba verla caer convertida en chorritos largos, delgados, y si abrías a tope el grifo, se rompía contra la piel haciendo un poco de daño. No era para su uso; ellos se bañaban en cubetas y con jarras, pero estaba ahí; cuando lograba entrar y accionarla, se sentía feliz sin saber bien por qué.

Siempre que podía escabullirse se adentraba en ese baño gigantesco, de porcelana, donde se dominaba el agua. Nunca había pisado un cuarto de aseo así. Lo más parecido a eso era el que tenía en casa la Señora donde había una bañera enorme con patas que le impresionaba. Una vez, que aburrido, logró escabullirse sin que le vieran, aunque acabaron riñéndole, se decidió a meterse con sumo cuidado, saboreando la aventura, para tumbarse en ese artefacto impasible, que respondía a su voz con un ligero eco. Ahí echado, cerró los ojos; se pensó dentro de un gran animal; con un escalofrío imaginó que se lo comía, que estaba en su estómago. Los abrió para cerciorarse de la realidad; vio esos grifos, a los que no se atrevió a manipular, por si dañaba al animal.

Le amonestaron porque no acudió cuando le llamaron, sordo a su nombre por estar dentro de ese refugio dudoso de loza; al rato, lo encontró su hermana. “La que te va a caer”. Y la que le cayó. Le dio igual no cenar; estuvo en la panza de un gigante. Valió la pena.

Los espejos también le fascinaban. Estos se empañaban cuando el agua brotaba caliente; era divertido comprobar cómo tu reflejo se desvanecía entre esa niebla de azogue; por mucho que te mirases, sabiéndote ahí delante, era imposible verse, hasta que con la toalla o la mano, apartabas la bruma húmeda que se convertía en agua deslizándose, restaurando tu imagen aunque distorsionada. Los espejos creaban la ilusión de que el cuarto de baño era aún más grande.

Le comentó a Mauro lo mucho que le gustaba ese lugar. “Ya te digo, yo en mi casa, como éramos siete de familia y solo teníamos la pila en la cocina para limpiarnos, habíamos de hacer turnos; nadie quería ser el último porque se acercaba la hora de comer y nos aceleraban para que dejáramos libre el tema, que se debían lavar las verduras. Un caos. Lo otro, pues al corral”.

“Creo que lo que más me llamó la atención fue el baño, ¿y a ti, Isabel?” Se quedó pensando. “Lo que más me impresionó fue el silencio; recuerdo que pensé cómo era posible que tanta gente junta en tan poco espacio no hiciera apenas ruido. Luego entendí que no era así; había mucho, pero distinto al que estaba acostumbrada; no era el sonido de la vida: era el grito contenido de la muerte”.

Entremezclaron recuerdos de reverberaciones blancas, de brillos mates, de impresiones mudas. Del tiempo perdido de haber sido

niños.

"¿Don Vicente?"; "Sí, soy yo"; "Tengo un recado del jefe, dice que se pase por la comisaría lo más pronto posible"; "De acuerdo, gracias. Estaré ahí en menos de veinte minutos". Colgó el teléfono. Se asomó a la calle sin miramientos; descorrió las cortinas para ver el banco vacío, al menos de Sara, porque un hombre mayor iba lentamente hacia él apoyado en su bastón para ocuparlo y descansar un rato.

No le había extrañado nada la llamada; estuvo espiando la calle por detrás de los visillos, a la espera de lo que sucedió: un coche policial aparcó discretamente; abrió sus puertas, salieron tres agentes que, con un forcejeo firme, se la llevaran. La mujer sorprendida, dejó caer un termo y un chal, en una resistencia pobre, inexistente, si no hubiese sido por la mirada furiosa y afilada que le dedicó a su figura invisible entre sombras, tras las cortinas, donde se sabía imposible de distinguir.

La gente asustada se esparció por la plaza, atendiendo con disimulo la escena sin atreverse a intervenir. La actividad se frenó paralizando el entorno, donde solo se movían los policías, ni siquiera la mujer apresada. Se tardó un rato en reanudar los gestos cotidianos tras la marcha del coche.

"Carmen"; "¿Si?"; "Ya he arreglado lo de Sara"; "¿Ya no está ahí abajo, mirándome?"; "No, tranquila, ¿quieres una infusión?"; "Sí, gracias". Vicente se la pidió a la sirvienta, y dejó a la viuda sola, deshabitada de sí misma, de la cordura, de la fuerza que le dio el odio; invadida por el miedo, los remordimientos; vacía de ambición y venganzas. Carmen de Méndez ya no era Carmen de Méndez, su esencia se escondió más allá del tiempo.

"¿Sabéis?"; "No, ¿qué?"; "Están acelerando de nuevo las sacas"; "Pues si se dijo que iban a pararlas ahora que han perdido los suyos"; "Vete tú a creer nada de lo que se cuenta"; "Pero es cierto que las detuvieron un tiempo". El corrillo de las mujeres al salir de la cárcel donde se contaban las novedades estaba alterado; rodeaba a las nuevas viudas consolándolas como podían. Elena se reconocía en ellas: aparentaban valentía dirigiendo la mirada al suelo, apretando el puño para no llorar ahí, ante todas; la vida compartida se les representaba insistente, el abismo de la soledad mucho más profundo que el de la ausencia carcelaria debida a esa

una victoria equivocada, a la derrota que les partió la convivencia, la cadencia diaria, la vida.

Elena recordó lo que vivían esas mujeres y recordarían siempre: el absurdo dolor al recibir la noticia de que su hombre ya no estaba. Ya no era. Pero aún tenía a Antonio; si su mujer no peleaba por él, si prefirió alejarse, ella no: hará lo que sea necesario para defenderle de ese muro acribillado de muerte al alba. Lo que sea necesario. Nadie va a impedírselo. De esa calle se dirigió a casa de Carmela.

"Recapitulemos, ahora que está encerrada, ya me dirá cómo disponemos de ella"; Vicente sentado ante García miraba atentamente la mesa donde no había nada de interés. Pensaba. En realidad lo tenía más que meditado; tantos años de segundón esperando que la voluntad de ella se quebrase, daban para mucho. No se le escapaba que tanto el hijo, protegido por su madre para evitar su ejecución, como la nuera y los nietos, eran un peligro potencial a su autoridad. El hijo saldría antes o después, si no lo evitaba, y Sara, a la que pensó incapaz de regresar sin él, ahí estaba, dispuesta a encontrar unos niños que creía haber escondido tras la burocracia, aunque nunca hay que menospreciar la voluntad del fanático. Esa mujer podría desbaratarlo todo demasiado pronto.

La decisión estaba tomada, doña Carmen ya no era un estorbo: lo era su conciencia. Dar la orden de que se deshiciesen de la mujer era la primera pieza de un dominó que empujaría a las demás fichas sin que nadie pudiera detenerlas en su caída. Si la tumbaba, vería caerlas todas. Irremediablemente. Era ahora cuando podría detener el proceso, antes de comenzarlo.

Y la mesa no le ayudaba en nada por mucho que la mirara.

"No tengo todo el día como comprenderás, ¿qué hago con ella?"; "¿Qué puedes hacer?", preguntó apartando los ojos de la madera desgastada del escritorio para dirigirlos al comisario. "Mmm, a ver, se más explícito"; "¿Más? Se haría lo que quisieras, pero bajo tu responsabilidad"; "No, la mía no: manda doña Carmen"; "Bueno, la de quien sea, menos la mía". Puso de nuevo la atención en la mesa y sin apartar sus ojos de ahí, dio su orden. Aunque antes, para asegurarse el dormir sin sobresaltos por las noches a partir de esa misma, preguntó si al ser mujer habría inconveniente; buscaba

un último intento de evitarse decidir, delegar la responsabilidad al azar, hacer lo posible por dilatar el destino. “¿De qué tipo?”; “Pues si se puede eliminar igual que a un hombre”; “Hay maneras, por eso no te preocupes, tú solo has de firmar este documento donde me libra a mí de cualquier reclamación, donde se dice que ella es culpable de traición, donde se establece su delito, no el nuestro”. Firmó, empujando la primera ficha. Sin la madre protegiendo al hijo en la cárcel, con la mujer acusada y muerta, la segunda pieza del dominó estaba condenada a caer pronto.

Esa noche durmió mejor de lo que esperaba.

“¿Y cómo es la tumba de mamá?”; “¿Quieres verla?” Isabel dudaba: demasiada realidad de golpe. “¿Sabes?, yo esperaba encontrármela, ya mayor claro, pero a salvo, en casa. A veces la pensaba contigo también, los dos viviendo tranquilamente donde iba a visitaros y...”; “... paseábamos por la avenida soleada, ¿has vuelto a casa?”; “Sí, ¿y tú?”; “Sí y no: ya no es casa. Me costó encontrarla, de hecho pasé por la puerta varias veces sin reconocerla; todo está cambiado: las tiendas clausuradas, los edificios que aún siguen en pie, destrozados, el parque irreconocible; una escombrera donde los arbustos sobreviven entre la destrucción, de árboles amputados, bancos inservibles. No me atreví a entrar de todos modos”; “El barrio no es en absoluto el nuestro, ni nosotros tampoco; es imposible dar marcha atrás”; “Sí. ¿Sabes lo que le ocurrió a mamá?”; “No, no lo sé”; “Quieres conocerlo?”; “Dame tiempo para contestarte a eso, por favor”; “Vale”.

“Hola, soy Elena, ¿está Carmela en casa?”; “No, no está”; “Soy amiga suya, me puede decir cuándo volverá?”; “¿Amiga?”; “Sí, de las visitas a prisión”; “Ah, ya. Espera un momento”; la mujer se metió dentro dejando la puerta entreabierta. “Pasa”. La casa olía a humedad encerrada, sombras, soledad y dolor. La encontró limpiando lentejas, “Hola”; “Hola, ¿te ayudo?”; “Toma”; le acercó un montón, “¿Cómo va todo?”; “Pues más o menos”; “Lo normal”. La mujer, quizá la madre, que había abierto la puerta le preguntó si quería tomar algo, contestó que no, muchas gracias, tras mirarlas en silencio se retiró. Durante un rato solo se escuchó el remover de las lentejas.

-¿Qué quieres, Elena?

-Pues nada, mujer, verte.

-No lo hagas, no vale la pena.

-¿A qué te refieres?

Carmela paró en seco el movimiento de la mano entre las legumbres para mirarla con una mezcla de desprecio, odio y pena.

–No me vengas con tonterías, ¿cuánto hace que no vienes a visitarme?, solo te acercas cuando necesitas algo. Tú y todas.

-No te creía tan amargada.

-Eso, encima ataca. ¿Pero quién te has creído que eres?, ¿quién te da derecho a venir a mi casa a insultarme?, yo te digo que no lo hagas, ahora tú misma, pero no te atrevas a disimular el porqué de tu visita. Tonta no soy, nunca lo he sido.

Elena en segundos, calibró qué sería mejor; si seguir negando que le había adivinado su pregunta, o si sentirse ofendida y responder en consecuencia. Se aventuró con la segunda: “Oye, mira, creo que... “, la interrumpió, casi gritando le exigió que se fuera, que la dejara en paz, que si se acercó para buscar complicidades, a reafirmarse, se había equivocado de lugar.

-Perdona, Carmela, de verdad, lo siento.

-¿El qué?, ¿que no te diga lo que quieres oír, verme tan negativa, mi soledad, la tuya?; ¿qué sientes tanto?

-Perdóname.

Elena se levantó, y sorprendiéndose ella misma de su gesto, la abrazó y besó. “Perdona”, sin esperar respuesta, se fue despidiéndose con un hasta luego, señora, dirigido a las entrañas de la casa. Salió alterada.

“Hija, ¿qué quería?”; “Nada. Verse en mí”; “Ay, nunca te entiendo, de verdad que no”; “Ni falta que hace, madre, ande, estás lentejas ya están limpias. Deme más faena”.

La mujer salió de la cocina negando con la cabeza y suspirando.

“Esto va en serio”; “¿Desde cuándo ha sido en broma?”; “No. Quiero decir que han vuelto a acelerar las sacas”; “Cierto”. Antonio advertía un cambio a peor; eran varias semanas sin noticias de Sara: algo iba mal. Elena le tranquilizaba a su modo, cambiando el tema cuando le preguntaba, pero eso en vez de aliviarle, le inquietaba todavía más. La joven misma estaba extraña; la mirada turbia, sus palabras opacas.

Le angustiaba esa seguridad incierta, creciente, que le avisaba

desde un punto lúcido de la razón que sus privilegios, la inestable estabilidad en esa celda, se estaban agotando. Solo él, y otro compañero de los que actuaron en el sabotaje, eran los únicos nombres que permanecían tenaces fuera de las listas; vivos.

Jamás pensó que se debiera a la suerte; su madre estaba detrás. En el caso de su compañero sería su tío, hombre importante. Esa prerrogativa le atormentaba, no porque le mantuviera a salvo, sino porque lo deseaba: quería vivir a pesar de ver morir a otros, o por eso mismo.

Esas noches donde retumbaron los nombre de cada uno de sus camaradas que habrían de salir antes que el sol para no regresar, leídos sin compasión en esas listas donde nunca estará inscrito el suyo, esa seguridad de seguir siendo, era su vergüenza: la cobardía de saberse a salvo y contento por estarlo.

Cuando las listas se espaciaron, sus remordimientos le dieron un respiro. Ahora volvían avasallando de nuevo, angustiando el día entero a los que esperaban mortificados la noche para enterarse si sería la última. Todos menos él. Él se atormentaba porque su nombre no se leería en ellas; feliz por ese privilegio. Horrorizado por vivir.

Ni él ni su otro compañero se atrevían a compartir el secreto vergonzoso mientras asistían a las lecturas nocturnas, mirándose de reojo, abandonando rápidamente el contacto visual si se encontraban observándose cada vez que se terminaba el recuento fatal: nunca estarían entre ellos. Esa culpa que les aliviaba, los negaba, ensuciándoles con la certeza de que disfrutarían de un día más que esos hombres sacrificados al alba. Qué horror no temer a morir, fingir alivio por seguir vivo, compadecerse de quienes van en tu lugar a la oscuridad.

Pero estas noches atendía a las listas con la misma desazón que los demás, sin disimulos: algo no iba bien.

La noticia de que Sara había muerto, no le llegó nunca a nadie.

La sacaron de la celda de la comisaria una noche, subiéndola a un carro con más gente. Entre ellos no se decían nada, para qué. Eran cuatro mujeres y dos hombres mayores, a punto de ser ancianos. El viaje fue corto, pero aunque hubiese sido largo, les habría parecido el más breve jamás hecho. Dos de las mujeres, calladas, iban cogidas de la mano. Casi al final del trayecto, uno de

los hombres dijo su nombre; “Me llamo Manel, he sido sastre desde que me recuerdo, de niño cosía vestidos para las muñecas de mis hermanas, ya muertas. Quedé viudo hace mucho y no tengo hijos”, los demás le escucharon intuyendo que era una forma de despedida, de testamento. “No dejo a nadie para que me recuerde, en todo caso, algunos trajes que perdurarán, y si los cuidan bien, puede que sobrevivan incluso a sus dueños”.

Un silencio íntimo empapó las palabras hasta que el otro hombre, con la vista puesta en el horizonte, lo quebró: “Soy Agustín, lo habría dado todo por luchar, pero soy muy mayor, no me aceptaron, ni siquiera luego, en los montes, aunque colaboré; ayudaba con los víveres, las medicinas, a veces escondiendo heridos. Por lo visto, muy bien no lo hice, porque aquí estoy”. Sonriendo sin alegría, calló.

Las mujeres de las manos entrelazadas se miraron entre ellas y turnándose para hablar enlazando las frases, contaron su porqué: “Soy Beatriz”; “Yo Adela”; “hermanas, las únicas que quedamos de la familia”; “Rechacé a ese hombre, me daba igual su poder; era aberrante”; “La oculté”, los demás intrigados esperaban algo más, pero eso fue todo: un coro a dos voces perfectamente sincronizado de unas vidas unidas.

Sara quiso compartir su historia que no atinaba a darle un comienzo; por dónde empezar, así que se lanzó sin pensarlo, sintiendo un alivio inmediato, envolvente, como si condensar, en minutos, su vida, le diera sentido.

Cuando terminó, se le abrió un abismo: un relámpago de lucidez. Tuvo la consciencia absoluta de que le quedaba poco. De que ahora escuchaba, sentía, admiraba ese cielo voluble a punto de ser día al que se le adivinaba uno de esos azules intensos, despejados, que iluminan sin sombras la vida. Olía el espliego que iban atropellando con la carreta y las horas cercanas a la aurora. No escuchó a la otra joven; demasiado atenta a sus sentidos como para concentrarse en uno solo. Quizá los demás tampoco la entendieron cuando les regaló sus recuerdos, igual se les había abierto la vida como a ella: qué bella era, qué poco supo apreciarla. Qué tarde para hacerlo. Pero lo hizo. Aún estaba viva.

“Vicente”; “Diga, doña Carmen”; “¿Se sabe algo de mi hijo?”; “¿Su hijo?, ¿no lo recuerda?, murió en la guerra”; “Ah. Sí, es

verdad, no me acordaba. Y mis nietos, ¿dónde están?"; "Usted no tiene ninguno, él no se casó nunca"; "Ah, perdona, mi cabeza ya no es la misma. Siento tanto molestarte, eres tan paciente"; "Usted tranquila, ya se lo dijo el médico, ¿no se acuerda?, su mente la engañará"; "Sí, eso debe ser..., si lo dijo el doctor"; "¿Quiere que le traigan su merienda? Y luego, si le apetece, le leo algo"; "Sí, vale, muy bien. Pero que la mermelada no sea de fresa, que no me gusta, y sí, luego me lees. Sí".

Hacía ya una semana que Vicente asistió al tambaleo de la segunda ficha. Llamaron de prisión, como cada mes, para dar el parte a la madre que pagaba por mantenerlo fuera de las listas. Él les comunicó la mala salud de doña Carmen, y aunque aún hizo el pago del mes, preparó al alcaide para que fuera haciéndose a la idea de que sería el último. "Pero, ¿sabe lo que eso significa?"; "Sí". Tras el silencio denso y demasiado largo que se creó, el jefe de la prisión, que desde luego no le iba a rogar nada a nadie, colgó enfadado, blasfemando, quejándose de suerte. "A este paso me quedo en la miseria, qué mala racha. Pues se va a enterar".

Llamó a gritos a su secretario para que le trajeran al encargado de las listas; le indicó que al mes siguiente, el prisionero número 673 dejaba de tener privilegios. "Sí, señor". Salió molesto porque justo ahora que había logrado que la joven que lo visitaba accediera a bajar con él al sótano, iba a tener que renunciar a ella porque ya no era un intocable; qué asco. Aún le gustaba. En fin, intentaría meterlo a finales de mes: todo lo que pudiera sacar, eso que se ganaba.

"Estás muy callada estos días"; "No pasa nada, Engracia"; "¿Es por Sara?, cierto que no sabemos de ella, pero mujer, seguro que llega carta pronto"; "Seguro". La mujer moviendo la cabeza y murmurando la dejó sola, "ay, hija, todo son desgracias, y ahora a ver por qué estas caras, y la otra pobre, vete a tú a saber cómo le irá. Ay, qué tiempos más extraños, todo del revés"; fue a pelar patatas para la cena.

Elena encerrada en su mundo ni la escuchaba; hacía tiempo que no prestaba atención. Nunca pensó que resultaría tan duro, tan difícil; creyó que con cerrar los ojos y dejarle hacer, el asunto terminaría pronto, que esos momentos malos ayudaban a mantener a Antonio con vida.

Pero no era tan sencillo. Cerrar los ojos no cierra los sentidos; el asco es superior a los pensamientos de seguridad de él. Por la noche las pesadillas son terribles, se vacía de sí misma cada vez, y nota que se llena de algo que no reconoce, que no sabe encontrar; está dejando de ser ella con esto; sus emociones, sus recuerdos, sus ilusiones se desvanecen, no soportan convivir con quien se está convirtiendo: alguien que intenta coexistir con las contradicciones más extremas y con una culpabilidad que la va minando. “No puedo más, no seguiré”, pero cuando el carcelero la busca con la mirada en la cola, va al sótano donde la guio la primera vez.

Los jueves han dejado de ser su ilusión, ver al marido de otra ya no la reconforta simulando creerse que es el suyo. El tormento que inició para lograr su sueño, se le ha vuelto en su contra: los días ya no los llena de jueves, la mente no se ocupa de conversaciones rosas, la vida es mucho más que un infierno, que una soledad, porque ese hombre rudo y bestial lo ha impregnado todo de horror.

Un miércoles por la noche, desesperada porque en horas sería jueves, se decidió: ya no iría más, se acabó. Su marido había muerto, ese hombre no era nada, por hacer un favor a Sara, esa mujer que decidió irse y abandonarlo, esa mala amiga que le había pasado la responsabilidad de su bienestar, por esa debilidad de su carácter que la metía a hacer por bondad cosas que no le venían bien, ahora estaba así. “No más; ya no voy. No tengo porque ocuparme de él. Hasta aquí”, se dio la vuelta en la cama y durmió, durmió como hacía semanas que no lo hacía. Su capacidad de tergiversar la realidad la salvó de la locura, de los remordimientos cuando supo que Antonio murió, del horror del sótano. Pero no la salvó de muchas otras cosas. Las zonas invadidas en el proceso, la fueron corroyendo hasta vaciarla, la carcoma hizo su trabajo y la desposeyó de sí misma. Jamás quiso reconocer nada y su memoria la abandonó creándole lagunas de esas vivencias de las que renegó.

“¿Entonces vendrás a la tumba de mamá o no?”; “No, mejor que no, además tú dices que es la suya, pero quién sabe”; “¿Quieres al menos, saber cómo murió?”; “¿Lo conoces?”; “Me lo contaron; si escuchas bien, oyes la voz de los secretos”; “Sí, es cierto, cuando más se quiere ocultar algo, con más fuerza se niega a esconderse”. Isabel se llenó de los rumores que, a pesar de no desear oír,

recorrían pasillos, celdas, los rincones de esa cárcel incapaz de retener las noticias de los horrores agazapados, amordazados, soterrados. Todo salía a una luz, que aunque débil, acogía lo que se susurraba por las noches, entre instantes desgajados de la rutina, a espaldas de quienes creían haberlo enterrado hondo en el olvido de lo silenciado.

Con su madre, Sara, y sus compañeros de carromato, ocurrió lo mismo.

Por mucho cuidado que se puso en borrar sus muertes, el pueblo entero lo supo porque hay verdades imposibles de acallar; saben abrirse paso en connivencia con la realidad: el mismo camino por donde pasaron se hizo cómplice, guardando, entre su tierra, el pañuelo que perdió Beatriz hasta que una vecina lo encontró; la casa de las afueras, donde esperaron una eternidad su final, mantuvo sus presencias; el muro al que se le obligó ser paredón, mostró indignado y dolido, las balas incrustadas, la sangre viva en esa atmósfera muerta, a la que ni los años, redimió.

Se supo. Como supieron de todos los desaparecidos.

Recogían los restos mal enterrados, para llevarlos al cementerio donde el párroco los inhumaba de nuevo; ahora con respeto, despidiéndoles con palabras que les acompañarían bajo la tierra húmeda, cavada con cuidado.

Si les reconocían, escribían su nombre en la lápida junto al día en que nació y en el que murió. Si no, quedaban sin nombre ni nacimiento; solo se indicaba si fue hombre o mujer y cuando dejó de vivir. Las aldeanas se encargaban de adornarlos con flores frescas, arrancando las malas hierbas para evitarles la desidia del olvido y recordarles que ocuparon, antes de hora, un lugar bajo tierra cuando deberían seguir sobre ella.

Una del pueblo identificó lo que quedó de Sara; “Pero si es la que bordaba y lavaba tan bien, ¿no te acuerdas, Micalea?”; “Ah, ¿la de los niños que se llevaron?”; “Sí, anda llama a su vecina, la que a veces los cuidaba, a ver si no me equivoco”.

Fue esa misma vecina, a través de su hija, quién le contó la historia a Andrés, tal y como se decían entonces: con voz temerosa y bajo promesa de no repetirla fuera de la casa, para después, conversar normalmente como si no se hubiese traspasado ningún límite. “Cuánto has crecido, de mí ni te acordarás, a veces,

jugábamos juntos en el parque", y entre lágrimas. "Lo siento tanto. Qué de atrocidades se han hecho"; "Es verdad", se despidió doblando las anotaciones de cómo llegar a la tumba trazadas sobre un plano improvisado, agradeciendo a la antigua niña, con quien compartió ratitos de sol, que hubiese quebrado un trozo del secreto común del que cada pueblo guarda para sobrevivirse.

Antonio escuchó su nombre sin reaccionar. Dejó de oír, pensar, entender y sentir.

El eco de lo que había dicho el carcelero rebotó contra su consciencia durante toda la noche. "Al final me nombraron", sorprendentemente no se sentía como siempre creyó que debería, como pensó que era para los que le precedieron: saberse nada. Ni tenía miedo, ni quiso mirar atrás para comprender por qué ni se extrañó de estar sereno consciente de que no dormiría otra noche más. Ya no era, aunque siguiese respirando o el costado le doliera por la mala posición: estaba vivo, a pesar de que no lo estaba. Cómo era posible anticipar, que lo que ahora es, no será; que lo que se piensa dejará de tener soporte, que sus ideas, sus recuerdos, su vida carecerán de recipiente para sobrevivir.

Su postura era de incredulidad, de incomprensión ante el hecho de no poder expresarse sin él.

Sara tuvo la experiencia contraria. Se aferró a los últimos segundos haciéndolos infinitos: estaba viva: mientras esperaba a que detonasen las balas, seguía respirando. Y así estuvo eternamente el tiempo finito que tardaron los proyectiles en alcanzarla. "Soy siempre: día a día, minuto a minuto, segundo a segundo, cada parte se puede descomponer en otra más pequeña a su vez, y en todas sigo viva".

-Bueno, Isabel. He de irme.

-¿No quieres quedarte aquí, con nosotros?

-No, creo que no.

-¿Pero sabes lo que vas a hacer?, ¿adónde ir?

-Estos años los he invertido en buscar; os he encontrado a ti, a mamá, pero no a todos, no a Mauro, no a papá, no a mi amigo de la cueva.

Una desazón al comentar en voz alta sus planes, le avisó de que no era sincero. Cuando sus ojos se enfrentaron incrédulos a ese expediente, leyendo las señas de la hermana, cuando supo dónde

descansaba la madre, cuando creyó que había completado parte de la tarea, se ilusionó con la del reencuentro, en cómo sería.

Ahora ya era: con la realidad en la mano, sin sus atajos, decepcionado, tan vacío como antes de conocerla, se enfrentaba directamente con lo que Mauro le dijo al despedirse; “No llores, nos volveremos a ver, y si no, da igual; siempre estaremos juntos porque nos recordaremos: la ilusión de no estar solos es lo que cuenta”. Se sentía igual de solo.

-Andrés. Quédate- insistió al verle dudar, malinterpretando la situación.

Lo supo entonces.

-No, no es a ellos a quienes he de buscar: a quién debo encontrar es a mí. A quien debí ser, a quien ahora soy.

-Comprendo. Y no me entiendas mal, pero creo que lo tienes más fácil que yo. En mi caso, aparte de darle sentido al tiempo, he de perdonarme. No creo que lo consiga, no del todo.

Andrés no la insultó minimizando el problema, ni cayó en la promesa vacía de que lo lograría. La miró con los ojos de niño, viendo a la hermana niña; la que le ayudó a sobrevivir a su infancia abandonada en ese coche; la que ahora de mujer, no sabía si quería conocer, la que a pesar de todo, incluso de ella misma, siempre sería un punto fijo en esa vida de la que ahora, día a día, debería reconstruir de nuevo, otra vez.

Su cuñado se acercó para despedirle; había estado siempre atrás, en un segundo plano, todo lo invisible que consiguió volverse; le reiteró que sería bienvenido siempre. “Gracias”.

No miró atrás.

Debía encontrarse, independientemente, de lo que fue o pudo ser. Más allá de lo que no le dejaron ser. Encajar un día tras otro día, vivirlos de modo que su sinsentido les dé sentido.

La curiosidad viva de lo que será.